



¿QUIÉN
ERES?

KEILY FOX

¿QUIÉN ERES?

Keily Fox

© Keily Fox, 2018

Todos los derechos reservados.

www.keilyfox.com

*Para Luna y Sergio,
el gran motor de mi vida.*

Prólogo

Cuando el enorme reloj de pared dio la última de las doce campanadas anunciando que era justo medianoche, la chica no pudo evitar estremecerse. Sintió un terrible escalofrío subir por su espina dorsal, provocando que todas y cada una de sus terminaciones nerviosas se pusieran en alerta. Había llegado la hora, todo estaba preparado para comenzar con la sesión.

Inquieta, se acercó a la ventana y miró al exterior. La noche se vislumbraba demasiado tenebrosa como para poder distinguir nada allá afuera, aunque quizá era mejor así. Desde que habían llegado a aquella maldita cabaña, tenía un nudo en el estómago que le impedía comportarse con normalidad. Estaban solos en medio del bosque más tétrico e intrigante que había visto jamás. Los enormes árboles formaban extrañas figuras originando una escalofriante sensación. Parecían observarlos en silencio, amenazantes, esperando el momento apropiado para engullirlos lentamente. Y, aunque en aquel momento casi no podía distinguirlos, por un instante creyó oírlos susurrar su nombre. Tan absorta estaba en sus pensamientos que tardó unos segundos en comprender que no eran los árboles quienes la llamaban.

Lentamente, salió del trance y se volvió hacia las voces que empezaban a impacientarse ante su silencio. Cuando recordó lo que estaban a punto de hacer se estremeció de nuevo, aún sin poder comprender cómo había dejado que la convencieran para participar.

Consternada, observó a las tres personas que la esperaban sentadas sobre la alfombra y caminó hasta ellos muy despacio, tratando de retrasar el momento de la verdad, observando la habitación una vez más, profundamente disgustada. Sin duda, el ambiente era el propicio para aquello, sus propios amigos se habían empeñado en que así fuera. Todas las luces estaban apagadas,

mientras que solo un par de velas iluminaban la estancia, creando una atmósfera demasiado lúgubre como para ser agradable.

Consciente de que todos empezaban a enervarse, se armó de valor y cogió asiento junto a ellos, cerrando el círculo. Observó cada rostro con atención. Nadie parecía compartir sus sentimientos. Todos miraban aquel horrible tablero con ojos brillantes, expectantes, dispuestos a disfrutar de una experiencia diferente y lo más escalofriante posible. Algo que al día siguiente pudieran contar a todo el que quisiera escuchar.

Tres pares de ojos se clavaron en ella, esperando ansiosos a que se decidiera a poner su dedo índice sobre el pequeño vasito de cristal que descansaba justo en el centro de la tabla.

Dudando, observó por enésima vez el tablero encargado de unir el mundo de los vivos con aquel otro que los más espirituales afirmaban que existía, aquel en el cual todos terminamos tarde o temprano, ese por el que algún día vagaremos eternamente. Parecía mentira que aquel pedazo de madera, con tan solo unas cuantas letras escritas sobre él, pudiera conseguir algo tan increíble y aterrador al mismo tiempo.

Durante toda su vida había oído cientos de experiencias terroríficas ocurridas en sesiones de Ouija como aquella, pero era consciente de que la gran mayoría no pasaban de ser simples leyendas urbanas ocurridas siempre a un amigo de un vecino. Sonrió a medias ante aquel pensamiento intentando infundirse algo de valor, mientras que se repetía una y otra vez que no había nada por lo que preocuparse. Despacio, levantó la mano y depositó su tembloroso dedo junto a los otros tres que ya descansaban sobre el cristal. Solo era cuestión de tiempo que el aburrimiento los hiciera desistir. Entonces, ¿por qué tenía aquel terrible presentimiento? ¿Por qué todos sus sentidos se revelaban contra la idea de seguir adelante con aquella locura? ¿Por qué la inexplicable sensación de desasosiego? Y, lo más desconcertante de todo, ¿por qué tenía la

certeza de que aquella noche cambiaría su vida para siempre?

Se regañó a sí misma un instante. Sabía que solo el miedo era el responsable de tantas conjeturas. Debía superarlo para poder terminar con aquello de una maldita vez y cuanto antes.

El siguiente escalofrío congeló la sangre en sus venas. Solo necesitó un segundo para sentir su presencia. Alguien o algo había contestado aquella llamada: algo que venía más que dispuesto a convertir en realidad hasta la más absurda de las conjeturas; alguien deseoso de brindar todas y cada una de las espeluznantes respuestas.

Capítulo 1

Eran casi las dos de la madrugada y Kathy seguía trabajando sin descanso frente a su viejo portátil. Las letras del ordenador cada vez aparecían más borrosas a sus ojos, pero los frotó con vigor y trató de enfocar la vista de nuevo sobre la pantalla. Llevaba casi seis horas sentada a la mesa del salón, terminando de traducir al castellano el último manuscrito que le habían enviado de la editorial, y comenzaba a dolerle tremendamente la cabeza.

Se levantó y, arrastrando los pies, se dirigió a la cocina para tomarse un analgésico que aliviara el dolor. Después, volvió al ordenador e intentó concentrarse de nuevo en el trabajo, pero el sonido de unas llaves en la puerta le hizo desistir por el momento.

Sonriente, esperó a que Mónica acertara a meter la llave correcta en la cerradura, y ensanchó su sonrisa aún más al escucharla maldecir. Un segundo después, entró como un torbellino en el salón. Como cada fin de semana, Micky venía con ella.

—Vamos a ver, Kathy, ¿es que tú no te diviertes nunca?

—Buenas noches a ti también, Moni Peni —suspiro, resignada.

Estaba demasiado acostumbrada a que la reprendiera por aquello como para sorprenderse.

—Al menos dime que tan solo estabas chateando un rato — señaló el ordenador—, que has conocido a un morenazo con el que piensas vivir un tórrido... ¡ahhh!

Kathy no pudo evitar reír. La cara de asesina con la que su amiga miró a Micky, tras recibir aquel pellizco destinado a silenciarla, fue toda una declaración de intenciones.

—Eso me ha dolido —protestó—. Un simple *déjala tranquila* hubiese bastado.

Se alejó de él frotándose el brazo dolorido pero, cuando estuvo a una distancia prudente, volvió al ataque. Miró la pantalla por encima

del hombro de Kathy:

—Así que traduciendo otro libro.

—Soy traductora, ¿recuerdas?

—Eres otras muchas cosas además, pero parece que lo has olvidado —le reprendió.

—Me gusta mi trabajo, ¿eso es un pecado?

—No, pero puede llegar a ser un problema. A mí no me parece muy normal que después de trabajar doce horas diarias, llegue el viernes y te encierres en casa a seguir trabajando. ¿Has pensado en buscar un buen terapeuta?

Kathy miró a Micky sonriendo. El chico se había tirado en uno de los sillones y observaba la escena, resignado.

—¿Contigo adopta el rol de madre muy a menudo? —preguntó divertida.

—Nadie ha conseguido escapar nunca de sus charlas psicológicas —bromeó.

—¿Y cómo lo aguantas?

—Tiene sus ventajas. Al final de la noche me ordena que me meta en la cama, y no me interesa rebelarme no sea que cambie de opinión.

Riendo, ambos miraron a la aludida que luchaba tanto por permanecer seria, que el esfuerzo arruinaba por completo sus intenciones.

—Muy gracioso. Creo que conozco a uno que va a tener que conformarse con una ducha fría esta noche.

La respuesta no se hizo esperar:

—Deberías escucharla, Kathy, es una chica muy sabia y te vendrán muy bien sus consejos. —La carcajada fue general—. Será mejor que me vaya a la cama antes de meter más la pata.

Se alejó sonriendo hasta perderse por el pasillo.

Cuando Mónica estuvo segura de que ya no las escuchaba, se volvió hacia su amiga con expresión seria.

—No puedes seguir así, empiezo a preocuparme de veras —le dijo—. No recuerdo haberte visto salir a divertirte desde que te conozco, y ya hace casi un año que compartimos piso.

Kathy rehuyó su mirada, incómoda, consciente de que ya no bromea en absoluto, pero dispuesta a acabar con la conversación cuanto antes.

—¿Qué quieres que te diga? —contestó, fingiendo desinterés, mientras apagaba el ordenador y recogía sus cosas—. Cada uno vive la vida a su manera.

—Solo que a lo que tú haces no se le puede llamar vivir —contraatacó—. Tienes veinticinco años, no puedes seguir comportándote como si fueses una artrítica de ochenta.

—¡No seas exagerada!

—¿Exagerada? ¿Cuándo fue la última vez que saliste con un hombre?

Una punzada de dolor le atravesó el pecho y, casi sin percatarse, se llevó la mano al cuello y acarició el pequeño colgante que siempre pendía de él, aunque enmascaró sus sentimientos con una amplia sonrisa.

—Déjame pensar...

—Si tienes que pararte a pensarlo es que hace demasiado tiempo. Voy a presentarte a uno de mis compañeros de reparto, se llama Edu y también habla varios idiomas, además de estar como un queso.

—¿Un actor? Ni lo sueñes, demasiado volubles para mi gusto —bromeó.

—Gracias por la parte que me toca —protestó, para volver a ponerse seria casi al instante—. Edu es un tío muy majo y...

—Mi vida está muy tranquila tal y como está. —Se vio obligada a interrumpirla, incapaz de soportar aquella charla un segundo más—. No quiero salir, y mucho menos conocer a nadie.

Mónica la observó en silencio. Sabía que cuando tomaba aquella actitud no había nada que pudiera hacer, pero decidió intentarlo por

última vez.

—Necesitas a alguien que te haga reír. Un chico divertido que...

—¿Y qué pasa si yo no quiero divertirme, Mónica? ¿Lo has pensado? —interrumpió, izando la voz mientras se ponía en pie—. ¿Y si me gusta mi vida así?

—¿Por qué te estás haciendo esto?

—No sé de qué estás hablando —mintió, pero fue incapaz de mirarla a los ojos.

—Me pediste que no hiciera preguntas y lo he respetado. No sé qué pudo ocurrirte en el pasado para que te castigues de esta manera, pero déjame darte un consejo —se aseguró de que la mirase a los ojos antes de continuar—: Suelta la carga que llevas sobre los hombros, por la que te castigas de esta manera. Tienes que aprender a vivir con ello, Kathy, sea lo que sea.

—Hay cosas que son imposibles de olvidar —se lamentó, intentando que su mente no volara de nuevo a aquella maldita noche.

—Lo sé, Kathy, yo tampoco podré olvidar jamás el día que tuve mi accidente de coche ni los meses que pasé hospitalizada al borde de la muerte, no te pido tampoco que olvides, solo que intentes superarlo. Entiendo que el trabajo te ayude a evadirte, pero eso no es una solución.

Consciente de que empezaba a carecer de la fortaleza necesaria para seguir ocultando la angustia que bullía en su interior, Kathy se batió en retirada; en silencio, huyó hacia la soledad de su habitación intentando contener las lágrimas. Nadie más que ella sabía cuánto empeño necesitaba cada mañana para ponerse en pie e iniciar un nuevo y amargo día. Ni siquiera los dos años que había estado yendo a terapia habían conseguido nada. Cada vez que los recuerdos acudían a su mente, lo que solía ocurrir varias veces al día, una amargura agónica la desgarraba por dentro.

Con manos temblorosas, abrió el cajón de la mesilla y se tomó uno de los somníferos que necesitaba para poder conciliar el sueño.

Como cada noche, las pesadillas se encargarían de despertarla antes de que las luces de alba se colaran a través de los enormes ventanales.

Evitando mirar las fotografías que guardaba en la cómoda, se puso el pijama y se metió en la cama, intentando no pensar; aunque no pudo evitar recordar algunas palabras que Mónica había dicho aquella noche. Una vez más, en un gesto casi inconsciente, se llevó la mano al cuello. Un dolor lacerante le atenazó el pecho, mientras apretaba entre sus dedos aquel medio corazón de plata, por cuya forma se adivinaba que en alguna parte debía coexistir la otra mitad, que encajara a la perfección con aquella.

Luchando por relajarse, conectó la radio y programó el temporizador de encendido para que se detuviera en un par de horas, confiando en que para entonces el sedante hubiera logrado su cometido. Debía conseguir dormir algunas horas seguidas o aquella sería su cuarta noche en vela, y estaba segura de que iba a derrumbarse. Durante toda la semana los nervios le habían impedido comportarse con normalidad, tal y como le ocurría siempre en aquellas fechas. Por fortuna, el cuerpo humano tiene un límite y el suyo tuvo que rendirse al cansancio. El somnífero fue haciendo efecto, y sus párpados, cada vez más pesados, se fueron cerrando con lentitud, mientras iba perdiendo la noción de la realidad para sumergirse de lleno en el pasado. Cada vez que se abandona al sueño, su mente volaba hacía aquella maldita noche en la que su vida se había convertido en un infierno. Aquel era su castigo: revivir una y otra vez el momento en el que lo perdió todo.

Tres años. Tres largos años, y no había olvidado un solo detalle.

Mónica se despertó antes de costumbre aquella mañana. Los sábados solía dormir hasta las doce, pero la conversación con Kathy la noche anterior aún rondaba en su cabeza. Era cierto que se pasaba

la vida dándole la lata para que saliera un poco más y, por regla general, sus reproches eran soportados con estoicismo, pero por alguna razón la noche anterior había sido diferente y quería comprobar si algo podía haber cambiado. Recordaba la desesperación en su última mirada. Durante todos aquellos meses de convivencia, había sido consciente de la profunda melancolía que llevaba escrita de forma perpetua en sus ojos, pero siempre se había molestado en ocultarle cuánto dolía aquella tristeza. Saltó de la cama, prometiéndose a sí misma que en algún momento conseguiría que se sincerara con ella, aunque por ahora tendría que conformarse con sentarse a desayunar en su compañía y lograr que todo volviera a la normalidad.

Salió de la habitación, preguntándose si ya se habría levantado, y obtuvo su respuesta nada más poner un pie en el pasillo. El intenso aroma a café le arrancó la primera sonrisa de la mañana.

La encontró poniendo en marcha la lavadora.

—¿No te parece algo temprano para eso? —preguntó Mónica ahogando un bostezo mientras consultaba el reloj de pared.

—Me has asustado —protestó dando un respingo—. ¿Te has caído de la cama?

—Ha sido el olor a café, ¿hay una taza para mí?

Sonriendo, Kathy le sirvió un cortado y continuó con su tarea.

—¿Has visto por ahí mi camisa de gasa? Me gustaría ponérmela esta noche, pero creo que está sucia.

—Acabo de tenderla.

—¿Esta es la segunda lavadora que pones hoy? —La miró estupefacta—. ¿También has recogido la de ayer?

—Y la he planchado, sí —confirmó.

—Solo por curiosidad, ¿a qué hora te has levantado?

—Temprano. No podía dormir, así que he aprovechado para hacer algo útil —Sonrió de nuevo mientras ponía en marcha la lavadora.

Segundos más tarde, cogió la bayeta y comenzó a sacarle brillo al fregadero. Mónica frunció el ceño. Siempre que tenían oportunidad, se sentaban a desayunar juntas y charlaban, pero aquello no parecía entrar dentro de los planes de Kathy aquella mañana.

—¿Te pasa algo? —le preguntó.

—No, ¿por qué?

La respuesta resultaba casi absurda, viendo la energía desmedida con la que frotaba ahora los azulejos.

—No sé, te noto... rara.

—¿Te hago una tostada?

—No, yo...

—También puedo bajar a por unos churros.

—Kathy...

—Pensé en bajar antes, pero era temprano y no quería que se enfriaran.

—Gracias, pero ya me he tomado el café.

Un segundo más tarde, la taza desapareció de sus ojos para ser metida bajo el chorro de agua fría. Mientras la lavaba, Kathy continuó con su incesante parloteo.

—Creo que bajaré ahora después y de paso voy al súper...

—Kathy...

—... se ha terminado el detergente y...

—Kathy...

—... ya compro unas cosillas que...

Mónica llegó al límite de sus fuerzas.

—¡Por Dios bendito, Kathy, ¿quieres parar?! —terminó vociferando—. ¿Qué te pasa?

Sorprendida por el repentino estallido, al fin se detuvo y la miró, cohibida, consciente del motivo de aquella abrupta interrupción.

—¡Estás completamente acelerada! Va a darte un infarto. Eso si no consigues que me dé a mí primero. —Se miraron en silencio unos segundos—. ¿Cuál es el problema? Me siento impotente, no sé cómo

ayudarte.

Una punzada de dolor obligó a Kathy a apartar la mirada. Sabía que no tenía derecho a preocuparla de aquella manera, pero no podía contarle..., no darle detalles al menos.

—Hoy es un día duro para mí. —Respiró hondo para poder continuar—. Algo cambió mi vida hace algún tiempo y hoy hace tres años. Intento mantenerme ocupada para no pensar en ello.

—Comprendo.

Kathy esbozó una sonrisa cargada de tristeza. Hubiera querido decirle que era imposible que lo comprendiera, pero eso conllevaría un sinfín de preguntas que no podía ni quería responder.

—¿Por qué no te vienes esta noche con nosotros? Te hará bien salir.

—Te lo agradezco, Mónica. —Intentó sonreír—. Pero no te preocupes, en un par de horas me marchó a la sierra. Voy a pasar el fin de semana a casa de mi abuelo.

—Te vendrá bien respirar aire puro.

—Sí —aceptó, aunque sabía que no era la pureza del aire lo que más necesitaba. No podía pasar sola aquella noche, así de simple, y su abuelo era la única persona que conseguía ayudarla a serenarse. Era toda la familia que le quedaba, y lo quería con locura. De repente, sintió unas ganas locas de estar bajo la firme protección de su abrazo.

—Será mejor que me marche cuanto antes, luego el tráfico se pone fatal.

Huyó a encerrarse en su habitación y se sentó en la cama unos segundos mientras se perdía en sus pensamientos. Como cada sábado, aún debía hacer algo importante antes de poder refugiarse en los brazos de su abuelo y, debido a lo señalado del día, hoy iba a resultarle especialmente doloroso.

Capítulo 2

Kathy se detuvo un instante frente a la escalinata de entrada al moderno edificio. Lo observó con tristeza mientras intentaba digerir el nudo que se formaba en su estómago cada vez que tenía que subir aquellas escaleras.

Resultaba contradictorio el aspecto que aquel lugar mostraba por fuera comparado con la abrupta realidad que albergaba en su interior. El diseño vanguardista de la moderna fachada casi conseguía disimular la desoladora verdad; al menos para todo aquel que no supiera que tras aquellos muros se encontraba uno de los sanatorios mentales más importantes de la ciudad. Por desgracia, aquel no era el caso de Kathy, que odiaba con todas sus fuerzas hasta el último ladrillo.

Tomando aire, comenzó a subir y traspasó las puertas de cristal, sintiéndose repentinamente enferma. Acudía allí todas las semanas desde hacía casi tres años y continuaba afectándole como el primer día.

Se obligó a caminar presurosa, limitándose a saludar con un simple «*buenos días*» a todo el personal sanitario que se molestaba en darle la bienvenida. Después de tantas visitas, no quedaba nadie que no la conociera y supiera toda su historia, o creyera saberla al menos, pero no necesitaba que le dijeran hacia dónde debía dirigirse. Podría recorrer aquel pasillo hasta con los ojos cerrados.

Salió al soleado jardín y todos sus músculos se contrajeron al barrer el lugar con la mirada. Jamás en toda su vida había conocido nada más deprimente. Podían ocurrirte muchas cosas malas en la vida, pero, a juicio de Kathy, nada peor que aquello. Tan sumida estaba en sus pensamientos que se sobresaltó al sentir una mano sobre el hombro, aunque se obligó a sonreír al ver a quién pertenecía. Una de las enfermeras del centro le dio la bienvenida.

—¿Cómo puedes soportarlo, Vicky? —interrogó tras el saludo inicial.

No tuvo que preguntar a qué se refería.

—Aprendes a no involucrarte demasiado —reconoció—. Algunos son muy jóvenes, eso es lo que peor llevo, pero al mismo tiempo es muy gratificante poder ayudarlos. Muchos de ellos mejoran poco a poco. Mira Pablo, por ejemplo —señaló a un chico de apenas veinte años que estaba sentado muy relajado sobre el césped—. Cuando ingresó deliraba en todo momento. Estaba convencido de que todos queríamos hacerle daño, y no consentía que nadie se arrimara a menos de cinco metros.

Y como si de un ejemplo práctico se tratara, otra de las internas se acercó al enfermo y cogió asiento a su lado, siendo recompensada con una amplia sonrisa de bienvenida, haciendo innecesario añadir una sola palabra más.

Kathy tragó saliva e intentó sonreír, pero sus labios se negaron a obedecerla. Paseó su mirada de nuevo por el extenso jardín. Montones de sauces vestían el enorme terreno, pero se notaba demasiado que habían sido plantados con una analítica planificación o, al menos, aquella era la impresión que siempre había tenido. Bajo cada uno de ellos, aprovechando la sombra, habían instalado un banco de madera; y al lado de cada banco, plantado un rosal de rosas blancas, pero lejos de conferirle belleza al lugar, tanta premeditación solo contribuía a hacerlo más artificial y deprimente.

Faltaba muy poco para que la primavera lo vistiera todo de blanco, pensó Kathy, recordando el aspecto del jardín en los dos años anteriores. Odiaba más todavía aquel sitio cuando aquello ocurría. La belleza que el despertar de las flores le confería resultaba casi insultante. Era incapaz de apartar de su mente la sensación de que la vida se reía del dolor que allí dentro se respiraba. Irónicamente, las rosas blancas siempre habían sido sus flores preferidas, hasta que poco a poco había empezado a detestarlas.

Cuando salió del trance, se dio cuenta de que Vicky la observaba. Avergonzada, se disculpó por ser tan grosera. Hacía mucho rato que había dejado de escucharla, y estaba segura de que ella también se había dado cuenta.

—No te preocupes, comprendo por lo que estás pasando, Kat. ¿Puedo llamarte así?

Kathy la miró un segundo, aturdida. Solo había una persona que siempre utilizaba aquel diminutivo, y que aún conseguía que su corazón saltase de júbilo con solo recordarlo.

—Preferiría que no lo hicieras.

—Pues suena muy bonito.

—Puede ser, pero no me trae buenos recuerdos.

Vicky sonrió ante aquella enigmática mujer. Habían mantenido muchas conversaciones a lo largo de los años, y algo en ella la confundía. Por un lado, la admiraba por ser capaz de enfrentarse al dolor cada sábado, pero además le intrigaba todo lo relacionado con su historia. No sabía en qué momento había llegado a aquella conclusión, pero un buen día se sorprendió a sí misma pensando en que parecía haber algo raro en la versión que circulaba por el hospital sobre los hechos acaecidos tres años atrás. Todo cuadraba, pero aun así no podía evitar las suspicacias. Tardó varias horas en dar con la razón de sus dudas: era Kathy. Había algo extraño escrito en sus ojos, en su forma de hablar, de comportarse. No hubiera podido definir con exactitud qué, pero a veces casi podía palpar el halo de misterio que la rodeaba. Igual que en aquel momento. Tal y como observaba en cada visita, la chica asió fuertemente entre los dedos la pequeña cadenita que llevaba colgada al cuello. Parecía como un ritual, como si estuviera pidiendo a aquel pedazo de plata la fuerza necesaria para enfrentarse a la realidad. Suponía que el colgante sería de algún tipo de imagen religiosa, pero lo cierto era que jamás había podido verlo de cerca, pues se afanaba en esconderlo siempre bajo la camiseta y, nada más hacerlo, entraba presurosa a paso rápido en el jardín.

Kathy se internó entre los árboles con paso firme, y respiró aliviada al comprobar que Vicky no la seguía. Tuvo que atravesar todo el jardín, mientras miraba a su alrededor, melancólica. Todos los enfermos iban ataviados con el mismo pijama blanco. Algunos reían y jugaban con la candidez e inocencia de un niño, a pesar de estar encerrados en cuerpos de adultos.

Pocos metros después se detuvo y posó la mirada sobre su amiga.

Allí estaba Ángela, como cada sábado, sentada plácidamente en un banco bajo la sombra de los sauces. A simple vista, mirada desde allí, parecía la misma de siempre. Kathy tenía la sensación de que iba a levantarse para darle la bienvenida en cualquier momento; aunque sabía que aquello no pasaría. Jamás podría acostumbrarse a ver a su querida amiga así. Siempre la encontraba en la misma posición, sentada en aquel lugar, ausente por completo, ajena a todo. Desde hacía casi tres años, nadie había conseguido hacerla reaccionar ni lo más mínimo. Cada día, si el tiempo lo permitía, los enfermeros la acomodaban en aquel banco, y allí se quedaba hasta que quisieran ir a buscarla; con la mirada perdida en algún punto de la distancia, se limitaba casi a vegetar.

Kathy avanzó, se sentó junto a ella y, mientras reunía el valor y las fuerzas necesarias para hablarle, recordó el día en el que al fin se había sentido preparada para acudir a visitarla a aquel centro por primera vez. Lo recordaría siempre como uno de los momentos más espantosos de su vida, junto con los hechos acaecidos días antes. Los médicos, antes de entrar, le advirtieron que Ángela no hablaba con nadie, pero no la habían preparado lo suficiente para lo que encontró. No era solo que no hablara, tampoco parecía escuchar y, para terminar de ahondar en la herida, ni siquiera daba muestras de reconocerla. Por más que Kathy le habló y le habló, no consiguió ni una simple mirada. Era como si la mente de Ángela estuviera a cientos de kilómetros de distancia.

Y allí continuaba a pesar de los años, pensó Kathy volviendo a la

realidad, mirándola con tristeza; aunque trataría de hacerla volver, como cada sábado.

Cogió aire y lo exhaló con deliberada lentitud hasta encontrar las fuerzas para hablarle:

—Hola, amiga.

En su interior siempre tenía la esperanza de que se volviera a mirarla al menos, pero aquel día no fue diferente al resto, Ángela ni siquiera pestañeó.

Parpadeando para alejar las lágrimas, continuó:

—Tienes buen aspecto, ojalá pudieras verte; te ha crecido mucho el pelo, ya lo tienes casi igual de largo que antes. ¿Te acuerdas de cuando te dio aquel arrebató y te lo cortaste muy cortito? —Sonrió— Pasaste un mes entero usando aquella gorra de lana y me hiciste prometer que jamás te dejaría hacer otra locura semejante —suspiró, evocando aquel momento—. ¡Hemos vivido tantas cosas juntas!

La emoción provocó que se le quebrara la voz.

—No sabes lo que daría por poder rememorar contigo los viejos tiempos. ¿Recuerdas cuando engañamos a todos diciendo que dormíamos una en casa de la otra para saltarnos el toque de queda y colarnos en aquella fiesta?

Sin ser consciente de que lo hacía, se llevó de nuevo la mano al cuello.

—Aquella noche conocimos a Alex y Marcos —musitó entre lágrimas—. Fue la noche más increíble de toda mi vida.

Desesperada, se agachó ante ella y le tomó las manos entre las suyas.

—Tienes que hacer un esfuerzo —suplicó—. Todo está en algún lugar de tu mente, solo que no puedes recordar dónde. ¡Inténtalo, Ángela! Siempre fuiste la más fuerte de las dos.

Guardó silencio, intentando contener las lágrimas. Extravió su mirada en la lejanía, luchando por relajarse lo suficiente para poder seguir hablando.

—Hoy hace tres años —continuó cuando creyó que podría controlarse—. Tres largos años desde aquella noche espantosa en la que todo comenzó, y yo no he tenido un solo momento de paz desde entonces. Debí negarme... ¿por qué no lo hice?

Incapaz de contenerse por más tiempo, rompió a llorar.

—Si lo hubiese hecho no estarías aquí; y quizá yo podría estar con Alex, y Marcos... ¡por Dios, Ángela, cuando cierro los ojos todavía puedo verlo correr...!

No pudo seguir hablando. Los recuerdos terminaron por colapsarla, y prefirió conformarse con estar allí sentada, junto a su amiga del alma, en silencio.

Vicky se detuvo junto a ella unos minutos más tarde, asegurándose de hacer el suficiente ruido como para anunciar su presencia. Presurosa, Kathy intentó enjugar sus lágrimas, aunque el rastro de haberlas derramado era difícil de borrar.

—¿Cómo la encuentras? —preguntó la enfermera sin apartar la mirada de Ángela.

—Exactamente igual —reconoció Kathy—. ¿Cómo es posible que no haya mejorado nada? Ha pasado mucho tiempo.

—La mente sigue siendo un verdadero enigma, y el caso de Ángela es... muy extraño.

Era la primera vez que le decía algo así.

—¿Qué quieres decir con *extraño*? —preguntó sin poder evitar fruncir el ceño—. Supongo que os habéis enfrentado a algo parecido otras veces.

—Si te soy sincera —vaciló—, no. Llevo treinta años trabajando en este tipo de centros, y he visto de todo. Gente que ingresa muy desequilibrada como consecuencia de algún suceso que marca sus vidas, otros llegan en estado de shock tal y como le pasó a Ángela, pero...

Se detuvo, dudando en si debía dar su opinión sincera al respecto.

—Pero... —le instó Kathy a continuar.

—Sin una causa física que lo justifique, tarde o temprano se obtiene alguna mejoría, aunque sea mínima. Ángela es un verdadero interrogante para todo el equipo médico. Ya sabes que han venido a estudiar su caso montones de especialistas diferentes, y han probado decenas de tratamientos sin conseguir siquiera un mínimo progreso; y eso no es habitual.

Tampoco lo había sido lo que la llevó a aquel estado, pensó Kathy.

—¿Crees que terminarán encontrando algo que la haga reaccionar? —preguntó con ansiedad, temiendo la respuesta.

—Los médicos no lo descartan.

—Sé lo que piensan los médicos, pero te pregunto qué es lo que piensas tú, a título personal.

—Creo... —trató de buscar las palabras más suaves—. ... que quizá deberías empezar a hacerte a la idea de que nunca se recupere.

A pesar de haberse preparado para lo que podía escuchar, un destello de dolor le atravesó el corazón. Quizá inconscientemente siempre lo había intuido, pero jamás se lo había planteado como una realidad hasta aquel mismo instante.

—Sé que no es mucho consuelo —añadió la enfermera—, pero ella es feliz en su mundo. No sufre, te lo aseguro, y tiene suerte de tener una amiga como tú. Eres una gran persona, Kathy, y muy valiente además; no todo el mundo es capaz de enfrentarse al dolor cada semana.

La chica hizo una mueca irónica.

—Si de verdad fuese valiente, ella no estaría aquí.

—No puedes culparte por lo que ocurrió. Ángela sufrió un shock muy fuerte, intentaron matarla. No había nada que tú pudieras hacer y, al menos, ese mal nacido pagó por ello, porque tengo entendido que murió ese mismo día, ¿no?

—No, solo volvió al lugar del que jamás debimos traerlo.

La extrañeza y confusión en el rostro de Vicky le cayó como un

jarro de agua fría. Sintió un escalofrío al ser consciente de que acababa de pensar en voz alta.

—No me hagas caso —se disculpó azorada—. Este lugar me afecta demasiado. Será mejor que me marche ya.

Cuando minutos más tarde entró en el coche, cayó en la cuenta de que casi había corrido hasta él. Necesitaba estar a solas con sus pensamientos unos minutos. ¿Cómo se le había escapado un comentario así delante de una extraña? Jamás le había sucedido hasta ahora. A decir verdad, nunca había podido hablar de lo acontecido en el pasado, ni siquiera durante la terapia a la que su abuelo se había empeñado en que asistiera, convencido de que necesitaba ayuda profesional para superar el trauma. Había acudido a la consulta de uno de los mejores psicólogos de la ciudad durante dos largos años, siendo consciente de que ni el mejor médico del mundo podría ayudarla. ¿Qué debía hacer? ¿Contarle la verdad? Si lo hacía, sabía que había más probabilidades de acabar en el psiquiátrico junto a Ángela que de obtener algo de crédito.

Había conseguido esconder la verdad todo aquel tiempo, por eso no entendía por qué a aquellas alturas quería gritarla a los cuatro vientos.

Un fugaz pensamiento le dio la respuesta. Durante tres años había esperado la recuperación de Ángela para poder hablar con ella de lo ocurrido, y hacía tan solo unos minutos acababa de aceptar que su amiga jamás volvería.

Ser consciente de aquello trajo consigo un llanto desconsolado; aunque quizá, a partir de aquel momento, su herida podría empezar a cicatrizar.

Capítulo 3

Kathy conducía con premura por la serpenteante carretera que llevaba hasta la casa en la que había vivido toda su vida. Era consciente de que iba más rápido de lo que solía ser habitual en ella, pero al menos de aquella forma no pensaba; necesitaba los cinco sentidos para permanecer dentro del pavimento. De modo que cuando entró en el camino de gravilla que la llevaba hasta su destino, y se vio forzada a reducir la marcha, casi sintió pena.

Aparcó su utilitario a la puerta de la imponente mansión donde se había criado, salió del coche y echó un vistazo a su alrededor, respirando la calma del lugar. El aire puro de la sierra llenó sus pulmones, y el olor característico a hierba recién cortada le trajo recuerdos de épocas más felices.

«Por fin estoy en casa», pensó, mientras sacaba su mochila del maletero del coche.

Caminó hacia la escalinata de entrada y, como siempre ocurría, Aurora salió a recibirla antes de que hubiera llegado al último escalón.

—¡Mi niña! —Corrió hasta ella, feliz—. Que ganas tenía de que llegaras.

Kathy se abrazó a ella y la besó en las mejillas con cariño. Aurora había sido su niñera desde que tenía tan solo un par de meses de edad, de modo que la consideraba casi como a una abuela, ya que nunca conoció a la verdadera.

—Te he echado de menos.

—¡Y yo también!

Solía pasar todos los fines de semana allí, pero, por culpa del trabajo acumulado, la semana anterior había tenido que renunciar a la visita. Aquel hecho, unido a lo señalado de la fecha, convertía las ganas de estar entre sus seres queridos en imperiosa necesidad.

—Estás más delgada —comentó la mujer mirándola de arriba abajo, torciendo el gesto—. Seguro que no estás comiendo bien.

Kathy sonrió, cada fin de semana le hacía la misma observación.

—A veces pienso que aunque estuviera como un tonel tú seguirías viéndome delgada.

—Es posible —concedió—. Pero de todas maneras prométeme que vas a comerte todo lo que te ponga en el plato.

—¿Acaso no lo he hecho siempre?

Bromeando, ambas entraron en la mansión.

—Tu abuelo está en la salita —informó—. Yo voy a terminar de preparar la comida.

—¿Cómo está? —preguntó sin disimular su preocupación.

Hacía seis meses que el anciano había sufrido un infarto, y desde entonces, no había vuelto a ser el mismo. Su corazón estaba muy delicado, de modo que debía medicarse severamente y evitar todo tipo de esfuerzos, lo cual no llevaba del todo bien.

—Algo débil, pero tan cascarrabias como siempre —bromeó Aurora tratando de quitarle hierro al asunto.

Y desapareció tras una de las puertas.

Kathy avanzó por el pasillo hasta la salita que en otros tiempos había sido el despacho de su abuelo. Entró con sigilo y observó al anciano en silencio antes de que él pudiera verla. Estaba sentado en su sillón preferido, frente a un enorme ventanal, desde donde se podía divisar la zona más bonita del jardín. La primavera comenzaba a vestirlo todo de vivos colores, y el sol se reflejaba a aquella hora de la mañana en el agua cristalina de la piscina, dando un aspecto casi edénico a las preciosas vistas.

Sebastián Monteverde miraba en silencio hacia el exterior. A pesar de que parecía relajado y en paz, Kathy lo conocía demasiado bien como para no distinguir la expresión ansiosa y nostálgica que reflejaba su rostro. Cuidar de su precioso jardín siempre fue la pasión del anciano, y durante los últimos meses su salud lo había

mantenido alejado de cualquier esfuerzo físico, incluido el mimo con el que arreglaba y cuidaba de sus flores.

La chica sintió henchirse su corazón de un amor profundo.

«Está tan viejecito», pensó, recordando al hombre enérgico y vigoroso del que no parecía quedar demasiado. Era como si aquel infarto le hubiese echado veinte años encima de repente, y de manera despiadada.

Sin pretenderlo, suspiró sonoramente alertándolo de su presencia. El ajado rostro se iluminó de felicidad al verla.

—¡Cariño, qué alegría!

—Hola, abuelo. —Corrió contenta a arrojarse en sus brazos.

—Ya pensaba que te habías olvidado de este viejo achacoso.

—¡Pero si hablamos ayer por teléfono!

El anciano frunció el ceño, enfurruñado. Nunca se había sentido cómodo al teléfono.

—A mí también me gustaría venir más a menudo, pero esto está tan retirado de Madrid...

—Si siguieras viviendo aquí, nos veríamos todos los días — protestó, insistente.

—Si siguiera viviendo aquí, tendría que seguir levantándome de madrugada para llegar al trabajo

Ese había sido el motivo por el cual decidió mudarse un año atrás. No podía recorrer dos horas de ida y dos de vuelta todos los días.

—Eso es porque te empeñas en trabajar a destajo.

Kathy suspiró, resignada..

—Abuelo, ya hemos hablado de esto, ¿recuerdas? Me gusta mi trabajo, y me gusta la independencia económica que me da.

Un ruidito desaprobatorio característico escapó de los resacos labios.

—Ya sé que no quieres mi dinero, pero al menos déjame hacerte un regalo de vez en cuando.

—Sabes que me encanta que me hagas regalos, pero cosas normalitas: un reloj, una pulsera...

—Entiendo. No quieres un deportivo ni un piso en Arturo Soria —protestó—. ¡No lo entiendo! Yo puedo darte todo eso, ¿con quién voy a gastar el dinero si no es con mi única nieta?

La chica se dejó caer hacia atrás en el sofá, resoplando. Habían mantenido aquella conversación decenas de veces. A aquellas alturas solía dejarle hablar hasta que se cansara.

—Nada, tú prefieres seguir conduciendo ese cacharro enano, y compartir piso con una actriz, en paro, y que además está como una cabra.

—Mónica es una chica estupenda. —Sonrió Kathy, divertida—. ¿Por qué no dejas de protestar y me cuentas cómo te encuentras? Tienes mucho mejor aspecto.

—Hasta el siguiente infarto.

—¡Abuelo! Sabes que no me gustan ese tipo de bromas. —Ahora sí sonó enfadada, pero el anciano esbozó una lenta y perezosa sonrisa que terminó arrancándole una sonora carcajada. Después, ambos se enfrascaron en una larga conversación que duró hasta que Aurora entró en la sala para anunciar que estaba lista la comida.

—Estaba a punto de contarle a mi nieta la historia de cuando me asignaron proteger a...

—Déjate de batallitas —interrumpió Aurora—. No quiero que se enfríe la sopa.

—¡Qué mujer tan gruñona! No sé ni cómo la aguanto.

La joven rio de buena gana. Siempre solían estar discutiendo. Más que jefe y empleada parecían una pareja tras cincuenta años de matrimonio. Aurora era la única persona a la que Sebastián no podía imponerle nada. Se pasaban la vida lanzándose puyas mutuamente, y, a pesar de lo que pudiera parecer, ambos disfrutaban por igual con sus continuos asaltos verbales; aun así, nadie dudaría jamás del cariño sincero que ambos se profesaban.

La comida transcurrió entre risas. Sebastián, pletórico de felicidad al tener allí a su nieta, alardeaba con un montón de anécdotas de su juventud, mientras Aurora fingía no creer una sola palabra y Kathy reía a carcajadas.

Tras los postres continuaron charlando un rato más. Solo cuando Sebastián dio muestras físicas de que el cansancio comenzaba a hacerle mella, Kathy dio por finalizada la sobremesa, obligándolo a subir a su habitación a dormir un rato. Como cada día, el anciano alegó no estar cansado, y, como cada día, la chica amenazó con marcharse esa misma tarde si por su causa no iba a cuidarse lo suficiente. Lo acompañó hasta su habitación y lo ayudó a meterse en la cama. No habían pasado ni cinco minutos cuando se quedó dormido.

La chica lo observó con una tierna sonrisa. Aquel viejito era todo lo que tenía, y era tanta la adoración que le profesaba, que no sabía cómo iba a poder soportar la ausencia cuando le llegara la hora.

Cuando minutos después entró en la cocina, Aurora ya lo tenía casi todo recogido. Incluso había puesto la cafetera.

—Se ha quedado dormido casi entrando por la puerta —bromeó Kathy.

—No debe fatigarse, y se ha pasado toda la comida hablando.

—No hemos debido dejarle...

—Cuando tú estás aquí no hay nada malo que pueda pasarle. Está feliz.

—A mí también me gustaría venir más, pero esto está tan lejos...

—se lamentó.

—Lo entiendo, a mí no tienes que darme explicaciones. —Sonrió maternal—. Cuando veo que está muy nostálgico saco el álbum de fotos de cuando eras niña.

Ambas rieron un instante, hasta que Aurora pareció recordar algo que le borro la sonrisa casi por completo.

—Por cierto, hace tiempo que quería darte esto.

Metió la mano en el delantal y sacó una vieja fotografía.

—La encontré en un álbum antiguo, y pensé que te gustaría tenerla.

La estampa arrancó una sonrisa nostálgica de labios de Kathy, que miró con añoranza a las dos niñas de apenas nueve años que le sonreían desde el papel. Ambas en bañador, saliendo de la piscina, posaban abrazadas mientras reían felices.

—Es del verano que Ángela pasó aquí con nosotros, ¿lo recuerdas?

—Claro, mi niña, si parece que todavía os oigo reiros por toda la casa.

Kathy asintió, suspirando.

—Reíamos de felicidad. ¡Un mes entero sin separarnos!... Apenas nos lo podíamos creer.

Recordaba el momento exacto en el que la madre de Ángela había dado su consentimiento para dejar que se quedara en la mansión en lugar de ir a veranear con sus abuelos. Ambas habían bailado felices durante horas.

—¿Cómo está? —preguntó Aurora, sacándola de sus pensamientos.

—Igual. Tres malditos años y sigue como el primer día.

—¿Y tú? ¡Y quiero la verdad! —Amenazó con el dedo índice.

—Mejor que ella.

—A Ángela no puedo ayudarla, mi niña, pero a ti sí. —Le tomó las manos entre las suyas—. ¡Tienes que vivir! El que tú también desperdicias tu vida no le devolverá la razón a Ángela.

Kathy se dejó caer en una de las sillas. A Aurora no podía mentirle. Era incapaz de mirarla a los ojos y decirle que todo iba bien, de modo que ni siquiera lo intentó.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Te juro que estoy poniendo de mi parte, pero no consigo aislarme de los recuerdos.

—¿Sigues teniendo pesadillas?

Kathy asintió en silencio.

—No debiste dejar la terapia.

—Si en dos años no consiguieron nada, ¿por qué iban a hacerlo ahora? —dijo con tristeza, sin apartar la vista de la foto—. No, me temo que hasta que no inventen unas pastillas para olvidar, los médicos no pueden ayudarme.

Aurora guardó silencio mientras servía dos tazas de café; poco después se sentó a la mesa de nuevo. La observó unos instantes antes de atreverse a hablar. Había algo que llevaba mucho tiempo queriendo preguntarle.

—Mi niña..., ¿qué ocurrió realmente en aquella azotea? —Se aventuró por fin, leyendo la expresión de absoluta sorpresa en el joven rostro—. Jamás he querido preguntarte porque sé que te dolía mucho hablar de ello, pero empiezo a pensar que no fue buena idea. Es posible que te haga bien compartirlo con alguien. —Hizo una pausa, dándole tiempo para contestar. Al no obtener respuesta decidió ayudarla un poco—. Estabais todos muy raros desde hacía días.

El asombro era tal, que resultaba difícil de esconder para Kathy. Era la primera vez que Aurora daba muestras de no creer en la versión contada a la policía.

—¿Creías que no me había dado cuenta? —insistió—. Estabais todos muy tensos, aunque jamás pensé que pudiera ocurrir algo así.

Ahora sí guardó silencio esperando respuestas; y por la mirada angustiada que recibió, y el gesto nervioso con el que Kathy removía el café, supuso que por fin iba a escuchar algo de verdad.

—Fue... horrible —susurró Kathy, rememorando el pasado—. Él le rodeaba el cuello con las manos, y apretaba..., apretaba... Ángela ya casi no podía respirar...

Si cerraba los ojos, aún podía ver el color amoratado que iba adquiriendo su rostro.

—Yo no tenía suficiente fuerza para conseguir que la soltara, por

más que lo intentaba. —Las lágrimas cobraron vida, rodando por sus mejillas—. Además, estaba muy asustada. Alex estaba tumbado en el suelo y perdía mucha sangre; yo... no sabía si sobreviviría...

Aurora se persignó con ademán nervioso, tratando de imaginar cómo se habría sentido.

—Santo Dios, siempre me he preguntado qué le pasaría a Marquitos por la cabeza para intentar matar a su propia novia — comentó—. Siempre lo tuve por un chico dulce, y que estaba muy enamorado de ella.

La respuesta no se hizo esperar ni un segundo.

—Y lo estaba. Gracias a ese amor Ángela está viva.

—¿Qué? —La miró preocupada—. ¡Si intentó asesinarla!

Ya era hora de resarcir la memoria de Marcos, pensó Kathy, y a continuación dijo algo que jamás creyó que podría confesarle a nadie.

—No, Aurora, el cuerpo era el de Marcos, pero ya no podía controlarlo. Hacía días que alguien se había adueñado de él.

—Mi niña, pero ¿qué estás diciendo? ¿Te encuentras bien?

—Ahora ya sabes por qué nunca lo he hablado con nadie. —Con una valentía que ni siquiera sabía que estuviera allí, la miró a los ojos y añadió—: Hace tres años, Ángela, Marcos, Alex y yo jugamos con algo muy peligroso, algo que nos cambió la vida para siempre...

Hizo una pausa para respirar, antes de soltar lo que sabía que iba a hacer saltar la voz de alarma.

—...una Ouija.

Aurora volvió a persignarse. Al observar la palidez extrema en el rostro de la chica, se obligó a si misma a aparcar la conversación.

—Escúchame, mi niña —dijo tomándola del rostro con suavidad para poder mirarla a los ojos—. No puedes estancarte en el pasado. Debes aprender a vivir con ello y continuar adelante con tu vida. Tienes que salir de nuevo, relacionarte con los demás, enamorarte...

En esto último, Kathy discrepó con vehemencia. Saltó de la silla como un gato escaldado.

—¿Más complicaciones? ¡Ni hablar! Por lo que a mí respecta todos los hombres están de más.

La mujer sonrió ante el absurdo comentario; y puesto que aquella tarde primaba la sinceridad...

—Eso es porque sigues queriéndolo solo a él —le dijo, aún a riesgo de salir mal parada—. No has podido olvidarlo, ¿verdad? Te conozco, y eres de las que entregan el corazón una sola vez.

—No sé de qué me hablas... —declaró, poniéndose en pie con fingida indiferencia.

Cogió su taza y le dio la espalda mientras la metía bajo el chorro de agua fría.

—Claro que lo sabes.

—Por favor, Aurora, Alex está muy lejos de aquí, y completamente fuera de mi vida —dijo, intentando tranquilizarse, pero sin conseguirlo.

—Pero no de tu corazón. No debiste echarlo de tu lado, mi niña, te hace mucha falta.

Kathy se demoró en fregar su taza para no tener que mirarla a los ojos, no estaba segura de poder controlar las lágrimas si lo hacía.

—Debe de ser un gran periodista —insistió la mujer—. Me gustaría poder verlo...

—¡Llevo dos años sin pensar en Alex! —Interrumpió crispada.

—Entonces, ¿por qué te pones así? —Ante su mutismo, agregó—: Aún llevas al cuello el colgante que te regaló, ese medio corazón de plata, ¿crees que no me he dado cuenta por mucho que te afanes en esconderlo?

En esta ocasión ya no hubo respuesta, y Aurora decidió que era mejor darle unos minutos en soledad para que se repusiera de la intensa conversación. Salió de la cocina alegando necesitar hacer una llamada telefónica.

Kathy se quedó allí parada, sintiendo que aquel medio corazón de plata le quemaba la piel, y soportando la vergonzosa verdad: todo su

ser anhelaba desesperadamente al portador de la otra mitad.

Capítulo 4

El pequeño cementerio parecía desierto a una hora tan temprana.

Kathy caminó despacio por entre las bien cuidadas tumbas. Recordaba muy vagamente la primera y única vez que había estado allí; tan solo dos días después de lo que todos a su alrededor calificaban como «lamentable suceso». Aquella fue la frase que más veces escuchó a lo largo de las agonizantes cuarenta y ocho horas que precedieron al entierro de Marcos.

—¡Debes de estar destrozada, Kathy! ¡Qué suceso tan lamentable! —le decían ocho de cada diez personas que se acercaban a darle el pésame, de las cuales a la gran mayoría de ellas ni siquiera conocía.

Resultaba curioso que se acordara de aquel nimio detalle, puesto que tenía montones de lagunas de aquellos dos días y de las dos semanas posteriores. Casi no podía recordar el momento exacto en el que enterraron a su amigo. Sabía que estuvo presente, pero eran tantos los tranquilizantes que le habían administrado que se encontraba como flotando sobre una nube la gran mayoría del tiempo. Sin embargo, casi podía sentir todavía la rabia que se apoderaba de la parte cuerda de su cerebro cada vez que alguien insistía en describir lo ocurrido con aquellas imprecisas palabras. Estaba enterrando a un amigo, mientras Ángela no parecía reaccionar a ningún estímulo y Alex se debatía entre la vida y la muerte sobre la cama de un hospital; de modo que, aún sin conocer la verdad de lo sucedido, hablar de «lamentable suceso» era quedarse muy corto.

Continuó caminando sin preguntarse en ningún momento hacia dónde debía hacerlo. Cuando sus pies se detuvieron, comprobó con asombro que se encontraba ante la tumba que buscaba. Una fotografía de Marcos, insertada en la losa, le dio la bienvenida.

Más serena de lo que esperaba encontrarse, se sentó a los pies del mármol. Había sido incapaz de visitar aquel lugar durante tres años, y hasta hacía muy poco no entendía por qué. El motivo estuvo claro en el mismo instante en el que le contó la verdad de lo ocurrido a Aurora, sin omitir un solo detalle, y de esto hacía apenas diez días. La culpabilidad que pesaba sobre ella por no haber podido defender la memoria de Marcos, le impedía pisar aquel cementerio. Había callado la verdad durante mucho tiempo, dejando que mancillaran su nombre y permitiendo que todos creyeran que había atentado contra sus vidas, cuando, en realidad, estaban vivos gracias a él; y por fin aquel silencio había acabado.

Cuando quiso darse cuenta *conversaba* tranquilamente. Resultaba curioso, puesto que siempre le había parecido absurda la costumbre de algunas personas de hablar solas ante una tumba, al menos hasta lo acontecido tres años atrás. Ahora estaba convencida de que Marcos podía escucharla, aunque no pudiera responderle.

—Sé que tenía que haber venido mucho antes, Marcos —le dijo, cogiendo aire—, pero estaba tan avergonzada... Lo que hiciste por nosotros fue algo increíble. Nos salvaste la vida, y nosotros te lo pagamos manchando tu recuerdo; pero te aseguro que voy a enmendar ese error de ahora en adelante.

Tragó saliva repetidas veces, intentando disolver el nudo que se le había formado en la garganta.

—¡Gracias, Marcos! —Rompió a llorar, permitiendo que todas sus emociones salieran a flote—. Gracias por tu fortaleza, y gracias por sacrificar tu vida para que nosotros pudiéramos tener una. Debí venir a agradecértelo mucho antes, te pido perdón por eso también, aunque reconozco que me está costando mucho trabajo encontrar algo a lo que agarrarme para seguir adelante. Alex... se recuperó por completo, casi de milagro y con mucho esfuerzo, pero, tras tres meses de lucha, lo consiguió —le confesó mientras, casi por inercia, acariciaba el colgante de su cuello—. Aunque no puedo decir lo

mismo de nuestra relación. Toda posibilidad de tener una vida juntos murió aquel fatídico día también.

Tuvo que hacer una pausa para sobreponerse. No estaba preparada para hablar sobre Alex, ni siquiera consigo misma. Suspiró con más fuerza de la necesaria para alejarlo de su pensamiento, pero tantas emociones juntas le ganaron la partida.

—¡Joder, Marcos! ¿Por qué tuvo que pasarnos esto? —Rompió a llorar de nuevo con desconsuelo, rota por el dolor—. Quisiera poder ser portadora de alguna buena noticia, algo que te ayude a pensar que mereció la pena tu sacrificio, pero te estaría engañando. No hay nada en mi vida que merezca la pena, Marcos, y mucho menos en la vida de...Ángela, o no estaría postergando y temiendo el momento de hablarte sobre ella. Antes de... de... —titubeó, buscando las palabras—, ...marcharte, me dijiste que ella no estaba bien, ¿recuerdas?, qué sentías tener que irte dejándola así, y tenías razón. Jamás volvió a ser ella misma después de aquel día —confesó, y sabiendo que no había marcha atrás, le contó todo acerca del estado de Ángela sin guardarse un solo detalle.

Le habló íntegramente de su enfermedad y de cómo los médicos no lograban arrancarle ni una leve mejoría; y, por un instante, tuvo la sensación de que la sonrisa deslumbrante que Marcos lucía en la fotografía se había apagado un poco. Para Kathy no era tan descabellado pensar en cuánto debía estar afectándole a su amigo todo aquello. Era demasiado consciente de la línea tan estrecha que separa el mundo de los vivos del mundo en el que Marcos descansaba. Estaba convencida de que todas y cada una de sus palabras estaban siendo escuchadas.

—Espero poder traerte mejores noticias algún día. Quién sabe, los milagros ocurren —le dijo, consciente de que, aunque ella ya no creyera en esa posibilidad, necesitaba irse de allí con la sensación de haber dejado a Marcos algún vestigio de esperanza.

Cuando un rato después consultó su reloj de pulsera, se

sorprendió al darse cuenta de que ya llevaba allí más de una hora sin dejar de hablar. No habían sido momentos fáciles de enfrentar, pero debía reconocer que se sentía mucho mejor tras la *charla*. Necesita aquella visita, y hasta ahora no había sido plenamente consciente de cuánto. Nada borraría el dolor que le atenazaba el alma, pero al menos había ganado algo de paz.

El resto del día transcurrió sin contratiempos. Cumplió con su jornada laboral, pasando casi nueve horas inmersa en el trabajo, pero decidió que aquella noche se daría un merecido descanso. Por primera vez en años, se encontraba lo suficientemente preparada como para intentar relajarse un poco. Estaba deseando llegar a casa, ponerse cómoda y escoger uno de los montones de libros que tenía pendientes de disfrutar, mientras saboreaba un delicioso helado de fresa. Cuando cerca de las ocho de la tarde al fin llegó a su apartamento casi soñaba con el idílico reposo; de modo que el murmullo de voces provenientes del interior la tomó por sorpresa, desconcertándola un poco. Necesitó un minuto para encontrar una explicación... ¡era la celebración del cumpleaños de Mónica, y ella se había olvidado por completo!

Su amiga había cumplido años hacía un par de días, pero por diversas razones había decidido posponer la fiesta para aquel viernes.

Kathy suspiró tras la puerta, deleitándose con la posibilidad de marcharse sigilosamente por donde había venido. Por unos segundos, se planteó anticipar su visita semanal a casa de su abuelo y marcharse aquella misma noche, pero la loca idea le duró muy poco; no podía hacerle aquel feo a Mónica, de modo que intentó poner su mejor sonrisa y entró en el piso decidida a saludar con toda la efusividad de la que fuera capaz, antes de perderse dentro de su cuarto.

—¡Menos mal que llegas! Mis amigos empezaban a pensar que eras una invención mía. —Corrió Mónica a recibirla sonriendo—. Hace un año que vivimos juntas y aún no te conocen.

Sin darle tiempo para protestar, casi la empujó hasta el centro del salón y empezó a presentarle a todo el mundo, atropelladamente. Había un total de siete personas, incluyendo a Micky y Mónica, pero por la algarabía que montaban parecían un regimiento.

«Y yo que necesitaba una noche de silencio y meditación», pensó Kathy buscando una excusa que le permitiera ausentarse rápido.

—Siéntate aquí —le gritó Mónica para que pudiera oírla por encima del resto de voces.

Y casi la empujó hacia el sitio que ella misma había estado ocupando en el sofá.

«Todo un detalle no tener que sentarme en la alfombra», pensó irónica, pero se regañó a sí misma un segundo más tarde por tanta acritud.

Al menos estaba sentada al lado de Micky, que era el único al que conocía.

—Son algo escandalosos, ¿verdad? —le susurró el chico sonriendo—. Te acostumbrarás, no te preocupes.

El resto de invitados estaban dispersos por la alfombra casi tirados de cualquier manera, y tan inmersos en su conversación que Micky podía hablar en un tono casi normal sin miedo a ser escuchado.

—Verás, aquel que grita como un poseso es Charli. —Señaló a uno de los chicos—. En la obra que están ensayando hace de esquizofrénico; papel que no le cuesta mucho representar como podrás suponer.

Kathy rio con disimulo.

—¿Son todos compañeros de reparto?

—Casi todos, excepto Maika, que es la novia de Charli, alias «*me he tragado un altavoz*».

La chica tuvo que ponerse la mano sobre la boca para amortiguar la carcajada, mientras que Micky continuaba haciendo su particular presentación privada.

—A la derecha de Maika tenemos a Alicia, también conocida como «*miradme todos, soy modelo*». —Señaló a la única persona que iba vestida como para una boda; lo cual resultaba paradójico viéndola tirada sobre la alfombra. Llevaba una falda muy corta que le impedía poder relajarse del todo, aunque no parecía importarle. Se atusaba el cabello cada segundo y medio, con un movimiento estudiado.

—Frente a ella tenemos a Elena, quien dice ser la mejor amiga de Alicia, pero que en realidad no la soporta.

Disimuladamente, Kathy iba mirando a cada uno de ellos, tratando de decidir si Micky estaba en lo cierto o solo intentaba bromear para ayudarla a integrarse.

—Y para terminar, con 77 kilos de peso, en el lateral izquierdo encontramos a Edu, que es un serio aspirante a pretendiente.

—¿A pretendiente de quién? —preguntó ingenua.

Cuando miró al chico en cuestión se dio cuenta de que él la observaba también. Se volvió hacia Micky, incómoda.

—Mónica no habrá... —Solo recibió una amplia sonrisa como respuesta—. ¡La mato! Le dejé muy claro lo que pensaba al respecto.

—Solo quiere ayudarte; está preocupada por ti.

—Eso no le da derecho a inmiscuirse en mi vida —protestó, molesta.

—En realidad no fue así. Al parecer, Edu vino a ensayar hace unas semanas, te vio salir del portal y ha prometido que conseguirá salir contigo aunque sea lo último que haga.

«Genial, es justo lo que me faltaba», pensó, irónica.

Mónica se sentó sobre las piernas de su novio, interrumpiendo la conversación.

—¿Qué quieres tomar? —le preguntó a la chica.

—Nada, gracias, no voy a quedarme mucho.

—¡De eso nada! Tú también vas a divertirte esta noche para variar —casi ordenó.

—He tenido un día agotador, de veras que no tengo muchas ganas de juerga.

Sin ser invitado, Edu se unió a la conversación, atrayendo con él un montón de miradas curiosas.

—¿Vas a dejar a tus nuevos amigos sin el placer de conocerte mejor? —dijo, coqueteando sin ningún disimulo—. ¿No lo dirás en serio?

De pronto, se encontró en medio de un montón de misiles dirigidos a convencerla. Tuvo que acceder a quedarse un rato solo para que la dejaran en paz y cambiaran de tema.

—Entonces, ¿qué narices hacemos? —protestó Charli una vez se hubo zanjado la cuestión—. Aquí mucho hablar de divertirse, pero seguimos sin decidir nada.

—A mí el strip-poker sigue pareciéndome la mejor idea —alegó Edu mirando a Kathy con lascivia.

—¡Secundo la moción! —exclamó Charli divertido.

Un abucheo general dejó claro lo que pensaban ellas al respecto.

—Vale, nos damos por aludidos —protestó de nuevo Charli con un simpático gesto de desilusión—. ¡Yo a lo que me niego es a jugar al Monopoly!

—Pero ¿quién ha dicho nada de Monopoly? —intervino Mónica—. Si en esta casa ni siquiera tenemos Monopoly.

—¡Dónde se ha visto una casa que no tenga Monopoly! Que raras sois. Seguro que tampoco tenéis un parchís.

—Yo tampoco tengo Monopoly —confesó Maika sonriendo.

—Que no... ¡vosotras sois de otro planeta!

Kathy lo observaba todo con un gesto nostálgico. Por un momento, se sintió transportada al pasado, cuando era ella quien mantenía aquel tipo de conversaciones absurdas con sus amigos. Su

mente evocó aquellas tardes de sábado en las que decidían no salir, y se reunían los cuatro en la misma casa para hablar de todo y de nada al mismo tiempo. ¡Cuántas veces se sorprendían al intentar analizar cómo había empezado la conversación que había desencadenado en algo tan incoherente! Casi podía ver a Ángela riendo a carcajada limpia, mientras Marcos hacía una de sus pésimas imitaciones de Mick Jagger y Alex tocaba los bongos como acompañamiento.

El recuerdo fue tan intenso, que por unos instantes el resto del mundo dejó de existir. Volvió de súbito al presente al escuchar a Mónica pronunciar su nombre repetidas veces. Cuando por fin la miró, comprendió que esperaba algún tipo de respuesta.

—Perdona, ¿cuál era la pregunta? —se disculpó avergonzada.

—¿Dónde estabas? ¿De veras no has escuchado nada de lo que te he dicho?

No necesitó contestar, su expresión abatida habló por ella.

—Menos mal que no te estaba contando un secreto. —Sonrió—. Solo te preguntaba qué te apetece hacer.

Kathy se encogió de hombros.

—¡Tengo una idea! —gritó Edu haciendo enmudecer al resto.

—¡Atención, chicos, esto es un momento histórico —bromeó Mónica arrancándoles una inevitable carcajada.

—¡Que simpáticos! —fingió molestarse—. Ahora no os lo tenía que decir..., pero me habéis cogido de buenas. —En esta ocasión todos esperaron expectantes—. ¿Recordáis el cumpleaños de Charli?

Este fue el primero en adivinar a qué se refería. En sus labios se dibujó una enorme sonrisa de satisfacción, que acompañó de un silbido aprobatorio.

—Yo no estaba. —Recordó Elena.

—¡Hicimos una llamada al más allá! —explicó Charli cambiando la voz por otra más tétrica.

—¡No me vaciles!

Kathy se puso completamente tensa, pero nadie pareció

apreciarlo.

—No lo hace —intervino Edu de nuevo.

Elena los observó a ambos, intentando distinguir si le estaban tomando el pelo. Le costó varios segundos decidirse a preguntar:

—¿Alguien va a explicarme de qué hablan estos dos merluzos?

—Creo que de una Ouija —aclaró Micky, por fin.

Elena miró de nuevo a los chicos con los ojos abiertos de par en par.

—A mi esas cosas me imponen mucho —reconoció.

—Deberías haber visto cómo se movía el vaso —continuó Edu sonriendo con autosuficiencia.

—Sí, y todavía no sabemos quién de los dos lo movía —bromeó Mónica mirándolos alternativamente.

—¿Cuántas veces tengo que jurar que yo no fui? —protestó Charli con ímpetu.

—Lo cual no nos deja mucha opción.

Sonrientes, todos miraron a Edu.

—¿Yo? ¡Pero si estaba tan alucinado como vosotros! Ese vaso se movía solo, y si no me creéis vamos a hacerlo de nuevo.

Sin dilación, Mónica rebuscó en la bandeja inferior de la mesa y sacó un bloc de dibujo de láminas grandes. Se lo tiró a Edu y exclamó con énfasis:

—¡Píntala!

Kathy se apresuró a ponerse en pie, dispuesta a salir corriendo.

—Yo... estoy muy cansada —se excusó, sin poder evitar titubear

—¡Venga, Kathy, diviértete una vez para variar!

—La Ouija no es divertida, te lo aseguro.

Nerviosa, se alejó unos metros del grupo, pero Mónica corrió tras ella.

—No te pongas así. Si es una broma. En realidad todos sabemos que uno de nosotros está moviendo el vaso, pero fingimos y nos echamos unas risas. ¡Es inofensivo!

—¡No! ¡No lo es! —Se volvió a encararla

—No hace falta que pongas el dedo en el vaso si no quieres; puedes quedarte a mirar nada más —insistió—. Venga, no seas aguafiestas.

—¿Aguafiestas? —Aquello colmó el vaso de su paciencia—. No creo que ni tus amigos ni tú seáis conscientes de la puerta que vais a abrir.

Intentó alejarse de nuevo, pero Mónica no se lo permitió.

—¿Tú has visto bien la mierda de Ouija que tenemos?

Señaló a Edu, que estaba muy concentrado dibujando sobre el papel, bajo la atenta mirada del resto.

—Unas cuantas letras sobre un papel no pueden hacernos ningún daño. —Sonrió, conciliadora, pero no recibió la sonrisa que esperaba como respuesta.

—Haced lo que queráis, pero no me pidas que me quede a verlo. —Mónica intentó insistir, pero se vio abruptamente interrumpida—. No vas a convencerme de que me quede. Lo único que os pido es... que os aseguréis de mandarlos de vuelta tal y como los vais a traer.

—Parece que sabes mucho del tema.

—¿Y vosotros? ¿Quién va a dirigir la sesión?

—¿Dirigir? ¡Si ni siquiera sabía que alguien debía hacerlo!

—Mientras sepáis como terminarla... —Ante la expresión boquiabierta se desesperó.

Incluso ellos habían estado más informados y el resultado fue dramático. Pero no estaba preparada en absoluto para hablar sobre el tema. La sola mención de la Ouija le había provocado un nudo en la garganta, por lo que quedarse a presenciar aquella locura estaba fuera de toda discusión. Aun así, tampoco sería sensato dejarlos allí a ciegas. Sabía que no había nada que pudiera hacer o decir para impedir que llevaran a cabo sus planes. ¿Qué podía hacer para obligarlos a desistir? ¿Comportarse como una desequilibrada y gritarles hasta que abandonaran la idea? ¿O quizá contarles...? ¡No,

aquello sí estaba descartado!

—Escúchame, Mónica, hay algunas normas importantes que debéis recordar. —Tomó aire profundamente—: Hazte cargo tú de la sesión. Tú llevas el control. Pregunta con educación y controla que nadie se burle; nada de risas ni de cachondeo. No debes arriesgarte a que... se enfaden. Eres la responsable de que todo se haga como debe ser. Si notas algo fuera de lo normal, termina con la sesión inmediatamente.

—¿No pueden hablar? —Miró a sus amigos—. Pues va a ser imposible que se queden callados.

—¡No deberíais hacer esto, Mónica! —Sollozó—. Por favor..., si tan solo pudieras entender...

—¡Pues esto ya está! —anunció Edu a viva voz.

Ambas miraron hacia la mesa, mientras Edu mostraba orgulloso su *obra de arte*. Después, escogió uno de los vasos sucios que habían utilizado hacia un momento para tomarse unos chupitos de tequila y, ante la carcajada del resto, le pasó la lengua por el contorno para *limpiar* los restos de la bebida, lo secó con su camiseta y lo colocó boca abajo sobre el papel.

Kathy tuvo un mal augurio. Se volvió de nuevo hacia su compañera, desencajada.

—¡Préstame mucha atención, Mónica! Hay sobre todo una regla importante que debéis recordar: Ocurra lo que ocurra, nadie, en ningún momento y bajo ningún concepto, debe levantar el dedo del vaso. No hasta que cierres la sesión. Cuando hayáis terminado, despídete y espera a que el vaso se mueva hasta el *adiós*. ¿Lo has entendido?

—No te pongas tan seria.

—¿Lo has entendido o no? —insistió, sin rastro de humor.

—Esperar a que se mueva al *adiós*, sí.

—No debéis voltear el vaso hasta que haya pasado por el *adiós*

—Vale, lo haré, pero no entiendo a qué viene todo esto. Kathy,

solo es un juego, ¿nunca has querido saber si hay algo al otro lado?

Aquellas simples palabras le provocaron tal sacudida que el color abandonó por completo sus mejillas, dando paso a una visible palidez de la que hubiera sido imposible que Mónica no se percatara.

—¿Estás bien?

Ya no pudo contestar. Ahogando un gemido de angustia, se alejó hacía su habitación a paso rápido. Las lágrimas pugnaban por salir de un momento a otro, mientras sentía como las náuseas comenzaban a enfermarla.

—¿Nunca has querido saber si hay algo al otro lado? —inquirió Ángela con los ojos brillantes por la emoción.

Kathy observó a los presentes uno por uno mientras sopesaba las posibilidades.

—No sé si quiero averiguarlo —susurró inquieta.

—¡Vamos! ¿Crees que yo dejaría que te pasase algo malo? —intervino Alex, cuyos brazos rodeaban el cuerpo de la chica; y aprovechó para besarla con ternura en los labios.

—¿En serio os parece una buena idea?

—¿Buena idea? —vociferó Marcos sonriente—. Yo diría que es la mejor que he oído en mucho tiempo.

—Venga, Kathy..., por favor, por favor, por favor —lloriqueó Ángela consciente de que no faltaba mucho para que cediera.

—Sois unos liantes... ¿Cómo podría negarme?

Todos gritaron emocionados.

—¡Estupendo! ¡Voy a por la Ouija!

Kathy tuvo que parpadear varias veces seguidas para alejar de su mente los recuerdos. El pasado la había atrapado con tal fuerza, que estaba sentada en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta de su

habitación, pero no podía recordar en qué momento se había dejado caer.

Secándose las lágrimas, se puso en pie y caminó hasta la cama. Con manos temblorosas, rebuscó en el cajón de la mesilla y se tomó un tranquilizante; que prefirió tragar sin agua antes que volver a salir para buscar un vaso.

Sin casi ser consciente de lo que hacía, sacó una vieja fotografía de la mesilla y la contempló con los ojos brillantes por las lágrimas. Acarició con la yema de los dedos cada uno de los tres sonrientes rostros que posaban junto a ella, y, por alguna extraña razón, recordó el momento exacto en el que la había enmarcado. Aquella había sido la primera instantánea que se hicieron los cuatro juntos. Hacía apenas quince días que habían conocido a los chicos, así que Ángela y ella corrieron a comprar dos marcos exactamente iguales tras inmortalizar aquel momento. Desde entonces, la imagen había adornado la mesilla de cada una de ellas. Y, a pesar de que después se habían hecho decenas de fotos incluso mejores, aquella siempre había sido su preferida, ocupando un lugar privilegiado en su habitación... hasta tres años atrás; cuando para Kathy llegó a resultar tan insoportable verla todos los días que la había relegado a un cajón, aunque la contemplaba a menudo.

Inquieta, miró hacia la puerta. ¿Qué estaría pasando en el salón?

Todo estaba en silencio. Cada uno de los asistentes tenía su dedo índice sobre el vaso de cristal y parecían muy concentrados; aunque había quien no podía disimular una nerviosa sonrisilla.

Mónica fue la primera en hablar. Al escucharla, los demás abrieron muy despacio los ojos, posándolos sobre la improvisada Ouija.

—Ya debe de estar...

—Bien, empieza preguntando los números de la lotería —bromeó Edu.

—¡Déjate de tonterías! —protestó Charli muy serio, pero arruinó

el efecto al añadir—. Mejor los de la primitiva, esta semana hay bote.

La carcajada fue general.

—Lo que sea pero pronto, se me está durmiendo la mano —pidió Alicia sin poder remediar un bostezo.

Las risas aumentaron de intensidad. Mónica fue la primera en parar.

—Si no nos ponemos serios esto no funciona. Dejadme dirigir a mí.

Nadie puso ninguna objeción. Guardaron silencio hasta que habló.

—¿Hay alguien ahí?

—¿Hay alguien ahí? —protestó Micky—. ¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Si supieras algo de espiritismo, sabrías que eso es lo primero que hay que preguntar.

Intrigada, Alicia mandó callar a Micky.

—¿Y luego?

—Venga, cariño, dinos a todos lo que viene después.

—Hay que preguntarle si quiere hablar con nosotros.

En aquella ocasión las protestas fueron inevitables.

—Es cierto aclaró, tratando de no enfadarse—. Hay veces que los espíritus no quieren comunicarse.

—Entonces, ¿para qué vienen?

—Bueno... —Carraspeó incómoda—. Supongo que... no tienen más remedio que venir cuando los llaman.

—¿Supongo? Pues vaya una médium de pacotilla que estás hecha —protestó Edu divertido.

—Pues dirige tú, pero espero que se te dé mejor que pintar Ouijas, porque vaya una mierda; todas las letras torcidas, de cualquier manera.

Micky intervino, consciente de que su chica no encajaba demasiado bien las críticas.

—¿Vamos a discutir o a seguir intentándolo?

—Venga, vale, si hay que preguntar esas tonterías, se preguntan y punto —intervino Charli—. Mónica haz los honores.

La aludida suspiró con teatralidad y volvió a concentrarse en el abecedario.

—¿Hay alguien ahí?

La ventana de la habitación de Kathy se abrió de par en par, sobresaltándola. Un viento helado agitó las cortinas con la fuerza de un huracán, hasta que poco a poco, tal y como había comenzado, fue cesando y todo pareció volver a la normalidad.

Lentamente, soltó la fotografía sobre la cama y se acercó a la ventana. Observó los árboles que tenía bajo su ventana, comprobando que no se movía ni una simple hoja. La noche era tranquila y apacible.

«Tiene que ser una coincidencia», pensó, mientras cerraba la ventana y aseguraba el pestillo; aunque no pudo evitar que su cuerpo temblara. Recordaba demasiado bien... ¡No! Era imposible. ¿Qué probabilidades había de que aquello ocurriera de nuevo?

Observó la puerta cerrada y agudizó el oído, intentando escuchar algo al otro lado. No sabía qué estaba ocurriendo en el salón, pero no le llegaba un solo sonido.

—Esto empieza a ser aburrido —protestó Charli con la misma expresión defraudada en el rostro que el resto.

—Yo creo que estamos haciendo algo mal —insistió Mónica—. Me parece que es un problema de concentración, ya tendrían que haber contestado.

—A lo mejor hay que pedírselo por favor.

—Claro, Maika, cariño, nos habrá tocado un espíritu muy

educado. —Charli parecía molesto—. ¡Cómo no se nos habrá ocurrido antes!

Mónica insistió una vez más:

—Si estás aquí, danos una señal.

Kathy no pudo sofocar un grito cuando la ventana volvió a abrirse con estrépito. En esta ocasión sí corrió hasta ella, y tuvo que luchar contra el viento para poder cerrarla. Justo en el momento en el que volvió a encajar el pestillo, algo cayó al suelo con estruendo, sobresaltándola de nuevo.

De un salto se volvió hacia la cama, barriendo la estancia con la mirada. La fotografía que observaba hacía un minuto estaba en el suelo. El marco parecía haberse roto, y quizá se estaba volviendo loca, pero hubiera jurado que había caído cuando la ventana ya estaba cerrada, lo que significaba que no podía haber sido por culpa del viento.

Contrariada, fijó su mirada en la puerta y tardó varios segundos en decidirse a caminar hasta ella. Asió el picaporte con fuerza, pero en el último momento se sintió incapaz de traspasarla. Temblando y sin saber qué hacer, se volvió de nuevo hacia la cama. Casi como si lo hiciera a cámara lenta, caminó hasta la fotografía y se agachó para recogerla, mientras se repetía una y otra vez que los nervios debían estar jugándole una mala pasada; pero cuando volvió a posar sus ojos sobre la imagen, se le cortó la respiración. Un terrible escalofrío le recorrió el cuerpo, sacudiéndola de arriba a abajo. Estaba en lo cierto, el marco estaba roto, pero era imposible que un simple golpe hubiera dejado aquella marca. El cristal estaba rajado por un único sitio..., sobre la cara de Marcos se observaban unas profundas grietas en forma de aspa que, sin lugar a dudas, lo tachaban de la foto.

No supo de dónde sacó las fuerzas para abrir la puerta y casi correr al salón.

A un par de metros del grupo, se sintió flaquear. Observó la imagen con el corazón desbocado.

—Dejadlo ya, por favor —pidió una vez estuvo segura de poder articular palabra.

Varios pares de ojos la examinaron con curiosidad. Era consciente de la imagen que debía presentar en aquel momento, pálida como la cera y con la cara completamente desencajada por el pánico.

—¿Estás bien? No tienes buen aspecto. —Se preocupó Mónica, haciendo un amago para levantarse.

—¡No! —Se abalanzó sobre ella—. ¡Ni se te ocurra quitar el dedo!

Todos guardaron silencio por el repentino estallido, intercambiando entre ellos claras miradas de diversión.

—No ha funcionado, Kathy —comentó muy seria—. Ya no pasa nada por voltear el vaso.

Casi al mismo tiempo que pronunciaba aquellas palabras, un pequeño osito de cristal que adornaba la estantería cayó al suelo con estrépito, rompiéndose en mil pedazos.

La sonrisa maliciosa desapareció de cada uno de los labios.

—¿Qué coño ha pasado? —Charli fue el primero en protestar.

—Que me temo que sí funcionó —aclaró Kathy retrocediendo un par de pasos por instinto.

—¡Oh, venga! ¿Qué tipo de truco habéis utilizado? —Sonrió a medias—. Ha estado muy bien.

—Te aseguro que esto no estaba preparado —se apresuró Mónica a negar.

—Vamos, no pensarás que vamos a tragarnos que ha sido la Ouija, ¿verdad? —continuó incrédulo—. Pues yo al menos no pienso caer.

—¡Ni se te ocurra levantar el dedo del vaso! —gritó Kathy imperativa, percatándose de sus intenciones.

Charli la observó con el ceño fruncido.

—¿No te parece que te estás pasando un poquito? No te ofendas,

pero estás un pelín paranoica, ¿no?

—¿En serio? —Le devolvió una mirada irónica—. Espero que sigas pensando lo mismo cuando estalle el caos.

Esta vez solo recibió una mueca burlona como respuesta.

—¿Cuánto vas a tardar en hacerlo? —preguntó Kathy de repente, alzando mucho la voz mientras miraba a su alrededor.

A nadie le pasó desapercibido que ya no hablaba con ninguno de ellos.

—¿Vas a jugar mucho más a despistarlos? —continuó—. No conseguirás quedarte, así que será mejor que des la cara.

Posó su mirada sobre la Ouija y tuvo que sofocar una arcada. Sabía, con total certeza, qué había alguien más allí con ellos. Podía sentirlo. Más tarde quizá se preguntaría de dónde estaba sacando las fuerzas para enfrentarse a ello, pero, de momento, el instinto de supervivencia era mucho más fuerte que cualquiera de sus miedos. Simplemente, bajo ningún concepto, podía arriesgarse a que ocurriera de nuevo.

Miró a Mónica y se entristeció al ver la cara compasiva con que la observaba, con la preocupación escrita en el rostro. Tampoco le pasaron desapercibidas las risas que comenzaban a ser difíciles de reprimir.

—Será mejor que nos entretengamos en otra cosa. —Sonrió Charli con autosuficiencia—. A lo mejor a nuestro amigo espíritu se le ocurre una buena idea.

Que casi todos estallaran en carcajadas fue inevitable. Incluso a Mónica le fue imposible no esbozar una leve sonrisa.

—¿No te parece que primero tendríamos que preguntarle si quiere jugar con nosotros? —Terminó Edu por provocar el despiporre general.

—Eso lo arreglo yo —Charli levantó la voz y la cambió por una más tétrica—. Amigo espíritu..., ¿jugamos?

Esta vez, ni siquiera les dio tiempo a reír. El repentino

movimiento del vaso sobre el papel los dejó mudos a todos. En silencio, observaron cómo se movía, a una velocidad alarmante, hasta posicionarse sobre el «sí», escrito con letras grandes.

—¿Quién ha sido? —preguntó Laura, inquieta.

El vaso volvió a moverse, pero esta vez no se dirigió a ningún sitio concreto, se limitó a girar sin sentido sobre el papel.

—Bueno, Charli, vale ya —pidió Edu muy serio—. En tu cumpleaños nos reímos mucho con tu bromita, pero...

—Te aseguro que no soy yo. Y tampoco era yo aquel día. Es más, hasta ahora estaba convencido de que en aquella ocasión eras tú quien lo movía.

—Pues no era yo entonces y tampoco ahora... —aseguró Edu nervioso—. ¿Mónica?

La chica negó con vehemencia.

El vaso dobló su velocidad sobre el tablero, mientras todos se miraban entre sí, interrogantes.

—Será mejor que guardemos la calma —pidió Mónica intentando sonreír, pero sin conseguirlo—. De momento que nadie levante el dedo del vaso. Aunque... todos sabemos que esto es una broma.

La seguridad con la que intentó pronunciar la frase no convenció a nadie.

—Esto ya no tiene ninguna gracia, así que será mejor que quién esté moviendo el dichoso vasito, lo confiese ahora —casi ordenó Maika mirando a su novio, furiosa.

—Cariño, te juro que yo no...

Se enzarzaron en una nueva discusión acusándose unos a otros, mientras el vaso continuaba su incesante movimiento. La algarabía subió de intensidad hasta que Kathy no pudo soportarlo más. Trató de dominar sus nervios, pero estos terminaron por ganarle la partida, obligándola a interrumpir, colérica, alzando mucho la voz para poder hacerse oír.

—¡Ninguno de vosotros está moviendo el jodido vaso! —gritó,

ganándose toda la atención de inmediato—. Mónica, será mejor que termines con esto. ¡Ahora!

Sin darles tiempo a reaccionar, el vaso comenzó a formar palabras moviéndose a lo largo de todo el papel, encerrando las letras bajo él, una por una. Temerosos, pero sin poder evitar cierto grado de fascinación, todos siguieron el recorrido, embelesados. Iban diciendo en alto cada una de ellas, intentando darle un sentido.

—«Eme»... «E»... —leía Mónica extasiada.

—«Me»... —corroboraba Edu tras ella.

—«A»... «Eñe»... «O»... «Erre»... —continuó.

—«Añor...» ¡Mierda, es demasiado largo! —protestó Edu—. Me he perdido.

Una vez que el vaso detuvo su movimiento llegaron los interrogantes.

—¿Alguien lo ha leído entero?

Expectantes, esperaron en silencio una respuesta afirmativa.

—Esto no tiene ningún sentido —titubeó Mónica, frunciendo el ceño—. Creo que no lo he entendido bien.

—¡Mónica, ya basta! —pidió Kathy una vez más. Desde su posición no podía leer nada, aunque debía reconocer que estar más cerca le hubiera sido indiferente, pues había cerrado los ojos, incapaz de soportarlo, en cuanto el vaso hizo el primer movimiento—. Debes terminar con esto ya.

—¡Oh, cállate! —ordenó Charli con malas pulgas—. Venga, Mónica, sácanos de dudas.

—¡Qué más da! —intervino Kathy de nuevo, desesperándose, pero nadie la escuchaba; todos esperaban ansiosos las palabras que solo Mónica conocía.

—No sé si lo he leído bien, pero me ha parecido entender: «Me añoraste... —titubeó un segundo y añadió confusa—, ... Katrina».

¡No! El cuerpo de Kathy recibió la noticia con una intensa sacudida, mientras que su cerebro se quedó completamente

paralizado, incapaz de reaccionar. Era como si aquella simple frase la hubiese desconectado del resto del mundo. Oía a los chicos murmurar a lo lejos, mientras su parte cuerda luchaba contra algo que amenazaba con enloquecerla de un momento a otro.

—Que no, Mónica —protestaba Charli, enérgico—. ¿Katrina? ¿Cómo el huracán aquel?

—Creo que se refiere a una persona —aclaró Micky. Y no tuvo necesidad de ponerle nombre. Todos siguieron su mirada y posaron sus ojos sobre Kathy, que a dos metros de allí parecía estar librando una batalla interior.

—¡Vuelve a moverse!

Está vez todos pudieron leer el mensaje.

—«Háblame» —confirmó Mónica. Todos asintieron.

Sin previo aviso, los vasos que descansaban en la mesa comenzaron a temblar, mientras que el indicador duplicaba su velocidad sobre el papel, volviendo a hacer círculos sin sentido.

El pánico comenzó a apoderarse de cada rostro.

—¿Qué está pasando? —susurró Maika con el terror escrito en los ojos.

Nadie pudo darle una respuesta. A aquellas alturas todos sabían que ya no eran dueños de la situación, y la única persona que podía ayudarlos, se encontraba en estado de shock frente a ellos.

—¡Kathy! —gritó Mónica al sentir que los temblores iban en aumento—. ¡Kathy, reacciona!

Fue inútil. Su mente se encontraba a muchos kilómetros de distancia. Sumergida en la oscuridad de la noche, se vio transportada a aquella vieja cabaña.

Todo parecía estar ocurriendo en aquel instante. Sabía que era un disparate, pero creía estar oyendo los gritos histéricos de sus amigos, mientras el suelo temblaba bajo sus pies y todo lo que adornaba las estanterías caía al suelo estrepitosamente: libros, vasos, el aparatoso reloj de pared..., igual que si estuvieran en el epicentro de un

terremoto que amenazaba con destruirlo todo. La evocación resultaba tan real, que hasta podía sentir aquel viento helado que le calaba los huesos. Oía a Mónica gritar su nombre en medio del caos y... ¿Mónica? Su mente se contrarió por un instante. Ella no debería estar allí, no formaba parte de aquella pesadilla.

Su corazón casi se detuvo tratando de encontrar explicación para aquella incongruencia. Su parte racional parecía tratar de alertarla sobre algo que no conseguía clarificar dentro de su confusión.

—¡Kathy!

Allí estaba de nuevo.

—¡Mónica! —susurró.

—¡Tienes que ayudarnos!

—¿Su amiga estaba llorando? Debía ser Ángela quien llorara..., aquello si lo recordaba bien...

¡No! Era Mónica.

Algo no estaba bien. Cada noche le asaltaba la misma pesadilla, pero jamás la había incluido en el sueño. Ella no formaba parte de aquella etapa de su vida.

Parpadeó repetidas veces y sacudió la cabeza con fuerza tratando de alejar de sí los recuerdos. Quizá de esa manera consiguiera despertarse. Y, casi como si fuera un milagro, funcionó.

—¡Dios mío! —susurró—. ¡No puede ser!

¡Era real! —Comprendió horrorizada. Todo estaba pasando exactamente igual que entonces. Los temblores, el frío, el intenso viento... No era otra de sus pesadillas. ¡El suelo se movía bajo sus pies! Miró a su alrededor y descubrió, con horripilante estupor, que el salón estaba sumergido en el caos. Los muebles aparecían vacíos y todo su contenido yacía hecho añicos a sus pies. Los cuadros habían caído, regando el suelo de pequeños cristalitos; y las hojas para tomar notas que siempre reposaban junto al teléfono, volaban por el aire empujadas por el incesante y helado vendaval.

Miró hacia la mesa e identificó las voces que antes había

confundido con aquellas otras. Aunque no fueran las mismas personas que aquella noche, el terror que reflejaba cada uno de los rostros sí lo era. La misma angustia, idéntico pánico.

Cuando miró hacia el centro de la mesa, recordó lo último que había sucedido antes de que su mente la alejara de la realidad.

«¿Me añoraste, Katrina?».

Por un momento se preguntó si se estaría volviendo realmente loca. Le costaba mucho discernir qué era real y qué no era más que un delirio de su imaginación.

—¡Kathy! —El grito entre sollozos de Mónica ahora si le llegó alto y claro.

—¡Tienes que contestarle! —le gritó alguno de los chicos a pleno pulmón—. No parará hasta que consiga que le hables.

Poco importaba ya quién había pronunciado aquellas palabras, pero consiguieron su cometido. La devastadora realidad la golpeó como una losa.

Él había vuelto.

—Vuelve a formar letras —gritó Edu—, pero va demasiado deprisa.

—«Ce»...«O»...«Be»...«A»...

—«Cobarde» —completó Charli.

El viento dobló su fuerza, obligándolos a agarrarse a la mesa para poder aguantar sus embates.

—¡No puedo más, por favor, contéstale! —suplicó Alicia entre sollozos, comenzando a convulsionarse por la histeria. Parecía estar al límite de su resistencia, a duras penas lograba mantener su dedo sobre el vaso.

Y el resto no estaba mucho mejor.

Kathy entendió que no aguantarían mucho más la presión. Si no hacía algo pronto, estarían perdidos. Debía superar su pánico como fuera, porque sabía que era la única que podía terminar con aquello.

Apretó los puños con fuerza, luchando contra las ganas de salir

corriendo; y cerró los ojos un segundo, suplicando la fuerza necesaria para ganar la partida. Cuando volvió a abrirlos, una expresión de férrea determinación se había instalado en su rostro.

¡Podía hacerlo! ¡Tenía que hacerlo!

Luchando contra la fuerza del vendaval corrió hasta la mesa, se tiró en el suelo y apoyó la palma de su mano sobre el vaso con toda la suavidad de que fue capaz, para ayudarlos a descansar un poco y que volvieran a tomar posiciones.

El cristal volvió a moverse sobre el abecedario, centrándose ahora sobre dos únicas letras

«Jota» «A»

«Jota» «A»

«Ja» «Ja» «Ja»

Kathy apretó los dientes, consciente de que su enemigo se jactaba de haber conseguido al fin su respuesta; y tuvo que hacer un esfuerzo considerable para anteponer el sentido común a la ira. Sabía que si se dejaba llevar por la rabia, cometería un error y *él* habría ganado.

—Se vale de nuestro miedo para obligarnos a cometer un error que le permita quedarse. No hagáis presión sobre el vaso —pidió entre gritos—. Es más fuerte que nosotros, pero mientras tengamos el dedo sobre el cristal no podrá salir. La más mínima resistencia puede provocar que el vaso se vuelque, y si esto ocurriera estamos perdidos. ¿Entendido?

Tuvo que levantar mucho más la voz para hacerlos reaccionar.

—¿Entendido?

Ahora sí consiguió que asintieran. A pesar de que el viento había cesado en intensidad, eso no había contribuido a calmar los ánimos ni lo más mínimo.

—Vamos a mandarlo de vuelta.

—¿Cómo?

—Solo tenéis que desearlo con fuerza. Yo me encargaré del resto.

Posó sus ojos sobre la Ouija buscando la salida y una histeria

momentánea se apoderó de toda la fortaleza que tanto le había costado reunir.

—¡¿Y el *adiós*?! —Casi asesinó a Edu con la mirada, pero solo recibió una mirada confusa como respuesta—. Ni siquiera sabes de lo que te hablo, ¿verdad? —bramó encolerizada—. ¡¿Cómo has podido olvidar pintar el *adiós*?! ¿Cómo pretendíais mandarlo de vuelta?

Siete pares de ojos la miraron angustiados. Respiró profundamente, luchando con fiereza contra sí misma para conseguir relajarse; si perdía los nervios...

—Está bien... Voy a quitar mi mano..., solo será un segundo.

Cuando estuvo segura de que todos la habían entendido, se apartó de la mesa y buscó con avidez por entre el vertedero en que se había convertido su salón. No tardó en encontrar lo que estaba buscando. Empuñando un bolígrafo, volvió a la mesa, y, tratando de esquivar el vaso, escribió una sola palabra en una esquina del papel: «*ADIÓS*»

Segundos después, ordenó.

—¡Vete!

Todos miraron el papel, esperanzados, pero la angustia volvió a cada rostro cuando el espíritu se negó de forma tajante.

—¡Esto es una despedida! ¡Adiós! —volvió a exigir con más contundencia, obteniendo idéntico resultado—. ¡Maldito seas, yo soy la que manda aquí y te exijo que te vayas!

En esta ocasión el cristal volvió a su habitual recorrido por el abecedario. Comenzó a marcar letras, pero esta vez muy lentamente, deleitándose en cada palabra, asegurándose de que Kathy no se perdiera una sola.

En silencio, todos fueron leyendo el mensaje. Una vez estuvo completo, el vaso se desplazó con idéntica calma hasta el *adiós*, y por fin el viento cesó y todo quedó en silencio.

Nadie se atrevió a decir una sola palabra. Uno a uno fueron

recuperando sus dedos y, sin ningún disimulo, observaron a su heroína, que continuaba mirando la Ouija fijamente.

No les hizo falta preguntarse en qué estaría pensando. Sin duda, las últimas palabras del espíritu seguían *resonando* en su cerebro. Y nadie podía reprocharle que estuviera paralizada por el pánico. La última afirmación que había salido de aquel pedazo de papel era escalofriante; y sabían que, al igual que todos ellos, ella también había leído letra a letra...: «*Volveré a buscarte, Katrina*».

Sin añadir una sola palabra más, Kathy se alejó de ellos y caminó hasta el baño con engañosa tranquilidad. Cerró tras ella, y tuvo que apoyarse en la puerta para conseguir sostenerse en pie mientras intentaba llenar de aire sus pulmones en un intento por calmar los nervios, sin éxito. Finalmente tuvo que rendirse a las náuseas, vomitando violentamente todo el contenido del estómago.

Capítulo 5

Kathy, encerrada en su habitación, paseaba arriba y abajo incapaz de parar quieta. De alguna manera había logrado dejar de temblar, pero la constante sensación de desasosiego aún bullía en su interior.

Era consciente de que, desde hacía mucho tiempo, su vida no podía considerarse como normal, pero al menos había conseguido que la rutina comenzara a llenar sus días. Comprendió que incluso las pesadillas formaban ya parte de su vida cotidiana. No sabía en qué momento las había aceptado como parte de su penitencia, pero así era. Sabía que probablemente jamás volvería a ser feliz; que durante el resto de su existencia acarrearía con el peso de los recuerdos, y estaba dispuesta a asumirlo; a cambio solo pedía continuar así, ¿acaso era pretender demasiado?

Se apoyó en el marco de la ventana y miró hacia la calle. Varios niños correteaban unos tras otros, aprovechando los últimos minutos de libertad antes de entrar en sus casas. Por un segundo los envidió, y recordó cuando era ella misma quien corría, con Ángela siempre a su lado, riendo de cualquier cosa, muchas veces sin una causa justificada. Reír por reír, sin más. Hacía tanto tiempo de aquello...

—Kathy...

Se giró para descubrir a Mónica en el umbral, sin atreverse a entrar.

—He llamado, pero... —titubeó cohibida.

—Pasa.

La actriz entró y cerró tras ella. No estaba segura de si su amiga prefería estar sola, por eso respiró aliviada cuando la invitó a pasar. Necesitaba hablar con ella, pero ahora que la tenía frente a frente no sabía por dónde empezar.

—Ya se han ido todos. Incluso le he pedido a Micky que se fuera también... —informó mientras se sentaba en la cama—. Yo... ¿Qué

ha pasado ahí fuera, Kathy?

—Que no me hiciste caso, eso ha pasado. —No pretendía sonar tan dura, pero las palabras le habían salido de forma impulsiva; aunque la mirada de culpabilidad que empañó el angustiado rostro la obligó a cambiar el tono—. Olvídalo, Mónica, será lo mejor para todos.

—Jamás pensé que podría ocurrir algo así.

—Lo sé, en realidad nadie lo piensa.

—Tú sí.

«Ojalá lo hubiese hecho entonces», se lamentó. Y, suspirando, se sentó junto a ella.

—Y tú también a partir de ahora, ¿no? —Trató de sonreír—. Espero que hayas aprendido algo de todo esto.

Mónica asintió, agachando la cabeza.

—Deberíamos haberte escuchado.

—Eso no importa ya. Pero necesito que me prometas algo —pidió—. Quiero que me prometas que nunca, jamás, vas a volver a hacerlo.

Esperó la respuesta, intranquila. Resultaba de vital importancia para ella tener la absoluta certeza, o se vería obligada a buscar otro lugar donde vivir.

—Prometido —exclamó la actriz levantando su mano derecha—. Aunque no necesitabas pedírmelo. He pasado tanto miedo que no quiero volver a ver una Ouija ni de lejos.

—Bien, confío en tu palabra, y ahora será mejor que... —Se puso en pie.

—Hablaba contigo, ¿verdad? —interrumpió casi por impulso, incapaz de contenerse más tiempo.

Kathy se dejó caer de nuevo en la cama. Sabía que tendría que contestar aquella pregunta desde que Mónica había atravesado el umbral de la puerta. Se tomó su tiempo para encontrar la respuesta adecuada, mientras que su amiga continuaba llenando el silencio.

—Siempre pensé que Kathy era el diminutivo de Catalina, pero

por eso siempre lo escribes con *ka*, Te llamas Katrina, ¿verdad?

«¿Qué sentido tiene mentir a estas alturas?», meditó Kathy, vencida.

—Mi abuela era rusa, ella lo eligió —admitió—. Desde muy pequeña todos me llamaron Kathy, es más... castellano. Solo mis abuelos me han llamado siempre Katrina.

—Tus abuelos y alguien más...

—¿Podemos olvidarlo, por favor? —Se puso en pie de nuevo interponiendo la cama entre ellas..

Mónica dudó por unos instantes, y decidió que no seguiría preguntando, al menos de momento. Dejaría que fuese ella quien decidiera cuánto y cuándo le contaba su historia.

—Kathy..., yo... me preguntaba si podría dormir contigo esta noche.

Una sonrisa comprensiva fue la única respuesta. Mónica saltó cómicamente dentro de la cama, y se tapó la cabeza con la sábana, arrancándole una sincera carcajada.

A la mañana siguiente todo parecía haber vuelto a la normalidad.

Mónica fue la primera en levantarse. Sabía que Micky no tardaría en llegar, y quería esperarle ya en pie. La noche anterior habían decidido que su lugar estaba junto a Kathy, donde podía ser de utilidad, pero estaba segura de que estaría ansioso por escuchar lo que la noche había dado de sí. Aunque no es que hubiera demasiado que contar. Ninguna de las dos había conseguido pegar ojo, pero ambas habían permanecido en silencio, a petición expresa de Kathy.

Se paró en medio del salón con el ceño fruncido. Tenía bastante trabajo por delante. Aunque la noche anterior todos habían colaborado para recoger un poco los desperfectos, los ánimos no estaban para mucho, de modo que prefirió pedirles que se marcharan y posponer la limpieza para aquella mañana.

Suspiró, mirando a su alrededor. Le llevaría al menos un par de horas poner orden en medio de aquel caos. Parecía que un tornado hubiese arrasado la casa. Eran muy pocas las cosas que se podían rescatar. La mayor parte de los adornos estaban hechos añicos, y los cuadros no habían salido mejor parados, tendrían que volver a enmarcarlos todos.

«Va a ser una mañana muy larga», pensó, caminando hasta la cocina para prepararse un buen desayuno. «Voy a necesitar combustible».

Kathy se levantó de la cama e hizo algunos estiramientos; le dolía todo el cuerpo. Solía ocurrirle siempre que se encontraba sometida a una tensión extrema. Al menos aquella noche no había tenido pesadillas, pensó irónica, ya que en realidad no había dormido nada. Cada minuto de traspasar lo había pasado martirizándose con la idea de lo que podía haber sucedido si ella no hubiera estado allí para detenerlo. No podría soportar pasar de nuevo por lo mismo... Bien entrada la madrugada, se dio cuenta de lo absurdo que era perder el tiempo haciendo conjeturas. Lo mejor que podía hacer era intentar olvidar lo sucedido, aunque no iba a ser tarea fácil.

Salió de la habitación de mala gana. Sabía que Micky estaba allí desde hacía varias horas, y, deliberadamente, había dilatado el encuentro todo lo posible, pero ya no podía seguir postergándolo. En algún momento tendría que dar la cara.

—Buenos días —saludó, procurando sonar natural—. Vaya, todo esto tiene mejor aspecto.

Observó los desperfectos, bloqueando en su mente las imágenes de lo ocurrido.

—¿Ha quedado algo entero?

—Poca cosa, tendremos que darnos un paseo por el todo a un euro.

Mónica y Micky intercambiaron una significativa mirada, pero parecían haberse puesto de acuerdo para trivializar y no hacer ninguna alusión a lo vivido.

—El chino va a hacer un buen negocio con vosotras —bromeó, intentando sonreír.

Sabía que Micky estaba haciendo un gran esfuerzo para no tocar el tema, y aunque sospechaba que lo hacía por Mónica, no por ella, le estaba igualmente agradecida.

—Voy a tomarme un café, ¿queréis algo?

—Pues yo me comía otra tostadita con miel —pidió el chico, y al ver que Mónica le miraba con el ceño fruncido, añadió—: ¿Qué pasa? La miel es muy sana.

—Sí, pero es que tú pareces una abeja, ¡qué obsesión con la miel! —protestó la actriz.

Kathy se alejó hacia la cocina, sonriendo. Ella era extremadamente alérgica a la miel, pero suponía que debía haber un bote en alguna parte si el chico desayunaba allí todos los fines de semana. Así que le prepararía a Micky su tostada, aunque tuviera que oír protestar a su amiga el resto de la mañana.

Cuando entró de nuevo en el salón, la pareja estaba centrada en uno de los marcos que habían recogido del suelo.

—Es muy raro —estaba comentando Mónica—. A lo mejor se ha salido.

Se hincó de rodillas en el suelo para asomarse debajo del sofá. Segundos después se puso en pie de nuevo.

—Pues aquí tampoco está.

—¿Qué pasa?

Ambos se sobresaltaron y miraron a Kathy.

—Es curioso —comentó Micky—. Este marco estaba tirado bajo la mesa; es de plástico por eso no se ha roto.

—¿Y qué? Se encogió Kathy de hombros, tendiéndole a Micky su tostada.

—Que falta la foto —aclaró, sentándose en el sofá para disfrutar de su segundo desayuno.

Asombrada, Kathy cogió el marco.

—Es imposible, tiene que estar por algún sitio.

—He mirado por todos lados —negó Mónica.

—¿Y de quién era la foto? —preguntó Micky con la boca llena.

—Mía —aclaró Kathy, sin encontrar una explicación al misterio.

—Pues entonces no la busques más. Yo que vosotras le preguntaría a Edu. —Sonrió malicioso—. Seguro que aprovechó el caos para cogerla.

Kathy respiró aliviada. En cualquier otro momento le habría molestado mucho enterarse de algo así, pero ahora incluso sintió cierto alivio. Lo que había rondado su cabeza era demasiado inquietante..., además de completamente imposible.

—Voy a darme un baño —anunció media hora más tarde, cuando Mónica le confirmó que no había nada más que hacer. Necesitaba relajarse, y nada como sumergirse en agua bien caliente para conseguirlo.

Tuvo que discutir largo rato con Mónica para lograr que se marcharan. La pareja tenía planeado salir a comer fuera, y su amiga se negaba a irse sin ella. Le costó más de media hora convencerla de que necesitaba estar sola.

Por fin, veinte minutos más tarde, se sumergía en la perfumada bañera. Intentó alejar todas las preocupaciones de su mente, concentrándose solo en la fragancia a lavanda con la que las sales de baño habían inundado el ambiente. Solía recurrir a aquellos espumosos baños cuando sentía que estaba al límite de su resistencia. Era lo único que parecía aportarle algo de paz.

Su cuerpo se fue adormeciendo poco a poco, y por fin pudo dejar que su mente volara libre y sin imposiciones. Sabía hacia dónde viajaban sus pensamientos siempre que conseguía relajarse lo suficiente, pero anhelaba aquel recuerdo más de lo que estaba

dispuesta a admitir. Su imaginación recorría cientos de kilómetros en pocos segundos, para reunirse con la única persona capaz de hacerle olvidar hasta el más mínimo atisbo de angustia.

El sonido del teléfono la sacó del trance quince minutos más tarde. Por unos instantes pensó en ignorarlo, pero se vio obligada a salir de la bañera al pensar en que su abuelo podría haber sufrido una recaída.

Se enroscó una toalla alrededor del cuerpo y corrió al salón, intentando no resbalar.

—¿Sí? —contestó jadeante.

Lo que escuchó al otro lado del hilo telefónico le cortó la respiración.

—Buenos días..., Katrina.

—¿Quién eres? —Debía ser una broma. Tenía que serlo, pensaba, intentando controlar sus pulsaciones.

—Me decepcionas, Katrina, pensé que te acordarías de mí; yo no he podido olvidarte.

Kathy guardó silencio, procurando pensar con claridad. Aquella voz le ponía los pelos de punta. Quién quiera que estuviera al otro lado de la línea sonaba frío y calculador, capaz de proyectar con solo unas cuantas palabras una maldad escalofriante. Hablaba de forma pausada pero contundente; dejando entrever un marcado complejo de superioridad.

—Si es una broma..., no tiene ninguna gracia —replicó enfadada, pero sin poder evitar titubear.

—¿Una broma? —Una risa siniestra acompañó la pregunta—. No, Katrina, lo siento por ti.

—Estabas aquí anoche, ¿verdad? ¿Quién eres?... ¿Edu o Charli?

—Soy tu peor pesadilla. Dime..., ¿sigues soñando conmigo?

Esto sí consiguió desconcertarla. Ninguno de los dos podría saber...

«Vamos, eso es muy fácil de suponer», se dijo a sí misma. Y ahora

si se enfadó de verás.

—¡Vete al infierno! —le gritó.

—Descuida, volveré allí, pero antes tú y yo vamos a jugar juntos...

El vaso de la paciencia de Kathy se colmó en aquel preciso momento.

—Si crees que vas a asustarme, es que no me conoces bien — habló alto y claro—. No sé qué es lo que pretendes conseguir de mí, o si solo quieres pasarlo bien a mi costa, pero no resultará; no pierdas el tiempo.

Contenta consigo misma se incorporó dispuesta a colgar, pero la siguiente frase que escuchó la dejó paralizada.

—Vaya, Katrina, hace tres años no eras tan valiente —declaró. Esperó unos segundos la reacción, y continuó al comprender que no obtendría respuesta alguna—. Te estarás preguntando cómo demonios sé yo lo que ocurrió hace tres años... Podría contarte todos los detalles. Yo estaba allí, ¿recuerdas?

La mente de Kathy trataba por todos los medios de encontrar una razón que lo justificara, pero por más que lo intentaba, no comprendía cómo podían haberse enterado de tantas cosas de un día para otro. A no ser...

—¡No puede ser! ¡Es imposible! —balbuceó contrariada.

—¿Te gustó la sorpresa de anoche? Toda una lección de superioridad, ¿no crees? Tú también estuviste bien, lo reconozco, aunque no lo suficiente... o yo no estaría aquí.

—Absolutamente nada pudo quedarse en esta dimensión —le gritó—. Yo misma cerré la puerta.

Apretó los dientes con fuerza al oír de nuevo la odiosa risa.

—Si vuelves a llamarme, te juro que aviso a la policía.

—Esa sí que es buena. —Volvió a reír—. ¿Y qué podrías decirles? ¿Qué un espíritu te persigue desde el más allá? ¿Cuánto crees que tardarían en mandarte a un loquero?

—¡Tú no eres ningún espíritu, solo un jodido loco! —acusó, colérica.

—A propósito de locos... —Hizo una pausa intencionada, consciente de que estaba a punto de asestarle la estocada final—. Dime, Katrina, ¿cómo está Ángela?

En un acto reflejo, Kathy colgó el teléfono de un golpe seco y lo miró aterrada, igual que si el aparato se hubiese convertido de repente en una enorme serpiente de cascabel.

Ajena al hecho de que continuaba empapada, y sin apenas percatarse del charco de agua que había formado a sus pies, se dejó caer en el sofá.

«Alguien trata de jugar con mi cordura», discurrió, aturdida, pero ¿quién iba a tomarse tantas molestias solo para asustarla? No concebía que nadie que la conociera la odiara tanto como para hacerle algo así. Habían llegado hasta Ángela. Quién fuera había hecho un buen trabajo de investigación

Cuando su cerebro digirió este último pensamiento, creyó dar con la respuesta. Solo había una persona, además de ella misma, que tuviera toda la información. Y quizá la odiara lo suficiente como para intentar algo así.

Sin pararse a pensar en lo que hacía, descolgó el teléfono y marcó un número de móvil. Parecía increíble que después de tanto tiempo recordara hasta el último dígito sin titubear, pero lo había marcado más veces de las que podía recordar.

Aguardó, ansiosa, hasta que contestaron al otro lado de la línea. Esperaba que lo hicieran en inglés, pero, sin duda, no que fuera una mujer; aunque en lugar de hacerla desistir, este detalle solo contribuyó a exacerbarla aún más.

—Quiero hablar con Alex —ordenó en castellano, y sin molestarse siquiera en saludar.

—¿Quién le llama?

—Una antigua conocida —contestó, irónica—. Y es urgente, si no

te importa.

Afinó el oído mientras esperaba. Escuchó con claridad la voz de Alex preguntando en perfecto inglés quién le llamaba, y resopló, enojada, cuando oyó a la chica calificarla como una *española maleducada*. Cuando el chico por fin se puso al aparato, Kathy no estaba para mucha sutileza.

—¿Has sido tú? —preguntó a bocajarro mientras su corazón bombeaba sangre a una velocidad de vértigo. Al otro lado de la línea todo quedó en silencio, de modo que se vio obligada a insistir—. ¿O es que se lo has contado a alguien? Puedes contestarme hoy, si te parece bien.

—Quizá si dejaras los histerismos y me dijeras de qué narices estás hablando...

—¡De sobra lo sabes!

—¿Ah, sí? Te recuerdo que no hablamos desde hace años, y te aseguro que no he desarrollado poderes clarividentes desde entonces.

—¡Déjate de sarcasmos! —gritó cada vez más furiosa.

—Mira quién habla, esa sí que es buena, pero ¿vas a decirme que ocurre o has llamado solo para insultarme?

—Todavía no te he insultado, cuando lo haga notarás la diferencia. —Casi sin tomar aire continuó—: Dime si has tenido algo que ver con la llamada que acabo de recibir.

—¿Qué tipo de llamada?

—Alguien sabe lo que pasó hace tres años.

Alex guardó silencio. Tardó varios segundos en contestar.

—¿Qué es lo que saben?

Ahora fue Kathy quien calló. ¿Qué era lo que sabían en realidad? Poco más allá del paradero y la situación de Ángela. De repente, se sintió la idiota más grande del mundo.

—¿Tú no se lo has contado a nadie? —preguntó con tono inseguro.

—No —negó categórico, y percatándose de que la chica no pensaba añadir nada, insistió—: ¿Qué ha pasado?

La vergüenza se apoderó de Kathy. Estaba medio desnuda, calada hasta los huesos, sentada sobre el charco en que había convertido su sofá, y había llamado a Alex, después de tres años sin hablar, solo para gritarle por algo que en realidad no tenía ningún sentido. Con decir que se sentía ridícula se quedaba muy, pero que muy corta. Se le ocurrían al menos diez calificativos más con los que bautizarse, pero tenía que decir algo.

—Yo... lo siento, Alex, creo que me he precipitado al llamarte...
—Y colgó sin esperar respuesta. Ya podía añadir *cobarde* a la lista.

«Ni siquiera le he preguntado qué tal estaba», pensó con amargura. Tanto tiempo sin hablar y ni se había molestado en saludarlo. La tensión acumulada en las últimas horas había sido devastadora, pero eso no era excusa para comportarse así.

Aquellas últimas veinticuatro horas, habían sido las más desoladoras e inquietantes de los últimos tres años. Y la estocada final se la había auto infringido con aquella llamada a Londres. Cada día, desde el mismo momento en el que Alex salió de su vida, había fantaseado con levantar el teléfono y marcar aquel número..., pero en ninguna de sus fantasías se comportaba como una perturbada, grosera y prepotente...

...en aquel punto solo había una cosa que podía hacer para desahogarse... Rompió a llorar desconsoladamente, rogando para que las lágrimas consiguieran arrastrar al menos parte de la angustia que le atenaza el alma.

Capítulo 6

En contra de lo que era habitual, todos habían llegado puntuales a ensayar aquella mañana. Los lunes casi no solían dirigirse la palabra; se limitaban a dormitar por algún rincón del teatro hasta que el encargado de los decorados terminaba de dar los últimos toques en el escenario; pero hoy era diferente, tenían un excitante tema de conversación entre manos.

—Maika piensa que deberíamos consultar con un especialista —comentó Charli reprimiendo un bostezo—. Me ha estado dando la murga con eso todo el fin de semana.

—Pues no parece mala idea —opinó Alicia—. Supongo que tendrá más respuestas que nosotros.

—¿Y para qué queremos seguir con el tema?

—Yo estoy de acuerdo con Charli —contestó Edu—. Será mejor que lo olvidemos.

—A mí me parece que no podré olvidarlo nunca —confesó Mónica, conteniendo un escalofrío—. Creo que no conseguiré sentarme en mi sofá sin recordarlo.

—Supongo que si hubiese sucedido en mi casa, me pasaría lo mismo —concedió Edu.

—¿Creéis que debería llamar a alguien?

—¿Para hacer qué?

—No sé... Para que limpie la casa o algo así..., ya sabéis..., de energía negativa y eso.

—Puede ser.

—Quizá.

—¡Pero ¿os habéis vuelto todos locos?! —interrumpió Charli—. Estáis sacando las cosas de quicio.

—Es posible, pero yo me sentiría mucho más tranquila si todas esas malas vibraciones...

—Mira, Mónica, si lo que quieres es tranquilidad, echa a esa compañera tuya de casa —soltó Charli a bocajarro, dejando a todos patidifusos—. ¿Qué pasa? ¿Es que hemos hecho algún tipo de pacto para no hablar sobre ella? ¿No estabais allí también?

—No estás siendo justo —opinó Edu—. Sabes que si no hubiese sido por ella...quién sabe lo que hubiera pasado.

—¿Y si todo lo que sucedió fue por su causa? —insistió—. ¡Pensadlo!

—Te recuerdo que trató de evitar que lo hiciéramos.

—Y yo te recuerdo a ti que nada había pasado hasta que ella volvió al salón. Esa tía me da mal rollo.

Tuvieron que aparcar el tema por el momento. El director les pidió que fueran subiendo al escenario y tomando sus posiciones.

Todos le hicieron caso sin rechistar. A pesar de que llevaban más de una semana ensayando la escena final, sabían que de cómo salieran aquellos últimos cinco minutos dependía que el público quedase plenamente satisfecho o no.

La obra contaba la conmovedora historia de amor entre un atracador psicótico y la cajera de un importante banco europeo. El decorado recreaba a la perfección el interior del mismo, donde ocurría lo que desencadenaba el triste final.

Charli y Mónica eran los encargados de encarnar a Clara y Nico, que representaban a la pareja de amantes.

—Bien, vamos a empezar —informó el director de escena paseando de aquí para allá, asegurándose de que todos estuvieran en sus marcas. Después, bajó del escenario y se sentó en una de las butacas de la primera fila—. Os recuerdo que no nos podemos permitir un simple segundo de distracción. Charli, tenemos que conseguir que los disparos y el detonador de tu pecho salten al unísono. De eso depende que el público se lo crea o no.

Todos asintieron. Habían oído aquellas pautas diez veces al día durante la última semana, pero no era tan fácil de sincronizar. Se

había decidido que se quería dar la sensación de que todo ocurría a cámara lenta, y para conseguirlo se resolvió que Charli llevara un detonador con cinco cargas de sangre artificial. El problema residía en que él mismo debía accionar cada una de ellas utilizando un pequeño mando que llevaba escondido en la mano, pero debía hacerlo una a una, sincronizado con cada uno de los disparos que los guardias de seguridad descargarán de sus armas; un segundo antes o después, y la acción perdería toda su carga dramática, convirtiéndose en mediocre una obra maestra.

—Bien, vamos a centrarnos solo en esa parte. Nico, acabas de descubrir que la persona que más amas en este mundo te ha traicionado, que ha sido precisamente ella quien ha pulsado la alarma. Clara —miró a Mónica—, tu mirada debe tratar de convencerle de que baje el arma y se entregue, pero tenemos que ver también el momento en el que lees en sus ojos y comprendes sus intenciones. Quiero que corras hacia él justo en ese instante.

Mónica asentía con tranquilidad. Sabía de sobra cuando debía empezar a correr: justo en el momento en el que Charli mirase a los guardias y le devolviese una mirada atormentada pero resuelta.

—Bien, vamos a intentarlo.

Esperaron unos minutos en silencio para poder entrar en sus respectivos papeles. Cuando se dio la orden para comenzar, todo transcurrió en segundos.

Nico miró a Clara con lágrimas en los ojos, mientras levantaba su arma contra ella. Atormentado, se volvió hacia los tres guardias que le apuntaban a él directamente al pecho. Cuando depositó su mirada de nuevo sobre Clara, esta comprendió que lo había herido tan profundamente que la vida había dejado de tener sentido para él. Ese fue el momento exacto en el que echó a correr hacia él, gritando, tal y como pautaba el guion. Nico volvió su arma hacia los guardias forzándolos a disparar, creyendo proteger sus vidas.

Con una sincronización perfecta, las cinco detonaciones fueron

sucedíéndose muy lentamente, mientras Nico abría sus brazos heroicamente para recibirlas.

Una expresión de asombro cruzó el rostro de Charli antes de precipitarse hacia el suelo. Cayó sobre la madera con estruendo.

El personaje de Edu era el encargado de certificar su muerte. Lentamente, sin dejar de apuntarle, se agachó ante él y fingió tomarle el pulso.

—Está muerto —afirmó.

Clara se arrojó sobre él, llorando desesperada. Desgarrada por el dolor lo tomó en sus brazos...

Kathy cerró los ojos en un intento por relajarse, mientras la agradable brisa le acariciaba el rostro.

Hacía solo unas horas que había decidido que aquel era el momento indicado para tomarse las vacaciones que durante tanto tiempo había estado postergando. Una vez tomada la decisión, solo tuvo que hacer una simple llamada al director de la editorial para hacerlo realidad. Media hora más tarde estaba de camino a la mansión. Pensaba pasar al menos una semana rodeada de sus seres queridos, y disfrutando de un merecido descanso.

Casi metidos en el mes de mayo, el jardín de la casa parecía un sueño. El verde lo llenaba todo hasta dónde podía alcanzarle la vista, preparando los sentidos para el florecer de las gardenias, con su peculiar y exquisito aroma.

Desde muy pequeña, aquel siempre había sido su lugar favorito de la casa. Estaba sentada a apenas diez metros de la piscina, bajo los enormes robles, que daban la sombra suficiente como para aislar aquella zona del incesante calor.

Observó el majestuoso cielo azul, que se extendía en el infinito, y suspiró.

—Eso ha sonado a nostalgia. —La sorprendió Aurora, sonriendo.

Kathy le devolvió la sonrisa mientras aceptaba el vaso de zumo de naranja que le tendía.

—¡Qué bueno! —Volvió a suspirar—. Es natural.

—Claro, ¿qué pensabas? —fingió ofenderse—. Bébetelo rapidito que se le van las vitaminas.

Aquello arrancó una perezosa sonrisa de labios de Kathy.

—¡Pues eso no podemos permitirlo! —Bebió rápidamente.

—Tu madre solía decirme lo mismo.

En esta ocasión ambas rieron.

Desde que era muy pequeña, Aurora se había encargado de hablarle continuamente de sus padres. No estaba dispuesta a que aquel tema fuera tabú en la casa, tal y como Sebastián pretendía. Aurora había pasado horas y horas contándole cosas acerca de sus progenitores, sin escatimar ni siquiera los pequeños detalles. Kathy tenía apenas un par de años cuando un terrible accidente la dejó huérfana, pero a través de aquella mujer conocía a sus padres mejor que muchas otras personas teniéndolos en vida. Aquello era algo por lo que le estaría eternamente agradecida. Aurora conocía muy bien a ambos. Fue su madre quien decidió contratar sus servicios cuando Kathy contaba tan solo un par de meses de nacida. Los dos primeros años de su vida, cuidó de ella durante las horas que Ana pasaba trabajando fuera. Y después del trágico accidente, Sebastián decidió que no habría nadie mejor para cuidar de su nieta. Su abuela también pasaba todos los ratos que podía junto a la pequeña, pero jamás había vuelto a ser la misma tras el trágico accidente que le arrebató a su única hija. Cuando unos meses después de la pérdida, le diagnosticaron un tumor en el estómago, no pudo ni quiso luchar contra ello, de modo que se reunió con su adorada hija apenas un año después de haberla perdido.

—¡Te pareces tanto a ella! —Suspiró, observándola con expresión dulce—. Creo que cada día que pasa me la recuerdas más.

—Eso es todo un honor. Me ha dicho un pajarito que era muy

bonita.

Aurora sonrió.

—Increíblemente hermosa —corrigió la anciana—. Exactamente igual que tú.

No era la primera vez que le decía aquello, pero conseguía ruborizarla cada vez que lo hacía; aunque no se estuviera inventando nada. Kathy era tal y como se empeñaba en calificarla. Su negro cabello contrastaba enormemente con el verde intenso de sus ojos, y sus suaves facciones le conferían un aspecto dulce a su rostro.

—Ese debe de ser el aspecto de los ángeles —agregó la mujer sonriendo.

La mueca risueña desapareció de los labios de la joven. Recordó un lejano día en el que alguien la había comparado también con un ángel.

«¡La primera vez que posé mis ojos sobre ti creí que eras un ángel!», le había confesado Alex cuando apenas llevaban un mes saliendo juntos. Y desde aquel día la había llamado precisamente así, *mi ángel*, consiguiendo que Kathy se derritiera cada vez que lo escuchaba.

Parpadeó para alejar los recuerdos, y con ellos las lágrimas que estaba a punto de derramar. Aurora la observó, apenada.

—Llámalo —le susurró.

Kathy no tuvo necesidad de preguntar a quién se refería. Y la realidad no podía ser más triste: ya lo había hecho, y se había comportado como una imbécil.

Afortunadamente no tuvo que contestar. El leve sonido del teléfono les llegó desde muy lejos. Kathy hizo un rápido amago para levantarse, pero Aurora se le adelantó y corrió hacia la casa. Minutos después volvió a salir con el inalámbrico en la mano.

—Es para ti, mi niña.

Kathy se puso al aparato, frunciendo el ceño. Debía ser de la editorial. Había avisado de lo de sus vacaciones con tan poca

antelación, que estaba segura de que iban a estar llamándola todo el día.

—¿Sí? —contestó, resignada. Lamentablemente no escuchó la respuesta que esperaba.

—No puedes huir de mí, Katrina, no van a gustarte las consecuencias.

No se detuvo a escuchar nada más. Colgó precipitadamente, y casi tiró el teléfono sobre la mesa. Aquella voz la había impresionado demasiado como para no reconocerla al instante.

Se puso en pie como impulsada por un resorte. Aurora la miraba, preocupada. Debía de haberle cambiado la cara de color.

—¿Qué pasa, mi niña? Te has puesto muy pálida, ¿no serán malas noticias?

—No. Se... han equivocado. —Sabía que no iba a tragarse aquella tontería, pero confió en que respetara su silencio—. Voy a subir a refrescarme un poco.

Se alejó a paso rápido hacia su habitación, antes de darle tiempo para bombardearla a preguntas.

¿Cómo había conseguido aquel número? Era sin duda la pregunta que no dejaba de darle vueltas en la cabeza. Su abuelo siempre se había empeñado en que no quería figurar en la guía, de modo que no podría haberlo sacado de allí.

Caminó nerviosa hasta su cuarto, sin dejar de darle vueltas a lo ocurrido, hasta que llegó a la conclusión de que aquel tipo debía estar más próximo a ella de lo que creía. ¿Y si era de la editorial? Como llevaba par de semanas con el teléfono móvil averiado, aquella misma mañana le había facilitado el número fijo de la mansión a su jefe por si surgía algún problema. Era posible que quién estuviera detrás de las llamadas lo hubiese conseguido a través de él. Pero entonces, ¿cómo sabía lo ocurrido con la Ouija?

¡Aquello comenzaba a convertirse en otra pesadilla!

Entró en su alcoba y se dirigió al baño para refrescarse un poco el

rostro; quizás así consiguiera también atemperar un poco sus ideas. Se lavó la cara con agua fría, y se miró en el espejo mientras se secaba para comprobar si había vuelto algo de color a sus mejillas; pero lo que encontró frente a frente la sobresaltó de tal manera, que tuvo que sujetarse al lavabo.

Observó el espejo, estupefacta, con los ojos como platos.

Tan absorta estaba, que el sonido de la puerta de su cuarto al abrirse le hizo dar un brinco y un pequeño grito escapó de su garganta. Respiró aliviada al ver que se trataba de Aurora, que entró en la habitación, de nuevo con el teléfono en la mano. Kathy estuvo a punto de decirle que no quería hablar con nadie, pero la expresión preocupada de su rostro se lo impidió.

—Lo siento, he llamado a la puerta, pero no has debido escucharlo —se excusó—. Es tu amiga Mónica, mi niña, creo que deberías contestar.

Extrañada, se puso al teléfono. Solo tuvo que escucharla pronunciar su nombre para comprender que algo no andaba bien. El tono lacrimoso resultaba demasiado evidente.

—Kathy..., Charli ha muerto.

Aquello superó con creces todo lo que había esperado escuchar.

—¿Qué? ¿Cómo ha sido?

—En el ensayo —explicó entre sollozos—. Pensábamos que todo había salido bien, pero... Charli ya no se levantó. —Rompió a llorar desconsolada.

—Trata de calmarte, y cuéntamelo todo despacio —pidió Kathy, abrumada.

—Estábamos ensayando el final de la obra —continuó hablando entre hipidos y sollozos—. Se suponía que su personaje debía morir en escena de varios balazos... Hemos ensayado con las mismas pistolas de fogeo montones de veces, y jamás había pasado nada, pero hoy...

Escuchó el resto de la historia completamente horrorizada. Lo

único que había anticipado la policía era la causa de la muerte: un único impacto de bala a la altura del corazón. De momento no sabían qué había podido fallar, pero la cosa parecía más que evidente: entre las cinco detonaciones que todos escucharon..., una había sido real.

—¿Cómo ha podido pasar, Kathy? Sigo sin entenderlo. Ya sabía que con las armas de fogeo hay que tener cuidado, pero jamás pensé que pudiera ocurrir un accidente semejante.

«Eso es porque no ha sido un accidente», pensaba Kathy para sí. Era evidente que alguien había manipulado el arma, pero comprendía que su amiga se encontrara aún en estado de shock como para entenderlo. Tarde o temprano caería por su propio peso, o sería la policía la encargada de aclarárselo. Estaba segura de que tratarían el caso como homicidio desde un principio. Resultaba indiferente que hubiesen trucado el arma para que pudiera disparar balas reales, o que se hubiera cambiado la pistola por otra similar, en cualquiera de los casos, era más que evidente que alguien había tenido que hacerlo.

Con lágrimas en los ojos y un terrible presentimiento atenazándole el pecho, se giró de nuevo hacia el espejo del baño. Con letras grandes, garabateadas con uno de sus propios pintalabios, alguien había escrito una única palabra: JAQUE

La coincidencia era demasiado grande.

Otra noche sin dormir era lo único que Kathy había conseguido de las últimas doce horas.

Debería haber vuelto a casa dos días atrás, en cuanto recibió la triste noticia, tal y como pretendía; aún no comprendía cómo Mónica había logrado convencerla para que no lo hiciera. Quizá tendría que haber insistido más, pero cuando su amiga le confirmó que Micky había pedido unos días libres para quedarse con ella, supuso que no era necesaria su presencia. Él la cuidaría en todo momento.

Acababan de hablar de nuevo hacía apenas dos minutos, y parecía estar muy entera. Ya mucho más tranquila, le estuvo contando que el cuerpo de Charli había estado durante aquellos dos días en el anatómico forense, a expensas de la correspondiente autopsia. La familia al fin había podido disponer del cadáver aquella misma mañana, y hacía apenas un par de horas que lo habían incinerado. Debido al tiempo transcurrido habían tenido que renunciar a velarlo.

Distraída, Kathy apuró el vaso de zumo que Aurora le había obligado a tomar tras negarse a desayunar. Miró a su alrededor, sin poder reprimir un suspiro. Sentada bajo la sombra de los árboles, volvió a pensar en lo paradójica que es la vida. Probablemente aquel fuera uno de los días más hermosos que la primavera les había regalado aquel año, y los pájaros parecían celebrarlo con su alegre trinar; resultaba sumamente injusto que alguien tuviera que enterrar a un hijo, hermano o amigo.

Sebastián Monteverde se sentó a su lado, sacándola de sus reflexiones.

—Me ha dicho Aurora que no has querido desayunar nada — comentó, y continuó sin esperar respuesta—. ¿Era muy joven ese chico?

—Supongo que tendría mi edad.

El anciano contuvo una exclamación de horror, y no pudo evitar pensar en los padres de aquella criatura. Nadie mejor que él sabía el dolor desgarrador que provocaba la muerte prematura de un hijo, y cómo seguía doliendo, día tras día, durante el resto de la vida.

—¿Lo conocías mucho?

—No. Solo lo había visto una vez, pero es muy amigo de Mónica, bueno... era.

—¡Qué injusta es la vida a veces! —suspiró—. ¿Qué vas a hacer? ¿Te marchas?

A Kathy se le escapó una sonrisa al escuchar el tono lastimero que el anciano creía haber ocultado.

—Bueno... Mónica insiste en que me quede aquí. Ella tiene a Micky, y él sabrá consolarla mejor que yo.

Aurora interrumpió la conversación con una sonrisa de oreja a oreja, que no podría haber ocultado por mucho empeño que hubiese puesto.

—Tienes visita, mi niña —anunció pletórica.

La mirada de asombro que recibió como respuesta, solo consiguió que ensanchara su sonrisa aún más.

—¿Visita? ¿Quién es?

—¡Ya puedes salir! —gritó la mujer para que pudieran oírla desde dentro.

Quién franqueó la puerta y salió al jardín, era la última persona que Kathy esperaba ver, tal y como quedaba demostrado por su expresión de absoluto estupor.

—¡Alex!

—Hola, Kat.

Capítulo 7

Sebastián fue el primero en ponerse en pie para saludar al recién llegado, sin ocultar cuánto le alegraba la visita. Siempre había existido una buena relación entre ellos, puesto que jamás había visto a su nieta tan feliz como durante los cuatro años que pasó al lado de aquel chico, de modo que lo tenía en gran estima.

—Muchacho —lo abrazó—. Ha pasado mucho tiempo.

—Sí... —Sonrió, y posó su mirada sobre la chica antes de agregar —:... demasiado.

El rostro de Kathy no dio muestras de estar de acuerdo o no con aquella afirmación. En realidad se había quedado tan estupefacta que apenas podía moverse de dónde estaba. La intervención de su abuelo le estaba viniendo muy bien, necesitaba tiempo para encajar la sorpresa inicial.

Solo Alex usaba aquel diminutivo de su nombre. Jamás había permitido a nadie más llamarla así. Siempre había adorado la manera suave con la que pronunciaba aquellas tres simples letras. Habían pasado tres años, y su cuerpo se estremeció al escucharlas igual que si no hubiesen transcurrido ni unos pocos minutos.

Estupefacta, miraba como los dos hombres de su vida charlaban y reían amigablemente, sin entender una sola palabra a pesar de estar a tan solo un par de metros. Su raciocinio se encontraba muy lejos de allí. La parte cuerda de su cerebro le advertía de que debía dejar de comérselo con los ojos, pero por más que intentaba apartar la mirada, no podía. Alex siempre había sido un chico muy guapo, de expresión dulce y cara de niño travieso, pero de aquellas facciones añidadas ya no quedaba nada. Aquellos tres años lo habían convertido en un hombre hecho y derecho; un hombre que debía de traer locas a la gran mayoría de chicas londinenses. Con *increíblemente atractivo* se quedaba muy corta...

«Debería estar prohibido tener ese aspecto», pensó, mirándolo de arriba abajo como si su cuerpo fuera un enorme pastel de chocolate. Siempre había creído que era perfecto. Desde el mismo momento en el que se conocieron, no había podido dejar de fantasear con estar entre aquellos brazos fibrosos. Si hace tan solo dos minutos le hubiesen dicho que aquella perfección se podía mejorar, se hubiera reído. ¡Y cómo se habría equivocado! Lo que tenía ante sus ojos sí que era inmejorable.

Recordó a la mujer que había contestado el teléfono hacía unos días. ¿Cómo pudo pensar alguna vez que quizá él tampoco hubiese rehecho su vida? Ahora le parecía del todo absurdo. Por lo que estaba comprobando, las mujeres se le debían ir tirando al cuello por donde quiera que fuese; habría sido casi un milagro que no encontrara ninguna con la que sentar cabeza. Pero no podía culparlas, ella misma daría cualquier cosa porque aquellas manos acariciaran su cuerpo y...

«¡Kathy, por Dios, que te pasa!», se reprochó, sofocada, y se sintió de pronto tan avergonzada que por fin pudo romper el contacto visual.

Caminó a paso rápido hasta la piscina. Quizá la cercanía del agua podría ayudarla a enfriar... sus ideas.

Recordaba que entre los dos siempre había existido una química difícil de explicar. Desde la primera vez que se pusieron los ojos encima habían tenido serios problemas para mantener apartadas las manos el uno del otro, pero había pasado mucho tiempo, y ya nada entre ellos era igual. Ella no tenía derecho a imaginar...

Se regañó una vez más por el derrotero que tomaban sus pensamientos. Empezaba a molestarle no poder controlar las reacciones de su propio cuerpo. Trataba de convencerse de que solo era la impresión de volver a verlo, que resultaba lógico que todo su ser respondiera a los recuerdos, al estar frente al único hombre al que se había entregado; pero en su interior sabía que el pasado nada

tenía que ver con el hecho de que hubiera querido arrastrarlo a su habitación nada más ponerle los ojos encima.

«Tres años sin sexo deben haberme afectado más de lo que suponía».

Sonrió, irónica, ante aquel pensamiento. ¿Para qué iba a engañarse? Había tenido montones de oportunidades, pero jamás había vuelto a desear a ningún otro. Así de sencillo. Desde que Alex se marchó, nunca volvió a sentir ese cosquilleo en la boca del estómago ni esa necesidad imperiosa de besar unos labios, de sentirse acariciada y...

«¡Ya estoy haciéndolo de nuevo! ¡Maldito Alex, ¿por qué ha tenido que venir?! ¡Estaba muy a gusto sin él! ¡Podía haberse quedado en Londres con... con cómo quiera que se llamara!»

Recordó el colgante que llevaba siempre al cuello y, nerviosa, palpó su pecho solo para asegurarse de que estaba bien escondido bajo la camiseta. Cuando sintió el frío metal, no pudo evitar preguntarse qué habría hecho Alex con su mitad. Era muy posible que ni siquiera se acordara de dónde lo tenía.

«Seguro que ha estado demasiado ocupado conociendo mujeres como para recordar algo tan nimio», pensó, de repente tremendamente enfadada.

—Espero no ser el centro de esa ira —declaró Alex a su espalda, sorprendiéndola.

Antes de girarse a mirarlo, Kathy escondió sus emociones bajo una fría capa de indiferencia. Alex siempre había tenido la capacidad de leer en su rostro todo lo que pasaba por sus pensamientos; tendría que tener cuidado si quería ocultarle cómo se sentía. Adoptó la expresión más fría de que fue capaz, consiguiendo que su voz se impregnara también de puro hielo.

—¿Qué haces aquí, Alex?

El chico sonrió con una mueca irónica.

—No esperaba este cálido recibimiento. Yo también me alegro de

verte.

—¿Y qué esperabas? ¿Una fiesta? ¿Fuegos artificiales? —Sabía que se estaba comportando como una cría enrabiada, pero era el único escudo del que disponía para protegerse.

—Te he echado de menos.

Kathy lo miró, iracunda. El tono sarcástico había sido tan evidente, que no tuvo que plantearse la veracidad o no del mismo. ¡Ojalá ella también pudiera ironizar sin mentir!

—Todavía no me has contestado. ¿A qué has venido?

Antes de responder, el chico escrutó su expresión unos segundos. Comenzaba a molestarle mucho la impasibilidad que leía en su rostro.

—Dímelo tú. Tú me llamaste —dijo solo para molestarla, y por su expresión indignada no tuvo ninguna duda de que lo había conseguido.

—¡Solo para hacerte una pregunta!

—¡Ya!

No le sorprendió la mirada asesina que recibió.

—Si piensas que te llamé para que vinieras, estás muy equivocado —gritó furiosa, ya no por el hecho de que él pudiera creerlo, sino al comprender que, quizá, de alguna manera, estaba en lo cierto—. ¡Sigues siendo un engreído!

—¿Vamos a seguir discutiendo o vas a decirme que hago aquí?

—¡Yo no te pedí que vinieras!

—No te preocupes, me marcharé en unos minutos, aunque... —cogió asiento en una de las tumbonas, con pasmosa tranquilidad—. ...ya que estoy aquí, a lo mejor quieres aprovechar y contarme lo que está pasando.

—No hay nada que contar. —Le dio la espalda para no ceder a la tentación.

—¡Claro, que tonto soy! El que me llames después de tres años al borde del colapso nervioso, acusándome de cosas sin sentido, es lo

más normal del mundo. ¿Cómo he podido pensar que algo raro estaba pasando?

—Si has terminado de ironizar te agradecería que te marcharas. Siento que hayas tenido que venir desde Londres para esto.

—¿Por qué me cuesta creerlo?

En silencio, ambos se sostuvieron la mirada durante unos segundos.

Kathy se moría por contarle todo lo que le estaba ocurriendo, pero su orgullo era más fuerte que la necesidad de desahogarse. ¡No podía pedirle ayuda a Alex, aunque la necesitara desesperadamente!

—¿Qué está pasando, Kat? —casi susurró al sentirla vacilar.

Volver a oír aquel diminutivo de sus labios acabó de destrozarle los nervios. Si no se marchaba pronto...

—Adiós, Alex —dijo al mismo tiempo que pasaba ante él, y se alejaba de nuevo hacia la sombra de los árboles. Apretó el paso para poder escabullirse dentro de la casa cuanto antes, pero no pudo llegar a la puerta; un brazo de hierro la interceptó cuando estaba a punto de conseguirlo.

—¡Ya basta! ¿No te parece que te estás comportando como una cría? ¿Es que no podemos hablar como personas civilizadas?

Kathy casi no podía respirar, estaba tan cerca...

El teléfono rompió la tensión acumulada entre los dos. El aparato todavía se encontraba sobre la mesa, tras haber hablado con Mónica hacía menos de una hora. Kathy se maldijo en silencio por no haber insistido más a su abuelo en que tenía que sustituir aquel inalámbrico por otro nuevo. Llevaba mucho tiempo fallando, y paradójicamente, solo funcionaba allí en el jardín; si intentaba entrar con él en la casa, perdía la señal y se cortaba la llamada; de modo que estaba atrapada.

—¿No vas a contestar? —preguntó, soltándola con una sorprendente tranquilidad.

La chica dudó un segundo.

—Me gustaría un poco de intimidad para hacerlo

—Entonces me parece que no vas a tener suerte —dijo. Y se reiteró cogiendo asiento; lo que le valió otra mirada asesina, a la que correspondió con una amplia sonrisa.

Un suspiro de impotencia escapó de los labios femeninos.

«Ojalá sea de la editorial», pensó, deleitándose con la idea de hablar hasta aburrirle tanto que optara por marcharse; pero la suerte no estaba de su parte. Cerró los ojos y apretó los puños al escuchar aquella odiosa voz.

—¿Me echabas de menos..., Katrina?

Todas las intensas emociones que había soportado durante los últimos días, estallaron en su interior, arrastrando con ellas el poco autocontrol que le quedaba.

—¡Déjame tranquila, maldito cabrón! —vociferó, colérica

—¡Qué agresividad! Me vuelve loco esa faceta de tu carácter; solo tienes que encender la mecha y...

—¡Basta! No pienso seguirte el juego, ya me he cansado de tus estupideces. —Le cortó fuera de sí.

—Dime al menos si has recibido mi mensaje.

—¡Jamás vuelvas a entrar en mi casa! ¿Me oyes? —exigió, odiándolo con todas sus fuerzas.

—Supongo que eso es un sí.

—¡Voy a denunciarte!

—Vamos, Katrina, ¿cuánta gente más tiene que morir para que me escuches? —El silencio le indicó la profunda conmoción que acababa de causarle—. Ese Charli era un buen tipo, pero algo ingenuo. Me hubiese conformado solo con herirle, la verdad, pero un disparo al azar es tan impredecible...

Las piernas de Kathy fallaron al escuchar aquella confirmación. La simple sospecha no dolía tanto como tener la absoluta certeza.

Se dejó caer en una silla, mientras que el sonrosado color que teñía sus mejillas por la acalorada discusión con Alex iba dejando

paso a una palidez casi enfermiza.

—¿Por qué me estás haciendo esto? ¿Qué es lo que quieres? — preguntó con un hilo de voz, sintiéndose vencida.

—Ahora empezamos a entendernos. Te quiero a ti, Katrina, te he querido siempre —dijo muy despacio, saboreando cada palabra—. He pasado tres largos años esperando pacientemente, aguardando el momento oportuno, tratando de encontrar la manera de volver... a buscarte.

Las fuerzas de Kathy llegaron a su límite, y rompió a llorar desconsolada, mientras las palabras se le quedaban atoradas en la garganta. Hundida, y sin capacidad de reacción, se sorprendió al sentir como alguien le arrebatava el teléfono de las manos.

¡Alex! Se había olvidado de él por completo.

—¿Qué coño le estás haciendo? —gritó furioso, poniéndose al aparato—. Si aprecias tu vida será mejor que te mantengas alejado de ella.

Una carcajada fue la primera respuesta que obtuvo del otro lado.

—Vaya, vaya... Esto empieza a ponerse interesante —agregó después, sin disimular su satisfacción—. Parece que por fin estamos todos. —Y colgó sin más, dejando a Alex lanzando improperios.

Confuso, se volvió hacia la chica. No alcanzaba a comprender que podía haberle dicho aquel indeseable para reducirla a aquel estado. Y ¿qué había querido decir con que ya estaban todos?

—¿Kat...? —interrogó, inseguro, no parecía estar en condiciones de poder hablar.

La chica se puso en pie y se alejó un par de metros para enjugarse las lágrimas. Apesadumbrada, se reprendió a sí misma por haber permitido que Alex la viese en aquel estado.

—¿Sigues sin tener nada que contarme? —insistió al comprender que, a pesar de todo, no tenía ninguna intención de hablar.

Incapaz de mirarlo a los ojos, Kathy paseaba de un lado para otro haciendo un esfuerzo considerable por reponerse; pero por más que

intentaba borrar sus lágrimas, otras nuevas cobraban vida, arruinando su empeño.

Alex caminó hasta ella, y la tomó de los brazos, obligándola a volverse hacia él. Sabía que nunca había sido de las que rehúyen la mirada, por eso le sorprendía tanto que en aquel preciso momento estuviera tan obcecada en hacerlo. La observó unos segundos, advirtiendo cómo luchaba con ferocidad contra el llanto. Iba a descolgarse la mandíbula si seguía apretando los dientes de aquella manera. Entendió que lo único que podía hacer por el momento era intentar consolarla. De nada serviría insistir en que le confiara lo que estaba sucediendo hasta que no se hubiese tranquilizado.

Kathy sintió al chico abrazarla e intentó resistirse, pero Alex no se lo permitió. Un segundo más tarde se rindió a la necesidad, y rompió a llorar entre sus brazos.

Algunos minutos después por fin comenzó a relajarse. Había perdido la noción de la realidad de tal forma, que no sabía cuánto tiempo llevaba allí; aunque, a juzgar por la humedad que sus lágrimas habían dejado sobre el hombro de Alex, supuso que bastante; pero ahora que poco a poco volvía a la normalidad, comenzaba a ser plenamente consciente de dónde estaba, y aquel abrazo comenzaba a tomar un cariz muy diferente. Alex le acariciaba el pelo con suavidad mientras le susurraba al oído dulces palabras de consuelo. Pasaría el resto de su vida entre aquellos brazos si fuese posible, pero no lo era. Comenzaba a ser demasiado consciente de cada parte de la anatomía del chico en contacto con su propio cuerpo.

Se hizo a un lado, poniendo mucho cuidado en no mirarlo. Tenía una cierta tendencia a ruborizarse y en aquel momento sentía su cara arder.

—¿Estás más tranquila?

—Siento... que hayas tenido que pasar por esto... Yo...no sé qué me ha pasado... Creo que he perdido los nervios.

—No es la primera llamada que recibes, ¿verdad?

La chica ya no tuvo más remedio que admitirlo.

—¿Sabes quién es?

El largo silencio y la expresión dubitativa terminaron por desesperarlo.

—¡Vamos, Kat! No podré ayudarte si no me lo cuentas todo.

—Es mejor que no sepas nada, Alex, vuelve a Londres; allí estarás a salvo.

—¿A salvo de qué? —preguntó con el ceño fruncido. O mucho se equivocaba o aquel asunto era más grave de lo que en un principio había supuesto.

Kathy se exasperó. ¿Por qué había tenido que meterlo en aquello? No debería haberlo llamado, si la historia volvía a repetirse...

—No voy a marcharme —insistió—. Así que será mejor que empieces a hablar.

Solo tuvo que mirarlo a los ojos para comprender que lo decía en serio. Siempre había sido un hombre de ideas fijas, así que ya no había marcha atrás; tendría que contárselo todo, pero ¿cómo?

Caminó lentamente de nuevo hacia la piscina, intentando ganar algo de tiempo para ordenar sus ideas. Se sentó en el viejo balancín, y esperó a que Alex lo hiciera junto a ella.

—No vas a poder creerlo —comenzó—. Hasta hace diez minutos me negaba a creerlo hasta yo.

—Hay pocas cosas que me resulten increíbles desde... —titubeó—. ...bueno..., ya sabes.

—Pues me temo que aún puedo sorprenderte. —Tomó aire y confesó—: Creo que está ocurriendo de nuevo.

—¿A qué te refieres? —preguntó con el ceño fruncido y una sospecha inquietante atenazándole el pecho.

La mirada culpable y empañada por las lágrimas que recibió como respuesta, no dejaba lugar a dudas.

—¡No puede ser Kat —Se puso en pie, abatido—. ¡Es imposible!

—Eso mismo me repito yo todo el tiempo, pero me temo que no

puedo seguir engañándome.

—¿Cuántas probabilidades hay de que pase dos veces? Una entre... ¡cientos de millones! ¿Por qué crees que vuelve a tratarse de... de un espíritu?

Kathy se vio reflejada en él. Al parecer tampoco le era fácil hablar sobre tema. A través de sus ojos casi podía ver cómo su mente se debatía entre la incredulidad y el abatimiento. Pensó en el duro golpe que se iba a llevar cuando escuchara el resto de la historia, pero era necesario ponerlo al corriente.

—Alex, no es solo que vuelva a tratarse de un espíritu —repitió sus palabras—. Es que es... *él*, de nuevo.

—¡No!

—Es él, Alex, su forma de hablar, de expresarse, su macabro sentido del humor y la misma manera de dirigirse a mí. Insiste en llamarme Katrina, exactamente igual que entonces.

—Eso no es suficiente para pensar... ¡Joder, esto es increíble! —Se exasperó, revolviéndose el pelo con ademán nervioso, incapaz de completar una sola frase coherente—. ¿Cómo ha podido pasar? ¿Tú no habrás...?

—¡No! —se apresuró a negar—. Intenté evitarlo, pero no pude ¿Qué podía hacer? ¿Contarles a todos lo que nos ocurrió hace tres años? ¿Quién me hubiese creído?

—¿Todos? ¿Quiénes son todos?

—Verás, Alex, la noche del viernes...

Narró la historia completa de lo sucedido en su casa. Aunque al principio las palabras se le atragantaban en la garganta, poco a poco se fue reponiendo, concentrándose en no dejarse ni los más pequeños detalles, en ellos podía estar la solución al misterio. El chico la escuchaba, atento a cada palabra.

Cuando la historia llegó a su fin, Alex guardó un largo silencio mientras trataba de ordenar sus ideas.

—¿Crees que alguno de los que estaban allí puede estar jugando

contigo? Quizá de alguna manera se haya enterado de tu nombre completo y sea una coincidencia que lo utilice.

—Tiene mucha información. Sabe cosas que solo nosotros dos deberíamos saber... ¡Me preguntó por Ángela!

—Ese dato también es muy fácil de comprobar. Eso no quiere decir que sepa cómo llegó Ángela a ese estado —insistió—. Más bien parece una broma pesada, de alguien con un sentido del humor macabro.

—Esto no es ninguna broma, Alex. —Había llegado el momento de hablarle sobre Charli—. Ya ha matado a un chico.

El rostro de Alex palideció. Kathy prefirió seguir hablando antes de perder la valentía. Le contó todo lo referente a la muerte del chico, mientras Alex paseaba de un lado para otro escuchando cada terrible palabra. No hizo falta que Kathy le hablara de sus sospechas, la mente entrenada del periodista fue el primero en ponerlas sobre el tapete,

—Tal y como me cuentas que ocurrieron las cosas, no hay accidente posible —dijo Alex, convencido—. Lo mataron.

—Sí, y ha llamado para atribuirse el mérito, quería asegurarse de que no me quedara duda alguna —continuó—. Tú estabas presente.

Así que aquello había sido lo que la había puesto así, dilucidó Alex, que ahora empezaba a entenderla.

—¡Y pretendías que me fuera sin contármelo! —bramó de repente, terriblemente irritado.

—Tú no tienes que volver a pasar por esto, es mejor que regreses a Londres.

—Deja que eso lo decida yo, ¿quieres? No pienso dejarte a merced de ese loco, así que será mejor que te hagas a la idea de que tendrás que soportarme hasta que esto termine.

Conociéndolo, Kathy no se molestó en oponerse. Muy a su pesar, no pudo evitar que su corazón saltase de júbilo, a pesar de todo.

Alex se sentó de nuevo en el balancín haciendo un esfuerzo

considerable por tranquilizarse. Sabía que perdiendo los nervios nunca conseguirían sacar nada en claro. Analizó rápidamente la situación. Nadie mataría a un ser humano para gastar una simple broma, eso estaba claro, así que sería estúpido por su parte obcecarse en aquello. Además, aquel tipo sabía demasiadas cosas como para que todo fuera una simple coincidencia. Incluso había reconocido su voz al teléfono. «*Parece que al fin estamos todos*». Ahora aquella frase comenzaba a cobrar sentido. Había llegado la hora de enfrentarse al pasado, no había duda de ello.

—Centrémonos en los hechos —dijo, llenando sus pulmones de aire—. Dices que tú misma cerraste la puerta.

—Absolutamente nada pudo quedarse a este lado —afirmó, convencida.

—Entonces, ¿cómo lo ha hecho? Necesitamos la puerta de salida para poder averiguar qué cuerpo ha elegido. Igual que lo hizo entonces, esta vez también tiene que haber escogido a alguien que estuviera presente durante una Ouija.

—Te aseguro que me encargué de él..., yo... ¡una Ouija!

—Sí, esa es la única manera.

—Lo sé... —Kathy se puso en pie, enérgica, al comprender algo que cambiaba por completo la situación.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—¡Comienzas a sacarme de quicio, Kat, ¿qué demonios sucede?

—¡Acabas de resolver el misterio! Eso es lo que sucede.

—Y tú que querías que me marchara... —Carraspeó—. ¿Y cómo lo he hecho exactamente?

A pesar de lo difícil de la situación, Kathy estuvo a punto de echarse a reír. Había echado de menos el particular sentido del humor de Alex.

—Con un simple artículo indeterminado.

—¿Me estás vacilando?

—No. Hace un momento has comentado que solo ha podido escoger a alguien que estuviera presente durante *una* Ouija. — Recalcó el artículo.

—¿Y?

—¡Que tenemos que volver a la ciudad! —Se puso en pie de nuevo, y comenzó a caminar hacia la casa—. Debemos hablar con Mónica. Creo que tengo la puerta.

—¿Te refieres a tú compañera de piso? —No entendía nada.

—En el coche te cuento.

Capítulo 8

Mónica, tirada en su sofá, se encontraba exhausta debido a los últimos acontecimientos. Hacía apenas unas horas que habían incinerado a Charli, y no recordaba haber asistido a nada tan dramático en toda su vida. La madre del muchacho había tenido que ser asistida por los servicios de urgencias cuando los mozos intentaron llevarse el ataúd para meterlo en el crematorio. Maika se había derrumbado también pocos minutos más tarde.

Incorporándose para alcanzar el mando, encendió la televisión intentando distraer la mente, pero no hubo suerte, todas las cadenas parecían haberse puesto de acuerdo para pasar la misma noticia una y otra vez. Una fotografía de Charli le sonreía desde la pantalla. Mónica no tuvo problema para reconocerla, puesto que la había visto montones de veces; ella misma le había aconsejado que utilizara aquella imagen como portada de su *book* de fotos.

«Todavía continúa sin esclarecerse lo sucedido en el teatro Capital», decía la voz chillona de una reportera. «Recuerden que en la mañana del pasado lunes, Carlos Cifuentes Zurbarán, de veintisiete años, sufrió un trágico accidente que acabó con su vida, al recibir un disparo en pleno ensayo. Nadie puede explicarse...».

Mónica apagó el televisor. Ella ya conocía todos los detalles, aunque podía comprender que fuera noticia. Solo esperaba que todo se calmase pronto y no sometieran a todos sus conocidos a un continuo asalto.

Se levantó, extrañada, al escuchar abrirse la puerta de la calle, y corrió hasta los brazos de su amiga en cuanto cruzó el umbral.

—¿Cómo estás? —Se interesó Kathy, cuando el momento de intimidad hubo cesado.

—Mejor, cansada, pero más tranquila. —Ambas caminaron hasta el sofá y cogieron asiento—. Siento haberte agitado las vacaciones.

—No has sido tú —interrumpió Alex, todavía desde la puerta.

Mónica se giró hacia el desconocido. Ni siquiera se había percatado de que su amiga viniera acompañada.

—Él es Alex. Un... amigo.

La sonrisa irónica que el chico no se molestó en ocultar tras el leve titubeo, no pasó desapercibida para Mónica.

—Me suena tu cara —le dijo—. ¿No está contigo en la foto que...?

—No es él —interrumpió Kathy sin poder disimular su nerviosismo. No podía dejar que Mónica hablara de aquella fotografía, sería muy humillante que él se enterase de que todavía la llevaba en la cartera—. Alex ha pasado en Londres los últimos tres años.

«¿Y eso qué tiene que ver?», pensó Mónica, las fotografías no tenían edad.

Por fortuna, Micky eligió aquel momento para salir del cuarto de baño, evitándole a Kathy un buen bochorno. Traía una simple toalla envuelta alrededor de la cintura y el pelo aún le chorreaba agua.

—¡Kathy! —Se sorprendió—. Pensaba que estabas de vacaciones. —Sonrió, sujetándose la toalla mientras observaba a su acompañante con curiosidad.

—Y así era. He tenido que suspenderlas —confirmó—. Él es Alex.

Ambos estrecharon sus manos, y a Micky estuvo a punto de caérsele la toalla. Afortunadamente pudo sujetarla a tiempo.

—Será mejor que me vista... —Todos sonrieron por lo absurdo de la situación, y esperaron a que saliera del salón para continuar hablando.

Las chicas volvieron a tomar asiento.

—Así que has vuelto a pasar de tus vacaciones —dijo Mónica en tono de reproche.

—Me temo que no he tenido otra opción.

—Pues es una opción muy atractiva —le susurró casi al oído.

—Gracias —intervino Alex—. Pero no es mérito mío.

—Y tiene un oído estupendo —recalcó Mónica sonriendo.

La ausencia de humor en los ojos de la pareja no pasó desapercibida para la actriz.

Kathy suspiró, sin saber por dónde empezar, cuando Alex le pidió con un leve gesto que comenzara a hablar. Mónica los miraba alternativamente, poniéndose cada vez más nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó, leyendo la preocupación en sus rostros.

—Mónica..., quizá esto pueda parecerle extraño, pero necesito que me confirmes algunas cosas.

—Dime.

—La noche que estuvieron aquí tus amigos me pareció entender que no era la primera vez que jugabais con una Ouija.

—Sí, entendiste bien —contestó, frunciendo el ceño. Era lo último que había esperado escuchar—. Ya la habíamos hecho hace unos veinte días. En el cumpleaños de... Charli. —Se le quebró la voz al mencionar aquel nombre—. ¿Por qué?

—¿No ocurrió nada raro aquel día?

—¿Algo cómo lo que pasó aquí? —Kathy asintió—. Pues no, en aquella ocasión todo fue muy normal. Charli vive... vivía al lado de un cementerio, y nos pareció que podía ser divertido. Oye, me estáis asustando. ¿A qué viene todo esto?

Kathy se puso en pie y volvió a pasear nerviosa. Aquello se estaba convirtiendo en un hábito últimamente. Buscó el apoyo de Alex con la mirada.

—Tiene que saberlo, Kat.

—¿Saber qué? —A aquellas alturas Mónica tampoco pudo permanecer sentada.

La reticencia a hablar de Kathy no pasó inadvertida para el chico, que supo que tendría que ser él quien lo hiciera; y, desafortunadamente para Mónica, nunca le habían gustado los rodeos.

—Hace tres años, algo que despertamos ahí abajo poseyó a un amigo nuestro mientras hacíamos espiritismo —soltó a bocajarro.

—Ya veo que el tacto sigue sin estar entre tus virtudes —acusó Kathy, molesta.

—Creo...que no he entendido bien —titubeó Mónica, anonadada.

—No tenemos tiempo para hacer demagogia —se defendió el periodista.

—¡¿Quién de los dos va contestarme?! —Se interpuso entre ambos, levantando la voz para hacerse escuchar.

Los observó en silencio, esperando una respuesta. Al ver que ninguno de los dos parecía dispuesto a hablar, insistió:

—¿Qué has querido decir con poseyó?

Alex calló, dándole la oportunidad a Kathy para que se explicara, pero interrumpió abruptamente al escuchar solo unos cuantos balbuceos incoherentes.

—He querido decir exactamente eso, en el sentido literal de la palabra. Ese ser, ente o cómo quieras llamarlo, entró en el cuerpo de mi mejor amigo y se apoderó de su voluntad.

—Bravo Alex, te has lucido —protestó Kathy.

—No hay una manera suave de contar esta historia, te lo aseguro.

—Tampoco creo que si la hubiera te esforzaras mucho.

—¿Y qué quieres? ¿Que sea como tú? ¡Qué prefieres que te maten con tal de no contarme nada!

—¿Durante cuánto tiempo vas a seguir echándomelo en cara? Empiezas a repetirme.

Mónica intentaba intervenir, pero todos sus intentos por ser escuchada resultaban inútiles; de modo que tuvo que levantar la voz de nuevo para conseguir que la batalla cesara.

—Eso está mucho mejor —agregó una vez que lo logró—. Doy por supuesto que con todo eso de la posesión estáis hablando en serio, ¿verdad?

—Eso me temo —afirmó Alex de nuevo—. En aquella ocasión esa

cosa se obsesionó con Kat, exactamente igual que ahora.

Los ojos de Mónica casi se salieron de sus órbitas.

—¿Ahora? ¿Qué quieres decir con ahora?

—¡No me mires así! —protestó, leyendo la furia en los ojos de Kathy—. Cuéntaselo tú, si yo lo hago tan mal.

No tuvo que repetirlo dos veces. Sería mejor que enfrentara aquella situación, antes de que Alex consiguiera que a Mónica le diera un patatús. Se sentó junto a ella y cogió sus manos entre las suyas.

—A ver, Mónica, tenemos razones para pensar que algo parecido puede estar sucediendo. Estoy recibiendo algunas llamadas extrañas, ¿entiendes? —Esperó a que Mónica lo confirmara con un simple asentimiento—. Por eso necesitamos que nos ayudes. Intenta recordar aquella otra sesión de Ouija, por favor, ¿te acuerdas si por algún motivo volteasteis el vaso antes de tiempo?

—No pasó nada, Kathy, te lo aseguro —negó categórica—. Estábamos muy tranquilos.

—¡Mierda! —protestó Alex—. Volvemos a estar como al principio.

Kathy se puso en pie, disgustada, pero volvió a sentarse al instante presa de una corazonada.

—Mónica, ¿quién pintó la Ouija aquella noche? ¿Recuerdas si fue Edu?

—Es el único que sabe pintarla —confirmó.

—¿Dibujó un *adiós*? Es importante que trates de recordar. Edu olvidó pintarlo aquí en casa, yo misma tuve que escribirlo para poder cerrar la sesión. ¿Cómo lo hicisteis vosotros?

Mónica, confusa, intentaba rememorar aquel momento. La expresión de culpabilidad que segundos después asomó a su rostro, les dio la respuesta.

—¡Joder, que fácil lo tuvo! —rompió Alex el silencio, con tono de reproche.

—¡Alex!

—¿Qué? —Izó la voz, enfadado—. ¡Dejaron la puerta abierta sin más! ¿A quién se le ocurre?

Alertado por los gritos, Micky volvió al salón, todavía abotonándose la camisa.

—¿Qué pasa? —interrogó mirándolos a todos, esperando una respuesta.

Mónica rompió a llorar, y el chico se sentó a su lado para consolarla.

—El accidente de Charli le ha afectado mucho —dijo mientras la tomaba de la mano

—¡No fue ningún accidente! —Agregó Alex con el mismo tono enfadado.

El obvio significado de aquella simple frase no pasó desapercibido para Mónica, que por un segundo lo miró con una expresión desencajada, que denotaba el horror que sentía.

—Te agradecería que controlaras tus palabras —intervino Micky de nuevo—. Mónica está muy sensible con el tema. No sé lo que has querido decir con eso, pero...

—Exactamente lo que he dicho.

—Alex...

—No Kat, si queremos tener alguna posibilidad de acabar con esto, será mejor que todos sepan a lo que nos enfrentamos.

—¿Por qué tengo la sensación de que me he perdido algo? —protestó Micky una vez más, frunciendo el ceño.

Mónica se puso en pie, tirando de su novio para que hiciera lo mismo.

—Será mejor que te marches ya a trabajar —le pidió.

—No pienso dejarte en este estado.

—Yo estaré bien, no te preocupes, ellos se quedaran conmigo —luchó por tranquilizarse.

—Todavía puedo llamar y pedir la tarde libre.

—En serio que estoy bien, y necesito charlar con Kathy un rato a

solas. En realidad me haces un favor marchándote.

Dudando, Micky volvió a pasear su mirada por cada rostro. Tardó varios segundos en decidirse a seguir el consejo de su novia.

—Si me necesitas, me llamas sin dudarlo.

Se demoró varios minutos más en abandonar la casa. Mónica suspiró aliviada cuando por fin cerró la puerta tras él.

—Micky es demasiado escéptico para estas cosas, prefiero contárselo yo a mi manera —explicó. Después preguntó sin rodeos—: Así que ¿esa... *cosa* tiene algo que ver con la muerte de Charli?

—Eso me temo —afirmó Kathy—. Nuestra teoría es que en algún momento de descuido se coló en el teatro, y manipuló la pistola que soléis usar.

La actriz respiró con dificultad mientras trataba de digerir la información.

—Tenemos que encontrarlo, Mónica —continuó—. Hace tres años eligió a Marcos, pero lo cierto es que pudo escogernos a cualquiera de los que estábamos allí, ¿me sigues?

Por la forma en que reaccionó supo que así era.

—¿Quieres decir que... que...?

—Que alguno de los que estaban en ese cumpleaños ya no es amigo tuyo —terminó Alex por ella.

—¡Esto es una pesadilla! —lloriqueó Mónica tapándose el rostro con las manos—. No puede estar pasando de verdad.

—¡Bienvenida al club! —ironizó Alex caminando hasta el baño, que supuso sería la puerta por la que Micky había salido semidesnudo.

—No le hagas caso, hace apenas una hora que se lo he contado —pidió Kathy, sintiéndose con la extraña necesidad de excusarlo—. Todavía está tratando de encajarlo, y parece que va a costarle un poco.

—¡No me extraña nada! Kathy, esto es de locos. ¿Estáis seguros? Es posible que lo de Charli solo haya sido un accidente; las armas de fogeo son peligrosas.

—Charli recibió un disparo. Si lo piensas bien, verás que no hay muchas explicaciones posibles —dijo cautelosa—. A Charli lo ha matado una bala real, lo que significa que alguien tuvo que ponerla en la pistola, de una manera o de otra.

—¡Todo esto va a acabar con su madre! —se lamentó la actriz, recordando el suceso del cementerio.

—Será mejor que de momento no le digas nada, la policía se encargará de investigar. Comprende que no estamos en posición de poder contestar preguntas.

—Sí, es probable que termináramos todos en un psiquiátrico.

—No pienso permitir que nadie más... —se detuvo a mitad de la frase. El recuerdo de Ángela, sentada bajo aquellos árboles, ajena al mundo, le taladró el corazón. Ahora tenía la oportunidad de vengar a su amiga y no iba a desperdiciarla—. Perdona, Mónica, necesito echarme un rato. —Aunque en realidad lo que necesitaba era un poco de soledad para aclarar sus ideas.

Alex salió del cuarto de baño justo cuando se alejaba del salón.

—¿Dónde vas? —interrogó inquisitivo

—¿Dónde crea conveniente?

—No sin decírmelo.

—Mira, guapito de cara... —lo encaró, molesta, dando un paso en su dirección.

Mónica intervino de nuevo en el momento justo.

—¡Por Dios, ¿es que no os cansáis?! Kathy, ¿qué más te da decirle que solo vas a descansar un rato?

—Es muy terca —acusó Alex.

—Y tú —se volvió hacia él, apuntándole con un dedo—, ¿podrías esforzarte en ser un poco más amable?

—¡Ja! ¡Para eso tendría que volver a nacer!

—¿La oyes? No hace más que atacarme todo el tiempo.

—¿Yo? ¿Son cosas mías, Mónica, o hace un momento me ha llamado terca.

Mónica empezaba a creer que estaba en un partido de tenis.

—¡Yo me rindo! ¡Acribillaos a insultos si queréis! ¿Sabéis que formaríais una pareja perfecta? Sois tal para cual. —Y se alejó hacia la cocina murmurando—: ¡Qué barbaridad!

Sin saberlo, Mónica había conseguido al fin dejarlos sin palabras. Ambos se miraron en silencio, incómodos. Alex fue el primero en romperlo.

—Así que vas a descansar...

—¿Te parece bien?

—Estupendo. ¿Esa es tu habitación? —señaló una puerta. Volvió a adoptar un tono iracundo al notar la expresión ceñuda con que lo observaba—. ¡No me mires así! No tengo ninguna intención de abalanzarme sobre ti.

Las mejillas de Kathy volvieron a adoptar un tono carmesí, mientras veía como Alex pasaba por su lado y se colaba en su habitación.

—Necesito estar sola...

—Y yo necesito asegurarme de que lo estarás —dijo con frialdad al tiempo que abría el armario y se agachaba bajo la cama para comprobar que nadie estaba acechando—. Que sueñes con los angelitos —Ironizó, saliendo de la habitación sin ni siquiera mirarla, cerrando la puerta tras él.

«¡Esto es increíble!», gritó para sus adentros, haciendo un esfuerzo enorme para no patalear. «¿Quién se ha creído que es? ¿Y Mónica piensa que haríamos buena pareja? ¡Dios, es insoportable! ¡Es que le pegaría un puñetazo! Encima tengo que soportar todos sus comentarios de mal gusto».

Bufó para disuadir su rabia.

«No tengo ninguna intención de abalanzarme sobre ti», lo imitó «Yo tampoco te iba a dejar, chulo engreído»

Se dejó caer sobre la cama con desgana. ¿A quién quería engañar? No era necesario un máster en psicología para entender por qué le

había sentido tan mal aquel comentario.

«Y encima estoy hablando sola...», se lamentó de nuevo en voz alta.

Molesta, se quitó el colgante, que durante tanto tiempo había llevado al cuello, y lo contempló con el ceño fruncido. Una sensación de desnudez la invadió de inmediato, y sintió ganas de devolverlo a su cuello, pero lo descartó tras pensar en la posibilidad de que Alex descubriera que aún lo llevaba puesto. .

Maldijo entre dientes unos segundos más. Tenía cosas mucho más importantes por las que preocuparse, y sería mejor que se pusiera manos a la obra.

Con determinación, abrió el cajón de la mesilla y sacó un cuaderno. Comenzó anotando los nombres de todos los que habían estado en la casa la noche del viernes. No creía que pudiera servirle de mucho, pero por algún sitio tenía que empezar...

Capítulo 9

Alex caminaba de un lado para otro por el solitario salón. De vez en cuando miraba hacia la puerta de la habitación, inquieto. No le gustaba perder a Kat de vista, aunque la supiese segura y a tan solo unos metros. Era tan obstinada, que no veía tan descabellado el que intentara salir a hurtadillas por una de las ventanas del cuarto.

¡Habría dejado que me fuera sin contármelo! Aquel pensamiento lo enfurecía. Significaba que prefería enfrentarse sola a aquello a tener que soportar su compañía un solo día; lo cual se traducía en que prefería morir antes que aceptar su ayuda.

El solo pensamiento de que pudiera pasarle algo le revolvió el estómago. Se dejó caer en uno de los sillones, abatido.

—¿Quieres comer algo?

Se sobresaltó al escuchar la voz de Mónica, que había aprovechado la discusión para prepararse un sándwich.

—Gracias, pero no tengo hambre.

—Ni yo, pero no como nada desde anoche, seguro que después lo veo todo con un poco más de optimismo.

Alex suspiró. ¿Se podía sacar algo positivo de aquello?

La chica se sentó en el sofá frente a él y le tendió la mitad de su sándwich. Ambos comieron en silencio durante unos minutos.

—Por mucho que mires hacia la puerta, no vas a desarrollar visión de rayos X —Alex sonrió ante el comentario—. Y, tranquilo, hay mucha distancia al suelo, lo tiene muy difícil para salir por la ventana.

—La he visto hacer cosas mucho peores —comentó, tragándose el último pedazo de pan—. Cuando iba a la universidad, se escaqueó a mitad de una clase descolgándose por la ventana del baño del segundo piso.

—Debiste enfurecerte —Sonrió Mónica alucinada, que no conocía

aquella faceta de su amiga.

—Sí, bueno..., en realidad yo estaba muy ocupado sujetando la cuerda. —Además de completamente loco por sacarla de allí para poder estar un rato a solas con ella, pensó, pero aquello era otra historia.

Sería mejor que alejara de su mente aquel tipo de recuerdos. Era el momento de concentrar sus energías en mantenerse con vida. Estaba seguro de que tarde o temprano tendrían que enfrentarse a aquella especie de... monstruo.

Volvió a levantarse y deambuló de nuevo por el salón. ¿Qué cuerpo habría elegido? Era desesperante que no pudiesen ponerle un rostro. Podía ser cualquiera, y parecía que esta vez venía dispuesto a todo. La muerte de aquel chico podía considerarse un primer y gran aviso.

—¿En qué piensas? —interrumpió Mónica sus cavilaciones.

—En que los próximos días van a ser muy largos. Te aconsejaría que no vieses a ninguno de tus amigos mientras tratamos de averiguar algo más.

—Eso va a ser complicado —reconoció—. Ayer nos llamaron desde producción para avisarnos de que los ensayos tienen que seguir su curso. Al parecer no pueden permitirse el no estrenar en la fecha prevista, y acaban de perder a su protagonista principal, de modo que hay mucho trabajo que hacer. Y, a excepción de Maika, todos los demás son compañeros de reparto. Lo que hace casi imposible lo que me pides.

—Pues debes tener mucho cuidado, Mónica —le advirtió—. Siento mucho si antes he sido un poco brusco, pero la cosa es seria; ese tipo es muy peligroso.

—Es curioso, llevo meses intentando comprender que podría haberle ocurrido a Kathy para que decidiera dejar pasar su vida de largo —dijo, ahogando un suspiro—. Pero ni en un millón de años hubiese esperado algo así.

De modo que para Kathy la vida tampoco había sido fácil, comprendió el chico.

—Nosotros perdimos la oportunidad de tener una vida normal en el mismo instante en el que decidimos jugar con una Ouija —se lamentó—. Ese cabrón nos lo quitó todo.

¡Qué distintas podrían haber sido sus vidas si...! A aquellas alturas ya daba igual. Se quedó allí de pie, luchando por apartar los recuerdos de su mente.

—¡Cuéntamelo!

Alex se volvió hacia Mónica con el ceño fruncido. Jamás había contado la historia completa a nadie, no estaba seguro de poder hacerlo.

La chica leyó su expresión reticente, e insistió:

—Ya he perdido un amigo con todo esto, Alex, y es más que probable que otro de ellos pueda estar implicado. No podéis dejarme a oscuras, necesito conocer la historia.

Por duro que fuese, Alex comprendió que llevaba razón. Tenía derecho a saber cómo había comenzado todo; además, era la única manera de que terminara de entender a que se estaban enfrentando. Solo así estaría totalmente prevenida. Sin esa verdad, la dejaban a merced de aquella bestia.

Se tomó varios minutos para ordenar sus ideas. No era una historia fácil de contar. Trataría de hacerlo a grandes rasgos, deteniéndose solo en lo necesario e importante.

Caminó hasta la ventana y paseó su mirada por la desértica calle. Allá afuera, en alguna parte de la ciudad, volvía a estar su peor enemigo, dispuesto a conseguir lo que hacía tres años no pudo llevarse. Y tendría que pasar por encima de su cadáver para lograrlo esta vez.

—Alex... —insistió Mónica de nuevo.

—¿Kathy te ha hablado alguna vez de Ángela? —Quiso saber antes de comenzar.

—Tiene una foto en la cartera, pero solo me comentó que era su mejor amiga.

—Casi como una hermana...

—Amigas del alma. —Comprendió.

—Amigas del alma. —Repitió Alex en un susurro.

—¿Os conocisteis en la universidad? —Se interesó Mónica.

—No exactamente. Fue en una fiesta que los de tercero de periodismo dimos en uno de los gimnasios del campus. —Sonrió al recordar aquella noche—. Se suponía que ellas no deberían haber estado allí. Todavía estaban en el último año de instituto, pero se habían escapado de casa solo para asistir a aquella fiesta, así que se las ingenieron para colarse.

El teléfono móvil de Mónica los sobresaltó. La chica se disculpó, murmurando algo acerca de no poder eludir aquella llamada, pero Alex solo entendió vagas palabras inconexas, incapaz ya de alejarse de aquella fiesta. Se vio a si mismo sumergido en el enorme gimnasio, rodeado de toda su promoción. Aquella noche estaba especialmente contento. Hacía tan solo dos días que los exámenes finales habían acabado por fin, y tenía la certeza de que no tendría que preocuparse de los libros hasta el curso siguiente. Después de casi un mes sin salir de su cuarto, el cuerpo le pedía a gritos una buena juerga.

El gimnasio era lo bastante grande como para acoger a todo el mundo, de modo que se podían permitir moverse sin estrecheces. Desde la puerta, echó una ojeada al lugar para localizar a algún conocido, y lo primero que le llamó la atención fue que tantas miradas se dirigieran hacia un mismo sitio. No tardó en localizar el foco de atención: justo en el centro de la improvisada pista, dos chicas bailaban ajenas al resto del mundo. Reían a carcajadas mientras se contoneaban al ritmo de la música. Se las veía tan felices

y rebosantes de vida, que resultaban como un imán gigantesco para el resto de asistentes. Por culpa de los brillantes focos solo podía apreciar sus estilizadas siluetas, era imposible distinguir sus rostros, aunque a juzgar por las inconfundibles miradas de lascivia que leía en los ojos de algunos de sus compañeros, le fue fácil suponer que las caras debían ir acorde con todo lo demás.

Sonrió divertido. Siempre le había sorprendido la fijación de algunos por el sexo opuesto. Los había visto hacer el ridículo tras unas faldas más veces de las que podía recordar. Él reconocía que también le gustaban las féminas, y mucho, pero de ahí a pasar todo el día mendigando un poco de sexo iba un trecho. Quizá la diferencia estribara en que siempre había tenido para elegir entre más de lo que podía abarcar.

Entre la multitud pudo distinguir sin problemas a su amigo Marcos, que lo saludó desde lejos y avanzó hasta él desde el fondo de la pista.

—¡Creo que me he enamorado! —Fue todo lo que dijo por saludo.

—¡Qué velocidad! ¿Cuánto llevas aquí? —Sonrió Alex burlón—. ¿Quince minutos?

—Diez, pero con unos pocos segundos habría sido suficiente.

—Déjame adivinar, las diosas de la pista. —Río al ver la sonrisa nerviosa que no se molestaba en ocultar—. Pues me parece que vas a tener mucha competencia.

Marcos frunció el ceño sopesando las posibilidades.

—Entonces creo que necesitamos una estrategia.

—¿Necesitamos? No recuerdo haberte ofrecido mi ayuda.

—Pues lo hiciste cuando te comprometiste a pagar la otra mitad del alquiler —afirmó sin dejar de mirar hacia la pista.

—Debí saltarme esa parte del contrato. —Frunció el ceño, pero no pudo evitar reír al percatarse de que Marcos iba directo a encenderse un cigarrillo por el lado contrario—. Tío, solo es una chica, como la otra mitad de la población.

—¿Solo una chica? ¡Es la madre de mis hijos!

La carcajada que escapó de la garganta de Alex consiguió atraer todas las miradas de alrededor.

—Pues creo que tendrás que esperar mucho para eso. Desde luego, en esta universidad no están matriculadas, y aunque no las he visto de cerca, tengo la sensación de que tampoco asisten a ninguna otra.

—¿Tú crees?

—Fíjate que dudo de que hayan salido del instituto...

—Con los dieciocho cumplidos me sobra, y si me apuras, con los diecisiete y medio también.

—Tú mismo, pero ¿esa cara de panoli es necesaria?

—Totalmente —contestó sin sentirse ofendido—. Vale, esto es lo que vamos a hacer. Hace ya un rato que he pedido que pongan una balada, así que no tardará mucho en caer. Solo tenemos que esperar un poco.

—¿Y que se supone que tengo que hacer yo? —preguntó resignado.

—Solo distraer a su amiga.

—¿Cuál de las dos?

—La morena. Si te acercas a la rubia te pego un puñetazo —amenazó con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Esa es nuestra canción, corre!

«Lo que hay que hacer por un amigo», pensaba Alex mientras caminaba tras él. Bueno, en realidad él caminaba, pero Marcos casi corría, así que no pudo evitar reírse a carcajadas. Al menos se divertiría bastante durante todo el mes siguiente, porque pensaba recordarle aquel momento durante mucho tiempo.

Mientras llegaba hasta ellos, observó cómo se presentaba a las chicas. Ellas le daban la espalda, de modo que tenía el privilegio de poder leer cada expresión de su amigo. Casi sintió vergüenza ajena al notar la mirada embelesada que Marcos no se molestaba en esconder.

—Baila conmigo —le estaba pidiendo en aquel instante. La rubia no había dudado un segundo en darle el sí, y sin apartar los ojos el uno del otro, se alejaron bailando.

Alex se detuvo con parsimonia junto a la solitaria morena. No tendría más remedio que darle conversación. Odiaba bailar, así que no pensaba hacerlo, ni por Marcos ni por nadie.

Ambos seguían con la mirada a sus respectivos amigos.

—Me parece que el flechazo ha sido mutuo —comentó burlón sin sacarse las manos de los bolsillos—. No me preguntes cómo ocurren estas cosas, pero... —Por primera vez se volvió a mirarla y las palabras se le atragantaron en la garganta.

—Pero ocurren —completó la chica por él cuando tuvo claro que no parecía querer agregar mucho más—. ¿Eso ibas a decir? Soy Kathy, ¿y tú?

«Eso quisiera saber yo», fue lo único que Alex pudo razonar, completamente hipnotizado. Jamás en toda su vida había visto un rostro más hermoso. Si no sintiera su corazón bombeando sangre a toda velocidad, habría pensado que estaba muerto y a las puertas del cielo; estaba seguro de que los ángeles debían de tener aquel aspecto.

—¿Vas a decirme tu nombre o es secreto de sumario? —insistió la sonriente morena

«En cuánto logre recordarlo», se dijo sin poder apartar los ojos de ella.

¡Estaba haciendo el ridículo más grande de toda su vida! Si continuaba así, la chica no tardaría en salir corriendo; de modo que solo había una cosa que podía hacer: la tomó entre sus brazos... y comenzó a bailar.

—Alex..., Alex, ¿me estás escuchando?

La voz de Mónica parecía llegarle desde muy lejos. Cuando abrió los ojos se encontró frente a frente con la actriz, que no dejaba de

parlotear mientras volvía a coger asiento a su lado.

—Te decía que siento la interrupción. Era Micky, se ha ido preocupado —explicó—. Estabas contándome cómo conociste a Kathy.

—Sí..., bueno, eso no es relevante... —titubeó.

—¿Salisteis juntos?

—Sí.

—Se nota por como discutís. ¿Cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Cuatro años. Y ahora ¿podríamos centrarnos en lo que nos interesa? —pidió incómodo.

—Perdona, pero siempre he preferido las historias de Corinne Tellado a las de Stephen King —se disculpó—. Así que ese chico del que hablabas antes...

—Marcos —confirmó.

—¿También era tu mejor amigo?

—Nos conocimos en el primer año de universidad —asintió—. Compartimos piso durante toda la carrera, y tuvimos la suerte de enamorarnos de dos amigas inseparables también.

—Él y Ángela...

—Sí. Durante cuatro años lo pasamos muy bien, salíamos juntos a todas partes. Un día, Marcos nos habló de una finca que sus padres tenían en la Sierra. —Se dejó caer de nuevo en el sillón, y se metió de lleno en la historia. Cuanto antes terminara mucho mejor—. No habían estado nunca allí porque su madre es asmática, y la casa estaba muy aislada, en medio del bosque. Se encontró las llaves de la cabaña por azar, y decidimos darnos una escapada en el puente de Semana Santa.

—¿Allí fue donde ocurrió?

No hizo falta preguntar a qué se refería.

—Yo me encontré el tablero por casualidad mientras limpiábamos un poco el sitio —explicó, recordando el momento exacto en el que abrió aquel maldito armario—. ¡Ojalá lo hubiera

dejado donde estaba!

Sin necesidad de preguntar, Mónica comprendió que se sentía culpable.

—Marcos y Ángela se entusiasmaron inmediatamente con la idea de probarlo. Kat se negó a participar y nos costó mucho trabajo convencerla... —Hizo una pequeña pausa y continuó, ausente—. No creo que tenga que explicarte lo que ocurrió a continuación, por lo que me han contado fue algo muy parecido a lo que pasó aquí mismo hace unos días —comentó, echando un vistazo a su alrededor, donde la ausencia de adornos y cuadros aún era más que evidente.

—Fue... espeluznante... —asintió Mónica, que no encontró ningún adjetivo lo suficientemente grave para calificarlo—. Cuando todo terminó parecía que un huracán había arrasado el salón.

—Imagínate lo que hizo con una destartalada cabaña de madera; por un momento temí que pudiese derrumbarse sobre nuestras cabezas... No recuerdo haber pasado tanto miedo en toda mi vida admitió sin sentirse avergonzado—. Me aterraba la idea de que todos muriéramos sepultados entre escombros.

—¿Por qué no salisteis corriendo? —preguntó Mónica con ingenuidad. Alex le devolvió una mirada crítica.

—No te ofendas, pero todo el mundo sabe que nunca debes abandonar una Ouija a medias —aclaró, tratando de no sonar grosero—. Así que, mientras que aquello durara, estábamos encadenados al tablero.

La actriz agachó la cabeza para ocultar su rubor.

—Sí, es un dato importante a tener en cuenta —susurró con ojos acuosos—. Nunca debimos hacerlo. A Charli le ha costado muy caro

—Eso mismo me he repetido yo durante años —dijo Alex, comprendiendo a la perfección cómo debía sentirse—. Hasta esta misma mañana no he aprendido que el arrepentimiento es un gasto de energía innecesario e inútil.

En realidad aquello no había sucedido hasta hacía apenas una

hora, cuando venían en el coche de regreso a la ciudad. Una vez que la chica le hubo contado sus sospechas, el silencio había invadido el habitáculo. Mientras conducía, había sido plenamente consciente de la enorme amenaza que suponía todo lo que estaba sucediendo. Kathy, a tan solo medio metro de él, miraba por la ventanilla sumida en sus pensamientos. Parecía tan indefensa que había estado tentado de detener el vehículo solo para abrazarla. ¡Cuánto tiempo perdido! Cuántos interminables días, subyugado por el peso de la culpabilidad. «Si tan solo... Si no hubiera...» Todas sus fuerzas se habían concentrado en aquel profundo arrepentimiento durante demasiado tiempo. No había forma de cambiar lo sucedido, así que ¿de qué demonios servían ya los *y si*? Ahora que todo parecía volver a repetirse, era consciente de que no podía seguir viviendo en el pasado. Había llegado la hora de enfrentarse de nuevo a la vida, y resultaba paradójico que aquella decisión llegara justo ahora, que la amenaza de la muerte pendía de un hilo sobre su cabeza. Y, por primera vez en años, se sintió agradecido por algo. Si no estuviera librando aquella batalla, quizá nunca hubiese abierto los ojos. Si conseguía ganar la guerra tenía toda la intención de reclamar... su premio.

—Mónica, no dejes que lo ocurrido a tu amigo se convierta en el centro de tu vida —le aconsejó—. No lo olvidarás jamás, eso seguro, pero no permitas que ese recuerdo lo eclipse todo.

—Hablas por experiencia. —Entendió

—Yo perdí más que un amigo, y de una manera mucho más trágica.

—¿Cómo sucedió?

—Casi sin darnos cuenta. —Suspiró—. Cuando pudimos salir de aquella cabaña, creímos ingenuamente que todo había terminado, pero lo cierto es que no había hecho más que empezar; aunque tardamos demasiado en darnos cuenta. Decidimos no hablar nunca más de lo sucedido, y volvimos a nuestra vida cotidiana. A los pocos

días Marcos comenzó a comportarse de una forma muy extraña. Siempre había sido un chico amable y simpático, y de la noche a la mañana se convirtió en alguien totalmente diferente. En un tipo irascible e insoportable, que se pasaba los días gritando por cualquier cosa, siempre refunfuñando y con el ceño fruncido. En un principio pensamos que la presión de lo sucedido había sido muy fuerte para él, y que tarde o temprano se le pasaría y volvería a ser el de siempre, pero los días pasaban y se volvía más y más agresivo. En solo una semana consiguió que Ángela pasara de adorarle a tenerle pánico. Se convirtió en un monstruo... —Hizo una pausa larga y continuó—. Entonces se obsesionó con Kat. Durante la primera semana se había limitado solo a mirarla. Incluso en un par de ocasiones le hice un comentario al respecto, pero se rio de mí y me llamó paranoico; hasta que dejó de esconderse. Aprovechaba cualquier momento para ir a verla, la llamaba a todas horas o se presentaba en su casa de madrugada. Kat comenzaba a estar muy asustada. Llegó un momento en el que yo tenía que acompañarla a todos lados.

—¿Trataste de hablar con él?

—¿Hablar con él? —Sonrió irónico—. ¡Lo hubiera matado..., si hubiese podido encontrarlo! Pasé días enteros buscándolo, pero al parecer, de momento, no le interesaba enfrentarse conmigo. Supongo que estaría preparando su estrategia.

Apretó los puños al recordar la impotencia y la rabia que sintió durante tantos días.

—¿Al final diste con él?

—No exactamente. —Un escalofrío le erizó el vello, anticipándose a lo que tendría que contar a continuación—. Él nos encontró a nosotros. Hacía más de una semana que Ángela se había trasladado a casa de Kat hasta que Marcos se tranquilizara, pero necesitaba pasar por su casa para coger algo más de ropa. Nosotros la acompañamos hasta allí, pero cuando paramos en doble fila los municipales nos

pidieron la documentación del coche de Kat, y Ángela decidió adelantarse y subir sola a su apartamento.

Kat subió tan solo cinco minutos después y volvió a salir a la calle, muy nerviosa, unos segundos más tarde.

Alex se puso en pie, inquieto, y caminó hasta la ventana. Aquella parte resultaba especialmente dolorosa.

—La puerta estaba abierta, pero no había ni rastro de Ángela.

—¿Y no los visteis salir? —Mónica sabía que solo tenía que esperar para obtener la respuesta, pero la ansiedad le impedía permanecer en silencio.

—No, porque no salieron del edificio. Cuando pudimos serenarnos comprendimos que solo había un sitio al que podrían haber ido sin ser vistos: la azotea.

Todo lo sucedido allá arriba, se agolpó en su mente en solo unos segundos. Recordó el terrible presentimiento que le había embargado mientras Kat y él corrían escaleras arriba.

—Será mejor que entre yo solo —le había pedido a Kat, jadeante, una vez estuvieron tras la puerta de entrada a la azotea. Era consciente de que la chica se iba a negar rotundamente, pero tenía que intentarlo.

No sabían qué iban a encontrarse cuando franquearan la puerta, pero ambos estaban seguros de que no sería nada bueno. Y no se equivocaron... Marcos tenía a Ángela inmovilizada frente a ellos. La agarraba con fuerza contra su pecho, usándola como escudo, mientras amenazaba su integridad con un enorme cuchillo apoyado sobre la yugular.

—Si os acercáis un centímetro más, le rebano el cuello —amenazó frenando el avance—. Habéis tardado. Debí dejar una nota, estaba empezando a impacientarme.

Ángela, impotente, trataba de no moverse un milímetro mientras

las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Tranquilo, Marcos —pidió Alex cauteloso—. Dinos que quieres...

—¿Es que todavía no os habéis dado cuenta de que no soy Marcos? —Interrumpió a voz en grito, clavando más aún la hoja de acero sobre el blanco cuello.

—¡Cálmate, por favor! —suplicó Alex de nuevo, mientras Kathy lloraba a su lado presa del pánico.

—¿Sabes? ¡Tienes razón! —aceptó el agresor—. Al fin y al cabo debería estar agradecido, había olvidado lo maravilloso que es estar vivo.

Todos se miraron entre sí, horrorizados, comprendiendo el alcance de aquellas simples palabras. Un gemido de terror escapó de labios de Kathy, que por un segundo temió desmayarse. Alex tampoco podía articular palabra, víctima de un absoluto estupor.

—Parece que al fin vais comprendiendo. —Aprovechó el silencio—. Me divertí mucho con vosotros en aquella cabaña... ¡Los mortales sois tan impresionables! ... ¡Y tan predecibles! Sabía que solo tenía que presionaros un poco para que el pánico os hiciera cometer un error, y voila, libre por fin.

—Suéltala, ella no te ha hecho nada —susurró Alex, tratando de aparentar serenidad.

—Cierto, solo es el medio para llegar hasta lo que realmente quiero. —Miró a Kathy con una malévola sonrisa.

Por instinto, Alex se movió unos centímetros hasta ponerse de escudo entre ambos. Kathy miraba por encima de su hombro, completamente desenchajada. No pudo contener un grito aterrador cuando Marcos apretó un poco más el cuchillo y sintió a su amiga contraerse de dolor. Unas gotas de sangre chorrearon por la blanca piel...

—¡No le hagas daño! —gritó entre lágrimas

—Eso depende de ti, Katrina —informó—. La vida de tu amiga

está en tus manos. ¿Qué piensas hacer al respecto?

El chantaje logró el efecto deseado; Kathy dejó de escudarse tras Alex y se hizo a un lado.

—Kat...no lo hagas... —suplicó Alex.

Viendo el atisbo de duda, Marcos le tendió la mano.

—Ven hasta aquí, Katrina, y soltaré a Ángela.

Kat dio un paso al frente, temblando, observando aquel brazo extendido hacia ella igual que si fuera una enorme garra.

En los segundos posteriores todo ocurrió muy deprisa. Ángela aprovechó aquel momento de distracción para morder con todas sus fuerzas el brazo que sujetaba el cuchillo, consiguiendo que el arma cayera de sus manos. Alex se abalanzó entonces sobre Marcos y ambos rodaron por el suelo, forcejeando, cada uno luchando por ganar la partida. Pero el joven no tardó en darse cuenta de que no había nada que él pudiera hacer contra lo que parecía ser una fuerza sobrehumana.

—¡Salid de aquí! —le gritó a las chicas, consciente de que no podría ganar aquella pelea. El dolor de los golpes comenzaba a ser insoportable.

Ninguna de las dos tenía intención de marcharse. Kat gritaba, impotente, buscando un destello de cordura que la ayudara a encontrar la forma de detener aquello. Alex no podría aguantar mucho tiempo más. Sangraba profusamente por nariz y boca, y comenzaban a flaquearle las fuerzas. Si continuaba golpeándolo de aquella manera un minuto más, lo mataría. Solo había una cosa que ella pudiera hacer para detenerlo.

—¡Me iré contigo! —gritó sin pararse a pensar en las consecuencias. Y consiguió la atención de aquella bestia al instante. Se detuvo, mirándola ansioso.

—¿Sin oponer resistencia? —preguntó, arqueando las cejas.

Kathy dudó por un instante, y gritó desgarrada por el dolor cuando aquel puño de hierro volvió a golpear el rostro de Alex..

—Será mejor que te decidas pronto. —Volvió a mirarla, con los ojos inyectados en sangre y una expresión tan fiera en el rostro, que Kathy no tuvo ninguna duda de que mataría al chico si era necesario —. No creo que tu novio aguante mucho más; está rozando el abismo, un par de golpes más en el sitio indicado y...

—¡Me iré contigo! —accedió Kathy, incapaz de imaginar la vida sin Alex.

Marcos se puso en pie, sonriendo con satisfacción.

—¡No! —gritó Ángela, interponiéndose entre ambos—. Te matará en cuando tenga oportunidad.

—Me parece que aquí tenemos un conflicto de intereses. —Rio siniestro—. Será mejor que os pongáis de acuerdo.

Se agachó ante Alex y lo izó del suelo igual que si levantase una simple pluma.

—Kat..., no... lo hagas —suplicó el herido, escupiendo sangre, a punto de perder el conocimiento.

—No creo que tengas elección —Volvió a intervenir Marcos.

Con la mano libre apretó la mandíbula de Alex, que se retorció de dolor. A continuación, en un alarde de superioridad, lo levantó un palmo del suelo utilizando una sola mano. Kathy tuvo la certeza de que estaban todos perdidos, hicieran lo que hicieran. Paseó su mirada por el suelo, buscando el cuchillo con el que momentos antes había amenazado la vida de Ángela. Lo localizó apenas a un metro de ella.

—No es una buena idea —advirtió el monstruo, casi leyéndole el pensamiento.

Kathy dudó.

—Si lo haces mataré a tu novio —insistió.

Dentro de su confusión, la chica barajó sus posibilidades, comprendiendo finalmente que en realidad no había elección posible. Solo había una cosa que podría intentar para que al menos tuvieran una probabilidad de salir de allí con vida. No estaba segura

de que pudiera funcionar, pero quizá...

Un segundo más tarde saltó sobre el cuchillo y lo empuñó con mano temblorosa. Una siniestra carcajada inundó el ambiente.

—Me decepcionas, Katrina, te creía más inteligente. —Sonrió divertido—. Voy a disfrutar tremendamente cuando seas mía.

—¡Suéltalo! —ordenó.

—¿Qué te hace suponer que voy a hacerte caso?

Entonces Kathy hizo algo impensable. Volvió el cuchillo hacia ella y se lo apoyó en el cuello, tal y como él lo había hecho sobre el de Ángela.

—Si no los dejas ir, no me tendrás nunca.

La sonrisa de Marcos se transformó en una mueca salvaje, que presagiaba un terrible desenlace.

—Acabas de sentenciar a muerte a tus amigos —bramó con una escalofriante voz de ultratumba mientras agitaba una de sus manos en su dirección.

Entonces sucedió algo impensable: una fuerza invisible le arrancó el cuchillo de entre los dedos, elevándolo en el aire. Horrorizada, Kathy adivinó el destino del arma antes de que terminara hundiéndose en el estómago de Alex, que recibió la puñalada con un gesto de sorpresa. Un segundo más tarde, la mano de hierro que lo tenía suspendido en el aire, lo arrojó a sus pies igual que si se tratase de un simple muñeco de trapo.

Alex se desplomó, dejando escapar un desgarrador gemido al golpearse contra el frío pavimento.

—¡Eres un hijo de puta! —le gritó, destrozada, dejándose caer al lado de Alex y tomándolo entre sus brazos. Comprobó su estado a través de las lágrimas. Aún estaba consciente, pero no iba a aguantar mucho más. Con la respiración entrecortada y los ojos fijos en ella, parecía estar despidiéndose. Y si aún le quedaba algo de cordura, debía ser consciente de que no tenía muchas posibilidades de sobrevivir.

Alex guardó silencio mientras se acariciaba la cicatriz que aquel cuchillo había dejado en la parte baja de su abdomen. Recordaba muy vagamente todo lo sucedido después. Los recuerdos iban y venían, igual que debía haberle sucedido a su consciencia, mientras se debatía entre la vida y la muerte sobre el frío pavimento.

—Debes ser muy fuerte —susurró Mónica con lágrimas en los ojos—. No todo el mundo sobreviviría a algo así.

—Pasé cuarenta y dos días en cuidados intensivos —explicó—. En realidad los médicos me desahucieron nada más ingresar. Le dijeron a mi madre que avisara a la familia, que solo era cuestión de tiempo.

—Dios, debió de ser horrible.

Álex se limitó a asentir, aunque no estaba de acuerdo. Lo verdaderamente horrible había sido despertar. Enfrentarse a la realidad de todo lo ocurrido, casi le había costado la cordura.

Jamás podría expresar con palabras la angustia horrible que lo invadió durante las primeras horas de consciencia. Su mente recuperó la normalidad mucho antes de que su cuerpo estuviera preparado para hacerlo. Lo último que recordaba antes de perder el conocimiento, eran los gritos desesperados de Kat. Algo estaba ocurriendo con Ángela a un par de metros de él, pero todo se había vuelto oscuridad antes de que pudiese siquiera imaginar qué. Durante más de doce horas estuvo inmóvil, tumbado sobre aquella maldita cama, demasiado débil como para poder articular una sola palabra. Doce interminables horas sin saber cómo había terminado todo, desquiciado por la idea de que podía ser el único superviviente. El simple pensamiento de que Kat podía estar muerta, desencadenó en una severa taquicardia que amenazó de nuevo su vida. Nunca supo que fue lo que le inyectaron para tranquilizarlo, pero, en apenas dos minutos, se había sumergido de nuevo en la más absoluta oscuridad. Cuando volvió a abrir los ojos, Kat estaba ante él. Con su

mano cogida entre las suyas, le sonreía con lágrimas en los ojos. A pesar de todo estaba tan hermosa, que por un segundo temió que su mente le estuviera jugando una mala pasada, y todo aquello no fuese más que una alucinación.

Pestañeó ligeramente para alejar de sí el peso de los recuerdos. Aquella inquietante sensación de impotencia lo había acompañado durante mucho tiempo.

—Alex, ¿cómo terminó todo? —preguntó inquieta.

—Yo perdí el conocimiento —aclaró—. Kat me contó lo sucedido mucho tiempo después de despertarme, y te aseguro, que todo lo que has oído hasta ahora no es nada comparado con el resto.

Mónica asintió y esperó a qué continuara.

—Voy a salir.

Ambos estaban tan absortos, que se sobresaltaron al escuchar la voz de Kathy. Ni siquiera se habían percatado de que había salido de su cuarto.

Alex se puso en pie precipitadamente, por un instante tuvo la absurda sensación de que le habían cogido in fraganti.

—¿Dónde vas? —interrogó.

—A dar un paseo, necesito que me dé el aire.

—Bien —Fue todo lo que dijo Alex, volviendo a coger asiento.

Con expresión de asombro, Kathy salió por la puerta de la calle. Creyó que tendría que pelear con él para poder irse, pero al parecer estaba demasiado a gusto charlando con Mónica como para molestarse en acompañarla.

Mónica observó al chico, perpleja.

—¿En serio vas a dejarla salir sola? —preguntó sin disimular su extrañeza.

—¿Estás loca? Solo le estoy dando un poco de ventaja. —Se puso en pie de nuevo y avanzó hacia la puerta—. Y me parece que ya ha tenido suficiente.

Kathy caminó presurosa por la desértica calle. No sabía qué demonios la había impulsado a salir sola, pero fue consciente de que era un error nada más ponerse a la intemperie. Avergonzada, tuvo que reconocer que había tenido la absurda esperanza de que Alex le impusiera su compañía para poder salir del apartamento. Se enfureció consigo misma, recriminándose por ser tan patética. Le molestaba mucho que después de pasar casi tres años sola, se hubiese acostumbrado de nuevo a él en solo unas pocas horas.

Miró a su alrededor con el ceño fruncido. No sabía por qué, pero tenía la extraña sensación de que alguien la observaba. Se dijo a sí misma que comenzaba a estar paranoica, aunque nadie podía culparla por ello después de todo lo que estaba pasando.

Se detuvo un instante, dudando. Tenía dos opciones: podía sentarse frente al hermoso lago en el interior del parque y dejar que la suave brisa obrara su magia, o podía correr como un gamo para llegar a su apartamento cuanto antes. Solo tuvo que pensar en la sonrisa prepotente que recibiría de Alex para tomar una decisión. Se internó entre los árboles y caminó presurosa hacia la explanada, donde la quietud del agua siempre conseguía tranquilizarla.

Se sentó en el césped y contempló los hermosos alrededores. Había pasado tantas horas allí tirada, compartiendo con Alex aquella belleza, que no pudo evitar estremecerse. Aquel siempre fue su refugio. No podría contar la de noches que ambos se habían dejado arrastrar por la pasión sobre la tupida hierba. Por eso había escogido aquella zona para vivir cuando decidió independizarse. Aquel parque era el único sitio donde podía sentir a Alex cerca de ella. Cuando la necesidad de él se hacía insoportable, caminaba hasta allí y daba un largo paseo; era lo único que parecía aliviar el dolor de la ausencia.

Igual que si lo hubiese conjurado con el pensamiento, el chico llegó hasta ella y se sentó a su lado, desbocando por completo su corazón sin necesidad de añadir una sola palabra.

Ambos se deleitaron con el bello paisaje, en silencio.

—Esto no ha cambiado nada —comentó el chico al cabo de un rato, rompiendo la calma.

—No. Somos nosotros los que hemos cambiado.

—Cierto, porque si no fuera así, ahora mismo estaría besándote —agregó sonriendo. Y se sintió muy complacido al ver la incomodidad que la chica se afanaba por esconder.

—Alex, por favor...

—¿Qué? Mi lívido y este parque siempre se llevaron bien — insistió sin poder ocultar ya una enorme sonrisa de satisfacción—. Será mejor que nos vayamos o no respondo de mis actos...

Kathy tuvo que desviar la mirada, molesta. Estaba segura de que decía todo aquello solo para incomodarla; y lo que más rabia le daba es que lo estaba consiguiendo.

—Lo que será mejor es que guardes tus bromitas para quién quiera escucharlas —dijo con acritud.

—¿Y por qué piensas que estoy bromeando? —La mirada iracunda que recibió, consiguió arrancarle una sonora carcajada, que poco contribuyó a apaciguarla.

—¿Te hace mucha gracia?

—¡No te pongas así! —Rio de nuevo—. Solo ha sido un simple comentario, Kat.

—Pues no creo que a tu novia le hiciera mucha gracia que bromearas sobre el control que tienes o no sobre tus instintos. — Estaba tan enfadada que ni siquiera se había parado a pensar en lo que decía.

Alex la miró con curiosidad. Ensanchó la sonrisa aún más tras el siguiente comentario.

—Es más, yo diría que no va a gustarle mucho el hecho de que estés aquí en Madrid, conviviendo con la que fue tu novia durante cuatro años.

—¿Así que recuerdas que en algún momento salimos juntos?

Qué curioso, estaba convencido de que se te había olvidado por completo —ironizó sin perder la expresión divertida.

—¡Si pudiera eliminarlo de mi memoria, lo haría! —mintió con descaro para enmascarar el dolor. En su fuero interno, había tenido la absurda esperanza de que Alex permaneciera solo, y de que aquella novia tan solo fuera una invención de sus estúpidos celos, pero ni siquiera se había molestado en negarlo.

—Eso suponía replicó Alex, ya sin un ápice de humor—. Pues lo siento por ti, pero tendrás que soportar mi presencia por mucho que te fastidie. Te aseguro que me largaré en cuanto todo quede solucionado, pero, mientras tanto, te recuerdo que estamos metidos en un buen lío. Y me alegra saber que sigues conservando ese carácter endemoniado. Lo vas a necesitar.

—¡No hay nada de endemoniado en mi carácter! —gritó ofendida, pero guardó silencio al percatarse de que con aquel arranque de ira se contradecía a sí misma—. Vale, igual estoy un poco alterada.

—Bien, pues ahora que hemos conseguido que Mr. Hyde se tranquilice... —Sonrió al recibir otra mirada asesina. Vale, me ahorraré los sarcasmos para que eso siga siendo así.

—Te lo agradecería —contestó con falsa dulzura.

—Pues no lo hagas todavía, porque no sé si seré capaz.

—¿Es que siempre tienes que decir la última palabra?

—¡Mierda, Kat, ya está bien! ¡Vamos a morir si no conseguimos centrarnos!

Aquella absoluta certeza consiguió hacerles reaccionar. La amenaza sobre sus vidas era real, muy real.

Sin añadir nada más al respecto, Kathy extrajo una pequeña libreta de uno de sus bolsillos y la abrió por la única página escrita.

—Estos son los nombres de todos los que estaban en casa el viernes por la noche —dijo, tendiéndole las notas a Alex..

—¿Cuántos eran en aquel otro cumpleaños? —interrogó.

—No tengo ni idea —reconoció—. Creo que Mónica es la única que puede contestar a eso.

—Pues es importante que lo haga cuanto antes —Kathy asintió—. ¿Crees que habría mucha gente?

—Puede que unos diez o doce.

—Demasiados. En esta ocasión ha cambiado su estrategia. Creo que piensa permanecer en el anonimato todo lo que pueda, o Mónica ya se habría dado cuenta de si alguien se comporta de forma extraña. Se está tomando muchas molestias para controlar su temperamento —argumentó—. Y mientras sea así nos lleva mucha ventaja.

—Es demasiado prepotente, tarde o temprano cometerá un error. —Kathy estaba segura de ello.

—No es suficiente, no podemos sentarnos a esperar que lo haga.

Kathy frunció el ceño. Tenía la extraña sensación de que había algo que se les estaba escapando. Cerró los ojos con fuerza, intentando ahondar un poco más en ello, y el esfuerzo valió la pena. Miró a Alex, perpleja.

—¿Y si lo hubiese hecho ya?

—¿Qué?

—Estamos convencidos de que la posesión tuvo lugar en aquella otra sesión —recordó nerviosa, Alex asintió—. Entonces la única explicación para lo que ocurrió en mi casa...

La mente ágil y entrenada del periodista, solo necesitó un segundo para llegar a la misma conclusión.

—¡Estaba sentado a la mesa! —exclamó asombrado—. ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes?

«Porque estábamos demasiados ocupados discutiendo», pensó Kathy, pero prefirió no compartirlo con él. Alex estaba muy ocupado volviendo a consultar la libreta.

—Así que siete personas.

—Puedes eliminar a las chicas —dijo Kathy, arrimándose mucho a él con la excusa de leer las notas.

—¿Estás segura?

—Sí.. Es demasiado machista como para escoger a una mujer. Además, por mucho que esté utilizando algo para que no reconozcamos su voz, te aseguro que es la de un hombre —afirmó, aspirando el aroma de aquella colonia que tanto le gustaba, y que el chico seguía utilizando a pesar de los años.

—Entonces no hay tantas opciones... —continuó, concentrado en las letras.

«Era un olor tan varonil...».

—Creo que la lista se resume a... ¿tres?

«... y tan sensual...».

—¿Kat?

—¿Sí? —escapó de sus labios solo por pura inercia, en realidad en aquel momento se encontraba atrapada en un mundo de sensaciones.

—¿Te encuentras bien? —la mirada preocupada del chico la devolvió a la realidad.

—Perdona..., a ver... —comentó, escondiendo el rubor de sus mejillas.

Alex la contempló, contrariado. Si no supiese que era completamente imposible, hubiera jurado que era deseo lo que acababa de leer en sus ojos. Tuvo que hacer un esfuerzo considerable para apartar aquella absurda y loca idea de su mente.

—Entonces solo nos quedan tres candidatos —atestiguó, esforzándose por poner los pies sobre la tierra.

—Dos —aclaró la chica—. Charli está muerto.

—¿Edu?

—Es el chico que olvidó pintar el adiós.

—¿Crees que pudo hacerlo aposta?

—Es una posibilidad, lamentablemente la otra es... —Contuvo la respiración un segundo

—Déjame adivinar... ¿Micky? —Kathy asintió preocupada—.

¡Mierda, siempre he odiado las segundas partes!

Ambos se pusieron en pie, presurosos. La conversación con Mónica había pasado de importante a urgente y necesaria.

Caminaron a paso rápido hasta la salida del parque y continuaron después por la ancha acera.

—¿Has notado algo raro en cualquiera de los dos? —interrogó Alex cuando enfilaron la última recta.

—Micky estaba absolutamente normal, y me temo que a Edu no lo conozco lo suficiente como para saberlo, aunque... —calló, cohibida.

—¿Aunque?

—Micky me contó el otro día que Edu está bastante quedado conmigo.

—Eso no es concluyente —opinó Alex—. Cualquiera podría encapricharse de ti, eres bastante mona...

¡Bastante mona! Kathy hubiese querido pegarle. No pudo evitar sentirse insultada. Y el tono indiferente con que lo había dicho tampoco ayudaba, como si se estuviera refiriendo a una simple falda de raso.

—... así que no creo que eso sea un dato que podamos tener en cuenta —continuó Alex—. Si dices que no lo conoces lo suficiente, doy por supuesto que no has salido con él.

—Bueno... —Sonrió, fingiendo inocencia—, lo cierto es que estaba esperando que me lo pidiera. Se suponía que eso debía ocurrir en la reunión, pero con todo el lío...

—No sabes cuánto lo siento, pero sobra decirte que no te acerques a él, ¿no?

—Claro, no soy tonta; aunque sea terriblemente atractivo...— agregó para terminar de sanar su orgullo herido.

—Es una suerte que seas tan sensata.

Kathy miró hacia otro lado, sonriendo. Le había dado la impresión de que Alex apretaba la mandíbula. No sabía si se lo había

imaginado, pero desde luego la ironía implícita en su último comentario había sido real.

Continuaron caminando en silencio. Tan solo faltaban veinte metros para llegar a su apartamento y que Mónica les aclarara algunas cosas.

Alex se detuvo un instante, y se volvió a mirar a su espalda con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —interrogó Kathy, deteniéndose a un par de metros.

—Creo que la paranoia comienza a pasarme factura. —Continuó mirando a su alrededor—. No consigo alejar la sensación de que alguien nos observa.

—A mí me sucedió mientras venía.

—Pero tú estabas en lo cierto, yo te seguía desde muy cerca.

—Y yo que pensaba que me habías dado un voto de confianza... —se quejó, pero no pudo evitar sentirse complacida.

—No he venido hasta aquí para perderte a las primeras de cambio —agregó, poniéndose de nuevo en movimiento, aunque con todos los sentidos alerta.

Kathy no hizo ningún comentario. ¿Qué podría decir? Todo lo que saliera de su boca la haría quedar como una idiota. Y ya se sentía suficientemente tonta al sentir el corazón galopar dentro de su pecho por algo tan simple. Empezaba a irritarle que Alex fuese capaz de afectarla tanto.

Se detuvieron en el paso de peatones, esperando que el semáforo cambiara de color. En cuanto el muñeco se puso verde, Kathy se puso en movimiento.

—Espero que Mónica pueda enfrentarse a todo esto —comentó pensativa, pero se volvió extrañada hacia el otro lado de la calle al comprobar que estaba hablando sola.

Alex continuaba todavía en la acera de enfrente. Parecía haber perdido algo, pues buscaba afanosamente a su alrededor. La chica

suspiró, y se apoyó con parsimonia en una farola. El semáforo había vuelto a cambiar de color, así que tendrían que esperar de nuevo. Aunque si Alex se daba prisa, quizá podría cruzar antes de que el enorme todoterreno que se veía en la distancia llegara hasta allí. Parecía que el vehículo tenía problemas, debía de venir muy lento, a juzgar por la fila interminable de coches que traía tras él.

Apartó la vista de la carretera para centrarla en Alex, que al parecer había encontrado lo que buscaba. Cuando volvió a levantar la mirada lanzó un grito de pánico. El todoterreno había ganado velocidad y perdido el control. Iba directo hacia Alex, que continuaba agachado en el suelo.

—¡Alex! —gritó a pleno pulmón.

Alarmado por el inesperado alarido, el chico se incorporó de un salto, y, haciendo gala de unos magníficos reflejos, consiguió tirarse a un lado para salvar su vida. Si hubiese dudado tan solo una décima de segundo, el coche lo habría arrollado sin remedio.

Se puso en pie, sacudiéndose la ropa. El todoterreno había rodado varios metros más hasta estrellarse contra una farola, levantando una humareda a su alrededor.

Sin decir una sola palabra, Kathy llegó hasta él y se arrojó en sus brazos.

—¿Estás bien?

—Ha faltado muy poco.

La gente comenzaba a agolparse alrededor del vehículo. El conductor bajó del auto presa de un ataque de nervios, mientras que el humo del motor atraía cada vez más miradas curiosas.

—Se ha bloqueado la dirección —gritaba un anonadado hombrecillo—. No he podido controlarlo.

De momento nadie parecía haber reparado en ellos, que al menos a diez metros de allí, escuchaban al desesperado conductor.

—¿Por qué te has parado? —preguntó Kathy presa de un terrible presentimiento.

—Se me ha caído el reloj... —casi titubeó—. No...encontraba la hebilla...

—Demasiada coincidencia.

—Lo sé —confirmó Alex, barriendo toda la zona con la mirada—. Será mejor que nos vayamos, la policía no tardará en llegar.

Ambos se alejaron de allí a paso rápido, conscientes de que no podían perder el tiempo contestando mil y una preguntas.

Un siniestro rostro los observaba en la distancia. Camuflado en uno de los portales, se lamentaba de su mala suerte. Era un hueso duro de roer aquel Alex. Debía deshacerse de él cuanto antes, o todo lo que tenía planeado podría venirse abajo. Lo último que necesitaba en aquel momento era un héroe de pacotilla dispuesto a todo por proteger a la dama en apuros. Aquello no estaría pasando si se hubiese ocupado convenientemente de él años atrás, pero había dado por hecho que no sobreviviría. La impaciencia por conseguir lo que había venido a buscar fue sido su gran error en el pasado, pero había aprendido la lección. Se decía que el ser humano es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra, pero él ya no era humano, así que ¿por qué preocuparse?

Sonriendo complacido, se alejó de la zona. Debía planear muy bien su siguiente movimiento; y tenía un as en la manga que estaba deseando poner sobre el tapete.

Capítulo 10

Mónica miró el reloj por enésima vez desde que Kathy y Alex se habían marchado. Hacía mucho rato que deberían haber vuelto, y el alboroto que parecía haberse formado en la calle comenzaba a crisparle los nervios.

—Por fin. —Suspiró al verlos entrar—. Estaba empezando a desesperarme. He oído algunos gritos en la calle, y por un segundo he pensado que estabais implicados. ¿Qué te ha pasado?

Alex siguió su mirada y, por primera vez, se percató de que tenía un agujero enorme en los pantalones, a la altura de la rodilla.

—¿Estás sangrando? —Se alarmó Kathy, mirándolo más de cerca.

—Eso parece —dijo, sentándose en el sofá—. Habrá sido al rodar por el suelo.

—¿Al rodar por el suelo? —Se asombró Mónica— Pero ¿de dónde venís? ¿Es que no se os puede dejar solos ni un segundo?

Alex no pudo evitar lanzar una carcajada. Era simpática aquella chica, lamentaría que su novio estuviera implicado en todo aquello.

—No te preocupes, no ha sido Kat —bromeó—. En realidad ella me ha ayudado.

La aludida los observaba sin rastro de humor. Todavía creía que el corazón iba a salirse del pecho debido al susto. Durante unos interminables segundos, no había sabido si Alex estaba bien o aquel tanque lo había arrollado.

—Entonces, ¿con eso de rodar por el suelo te estás refiriendo a un revolcón? —continuó bromeando la actriz.

—Me temo que no. Ha sido mucho menos agradable...

—¡Bueno basta ya! —Interrumpió Kathy.

Mónica se quedó muda por el repentino estallido, mientras que para Alex no representó ninguna sorpresa.

—Bromear sobre el tema puede ser un gran escudo, Kat —dijo

muy serio—. Suele ayudar a enfrentarse a los problemas.

—¿Restándoles importancia? No, Alex, no hay forma de quitarle hierro a este asunto. La realidad es que ese cabrón ha intentado matarte, y volverá a hacerlo a no ser que nosotros se lo impidamos. ¿Crees que podemos matarlo de risa? Quizá si le contaras uno de tus chistes...

No hizo falta que nadie dijera nada. Sabía que había sonado muy dura y no tenía derecho a hablarle así. El chico se limitó a guardar silencio, cosa que agradeció, avergonzada.

—Lo siento —se disculpó cinco segundos más tarde—. Será mejor que vaya a por algo para limpiar esa herida.

Se alejó de allí con la cabeza gacha.

Inmediatamente Mónica tomó asiento junto a él.

—¿Qué ha pasado? —preguntó muy seria.

—Han estado a punto de atropellarme —explicó con un gesto de dolor. La pierna comenzaba a dolerle mucho.

A grandes rasgos, le contó lo sucedido.

—¡Dios! Kathy tiene razón, no es algo sobre lo que debemos bromear.

—Vale, entonces perdamos todos los nervios y veréis que bien nos va a ir —agregó, irónico, consciente de que Kathy había vuelto al salón y se encontraba a solo un par de metros.

La chica llegó hasta él en silencio. Venía cargada con un montón de botes, algodón y vendas, que dejó sobre la mesa para centrarse en la herida. Alex le dirigió una mirada horrorizada.

—¡Joder, Kat, ¿qué demonios piensas hacerme?! Es un simple raspón, no una operación a corazón abierto.

—Hay que limpiarlo, desinfectarlo y vendarlo —aclaró, escondiendo una sonrisa.

—¿Y para qué carajos son las pinzas?

—Todavía no he visto la herida, puede que haya algo clavado dentro...

—¡Seguro que no!

A pesar de lo serio de la situación, Mónica tuvo que hacer un esfuerzo considerable para no reírse. La sonrisa maliciosa que Kathy había escondido a ojos del chico, no le había pasado desapercibida. Su amiga estaba disfrutando con aquello, estaba segura.

—Pues es muy posible —insistió Kathy—. Espero que podamos sacarlo con las pinzas, me fastidiaría mucho tener que utilizar las tijeras, no están bien afiladas. Veamos...

Cogió las enormes tijeras y se sentó en el suelo sobre sus talones para tener mejor acceso a la parte dañada; Alex se puso en pie a toda velocidad.

—¿Qué narices vas a hacer? —le increpó, apartándose a un lado—. Ni se te ocurra acercarte a mí con eso en la mano.

Mónica estalló en carcajadas, ya sin remedio.

—¿Siempre es tan aprensivo? —bromeó.

—Puede dejar que te acerques a él empuñando una escopeta, pero si lo que llevas en la mano es un algodón con alcohol, la cosa cambia.

—Es comprensible, esos algodones los carga el diablo.

—¡Me parto de risa! —intervino el aludido, molesto.

—Ya ves... —le dijo Kathy, esbozando otra sonrisa—. ...este si es un tema sobre el que se puede bromear.

Alex la observó en silencio. Siempre le había fascinado la capacidad que tenía para darle la vuelta a las cosas y usarlas en su propio beneficio.

—Vale —concedió—. Lección aprendida, ¿podrías soltar las tijeras ya, por favor?

—No puedo. Tengo que usarlas para cortar los pantalones —le aclaró—. Te prometo que no te dolerá.

—¡Un momento! ¡No hay ninguna necesidad de cargarte del todo los pantalones!

—Pero si ya los tienes rotos.

—Sí, y me han quedado de lo más modernos.

—Pues así no puedo curarte, tendrás que quitártelos. —Alex esbozó una maliciosa sonrisa que no necesitó explicar—. ¡Ni se te ocurra hacer un comentario al respecto!

—¡Es que ese si es un tema estupendo sobre el que bromear! —La ignoró—. Jamás pensé que volvería a oírte decir algo así. Creo que tu habitación es el sitio indicado para esto.

Echó a andar en esa dirección, cojeando levemente.

—¡Alex! —Kat lo miraba alucinada. Al parecer pensaba llevar la broma hasta sus últimas consecuencias.

—¿No pensarás que voy a quedarme en *gayumbos* en medio del salón? —Se volvió hacia Mónica, sonriendo—. No te ofendas, pero acabamos de conocernos...

Volvió a ponerse en marcha y desapareció tras la puerta de la alcoba, cargado con la bolsa de viaje donde llevaba todas sus cosas.

Kathy se quedó de piedra en medio de la sala. Debía tener una expresión muy estúpida pasmada allí de pie, blandiendo las tijeras.

—¡El deber te llama! —comentó Mónica, divertida.

¡Genial! Eso era lo que había conseguido por burlarse de él. Solo había querido relajar un poco el ambiente después de su salida de tono. Si en algo tenía razón Alex, era en que no debían perder los nervios. Pensó que aprovecharse de su fobia a las curas podía ayudarlos a tranquilizarse. Y ahora lo tenía metido en su cuarto... ¡y en calzoncillos!

«Kathy, te has lucido», pensó resignada, cargando de nuevo con todos los bártulos.

—Mónica, por favor, no te vayas muy lejos; tenemos que hablar contigo.

Tras esperar el asentimiento de su amiga, suspiró, y se encaminó hacia la habitación. Sería mejor terminar con aquella tontería cuanto antes. Era una mujer adulta, y no iba a perder el control solo por ver las piernas de un hombre.

Con paso firme entró en el cuarto y, sin mirar a su alrededor, soltó los antisépticos sobre la cama y se volvió hacia él.

—Si tienes problemas para quitarte... ¡Oh, Dios, lo siento! —Se giró avergonzada hacia la pared

Había esperado encontrarlo tratando de quitarse los pantalones, pero, desde luego, no estaba preparada para toparse con su torso desnudo.

—Solo estaba cambiándome de camisa. —Sonrió por la exagerada reacción—. Y no es necesario que te vuelvas, no me avergüenza que me veas.

—¡Pero a mí sí! —protestó—. Podías haberme avisado de que pensabas desnudarte.

—¿Desnudarme? Todavía llevo puestos los pantalones —pasó por su lado y rebuscó dentro de la bolsa.

—¡Solo hubiera faltado eso! —exclamó, tensa

—¡Por favor, Kat, ¿por qué tienes que hacer una montaña de todo?! —insistió—. Y ya puedes volverte.

Kathy se enfrentó a él, molesta, pero las palabras volvieron a atragantársele en la garganta. Se había puesto otra camisa, pero ni siquiera se había molestado en abotonarla. El liso abdomen, prueba de la perfecta forma física del chico, seguía visible, y sus traicioneros ojos estaban teniendo muchos problemas con la orden de *no mirar* que les imponía desde su cerebro.

—¿Podrías abrocharte? —pidió incómoda.

—Pues no, no he traído muchas camisas, así que no pienso arriesgarme a marchármela de sangre solo porque tú te hayas vuelto una puritana —dijo, sentándose en la cama.

¿Una puritana? ¡Aquello sí que resultaba gracioso! Lo que aquella ínfima muestra de piel le había provocado, y lo que su propio cuerpo le pedía a gritos, se correspondía muy poco con ese virginal calificativo.

—¡Haz lo que te dé la gana!

Alex la observó con el ceño fruncido. ¿No se había ofendido con aquel comentario? Aquello sí que era de verdad sorprendente. Siempre discutía por las cosas más estúpidas y, sin embargo, dejaba que la tachase de puritana cuando precisamente ella siempre había presumido de ser una persona que hablaba de sexo sin tapujos. Podía comprender que le incomodara la situación, pero ¿era necesario que evitase mirarlo como si hubiese contraído la lepra de repente? Hasta dónde él sabía tenía un cuerpo bastante aceptable, aunque al parecer en Kathy producía un rechazo innegable.

—Tendrás que ayudarme a quitarme los pantalones —pidió, no sin cierto tono imperativo—. Esto empieza a dolerme bastante.

Se puso en pie, y entre los dos consiguieron extraer la prenda.

¡Menos mal que la camisa tapaba lo suficiente!, pensaba Kathy, intentando tranquilizarse. Si no conseguía dominar el temblor de manos, pronto haría un ridículo espantoso.

Se sentó en el suelo ante Alex, que apartó la camisa a un lado, supuso que para seguir incomodándola un poco más. Lo miró molesta, recibiendo una mirada socarrona como respuesta.

Tranquilízate, Kathy, se dijo a sí misma, solo es un hombre, como los que te cruzas a montones cada día. Aunque la situación no le favorecía demasiado. El estar hincada de rodillas frente a un Alex semidesnudo, no ayudaba a templar los nervios; y estaba empezando a sofocarse...

Se centraría en la herida para acabar cuanto antes, se dijo de nuevo, poniendo toda su fuerza de voluntad en el intento; pero no pudo evitar echar un último vistazo a aquel magnífico torso que tenía a solo unos centímetros.

Cuando sus traicioneros ojos pasearon la mirada por la parte baja de su abdomen, su corazón se detuvo. Allí estaba la prueba inequívoca de lo sucedido hacía tres años.

Aquello tuvo el mismo efecto que un jarro de agua fría. Miró la cicatriz, hipnotizada, recordando el momento exacto en el que aquel

enorme cuchillo había desgarrado la carne con ferocidad.

—¿Te importaría dejar de mirarme así? —pidió Alex, molesto, cerrándose la camisa.

—Lo... siento —se disculpó, avergonzada—. Yo...

—No hace falta que digas nada —la cortó—. Sé que no es una visión agradable, pero estoy acostumbrado a verla ahí.

Lo que no le dijo fue cuántos meses le había costado poder mirarse en el espejo sin que los recuerdos lo aplastasen como una enorme losa.

—Casi no se nota —opinó Kathy—. Los cirujanos hicieron un trabajo excelente.

Aquello era una gran verdad. Dada la longitud del cuchillo, la cicatriz podría haber sido enorme, y, sin embargo, solo había quedado una fina línea, que a unos cuantos metros tendrías que esforzarte mucho en distinguir.

—¿Por eso te ha dado un escalofrío al verla?

—Eso no tiene nada que ver con la cicatriz.

—¡Vamos! He leído el horror en tu rostro hace un momento.

—Yo... recordaba el momento exacto en el que ocurrió... —confesó—. Cuando ese enorme cuchillo te..., bueno..., recuerdo aquel instante como uno de los más insoportables de mi vida.

—Kat...

—¡No es necesario que digas nada! —suplicó—. ¿Podemos olvidar los últimos minutos, por favor?

—Empiezo a estar cansado de intentar olvidar —dijo casi en un susurro. Y Kathy tuvo la sensación de que no solo se estaba refiriendo a lo sucedido con Marcos.

Finalmente, prefirió volver a un terreno más seguro y se centró en la rodilla que los había llevado hasta allí.

—Está muy hinchada —exclamó, preocupada. Aquello tenía mal aspecto.

—Creo que además del raspón me he dado un buen golpe.

¿Podrás vendarla para que ceda el dolor?

—Pues no lo sé, creo que debería verla un médico —opinó—. La herida también parece fea.

Cuando estaba en la universidad, Kathy había hecho un curso de primeros auxilios, que le daba las nociones básicas, pero no creía que fueran suficientes.

—Será mejor que la limpies y la vendas como puedas —pidió.

—Es posible que necesites puntos. Eso por no hablar de que puedes tener alguna lesión más importante debido al golpe. Necesitas una radiografía para descartar...

—No podemos perder el tiempo en ir a urgencias, puede que no nos quede mucho —interrumpió—. Además, no me duele demasiado.

Kathy trató de protestar, pero por la mirada obstinada que recibió, supo que no iba a servirle de mucho; así que desinfectó la herida con sumo cuidado y la vendó, tras untarle una pomada para bajar la inflamación.

—Te buscaré una pastilla para el dolor —dijo, poniéndose en pie tras terminar el vendaje

Salió de la habitación con rapidez, mientras Alex rebuscaba entre sus cosas para encontrar un pantalón que no le rozara demasiado.

Diez minutos más tarde, por fin estaban los tres reunidos de nuevo en el salón.

Kathy, muy pensativa, trataba de encontrar la mejor manera de enfocar la conversación. No iba a resultar fácil compartir sus sospechas con Mónica. Cualquiera de las dos opciones que barajaban estaban demasiado cercanas a ella.

—Supongo que queréis saber quiénes estábamos en el cumpleaños de Charli —se adelantó Mónica—. No creo que fuéramos más de nueve o diez, pero aun así será complicado saber quién es.

—Verás Mónica —comenzó, tratando de suavizar las cosas—, en realidad es algo más sencillo...

Cruzó una mirada nerviosa con Alex. ¿Cómo podía decirle que su novio tenía el cincuenta por ciento de posibilidades de ser un asesino?

Mónica los miraba alternativamente, esperando a que se explicaran. Alex tomó el relevo de inmediato, lo que le valió una mirada agradecida.

—Lo que Kat trata de decir es que hemos reducido el círculo a solo dos sospechosos.

El timbre del teléfono los hizo saltar de la silla. Kathy incluso se sintió aliviada en cuanto identificó el sonido, aunque esa sensación solo le duró hasta que descubrió quién había causado la interrupción.

—Hola, Katrina, parece que tengo un sexto sentido para saber dónde estás en cada momento.

La primera intención de la chica fue colgar sin más, pero comprendió a tiempo que necesitaban hablar con él si querían respuestas. Quizá si lo presionaba lo suficiente, y conseguía enfurecerlo, cometería un error que los ayudara a identificarlo.

—Sabía que eras tú, mi sexto sentido me ayuda a identificar a los cobardes —con un gesto indicó a Alex que le acercara el maletín donde guardaba su ordenador. Metió la mano en un pequeño bolsillo lateral y extrajo la pequeña grabadora que usaba para trabajar.

—Si lo que intentas es hacerme enfadar, vas por buen camino.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Provocar otro accidente? —insistió, mientras ponía a grabar la conversación. Después, pidió silencio con un gesto y conectó el altavoz del teléfono.

En contra de lo que todos esperaban, una sonora carcajada inundó la estancia.

—Si fueses un hombre de verdad, te dejarías de juegos y darías la cara.

—Entonces, ¿dónde estaría la gracia? —Volvió a reír—. Tú no te diviertes nunca, ¿verdad, Katrina?

—¿Tienes que agregar mi nombre a cada frase que dices?

—Me gusta tu nombre.

—Entonces dime el tuyo para que podamos estar en igualdad de condiciones —probó, y guardó silencio, ansiosa.

—Vamos, Katrina, ¿qué importancia pueden tener unas cuantas letras?

—Me gusta saber a quién me estoy enfrentando.

—Allá abajo no tenemos nombre, es lo primero que te quitan al morir. Elige uno para mí, si quieres.

Kathy apretó los puños con fuerza, consumida por la rabia. Estaba claro que era inteligente, no sería fácil sacarle nada que no quisiera contarles.

—Prefiero seguir llamándote *cabrón hijo de puta*, si no te importa —hizo una leve pausa y añadió—: ¿Sabes? En realidad me importa una mierda lo que pienses al respecto.

—Lo cierto es que me encanta cómo lo dices; pones tanto énfasis..., tanta ira acumulada...

¿Es que no había forma de ponerlo nervioso? Sería mejor cambiar de estrategia y atacar de frente.

—¿Qué es exactamente lo que quieres?

—¿Ya te has cansado de intercambiar insultos? Lo estaba pasando muy bien. —Guardó silencio un instante—. Está bien, pero antes de nada déjame saludar a nuestro viejo amigo Alex. Sé que me estás escuchando. Lo de antes en la calle..., digamos que no es nada personal, me estorbabas, tan simple como eso.

Alex apretó los dientes con rabia, aunque sintió cierto alivio cuando pudo intervenir en la conversación.

—No pudiste matarme hace tres años, ¿qué te hace suponer que tu suerte ha cambiado?

—Incluso los gatos solo tienen siete vidas —le recordó—. Es cuestión de tiempo.

Kathy observó a Alex, angustiada. Aquella era una verdad inexorable. Tenían que detenerlo lo antes posible. Había sido pura

suerte haber podido esquivar aquel coche a tiempo, y la suerte es demasiado voluble y bastante efímera por regla general. ¿Cuánto tiempo más podían tenerla de su lado?

—O nos dices lo que quieres en los próximos diez segundos o vuelvo a colgarte —amenazó, iracunda. Los nervios comenzaban a desestabilizarla.

—La paciencia es una virtud, Katrina. Llevo muchos años esperando poder poseerte, déjame que saboree un poco la victoria.

Kathy volvió a cruzar su mirada con la de Alex; ambos completamente estupefactos.

—¿Has dicho poseerme? —pudo preguntar, con un hilo de voz.

—No me malinterpretes —Rio—. No me refiero a meterme en tu cama; aunque en otras circunstancias no me importaría, y a mi nuevo cuerpo tampoco, te lo aseguro. Quién podría no desearte..., ¿verdad, Alex?

La mirada asesina con la que el chico miraba el teléfono no dejaba lugar a dudas de qué haría si lo tuviese frente a frente.

—Deja de hacer demagogia barata y habla claro de una buena vez —ordenó, exasperado.

—¿Es que todavía no lo habéis entendido? Tendré que solucionar ese pequeño detalle... Escúchame bien, Katrina, porque solo lo diré una vez: quiero abandonar este cuerpo y entrar en el tuyo.

—¡Te has vuelto loco! —gritó Alex, encolerizado.

—Es posible —fue la tranquila respuesta—. Veinticinco años de infierno son muchos años...

—¡Si te acercas a menos de cien metros, te mato! —Volvió a gritar fuera de sí.

—No tiene por qué morir nadie más, Katrina —dijo, ignorándola—. Ven a mí, Katrina, de ti dependen las vidas de todos los que quieres.

—Aquí estoy —declaró, una vez pudo salir de su estado de perplejidad—. Si me quieres tendrás que venir a buscarme.

—Eso no me sirve; tienes que entregarte a mí por propia voluntad.

—Eso me suena a talón de Aquiles, ¿no te parece Alex? —agregó, intentando no titubear.

—Sí. Al parecer hay algo que el poderoso espíritu no puede hacer sin tu ayuda.

—Entonces, quizá deberíamos informarle de que no se esfuerce en insistir —continuó Kathy—. Jamás lo haré.

Otra satánica carcajada inundó la habitación, consiguiendo desesperarlos de nuevo.

—Seguís formando un gran dueto. Igual de compenetrados que entonces —concedió, impregnando las palabras con un inconfundible tono burlesco—. Es una lástima que tenga que mataros.

—¿Igual que mataste a Charli? —preguntó Alex, mirando fijamente la grabadora.

—Lo de ese Charli fue una exigencia del guion —admitió, y estalló en carcajadas de nuevo—. Nunca mejor dicho.

—¿Es que no te detienes ante nada? —gritó Kathy, asqueada—. ¡Has matado a una persona!

—De algún modo tenía que llamar tu atención, ¿no crees? —inquirió, disipando todo rastro de humor—. Serás mía tarde o temprano, Katrina, la única diferencia estriba en cuánta gente muera en el proceso.

Kathy se pasó las manos por el pelo con ademán desesperado. Sabía que no era palabrería. No se trataba de una simple amenaza destinada a presionarla. Conocía demasiado bien la maldad de aquel ser, y estaba segura de que antes o después intentaría hacer realidad sus palabras; pero no podía darle lo que le pedía, aquello si estaba fuera de toda cuestión.

—Sé que no es justo pedirte que hagas tal sacrificio sin ofrecerte nada a cambio —agregó la voz como si le hubiese leído el

pensamiento—. Por eso me he permitido guardarme un as bajo la manga. Estoy dispuesto a darte algo a cambio.

—¿Puedes resucitar a Marcos? —Casi escupió, con amargura.

—No, por fortuna para vosotros no tengo tanto poder.

—Entonces pierdes el tiempo. No hay nada que puedas ofrecerme que me haga cambiar de opinión.

—¿En serio? —Guardó un muy premeditado silencio, y agregó con estudiada teatralidad—: ¿Y si te dijera que puedo curar a tu amiga?

Kathy se sintió como si una mano invisible le abofeteara el rostro.

—¡Mientes! —gritó fuera de sí.

—Me temo que no... —sabiéndose el centro de atención, se recreó en cada palabra—. Hace tres años perdí la batalla y tuve que volver a mi retiro, lo admito, pero no lo hice de manos vacías. Traje algo conmigo. Te aseguro que es un trato justo: ríndete a mí, Katrina, y yo devolveré el alma de tu amiga.

Alex pudo llegar hasta ella un segundo antes de que se derrumbara. Tomándola entre sus brazos, la ayudó a sentarse en el sofá. La chica observaba el teléfono en estado de shock.

—¿Nunca te has preguntado por qué Ángela no mejora? —continuó, impasible, sabedor de la conmoción que estaba causando—. Pues ahí tienes la respuesta. Nadie puede vivir sin alma, Katrina, y la de Ángela... es mía. Yo controlo a Ángela, de mi depende devolverle la cordura.

—¡No sabes cuánto te odio! —pudo susurrar entre dientes, destilando aquel sentimiento en cada sílaba.

—No es un mal sentimiento, a mí me mantiene vivo —agregó, malévolo—. Piensa en mi propuesta, Katrina, tienes una hora

La comunicación al fin se cortó y el silencio invadió la estancia. Solo se oían los pequeños sonidos que Mónica provocaba mientras colgaba el teléfono y desconectaba la grabadora.

Alex observó a Kathy, preocupado. Se la veía completamente

ausente, perdida en sus pensamientos. El dolor le atenazó el pecho al verla tan desvalida, y se sintió impotente mientras trataba de dilucidar que podía hacer o decir para ayudarla.

Finalmente, decidió que cualquier cosa que dijera era mejor que aquel horrible silencio. Se acuclilló a sus pies y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Le gusta jugar con tu cordura, Kat —susurró, tomándole las manos entre las suyas, acariciándolas con suavidad—. No le dejes confundirte.

—¿Crees que puede hacerlo? —pudo preguntar entre lágrimas una vez estuvo segura de que su voz respondería—. ¿Crees que puede devolvernos a Ángela?

Alex dudó un instante. No tenía una respuesta a aquella pregunta, pero debía escoger las palabras con mucho cuidado para herirla lo menos posible.

—Sinceramente, Kat, no lo sé —reconoció—. Ignoro si tiene ese poder o es un simple farol, pero de lo que sí estoy seguro es de qué aunque pudiera... jamás lo haría.

La chica asintió, comprendiendo la veracidad de aquella afirmación.

—No te agarres a esa esperanza, no le dejes hacerte más daño. Si te rindes ahora, habrá ganado —insistió, tratando de sonar firme y seguro—. Tenemos que seguir luchando, Kat. Te prometo que encontraré la manera de acabar con él, pero te necesito a mi lado para hacerlo. Juntos podemos lograrlo. ¿Qué me dices? ¿Te quedas a bordo?

Guardó silencio esperando ansioso una respuesta. Si aquel indeseable había dicho una sola verdad durante toda la conversación, había sido al referirse a la gran pareja que todavía seguían formando. A pesar del tiempo, sus mentes continuaban igual de compenetradas que en el pasado. Juntos formaban un gran equipo.

—¡Vamos a acabar con él, Alex! Tenemos que encontrar la forma

de mandarlo de vuelta, pero esta vez nos aseguraremos de que sea para siempre.

—¡Esa es mi chica! —exclamó, respirando aliviado, pero se arrepintió al instante del comentario.

Carraspeando se puso en pie, contrariado.

Para Kathy no pasó desapercibido su azoramiento, pero se obligó a apartar de su mente todo lo relacionado con aquella faceta de su vida.

—¿Creéis que esto puede servirnos de algo? —preguntó Mónica, tendiéndole a Kathy la grabadora

—Puede ser —intervino Alex—. Aunque antes debemos centrarnos en algo más importante

—Sí —afirmó Kathy mirando a Mónica muy seria—. Antes de que el teléfono sonara estábamos a punto de contarte algo.

—Lo recuerdo, decíais que habíais conseguido reducir el círculo a solo dos sospechosos.

—Sí, uno de ellos es Edu.

A Mónica casi se le descolgó la mandíbula.

—¿Edu? ¿Estáis seguros? Yo no he notado nada raro en su comportamiento, y lo he visto esta mañana. ¡Si estaba hecho polvo por lo de Charli!

—Eso no lo excluye. Está claro que no quiere revelar su identidad, así que hace todo lo posible por disimular —declaró Alex, convencido—. Es muy listo y ha cambiado su estrategia.

—Pero Edu... —insistió—. Tiene que haber algún error. Seguro que ha escogido a alguno de los chicos que estaban en casa de Charli el día de su cumpleaños. Había un par de ellos que yo no conocía.

—Mónica, solo hay una explicación para lo que ocurrió aquí en casa —aclaró Kathy cautelosa—. Él tenía que estar en el salón..., sentado a la mesa.

—¡Oh, venga! Micky también estaba aquí, y eso no significa que... —Se interrumpió, horrorizada, al identificar la mirada

preocupada de que era presa—. ¡No!

—Me temo que es la otra posibilidad.

—¡Pero eso es imposible!

—Lo siento, Mónica, pero no lo es.

—¡Claro que sí! Micky no hizo la Ouija con nosotros el día del cumpleaños de Charli —aclaró—. Tuvo un problema en el trabajo y llegó de madrugada.

—¿Estás segura? —preguntó Kathy con el corazón martilleando dentro de su pecho. Tener aquella certeza era tremendamente importante; lo cambiaba todo...

—Por supuesto, la otra noche era la primera vez que lo hacía.

Kathy clavó su mirada en Alex, viendo reflejado en sus ojos el mismo sentimiento de triunfo.

—¡Lo tenemos! —vitoreó, eufórico.

Mónica los miraba alternativamente, parecía incapaz de encajar todo lo que estaba sucediendo.

—¡Edu! No me lo puedo creer. ¿Edu ha matado a Charli?

—Lo siento, Mónica, sé que esto es muy duro para ti, pero tienes que entender que Edu ya no es tu amigo, no ha sido él quien lo ha matado.

—Lo sé, Kathy, te aseguro que entiendo todo lo que pasa mejor de lo que me gustaría —confesó con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo podemos ayudar a Edu?

El silencio y la mirada huidiza e inquieta de la pareja, no le pasaron desapercibidos.

—¿Qué ocurrió con vuestro amigo? —insistió—. Murió, ¿verdad?

—Sí —afirmó Alex—. Ese mismo día, en aquella azotea. Terminaré de contarte la historia cuando tengamos tiempo.

No había que ser muy listo para darse cuenta de la manera tan sutil con que Alex había dejado claro que tenían otras cosas más importantes en las que centrarse.

—¿Qué vamos a hacer con la grabación? —preguntó Kathy, tras

comprobar que era audible.

—No parece la voz de Edu. —Mónica continuaba perpleja.

—Seguro que está utilizando algo para cambiarla, con un simple pañuelo bastaría para no delatarse —opinó Kathy, deteniendo la grabadora.

—No hay nada que un buen equipo informático no pueda filtrar —intervino el periodista, volviéndose hacia Mónica—. ¿Sería mucho pedir que tuvieras otra grabación con la voz original de Edu?

—¿Te sirve en video?

—Claro.

—Voy a buscarla —concedió, corriendo hasta su habitación.

—Voy a llamar a Luque —comentó Alex sacando el teléfono móvil del bolsillo—. Es un gran amigo y policía. Justo lo que necesitamos.

—¿Crees que nos ayudará?

—Sí, si está en su mano —continuó mientras buscaba el número en la agenda—. No olvidemos que ha muerto un chico. Aunque tendremos que tener cuidado con lo que le contamos. Trataremos de ceñirnos al plano terrenal. Luque es un buen tipo, pero no es el *agente Mulder* precisamente. ¿Podrías pasar unas cuantas frases a un pendrive para que puedan hacer la comparación?

—¿Tratando de eliminar cualquier alusión al plano espiritual? —adivinó Kathy.

—Exacto, pero trata de no dejarte la parte donde nos amenaza de muerte.

—Ni en la que confiesa que mató a Charli. ¿Sabes, Alex? Esta faceta tuya de periodista competente no la conocía le dijo, obsequiándole una amplia sonrisa—. Me gusta.

Le dio la espalda y caminó hasta la mesa con su pequeño portátil bajo el brazo, mientras el chico la seguía con la mirada, embelesado. Aquella era probablemente la primera sonrisa sincera que le regalaba desde su llegada. Acababa de recibir la impresión de que

Kat se alegraba de tenerlo allí.

Un ligero carraspeo lo sacó del trance. Cuando volvió la cabeza hacia el sonido, se encontró frente a frente con Mónica, que le tendía un dvd sin poder reprimir una sonrisa maliciosa.

—Gracias —Sonrió, cohibido, demasiado consciente del motivo de aquel gesto.

—Es de una fiesta que tuvimos después de un estreno, creo que servirá.

—Eh...Supongo —titubeó, cogiendo el disco y leyendo la fecha en la carátula—. Es de hace seis meses.

Mónica se limitó a asentir, y se alejó hasta donde Kathy estaba trabajando con la grabación.

Alex tardó unos segundos en recordar qué misión se había asignado a si mismo antes de aquella devastadora sonrisa. El pequeño teléfono que aún sostenía en la mano lo devolvió a la realidad.

Marcó el número de su amigo y rogó que no estuviese muy ocupado. Lo que le había dicho a Kathy era cierto. Sabía que Luque los ayudaría en todo lo que estuviera en su mano. Ambos se habían conocido cuando el policía vivía y trabajaba en Londres. Alex se había infiltrado entre los miembros de una secta para hacer uno de sus reportajes de investigación, y Luque pudo desmantelarla gracias al magnífico trabajo del periodista. Desde aquel momento, habían colaborado juntos en diferentes casos. Alex le pasaba información confidencial de sus propias fuentes, y Luque a cambio le daba la exclusiva completa cuando se llevaban a cabo las detenciones. Durante dos años habían trabajado muy estrechamente, de modo que acabaron siendo grandes amigos, a pesar de que el policía le doblaba la edad.

Hacía tan solo un año que Luque había decidido volver a España, harto del clima londinense.

Alex aguardó, impaciente, a que alguien contestara al teléfono.

—Inspector Luque, dígame —contestó una voz familiar al otro lado.

—¿Inspector? —Rio Alex—. ¿Y eso cuándo ha sido?

—¡No me lo puedo creer! —exclamó el policía, reconociendo al instante aquella voz—. ¡Te hacía de corresponsal en alguna guerra!

—El día a día es mi guerra particular. —Volvió a reír—. ¿Y a ti cuándo te han ascendido?

—Hace un par de meses. Gracias a ti, mi trayectoria profesional es de las mejores del país —comentó ya sin intención de bromear—. Y tú, ¿dónde estás? Déjame adivinar... ¿Convirtiendo la caótica carrera de otro policía en prometedor?

—Pues estoy en Madrid, aunque te cueste creerlo.

Se escuchó un silbido de asombro al otro lado.

—¡Esto sí que es interesante! Me apetece mucho verte, pero creo recordar que asegurabas que jamás volverías.

—He tenido un buen motivo para hacerlo.

—Supongo entonces que ya te has recuperado de lo de aquella chica.

—Prefiero no hablar de eso, tengo algo importante que comentarte —interrumpió—. Quiero pedirte un favor.

Se alejó hacia la cocina para mantener a solas aquella conversación. Quería poder hablar con franqueza acerca de la gran amenaza que pendía sobre sus vidas, y prefería que Kathy no estuviera presente.

Mónica lo observó alejarse e inmediatamente se volvió hacia la chica.

—¡Está loco por ti! —exclamó con convicción. La pequeña grabadora que Kathy tenía en la mano, se le escurrió de entre los dedos y cayó al suelo con estruendo—. ¡Y tú por él! —Sonrió ahora más ampliamente—. No me extraña que sigas llevando su foto en la cartera. Aunque déjame decirte que la foto no le hace justicia. ¡Hacéis una pareja encantadora!

—¿Crees que este es momento para pensar en eso?

La actriz suspiró. Había esperado una reacción parecida.

—Para ti nunca es buen momento, Kathy, espero que todo lo que está pasando te haga abrir los ojos. La vida es demasiado corta como para desperdiciarla. Charli hace dos días tenía toda la vida por delante, y esta mañana estaba metido en una caja de pino —susurró—. Soy consciente de todo lo que está sucediendo, y de verdad no sé cómo puedes soportarlo; pero yo si no trato de bromear y pensar en otra cosa, creo que voy a volverme loca.

—Mónica... —La miró con gesto preocupado.

—No. No hace falta que digas nada, Kat... Él te llama siempre así, ¿no? —Volvió a sonreír, contagiándola.

—¡No tienes solución! Haciendo de casamentera hasta en los momentos más difíciles —Bromeó.

—¿Y te importa?

—Bueno..., no creo que te sirva de mucho. Alex tiene novia —confesó, intentando no dar muestras de cuánto le dolía aquello.

—¡Imposible!

—¿Imposible? ¿Tú lo has visto bien?

—Sí, lo imposible sería que no la tuviera... ¡Pero le gustas! ¡Y él a ti!

—Yo no te he dicho que me guste.

—Claro que lo has hecho. Cuando te he preguntado si te importaba que hiciera de casamentera, solo has dicho que tiene novia, dando a entender que si no la tuviera...

Kathy suspiró.

Por más que tratara de negarse la evidencia, no lo conseguía. Podía engañar a Mónica, o incluso al propio Alex, pero debía reconocerse a sí misma que jamás había podido sacarlo de su corazón.

—No creo que ahora mismo tenga mucha importancia —comentó, poniéndose en pie con su trabajo ya terminado.

—¿Por qué no?

Prefirió no contestar. ¿Qué podía decirle? ¿Qué era posible que no vivieran lo suficiente como para poder plantearse nada?

—Oye, Kathy..., ¿crees que Edu tiene alguna posibilidad? —interrogó, con ojos acuosos—. ¿Qué podemos hacer para ayudarlo?

—Sinceramente... no lo sé, pero te aseguro que si hay alguna forma de hacerlo, la encontraremos.

—Vuestro amigo murió; eso no me da muchas esperanzas.

—Entonces no sabíamos a qué nos estábamos enfrentando. Nos cogió desprevenidos, y todo ocurrió demasiado rápido —le contó, intentando sonar optimista—. Ahora es diferente.

Diferente. Trató de decirlo alto y claro, pero fue incapaz de mirarla a los ojos. La realidad era, que hasta donde ellos sabían, no había otra forma de acabar con aquello que sacrificando la vida de Edu. No es que hubiera mucha diferencia entre ambos casos.

No hubo necesidad de buscar una excusa para cambiar de tema; Alex entró de nuevo en el salón sin poder disimular ya su cojera.

—Luque ha accedido a ayudarnos —explicó—. No puede vernos personalmente hasta esta tarde, pero me ha pedido que le acerquemos las cintas ahora.

—¿Qué demonios haces con eso? —preguntó Kathy alarmada.

El chico traía en la mano un cuchillo enorme, que reconoció como parte de su cubertería.

—Voy a hacerle una visita a Edu. —Señaló el arma—. Esto es solo una medida de precaución

—¿Y crees que serviría de algo? ¿Cuánto crees que tardaría en volverse en nuestra contra?

—¿Nuestra contra? Eso sería difícil, porque tú te quedas aquí.

—¡Ni hablar! —negó con vehemencia—. No permitiré que vayas solo.

—¡Ni yo que vengas conmigo!

—¡Ya estamos! —exclamó Mónica, suspirando; aunque fue

completamente ignorada.

—¡Vamos, Kat! Te quiere a ti, así que no permitiré que te metas en la boca del lobo.

—Necesita mi permiso para eso, ¿recuerdas? Y no tengo ninguna intención de dárselo.

—¡Me da igual! ¿Quieres dejar de discutir y hacerme caso por una vez en tu vida?

Kathy guardó silencio un instante y levantó el mentón, orgullosa. Alex aprovechó para cambiar de tema.

—Mónica, le he dicho a Luque que tú ibas a llevarle las grabaciones —la chica asintió—. Pregunta por el agente Ayala. Te estará esperando. Solo tienes que dárselas e indicarle en el video quién es Edu.

—Bien.

Se volvió hacia Kathy de nuevo.

—¿Está lista la grabación?

—Sí. —Se la tendió a Mónica—. *Apúntanos* la dirección de Edu —recalcó el pronombre, y miró a Alex con gesto obstinado.

—¡Eres muy terca! —protestó, exasperado.

—Me da igual lo que opines —declaró—. ¿Te guardo el cuchillo en el bolso o prefieres metértelo en una bota estilo Rambo?

Durante unos segundos, ambos se mantuvieron un pulso con la mirada. Fue Alex quien tuvo que dar su brazo a torcer, pero no sin darle una seria advertencia:

—Cuando todo esto termine, tendremos una pequeña charla tú y yo —dijo, lanzando el arma sobre la mesa—. Eso si no consigues que te maten antes...

Furioso, dio media vuelta y salió por la puerta.

—¡Espero que no se le ocurra irse sin mí! —bufó la chica mientras cogía su bolso y su chaqueta.

—Lo va a tener difícil —confirmó Mónica, tendiéndole una hoja de papel.

Al comprobar que se trataba de la dirección de Edu, aminoró el paso sin poder disimular una sonrisa de satisfacción.

Capítulo 11

Kathy consultó el mapa una vez más para asegurarse de que iban en la dirección correcta. Ninguno de los dos había contado con que Edu viviera a las afueras de la ciudad, a nada menos que cuarenta kilómetros de distancia. Desde luego, tendrían tiempo para tranquilizarse durante el trayecto.

Observó a Alex por el rabillo del ojo. Llevaban más de media hora de viaje, y el habitáculo estaba sumido en un absoluto silencio.

—¿Vas a seguir mucho tiempo sin dirigirme la palabra? —inquirió, molesta, incapaz de mantenerse callada por más tiempo.

—Pues sí —confirmó sin molestarse en mirarla—. Tengo toda la intención.

—Bien, era por saberlo —aceptó impávida, fingiendo mirar por la ventanilla.

El silencio comenzaba a crisparle los nervios, pero si él no quería hablarle, no sería ella quien insistiera. Intentando aparentar serenidad, comenzó a silbar.

Alex la observó por el rabillo del ojo, luchando para no sonreír. Daba igual cuánto se esforzara en hacerle creer que no le importaba su mutismo, la conocía demasiado bien como para saber que estaba a punto de explotar.

—¿Qué miras? —le preguntó, confirmando sus sospechas—. Si no quieres hablar, tendré que entretenerme silbando. Este Edu debería vivir más cerca, ¿no te parece? —Alex no contestó—. ¿Por qué siempre tienes que hacer lo mismo? —Se enervó ya sin ocultar su disgusto.

—¿A qué te refieres? —Esta vez le fue casi imposible no reír. De sobra sabía de qué hablaba.

A lo largo de los cuatro años que salieron juntos, habían tenido multitud de discusiones, como toda pareja. Kathy, con un carácter

totalmente visceral, era incapaz de callarse sus sentimientos, y solía tardar unos cinco minutos en estallar. Alex, por el contrario, acostumbraba a guardar silencio cuando estaba molesto. Durante los primeros minutos, solía enmudecer para tranquilizarse y no decir nada de lo que pudiera arrepentirse, pero tenía que reconocer que el resto del tiempo solo lo hacía para molestarla.

—¡Tu silencio! —Se volvió hacia él con la lengua ya fuera de control—. Siempre lo haces. Cuando algo te molesta, en lugar de decirlo, te encierras en ti mismo. ¡Me sacas de quicio!

—No es verdad; sabes exactamente por qué estoy molesto contigo.

Kathy lo miró con el ceño fruncido. Sí, bueno..., en aquella ocasión tenía razón.

—Sabes que no podía quedarme en casa —protestó.

—¿No podías o no te ha dado la gana? A lo mejor he debido pedirte que me acompañaras.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que igual así hubiese conseguido que te quedaras —conjeturó—. Está visto que disfrutas llevándome la contraria.

—Solo te llevo la contraria cuando no tienes razón —se defendió—. Lo que suele ser bastante a menudo.

—¡Que más quisieras!

—No eres perfecto, ¿sabes?

—Pero me acerco bastante —afirmó con serenidad, observándola de reojo. No le sorprendió encontrarla con los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho y el ceño fruncido, igual que hacía siempre que discutían.

Recordó la cantidad de veces que habían vivido aquella situación. Por un momento fue como si el tiempo no hubiese pasado.

—¡Eres un arrogante!

—Y tú una niña con una rabieta.

—¿Me has llamado niña? —gritó sin poder ocultar su

indignación—. Si no estuvieras conduciendo creo que te pegaría.

—Puedo recordártelo cuando nos bajemos del coche, aunque será mejor que te pida disculpas...

—Vaya, ¿algo sensato saliendo de esa boca?

—Es que no creo que sea buena idea el que discutamos —argumentó con engañosa tranquilidad—. ¿Qué sentido tiene discutir... si no podemos reconciliarnos?

El rubor cubrió las mejillas de la chica, arruinando por completo cualquier intento de fingir que no había entendido a que se refería. Sabía que aquel comentario había estado destinado a incomodarla, pero no le parecía justo que utilizara su antigua relación para ganar una simple discusión.

—¡Eso ha estado fuera de lugar! —protestó enérgica.

—Merecían la pena todas las discusiones, ¿verdad? —Sonrió con picardía.

—Alex...

—Reconócelo —insistió.

La mente femenina conjuró algunos recuerdos que no contribuyeron mucho a que su rubor desapareciera.

—Ese es nuestro desvío —informó, señalando el letrero—. Esperemos que Edu esté en casa, que mínimo después de venir hasta aquí.

Alex decidió que le daría una tregua de momento, y tomó la salida sin hacer ningún comentario.

Resultaba irónico, podían ir camino de una muerte segura y, por algún extraño motivo, tenía ganas de reír.

Tardaron diez minutos más en dar con el lugar exacto. Cuando se detuvieron ante el chalet que buscaban, ambos se miraron entre sí.

—No sé si esto ha sido buena idea —confesó Kat con gesto nervioso.

Alex prefirió no reprenderla. Ya estaba demasiado asustada, y, a decir verdad, él tampoco era un mar de tranquilidad.

—No parece que haya nadie; todo está cerrado a cal y canto — comentó, observando con atención toda la casa—. Voy a echar un vistazo. Quédate en el coche.

Se bajó del vehículo y caminó hasta la cancela de entrada. No tardó en percatarse de que no iba solo.

—Kat... —trató de increparle.

La chica lo miró, fingiendo una descarada expresión de inocencia.

—¡Olvidalo! —Se dio por vencido.

Decidieron dar una vuelta completa a la casa antes de llamar al timbre. Kathy iba casi pisándole los talones, tanto que tropezó con él cuando se detuvo.

—Lo siento —se disculpó, pero no se separó ni un milímetro.

—¿Por qué no vuelves al coche mientras yo acabo aquí?

Kathy observó el vehículo en la lejanía y se negó con un exagerado movimiento de cabeza, haciéndolo sonreír. Con cautela, completaron la vuelta a la casa hasta volver a detenerse ante la cancela de entrada.

Alex intentó abrir la pesada puerta, comprobando que estaba cerrada con llave. Para asegurarse de que la casa estaba vacía, llamó repetidas veces al timbre; pero tampoco obtuvieron respuesta.

—Definitivamente no hay nadie. No ha vuelto aquí después del incidente del todoterreno.

—¿Y qué hacemos? ¿Le esperamos? —interrogó Kathy, tratando de reprimir su aversión ante aquella idea.

—¿Y si no viene hasta esta noche?

—Entonces será mejor que nos vayamos...

—¿Y si saltamos la valla y echamos un vistazo?

—¿Eso no es allanamiento de morada?

—¿Y?

—¡Que está penado por la ley!

—¿Sí?

—¿Me estás vacilando? —inquirió molesta, recibiendo una sonora carcajada como respuesta, a la que correspondió con un codazo malhumorado—. ¿Te diviertes?

—Bueno, lo cierto es que... —La frase murió en sus labios antes de acabar de pronunciarla. Un automóvil último modelo acababa de detenerse a tan solo un par de metros de ellos—. Kat, ¿ese Edu tiene un Volvo nuevo?

—No tengo ni idea, ¿por qué? —Siguió la mirada de Alex hasta el coche—. No es Edu, pero se le parece bastante.

Alex tiró de la chica hasta situarla a su espalda. A pesar de saber que no era la persona que buscaban, le era imposible luchar contra el instinto de protección.

Con el corazón desbocado, ambos esperaron a que el chico llegara hasta ellos.

—Hola. —Saludó el desconocido, sonriendo con amabilidad—. ¿Queríais algo?

—Sí, estamos buscando a Edu, ¿lo conoces? —interrogó Alex, tratando de sonar cordial

—Es mi hermano, y no creo que venga hasta esta noche. ¿Queréis que le diga algo?

—No... —se apresuró a responder Alex.

Kathy intervino justo cuando el chico más lo necesitaba.

—Hemos venido a darle el pésame por la muerte de su amigo Charli.

—Ha sido una muerte espantosa; era un buen chaval. Él y mi hermano estaban muy unidos.

—¿Y qué tal lo lleva? ¿Está muy afectado?

—Pues imaginaos, perder a un amigo y de esa manera...

—Supongo —intervino Alex de nuevo—. Ayer hablamos con él por teléfono y nos pareció que estaba un poco raro.

—Pues sí, lleva algunos días bastante callado... —explicó con

gesto preocupado.

—¿Desde antes de la muerte de Charli? —preguntó Kathy sin miramientos.

—Pues no lo recuerdo...

—¿Le notas malhumorado o enfadado? —insistió—. Más irascible de lo habitual, grita por cualquier cosa sin sentido...

—¿Quiénes habéis dicho que sois? —preguntó finalmente, frunciendo el ceño.

—En realidad no lo hemos dicho —intervino Alex de nuevo.

—Eso me parecía.

—He cambiado de número de móvil, te dejo el nuevo —dijo Alex, tendiéndole una tarjeta—. Dile que hemos estado aquí y que nos llame, ¿ok?

Intercambiaron algunas frases cortas más, y dieron por finalizada la conversación. De vuelta, Alex casi empujaba a la chica para que entrara en el coche.

—Parece que no le hemos caído muy bien —comentó Kathy nada más cerrar la puerta.

—Todo iba genial hasta que te ha dado por tratar a su hermano como un esquizofrénico —protestó, arrancando el motor.

—Pues he sido muy diplomática.

—Claro, sobre todo cuando le has preguntado si encontraba que su hermano gritaba por cualquier cosa..., que si estaba malhumorado, irascible...

—¡Y no ha contestado! ¿Te has fijado?

—Es que habrá pensado que los locos somos nosotros.

Kathy se encogió de hombros mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—¿Crees que hemos debido advertirle del peligro que corre?

—¿Cómo? ¿Diciéndole que su hermano está poseído?

—No suena muy creíble... ¡Pues hemos hecho el viaje para nada!

—No del todo. Al menos hemos confirmado que Edu no se

comporta con normalidad desde hace días. ¡Es él! ¿Te das cuenta de que es la primera vez que le llevamos ventaja?

—Sí, y quizá deberíamos evitar decirle que lo hemos descubierto —comentó Kathy dubitativa

Alex guardó silencio unos segundos sopesando las posibilidades.

—Mientras lo pensamos será mejor que nos larguemos —decidió, arrancando el vehículo.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Comer algo —contestó, consultando el reloj del salpicadero—. He quedado con Luque a las cinco.

—¿Qué le has contado?

—Poca cosa de momento.

—¿Y aun así ha accedido a analizar las cintas?

—Me debe algunos favores, aunque tendremos que contarle algo más cuando lo veamos —reconoció—. A nosotros también nos interesa. Es posible que necesitemos su ayuda de nuevo.

—Entonces será mejor que nos pongamos de acuerdo; no podemos contarle la verdad.

—Bien, esto es lo que le diremos...

Luque resultó ser muy diferente de lo que Kathy imaginaba. Por la camaradería con la que Alex se refería a él, esperaba encontrar a una persona joven, pero el policía resultó ser un hombre de edad avanzada; aunque parecía conservarse muy en forma para los cerca de sesenta años que debía tener.

Habían concertado la cita en una cafetería muy cercana a la comisaría. Luque había insistido en que podían tratar el tema en su despacho, pero Alex pensó que todos estarían mucho más relajados en terreno neutral.

Kathy observó, impaciente, el emotivo encuentro. Ambos se abrazaron efusivamente, como solo lo harían dos personas que se

estiman y se alegran de verse. Cuando por fin centraron su atención en ella, se sintió algo cohibida, casi como una intrusa.

—Será mejor que me presentes a esta preciosidad —pidió Luque, sonriendo—. Voy a necesitar saber su nombre para poder pedirle matrimonio.

La chica se ruborizó por el cumplido y no pudo evitar reír con sinceridad.

—La bigamia sigue siendo delito. —Bromeó Alex—. Además, conociendo a tu mujer creo que te verías en problemas.

—Sí, es probable que me pegara un tiro con mi propia pistola —continuó Luque el juego. Con gesto risueño volvió a centrarse en Kathy—. Pero déjeme decirle, señorita, que es usted la joven más hermosa que he visto en toda mi vida.

—Gracias, y usted es sin duda el señor más agradable que yo he conocido en la mía —Sonrió agradecida.

—¿Mi amigo Alex no te ha dicho aún lo hermosa que eres? —Lo miró con un divertido gesto de censura—. Pues debe de estar muy ciego. ¿O es que los jóvenes habéis perdido todo romanticismo?

Las mejillas de Kathy volvieron a lucir un bonito color carmesí, que se afanó en ocultar, sin éxito. Al menos Alex tenía la vista fija en Luque y no se daría cuenta. Por si acaso, se excusó, y se alejó hacia el baño para tratar de refrescarse.

Luque la siguió con la mirada y después se volvió hacia su amigo.

—Creo que he terminado avergonzándola.

—Lógico. Todavía no te ha dicho su nombre y ya le has pedido matrimonio.

La carcajada del policía inundó la estancia, y Alex no pudo evitar dejarse contagiar.

—Te aseguro que si tuviera treinta años menos y no estuviera tan enamorado de mi mujer, no pararía hasta conseguirlo. Ya sé que tú te has impuesto el celibato, pero deberías intentar...

—¿Qué quieres tomar? —lo interrumpió, haciéndole un gesto al

camarero para que se acercara.

—Un café cortado, pero no te va a ser tan fácil cambiar de tema.

El camarero tomó nota y se alejó de nuevo hacia la barra.

—Pues no pienso comerme otra de tus charlas filosóficas — aclaró, consciente de que estaba a punto de escuchar toda una diatriba acerca de lo miserable que puede ser la vida sin amor—. Hace un año que no nos vemos, debe de haber cientos de cosas de las que hablar.

—Esperaba que tuvieras buenas noticias que darme. La invitación a tu boda, por ejemplo. Aunque, viendo tu actitud, yo diría que tu situación no ha cambiado mucho desde la última vez que nos vimos. Sigues solo, ¿verdad?

Alex asintió, cada vez más nervioso. Sabía que cuando Luque se empeñaba en hablar sobre aquel tema, había muy poco que él pudiera decir para hacerlo desistir, pero Kat debía estar a punto de volver a la mesa y no estaba dispuesto a dejarla escuchar una sola palabra.

—Comprendo que aquel primer gran amor te marcara tanto, pero eres muy joven y necesitas darte otra oportunidad. Tienes que olvidarte de ella y seguir con tu vida.

—Luque...

—Sí, ya sé que me meto demasiado en tu vida, pero sabes que te aprecio y...

—¿Podemos centrarnos en las grabaciones, por favor? —pidió cada vez más tenso, con la mirada fija en la puerta de los baños.

—¿Sigues escribiendo su nombre en los márgenes de las hojas? —insistió—. Porque lo he visto escrito tantas veces, que ni siquiera yo voy a poder olvidar cómo se llama.

«¡Por Dios, ¿es qué no había forma de parar aquella lengua!», gritaba el chico para sus adentros, rayando ya en la desesperación.

El camarero sirvió el café al mismo tiempo que Kathy volvía a coger asiento. Alex se revolvió inquieto en su silla, temiendo el

próximo comentario del policía. Se sentía tremendamente estúpido, el sudor perlaba su frente a consecuencia de los nervios, mientras suplicaba que a Luque no le diera por continuar la conversación.

Extrañada, Kathy observó a Alex. Lo conocía demasiado bien como para no distinguir cuando todo su cuerpo estaba sometido a una gran tensión. Quizá Luque se había negado a ayudarlos.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—¿Eh?... No... Estábamos...

«¡Mierda! Titubear no le daba credibilidad precisamente».

—En realidad le estaba echando una pequeña bronca a nuestro amigo —intervino Luque, sonriendo.

—¡Genial! A eso me apunto.

—Vaya, Alex, parece que a la señorita también le apetece intervenir.

—Eso no es extraño, meterse conmigo es uno de sus pasatiempos favoritos, ¿verdad, Kat?

Luque se atragantó con el café al escuchar el nombre, y tosió durante unos segundos para despejar sus pulmones.

Kathy lo miró asustada, mientras que Alex pudo relajarse por primera vez desde que habían llegado.

—¿Estás mejor? —se preocupó la chica cuando al fin cesó la tos.

—Sí, solo se me ha ido por el lado equivocado —comentó mirando a Alex, sorprendido—. ¿Así que te llamas Kat?

—En realidad todos me llaman Kathy, excepto Alex, que es el único que insiste en usar solo tres letras.

«Claro, supongo que los márgenes de los cuadernos son estrechos», pensó Luque, sonriente. Aunque sería mejor que no hiciese aquel comentario en alto; no al menos si apreciaba su vida.

—Es un nombre diferente, ¿os conocéis desde hace mucho? —interrogó de nuevo. Realmente estaba perplejo con el giro que habían dado los acontecimientos.

—Pues sí —explicó Kathy—. Ya hace algunos años.

—Os habréis visto poco con Alex trabajando en Londres.

—En realidad hacía tres años que no hablábamos.

—¿Y eso?

—Luque —intervino Alex, carraspeando—. Ya sé que lo tuyo con los interrogatorios es deformación profesional, pero creí entender cuando hablamos por teléfono que no podías dedicarnos mucho tiempo.

—Cierto —Sonrió—. Y es una pena, porque me estoy divirtiendo mucho.

Kathy observó el intercambio de miradas. Alex parecía estar a punto de levantarse para estrangular al hombre, mientras que el policía no se molestaba en ocultar una simpática y maliciosa sonrisa. Tuvo la sensación de que se había perdido algo. Debía ser algún tipo de broma que compartían en silencio, cuidándose muy bien de que ella no se enterara de nada.

—¿Por qué tengo la impresión de que me he perdido un capítulo?
—preguntó, mirándolos alternativamente.

—Creo que soy yo el que se ha perdido más de uno. —Rio Luque, pero se puso serio al instante al leer una seria advertencia en los ojos del periodista—. Pero Alex tiene razón, no tengo mucho tiempo, así que será mejor que hablemos del tema que os preocupa. ¿Ya le habéis entregado el material al Agente Ayala?

—Sí, Mónica ya se lo habrá llevado —explicó Alex—. Suponemos que está utilizando algo para distorsionar la voz, pero espero que con un buen equipo podáis depurarla.

—¿Y dices que os está amenazando? —Alex asintió, aquello era lo único que le había explicado por teléfono—. ¿Qué tipo de amenazas?

—De muerte.

—Supongo que eres consciente de que normalmente todo queda en eso, en amenazas —comentó dando otro sorbo a su, ya frío, café—. En el noventa y cinco por ciento de los casos nunca se llevan a cabo.

Alex cruzó su mirada con la de la chica, que se limitaba a

observar y escuchar la conversación sin intervenir.

—Tenemos razones para pensar que este caso pertenece al cinco por ciento restante.

—¿Por qué?

Alex se tomó su tiempo para contestar.

—Sabes que puedes confiar en mí —insistió el policía, notando su reticencia—. Os ayudaré si está en mi mano, pero tienes que contarme algo más; no podré protegeros si no sé qué está ocurriendo.

—¿Qué sabes del caso del chico que ha muerto en el Teatro Capital? —preguntó Alex sin pararse a pensarlo demasiado.

—¿A parte de que fue un homicidio bien premeditado? Poca cosa, no pertenece a nuestro distrito. ¿Qué tiene eso que ver con vosotros?

—Tenemos razones para pensar que el asesino del teatro y el hombre que nos está amenazando son la misma persona —soltó a bocajarro sin ni siquiera hacer una pausa para respirar.

Aquello era lo último que el policía había esperado escuchar, tal y como quedaba patente por su gesto de total estupefacción.

—¡Dios Santo, Alex! ¿Eres realmente consciente de lo que acabas de decir? —casi susurró.

Se revolvió inquieto en su asiento al recibir un gesto de asentimiento.

—Tienes en tu poder una grabación con la identidad del asesino —aprovechó Alex para continuar, sabedor de que acababa de ganarse toda su atención—. Solo tienes que hacer una comparativa que demuestre que la voz que nosotros grabamos y la del video, pertenecen a la misma persona.

—¿Qué hay en esa grabación?

—La confesión de un intento fallido de asesinato contra mi persona, diversas amenazas de muerte más, en mi contra y en contra de Kat, y una parte muy interesante en la cual él mismo se atribuye el asesinato del teatro.

—¡La leche, Alex! ¿Y tengo ese tesoro a cargo de un novato? —

Luque sacó su teléfono móvil y marcó un número—. Soy el Inspector Luque, localizadme al Agente Ayala inmediatamente.

Segundos después, tuvo que salirse a la puerta del bar, debido a la falta de cobertura del interior.

Kathy suspiró.

—Parece que está dispuesto a ayudarnos —comentó Alex, intentando sonreír.

—¿Crees que servirá de algo? No creo que con una simple grabación pueda hacerse mucho.

—Al menos conseguiremos darle prioridad al asunto de las amenazas —declaró el periodista—. Todos los días se ponen cientos de denuncias por acoso, que se archivan casi sin investigar. Te aseguro que la cosa cambia cuando la persona que te amenaza es un posible asesino.

—Lo triste es que Edu no es un asesino, solo una víctima más, y puede acabar en la cárcel.

—Lo sé, pero no puedo permitir que te haga daño. Es injusto, sí, pero si tiene que acabar preso para que tú estés a salvo, no voy a dudarle un segundo.

Kathy guardó silencio, de repente muy emocionada. Alex se había olvidado de él mismo con aquella afirmación. Sabía que solo era una forma de hablar, pero por un instante se permitió pensar que ella le importaba más allá de su propia seguridad. Significaría tanto...

«Mis emociones comienzan a superarme», pensó Alex, disgustado. Tenía que controlar aquellos repentinos arranques protectores, si quería evitar que Kat conociera sus verdaderos sentimientos.

Luque llegó de nuevo hasta ellos como una exhalación, y volvió a coger asiento. La emoción de los últimos acontecimientos lo hacía parecer más joven.

—He puesto al mejor de mis hombres a trabajar con las

grabaciones —informó—. Aun así tardarán en obtener resultados.

—Bien, gracias.

—De momento asignaré un par de hombres para que sigan al sospechoso, de esa forma vosotros también estaréis protegidos.

—Supongo que aunque se demuestre la coincidencia de la voz, eso no será suficiente para encarcelarlo.

—Pues no, pero al menos sí para interrogarlo. Y quién sabe, quizá demos con un juez benévolo, y podamos obtener una orden de registro de sus propiedades. ¡Diablos, Alex, eres la razón de vivir de cualquier policía! —bromeó sonriente.

—¡Oh, gracias! Me encanta estar amenazado de muerte si con ello puedo colaborar con las fuerzas y cuerpos de seguridad del Estado —ironizó.

—No os preocupéis —insistió Luque, volviendo a adoptar una seria expresión—. Mis hombres no perderán a ese tipo de vista ni un minuto; si se acerca a vosotros lo detendremos al instante.

«¿Por qué eso no me consuela?», pensó Alex. Se giró de nuevo hacia Kat y estudio su rostro. No hacía falta que ella le hiciera participe de sus pensamientos. De alguna manera, sabía que estaba pensando lo mismo que él.

Durante los siguientes veinte minutos, Luque les pidió que le contaran todo lo que pudieran acerca de lo sucedido. Alex narró gran parte de la historia para evitar que ambos pudieran contradecirse, aunque fue Kathy quien se encargó de contarle todo lo referente a las primeras llamadas que había recibido, y la incursión de ese indeseable en casa de su abuelo, llegando al punto de dejarle un mensaje en el espejo de su propia alcoba.

Luque tomaba notas de todo con profesionalidad. Cuando hubieron terminado, Alex acompañó a su amigo hasta la calle, mientras Kathy aprovechaba para hacer otra excursión al baño.

El inspector frunció el ceño al notar la cojera del periodista.

—¿Te ha visto un médico? —se interesó, ya en la calle.

—No tengo tiempo para eso; no pienso alejarme de Kat ni un segundo —dijo con expresión seria.

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano para que no se os acerque, Alex —comentó al leer la expresión preocupada del muchacho.

—Te estaré eternamente agradecido por ello. Si a Kat le ocurre algo, yo... —Se le hizo tal nudo en la garganta que no pudo terminar la frase; aunque tampoco fue necesario.

Luque le dio una palmadita en la espalda para reconfortarlo.

—Eso no ocurrirá. Cogemos a ese tipo y ambos podréis volver a la normalidad; o a lo que sea que vosotros consideréis normal —añadió casi en un susurro—. Y antes de que me preguntes, para mí lo normal sería que arreglaseis vuestras diferencias de una vez por todas y...

—No pensaba preguntar, así que no te molestes.

—Pero...

—En este momento tenemos que centrarnos en sobrevivir, lo cual por sí solo ya es bastante complicado —le confió, mirando a su alrededor nervioso.

—No seas tan pesimista, muchacho, eres fuerte y tienes buenos reflejos, ese tipo tendría que cogerte muy desprevenido para que consiga su cometido —le animó Luque, convencido—. Eres un gran contrincante, no me gustaría tenerte como enemigo.

—Soy un simple mortal, nada más.

—¿Acaso no lo somos todos?

Alex sonrió sin rastro de humor, pero prefirió no agregar nada más. Por supuesto que era fuerte, y no bajaría la guardia ni un momento, pero Luque no podía entender hasta qué punto su mortalidad jugaba en su contra.

La chica se unió a ellos en aquel preciso instante. Alex solo tuvo que mirarla una vez para cargarse de una feroz determinación. No podía dejarse invadir por el pesimismo, no había lugar para las

dudas en aquella lucha. ¡Tenía que salvar la vida de Kat a toda costa! Y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Llenando su copa de optimismo, salió de sus divagaciones para unirse a la conversación. Kathy y Luque se estaban despidiendo entre risas. Señales de alarma sonaron en su cabeza cuando oyó el último comentario del policía.

—Londres puede ofrecerte muchas posibilidades —decía sonriente—. Está cerca de España y puede darte mucho, ¿verdad Alex?

—¿Ahora eres asesor turístico? —Sonrió el chico, tratando de no sonar demasiado tenso—. ¿Y desde cuándo Londres es tu prototipo de ciudad perfecta? Creo recordar que estabas loco por venirte a Madrid.

—Mis huesos eran los que necesitaban alejarse de aquel clima infernal —informó, sin molestarse—. Pero no creo que Kat tenga problemas de artrosis, ¿verdad? Y tal y como he dicho, creo que profesionalmente allí tendría muchas posibilidades.

¿Profesionalmente? Alex se sintió como el hombre más estúpido del planeta.

—Cierto —se vio obligado a contestar—. Y antes de que sigas planificando su futuro, será mejor que nos marchemos.

—Bien —Sonrió el policía divertido ante el repentino cambio de los acontecimientos. Sería mejor terminar con la conversación, antes de que Alex terminara haciendo el más espantoso de los ridículos—. Os mantendré informados acerca de todo, y espero lo mismo por vuestra parte. Si ocurre cualquier cosa, llamadme.

—Gracias por todo. —Se despidió Kathy—. Y..., bueno..., sería mejor que les dijeras a tus hombres que no se acerquen mucho a Edu si no es estrictamente necesario.

Luque sonrió ante el consejo. Solo una mujer podía hacer un comentario como aquel. Estaba acostumbrado a que Paulina, su esposa, le pidiera que se mantuviera alejado lo máximo posible de *los*

malos.

—Escúchala, Luque —intervino Alex, leyéndole el pensamiento—. Ese tipo es muy fuerte y no tiene escrúpulos. No tendrá ningún problema en matar a un policía si se siente acorralado.

—Sabemos hacer nuestro trabajo, Alex, pero agradezco el consejo.

—Entonces déjame darte otro. Si en algún momento la vida de alguien corre peligro..., disparad a matar.

—¡Alex! —gimió Kathy, el chico la miro, resuelto.

—Si se limitan a herirlo morirá mucha gente.

La chica agachó la cabeza siendo consciente de que estaba en lo cierto. Un animal herido siempre ha sido considerado peligroso, y Edu se había convertido en mucho más que un animal, ahora era una bestia.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estáis ocultando algo?

—agregó Luque, observándolos con detenimiento.

No esperó respuesta, segundos más tarde se alejó de ellos a paso rápido, mientras la pareja lo seguía con la mirada.

—Quizá debiéramos... —comenzó Kathy a decir.

—No podemos contarle más, solo conseguiríamos perder toda la credibilidad —interrumpió Alex, leyéndole el pensamiento.

—Los estamos dejando a merced de algo que no comprenden.

—Lo único que podemos hacer es intentar llegar a él antes de que ellos tengan que intervenir.

—¡Qué solución tan alentadora! —ironizó, cruzándose de brazos.

Durante unos momentos más, ambos se quedaron allí de pie, en silencio, contemplando a Luque alejarse de ellos hasta perderse entre la multitud.

—Es un tipo muy agradable: simpático, galante, cordial... —comentó Kathy con la mirada perdida en la distancia—. ¿Cómo es posible que seáis amigos siendo tan diferentes?

—¿Hablas de la diferencia de edad o tratas de insultarme?

—Será mejor que no conteste a eso.

—Entonces me reservo el derecho a decirte que la edad no importa o de mandarte a la mierda

—¿Acabas de mandarme a la mierda?

—Solo si tu comentario ha sido malintencionado. Tú eliges.

Ambos se sostuvieron la mirada unos segundos. Kathy, con los brazos en jarras y lanzando fuego por los ojos, trataba por todos los medios de controlarse para no agredirlo físicamente. En aquel momento estaba tan dolida y enfadada como para querer abofetearlo. De algún modo logro resistir la tentación, pero su lengua no perdió la oportunidad de atacar.

—Espero que todo esto termine cuanto antes —escupió—. No veo el momento de perderte de vista.

—Te aseguro que yo tengo más ganas que tú de poner tierra de por medio —contestó su orgullo por él.

—¡Bien! Y para tu tranquilidad, te informo de que no tengo ninguna intención de ir a Londres ni siquiera de vacaciones, mucho menos a trabajar; así que no te preocupes, no pienso inmiscuirme para nada en tu vida.

Sin añadir nada más, se dio media vuelta y comenzó a caminar hacia el coche.

Alex se quedó perplejo.

—¿Así que ese es el motivo por el que estamos discutiendo? —Alzó la voz para que pudiera oírlo. Ella se volvió de nuevo hacia él, con su monumental enfado multiplicado por dos.

—¡Estamos discutiendo porque me has mandado a la mierda!

—Eso ha sido después de que tú me insultaras —le recordó—. Tú has empezado, y ahora sabemos por qué.

—¡Olvídame! —le grito, girando sobre sus talones de nuevo.

—Has pensado que yo no quería que fueses a Londres.

«¡He pensado!», se dijo Kathy, indignada. ¿Acaso no lo había dicho claramente? ¡Si casi había matado a Luque con la mirada por

siquiera sugerirlo. Aunque ni muerta admitiría cuánto le había dolido.

—¡Reconócelo! —insistió Alex, caminando tras ella.

Kathy se vio forzada a volverse de nuevo.

—No tengo nada que reconocer.

—Me gustaría saber por qué te ha molestado tanto.

—¿Es que tú no escuchas?

—Creo que tú eres quien no escucha, porque yo no recuerdo haber dicho en ningún momento que no quiero que vayas a Londres.

—Te repito que eso no tiene nada que ver con esta discusión..., pero ya que insistes en hablar del tema... —Alex sonrió, irónico—..., te diré que tengo un radar especial para saber cuándo alguien detesta una idea. Y tienes que reconocer que el simple hecho de que Luque lo haya mencionado, te ha provocado cierta aversión.

—Así que un radar especial... Pues háztelo revisar —fue todo lo que agregó antes de pasar de largo camino al coche.

Kathy se quedó perpleja mientras lo veía alejarse.

Pero ¿qué se había creído aquel patán para dejarla con la palabra en la boca? ¡Y estaba segura de que seguía pensando que su enfado tenía que ver con su visita a Londres! Bueno..., en realidad estaba en lo cierto, pero... ¡será presuntuoso! Y al parecer se había metido en el coche sin siquiera esperarla. Se merecía que ella diera media vuelta y cogiera un taxi para volver a casa. Le gustaría ver la cara que pondría cuando pasara el tiempo y no se reuniera con él. No lo necesitaba para nada; podía arreglárselas bien solita. El que tuvieran a un espíritu loco pisándoles los talones, no significaba que...

Corrió hacia el coche como alma que lleva el diablo.

Alex se sentó tras el volante e intentó relajarse. Estaba confuso. No sabía cómo tomarse lo sucedido hacía un instante. Cuando había descubierto a qué se debía su enfado casi se había alegrado; hasta

que se dio cuenta de que quizá era precipitado pensar que porque le hubiese molestado su actitud sobre el comentario de Luque, eso significaba algo. Kat era orgullosa, y aquel orgullo debía de ser el causante del disturbio. Sea como fuese, ella había dejado muy claro que quería que desapareciera de su vida en cuanto todo acabara. Podía habérselo dicho más alto, pero más claro era imposible. Hacía tres años ya le había echado de su lado, y ambos sabían muy bien el motivo; al parecer continuaba odiándolo igual que entonces. Durante su estancia en Londres, se había sorprendido pensando en montones de ocasiones en que quizá ese odio había menguado un poco con el paso de los años; ahora sabía que seguía allí con toda su intensidad.

Miró por el espejo retrovisor para comprobar si la chica caminaba hacia el coche, pero no había ni rastro de ella. Inquieto, comprobó los ángulos de los tres espejos, pero continuaba sin verla. Ya estaba tardando mucho.

«Como se le haya ocurrido irse por su cuenta, la encierro bajo llave», pensó, cada vez más nervioso. La creía capaz de hacer algo así solo para enfurecerlo.

«No debería haberla dejado sola», se lamentó. Había supuesto que caminaría tras él hasta el coche; en ningún momento le pasó por la cabeza que no lo hiciera.

Se enfadó consigo mismo por su falta de previsión. La conocía demasiado bien como para esperar cualquier cosa.

¿Y si Edu había aprovechado el momento para secuestrarla? Un repentino pánico se adueñó de él, eclipsando el enfado por completo. Estaba a punto de salir del coche cuando Kathy abrió la puerta y ocupó su asiento.

Alex se centró en arrancar el motor para ocultar su gesto de alivio.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó ella cruzándose de brazos, evitando mirarlo.

—Esa si es una gran pregunta...

Capítulo 12

Las tardes solían ser bastante tranquilas tras el inmenso mostrador.

El rostro de la joven recepcionista transmitía un aburrimiento que no se molestaba en ocultar mientras jugueteaba con un pequeño clip metálico. De vez en cuando le atacaba un bostezo que trataba de reprimir, sin éxito; de modo que cuando la puerta de acceso se abrió, se ganó su atención de inmediato.

Sonrió con coquetería al hombre que franqueó la entrada, pensando que todas las horas de aburrimiento habían merecido la pena, solo por el privilegio de atender a aquel guapo visitante. Lamentaba tener que decirle que no podría acceder al interior hasta el día siguiente.

Clavó su mirada en él sin ningún tipo de pudor, mientras esperaba a que recorriera los escasos cinco metros que lo separaban del mostrador.

Inesperadamente y sin motivo aparente, los folios que descansaban en el alimentador de la impresora volaron por el aire, provocando un terrible sobresalto en la absorta muchacha. Lamentando su mala suerte se agachó para recogerlos.

Aprovechó el estar bajo el mostrador para atusarse el pelo y puso su mejor sonrisa para recibir al recién llegado. Cuando diez segundos después se puso en pie, su gesto risueño fue sustituido por otro de asombro: no había ni rastro del visitante.

Alex decidió que lo mejor que podían hacer era volver al piso de Kat para ver si había noticias de Edu.

—Si hubiese llamado, Mónica nos lo habría dicho —opinó Kathy.

—Entonces lo llamaremos nosotros —Se le ocurrió de repente.

—¿A Edu?

—Supongo que Mónica tendrá algún teléfono en el que poder localizarlo. ¿Se te ocurre una manera mejor para confirmar nuestras sospechas? —insistió, al tiempo que cambiaba de carril y apretaba el acelerador—. Aunque supongo que te parecerá una idea horrible, aunque solo sea por llevarme la contraria.

—En realidad me parece una idea brillante —reconoció Kathy, sonriendo—. Empezaba a agobiarme el hecho de no poder hacer nada más que esperar.

—Me alegro de haber servido para algo. —Le devolvió la sonrisa, contagiándose rápidamente de su entusiasmo.

—¿Crees que cogerá el teléfono?

—Enseguida lo sabremos, no falta mucho para llegar.

Cinco minutos más tarde, Kathy subía las escaleras de su edificio como una exhalación.

—Kat, no vayas tan rápido —pidió, sin éxito—. ¡Kat!

Tuvo que correr tras ella para poder detenerla justo en la puerta de entrada.

—¿Qué pasa? —protestó cuando se vio despojada de sus propias llaves.

—¿No me estás oyendo llamarte? —inquirió, enfadado, con un extraño gesto de crispación en el rostro.

—No soy una niña, no hace falta que me lleves de la mano.

—Emplear treinta segundos en tranquilizarnos puede salvarnos la vida —fue todo lo que obtuvo como respuesta.

—No te entiendo —Frunció el ceño, confusa.

—Es igual, solo guarda silencio un momento y mantente detrás de mí, por favor.

Los ojos de la chica se abrieron de par en par al comprender su actitud. Habían pasado varias horas fuera, y Edu conocía aquella casa a la perfección, debían asegurarse de que todo estaba bien antes de dejarse llevar por la emoción y correr al salón como un ciclón.

Agradeció tremendamente tenerlo a su lado pensando hasta en el más mínimo detalle, y se sintió culpable por haberle hablado con tanta agresividad.

Encontraron a Mónica sentada en el sofá viendo la televisión.

—Estaba a punto de llamaros al móvil —manifestó, poniéndose en pie.

—¿Qué ha pasado? —se alarmó Kathy

—Nada, pero empezaba a impacientarme. ¿Habéis visto a Edu?

—No estaba en casa —explicó, más pendiente de Alex que de aquella conversación.

El chico entraba y salía por turnos de todas las habitaciones de la casa.

—¿Qué está haciendo? —preguntó la actriz, extrañada.

—Registrando la casa —aclaró Kathy, repentinamente henchida de orgullo.

—¿Por qué?

—Para asegurarse de que no ha entrado nadie mientras el piso ha estado vacío.

—Yo solo he estado fuera una hora —informó Mónica, cogiendo asiento de nuevo en uno de los sillones—. Aunque no nos viene mal tener a un James Bond en casa.

—¿James Bond? —susurró Kathy—. ¡Qué dices!... Alex es mucho más guapo que ese agente secreto de pacotilla.

Mónica no pudo evitar reír a carcajadas. Los cambios producidos en su amiga desde la llegada de Alex eran dignos de estudio.

—Nunca te he oído hablar así de un hombre.

—¿Así cómo? —Sonrió, fingiendo inocencia, y agregó ante la mirada divertida de Mónica—: Si tratas de repetir mis palabras, lo negaré todo.

La actriz volvió a reír.

—No creo haber visto jamás ese brillo en tus ojos. Además, empiezo a pensar que no conocía a la verdadera Kathy... hasta ahora.

La aludida guardó un profundo silencio. Hubiese querido negar con vehemencia aquellas afirmaciones, pero tuvo que admitirse a sí misma que Mónica estaba en lo cierto. Era como si la llegada de Alex la hubiese sacado de un largo letargo. Solo llevaba allí unas horas, y ya había conseguido que todas las emociones que había escondido durante tres largos años estuvieran a flor de piel. Su vida, que durante tanto tiempo había sido como un encefalograma plano, ahora volvía a tener altibajos. Se sentía a bordo de una enorme montaña rusa emocional todo el tiempo, y lo más curioso de todo era que aquella sensación casi le gustaba. Estaban metidos en un grave problema. Su mayor enemigo había vuelto para convertir su vida en un infierno, era probable que no le quedase mucho tiempo y, sin embargo, hacía años que no se sentía tan viva.

Tuvo que hacer un considerable esfuerzo para apartar aquellos pensamientos de su mente, al percatarse de que Alex había cogido asiento junto a ellas.

—¿Todo en orden, James? —le preguntó Mónica, sonriendo.

—¿Cómo? —interrogó con el ceño fruncido al notar el codazo que Kat le había propinado para hacerla callar.

—No le hagas caso a Mónica—intervino Kathy—. Está un poco loca, pero es buena chica.

Alex las miró alternativamente, consciente de que algo se había perdido mientras examinaba la casa, pero prefirió dejarlo pasar. Tenía cosas más importantes en mente.

—Agradecería otro analgésico—pidió, intentando sonar normal.

—¿Te duele mucho? —interrogó Kathy, preocupada.

—Un poco, prefiero cortarlo antes de que vaya a más —comentó, incómodo, pero se contradujo a sí mismo cuando dos minutos más tarde Mónica le tendió agua y una caja completa de analgésicos, y se tomó dos de un golpe.

—Tiene que verte un médico —insistió Kathy de nuevo.

—Solo necesito descansar un poco.

—Deberías dejar de hacerte el fuerte y admitir que te duele mucho.

—Si no la fuerzo me recuperaré en cuanto hagan efecto los analgésicos. —Apretó los dientes para disuadir un poco el dolor.

Kathy recordó entonces que lo había obligado a correr tras ella escaleras arriba. Ella tenía la culpa de que estuviera sufriendo aquellos dolores.

—Lo siento —casi sollozó—. Debí pararme cuando me llamaste. No pensé...

—No es necesario que te disculpes, se me pasará en unos minutos. —¿No iría a ponerse a llorar por su culpa? No podía soportar verla llorar. Prefirió cambiar la conversación de tercio—. Entonces, ¿qué? ¿Hacemos esa llamada? ¿Cuál es el número?

—¿Qué número? —interrogó Mónica, confusa.

Kathy se mordió el labio, nerviosa. ¡Había olvidado su principal cometido! ¿Qué demonios le ocurría? Solo tenía que pensar en Alex para trastocar todas sus prioridades; y mantenerse con vida estaba claramente por encima de bromear sobre el atractivo de un hombre. Después de correr escalera arriba, nerviosa por conseguir ese número, había terminado dejándose llevar por todo lo que el chico le provocaba.

—Necesitamos el teléfono de Edu —explicó Alex sin apartar la vista de Kat, que no dejaba de morderse la comisura del labio inferior igual que lo hacía siempre que se sentía avergonzada por algo.

Continuó observándola, mientras Mónica se levantaba a por su móvil.

—¿Qué te pasa? —preguntó curioso.

—¿A mí? ¿Por qué tendría que pasarme algo? —Se defendió, aunque no fue capaz de mirarlo a los ojos.

—Siempre te muerdes el labio cuando haces algo indebido. —Y yo solo quiero besarte cuando te veo hacer ese gesto, pensó Alex, intentando controlarse—. Si es por lo de la pierna...

—No es eso.

—¿Entonces?

—Que no me ocurre nada de nada —se reiteró, aunque no pudo evitar que una sonrisa nerviosa asomara a sus labios.

Alex la observó con atención, frunciendo el ceño.

—No he conocido a nadie tan voluble en toda mi vida —acusó—. Y comienza a molestarme mucho.

—¿Voluble? —La sonrisa desapareció por completo de su rostro.

—Sí, cambiante, variable...

—Sé exactamente lo que significa voluble —interrumpió, molesta—. ¿Y tú tienes idea de lo que significa *tonto del culo*?

—Voluble y tremendamente irascible... —suspiró.

Por suerte, el teléfono de Alex sonó en aquel momento, interrumpiendo lo que sin duda sería otra de sus monumentales discusiones. El chico consultó el número que aparecía en el visor, extrañado.

—¿Quién demonios será? —se preguntó—. No me apetece hablar con nadie.

—Quizá sea Luque —comentó Kathy, olvidándose de su enfado—. O alguien de la comisaría.

—Quién sea ha tenido suerte, le ha tocado un número de lo más sencillito de recordar —bromeó a punto de descolgar—. Son todo sietes.

—¿Todo sietes? —Los interrumpió Mónica, acercándose a ellos mientras consultaba la agenda de su móvil—. ¿Empieza por 64?

—Sí.

—¡Es el de Edu!

El insignificante aparato se convirtió de repente en el centro de atención. Solo parecía haber una explicación por la que Edu pudiese llamar a aquel teléfono.

—Parece que su hermano no ha tardado mucho en darle nuestro recado —opinó Kathy, nerviosa—. No sé si ha sido buena idea dejarle

tu número de móvil.

—Ahora nosotros también tenemos el suyo... —dijo Alex impertérrito, y contestó el teléfono con decisión—. Así que has decidido delatarte.

—Podría decirte que no sé de qué me hablas, pero no subestimo vuestra inteligencia. He dado por supuesto que a estas alturas ya habríais atado los cabos —contestó la inconfundible voz al otro lado.

—Ahora solo falta que des la cara —siseó entre dientes.

—Serías capaz de matarme, ¿verdad, Alex? Mancharías tus manos de sangre... por ella.

—¿Quieres comprobarlo? Dime cuándo y dónde.

—Es una oferta tentadora. Me gustaría haber estado en casa cuando vinisteis a buscarme, me hubiese encantado veros... —ironizó.

—Veámonos ahora.

—Pásame con Katrina mientras lo pienso.

—No —negó.

—Solo os di una hora, ¿recuerdas? Y ya han pasado casi tres. Katrina me debe una respuesta.

—Tu proposición es del todo absurda, y lo sabes, ¿crees que podemos elegir entre la vida de Kat y la de Ángela? Eso suponiendo que de verdad tengas el poder sobre Ángela que afirmas tener; lo cual ya es mucho suponer.

—En ese caso, no me dejáis más opción que demostrároslo.

—Claro que hay otras opciones; te las diré en persona, solo tienes que decirme dónde estás.

—Estoy en un bonito jardín, que la primavera vestirá de blanco..., rodeado de enormes sauces...

Alex maldijo cuando sintió que la línea se cortaba al otro lado. Colgó el teléfono y se puso en pie para tratar de combatir la impotencia a base de movimiento.

—¡Hijo de puta! —gritó, haciendo aspavientos, afortunadamente

el dolor de la rodilla había cedido un poco, supuso que más por los nervios que por que hubiesen hecho efecto los analgésicos.

—¿Qué ha dicho? —interrogó Kathy también poniéndose en pie.

—¡Incongruencias! ¡Le encanta jugar con nosotros!

—¿Te ha dicho dónde está?

—¡Oh sí! ¡En uno de los 45 millones de jardines con sauces que hay en Madrid! —ironizó, colérico—. ¡Voy a matarlo!

—¿Un jardín? —Kathy se puso lívida cuando un terrible presentimiento la asaltó de improviso.

—¿Qué? —Alex se volvió hacia ella, confundido.

—¡Está en la clínica! ¡Va a por Ángela!

Quince minutos más tarde detenían el coche a la puerta del sanatorio. Kathy miró a Alex, agradecida de tenerlo a su lado. Si hubiese tenido que enfrentarse a aquel horrendo día ella sola, no estaba segura de haber podido soportarlo.

El chico había insistido en que podía conducir; Kathy lo permitió al ver que casi no cojeaba, consciente de que ella sí que estaba incapacitada para ponerse al volante; su pulso temblaba de manera incontrolable, y casi no sabía lo que estaba haciendo.

Ambos bajaron del coche frente a la escalinata. Kathy comenzó a correr escaleras arriba, pero se detuvo tras subir tres escalones, recordando la lesión del chico, que se lo agradeció sorprendido.

Entraron en el edificio un minuto más tarde. La voz chillona de la joven recepcionista los interceptó casi en la puerta, y ambos se acercaron presurosos hasta el mostrador.

—¿Puedo ayudaros en algo? —preguntó, comiéndose con los ojos a Alex de una forma descarada.

—Tenemos que ver a Ángela de Frutos —intervino Kathy con brusquedad.

—Lo siento, pero la hora de visita termina a las siete.

—Lo sé, pero es importante.

—Pues me temo que...

—No es una petición, vamos a entrar ahí con o sin tu permiso — interrumpió Kathy, perdiendo los nervios.

—¿Podríamos hablar con algún médico, por favor? —terció Alex, sonriendo, para evitar que la perpleja recepcionista llamara a seguridad—. Solo le robaremos unos minutos.

La chica los miró a ambos, dudando. Alex le hizo un simpático gesto de súplica sin dejar de sonreír, y notó el momento exacto en el que finalmente se rindió a sus encantos. Descolgó el teléfono y marcó una extensión.

—Soy Sandra, de recepción. Hay aquí dos personas que quieren ver a Ángela de Frutos. Ya les he dicho que no es hora de... ¿Cómo? Sí, claro —Tapó el auricular y se dirigió a Kathy con el ceño fruncido—. ¿Cómo te llamas?

—Kathy Monteverde.

—¿Vicky? Sí, es ella... Bien —afirmó de nuevo al teléfono, colgando a continuación—. Podéis pasar. Os esperan en el despacho del Dr. Carvajal, que está...

—Sé dónde está, gracias —contestó Kathy, caminando ya hacia el interior del edificio.

Alex caminaba a su lado doblemente preocupado. No solo le inquietaba lo que podían descubrir en pocos segundos con respecto al estado de Ángela, sino también la reacción de Kat al descubrirlo.

Aceleraron el paso cuando divisaron a Vicky esperándolos a la puerta del despacho, junto a otro de los enfermeros del centro.

—Hola, Kathy, ¿cómo te has enterado? —preguntó la enfermera, tendiéndole la mano.

—¿Qué ha pasado? —prefirió ignorarla. La respuesta era demasiado inverosímil.

—Será mejor que pases al despacho. ¿Venís juntos? —Los chicos asintieron—. Pasad, el doctor Carvajal os contará.

Vicky abrió la puerta del despacho, mientras Alex tomaba la mano de Kat para reconfortarla. La chica se la apretó con fuerza al

entrar en la habitación y pasear la vista a su alrededor.

Había tres médicos en la sala. Kathy ya conocía al doctor Carvajal, pero no tenía ni idea de quiénes eran los otros dos. Uno, cuarentón, algo más joven que Carvajal; el segundo debía doblar en años a los otros dos. Todos parecían estar absortos en su conversación.

—Si hubiese algo así lo veríamos en la resonancia —decía el doctor Carvajal convencido.

—No necesariamente —discrepaba el más joven.

—Será mejor que no nos precipitemos. —Ambos miraron al anciano, expectantes—. Puede ser que hace años se nos pasase algo por alto, dimos demasiadas cosas por hecho sin...

Vicky cerró la puerta del despacho con una fuerza innecesaria para llamar la atención de los médicos. Los tres se volvieron hacia los recién llegados.

—¡Kathy! —saludó el doctor Carvajal, tendiéndole la mano.

La chica soltó a Alex para corresponder al saludo, y aprovechó también para presentar al chico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin demora Alex nada más coger asiento.

—Aún no lo sabemos —explicó el doctor Carvajal—. Hace poco más de media hora, Pablo, uno de nuestros internos, encontró a Ángela desmayada en el suelo del jardín.

—¡Dios mío! —Se alarmó Kathy—. ¿Está...?

No fue capaz de terminar la frase, aunque no hizo falta.

—Está dormida —se apresuró a contestar el doctor. Continuó al ver la cara de asombro de los chicos—: En un principio pensábamos que se trataba de un desmayo, pero al trasladarla a su cuarto y comprobar sus constantes, nos dimos cuenta de que era algo más... importante. No responde a ningún estímulo, ni despierta ni siente el dolor...

—No dé más rodeos —pidió Kathy con voz temblorosa—. ¿Qué le pasa a Ángela?

—Ha entrado en coma.

—¿En coma? —repitió la chica perpleja—. No lo entiendo...

—Ya. No debería decirte esto, pero confieso que ni siquiera somos capaces de ponernos de acuerdo entre nosotros. Te presento al doctor Prieto. —Señaló al médico joven que estaba a su espalda—. Es psiquiatra. Ha seguido el caso de Ángela desde que ingresó en el centro.

—Encantado —Les tendió la mano—. El caso de Ángela me ha quitado el sueño durante mucho tiempo; me encantaría poder haceros algunas preguntas más tarde.

Kathy asintió, y su mirada se cruzó, inquieta, con la de Alex. Por supuesto que tratarían de evitar aquella conversación por todos los medios. Agradeció que el doctor Carvajal interrumpiera para continuar presentándole al otro médico, el más anciano de los tres.

—El doctor Sánchez-Vera es un gran amigo, que casualmente estaba aquí de visita cuando todo pasó. Hace tres años colaboró con nosotros en el diagnóstico de la paciente. Conoce bien el caso de Ángela, yo mismo he compartido con él mis puntos de vista durante estos años —explicó—. Y creo que ahora su ayuda se nos hace imprescindible. Es uno de los mejores neurólogos del país.

—¿Y por qué piensan que Ángela pueda necesitar un neurólogo? —interrogó Alex, tratando de que su voz no denotara ningún tipo de objeción.

—Pensamos que quizá pueda haber alguna lesión cerebral —continuó Carvajal, mirándolos con expresión seria—. Cuando ingresó en este centro hace años, se le practicaron diversas pruebas neurológicas. En un principio pensábamos que quizá su cerebro se había visto privado de oxígeno durante demasiado tiempo, y que aquello había provocado una lesión irreversible, pero, tras varias pruebas, descartamos aquella posibilidad. En su momento no encontramos nada que hiciera suponer que su problema pudiera ser algo más que psiquiátrico, pero, a la vista de los nuevos

acontecimientos, hemos decidido repetir todas las pruebas en busca de alguna alteración.

Kathy observaba a sus interlocutores sin poder reprimir las lágrimas. Una vez más, ella tenía todas las respuestas, pero no podía compartirlas. Debía dejar que los médicos creyeran que estaban ayudando a su amiga, aunque para eso tuviera que ver cómo hacían pasar a Ángela por mil y una pruebas sin sentido.

—¿Qué es lo que sospechan que le pasa? ¿Tienen alguna teoría? —escuchó preguntar a Alex de nuevo—. ¿Buscan un tumor o algo así?

—Bueno..., en realidad buscaremos cualquier cosa que pueda haberla inducido al coma.

—¿Ha podido golpearse al caer?

—No hay señales de traumatismos de ningún tipo. Es lo único que tenemos claro hasta el momento —aseguró—. Podría llenar dos folios con posibles diagnósticos, de modo que hasta que no lleguen sus padres y autoricen todas las pruebas pertinentes, no puedo decirles mucho más.

—¿Podemos verla? —preguntó Kathy con voz temblorosa. De nada serviría tratar de profundizar en aquel tema.

—Claro, Jorge os acompañará. —confirmó el médico, señalando al enfermero que estaba en la puerta junto a Vicky cuando habían llegado—. Os mantendré informados.

Salieron del despacho y se encontraron de nuevo en el extenso pasillo.

Alex la observaba de reojo, en silencio, intentando imaginar cómo debía sentirse.

—¿Seguro que quieres verla? —preguntó, pasándole un brazo por encima de los hombros y atrayéndola hacia él para reconfortarla.

—Sí —afirmó sin lugar a dudas, mientras ambos seguían al enfermero hasta la habitación—. Quizá sea la última vez que la vea con vida.

A pesar de estar convencida, tuvo que respirar profundamente varias veces antes de traspasar la puerta para enfrentarse a la desoladora imagen; y no pudo evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos nada más franquear el umbral.

Caminó despacio hasta los pies de la cama donde Ángela yacía inerte. Parecía dormir profundamente, aunque la expresión de su rostro denotaba una inquietud que resultaba imposible de ignorar. Las máquinas a las que estaba conectada, y que median todas sus constantes vitales, también reflejaban esa agitación. Alex consultó cada parámetro y frunció el ceño al comprobar el ritmo cardiaco. Se volvió hacia Jorge, que revisaba el dosificador de suero.

—Ciento veinte pulsaciones —comentó, extrañado—. Son muchas para estar en reposo.

—Podemos darnos por satisfechos por el momento. Hemos tenido que medicarla para controlar la taquicardia —explicó el enfermero—. Cuando la encontramos estaba en casi ciento ochenta.

—¿Es lo habitual? —intervino Kathy.

—¿En pacientes en coma te refieres? —la chica asintió—. Lo cierto es que hasta que no sepamos que lo causa, no podemos saber si los síntomas entran dentro de lo normal.

Kathy acarició el rostro de su amiga y le apartó un mechón de pelo de la frente. Después, tomó una de sus manos y le acarició el dorso con tanta delicadeza que no pudo evitar sobresaltarse y lanzar un pequeño grito cuando Ángela retiró la mano con brusquedad.

—¿Cómo es posible? —preguntó, sobrecogida.

—Es un acto reflejo —contestó Jorge, casi sin pararse a pensarlo—. Disculpadme, os dejo solos unos minutos.

Y salió de la habitación con premura.

Los chicos intercambiaron una mirada preocupada.

—¿Es una sensación mía o estaba tan sorprendido como nosotros? —interrogó Alex, frunciendo el ceño—. No saben a qué atenerse, aunque no me extraña.

—Creo que tiene miedo... —opinó la chica, volviendo a tomar su mano—. Durante tres años, jamás ha demostrado ninguna emoción, ni tan siquiera las más elementales como el frío o el calor, ¿qué es lo que ha cambiado? ¡Alex, ¿qué le ha hecho ese monstruo?!

—Trata de mantener la calma —pidió, avanzando hasta ella.

—No sé cuánto tiempo más podré soportar todo esto —Sollozó, incapaz de contenerse. Y se dejó confinar entre los fuertes brazos masculinos. Era el único lugar en el mundo donde se encontraba segura, aún en las peores circunstancias. Solo entre sus brazos sentía que nada ni nadie podía hacerle daño.

Alex la abrazaba intentando contener las lágrimas. Le dolía el alma cada vez que la veía llorar, pero además estaba muy impresionado por la visita a aquel hospital.

Hacía casi tres años que no veía a Ángela. Jamás había podido olvidar su última visita a aquel centro, tan solo una semana antes de marcharse a Londres. Ángela se encontraba sentada en un banco del jardín en aquella ocasión. Al menos su cuerpo estaba allí, mientras que su mente parecía estar a kilómetros de distancia.

Recordaba haber tomado asiento junto a ella, intentando alejar de su mente la absurda idea de que Marcos iba a aparecer a su lado de un momento a otro. Demasiadas cosas pesaban sobre su alma en aquellos momentos. La amarga sensación de culpabilidad lo perseguía día y noche, negándole un solo segundo de paz. Nunca se lo había contado a nadie, pero se había derrumbado frente a Ángela aquel día. Todo lo ocurrido pasó por su cabeza sentado en aquel banco. Lo había perdido todo. Su vida ya no merecía la pena. Con lágrimas en los ojos, le había confesado a Ángela que hubiera preferido que aquel cuchillo hubiese conseguido su cometido, y la veracidad de aquellas palabras fue lo que le hizo darse cuenta de que había tocado fondo. En aquel preciso instante, decidió alejarse de allí para siempre, y una semana más tarde, se subía a un avión con destino Londres.

Kathy se revolvió en sus brazos, devolviéndolo a la realidad.

—¡Qué vergüenza! —comentó, abochornada, apartándose de él de mala gana—. Tengo la sensación de que no he hecho otra cosa que llorar desde que has llegado.

—No te creas, también has invertido mucho tiempo insultándome... —bromeó, sonriéndole con ternura.

—Sí —afirmó, ocultando el rostro entre las manos sin poder evitar sonreír y sentirse una bruja al mismo tiempo. Haciendo acopio de todas sus fuerzas se apartó de él y se centró de nuevo en Ángela—. ¿Crees que puede oírnos?

—Hay muchas teorías al respecto.

—Está dormida —interrumpió alguien desde la puerta, sobresaltándolos.

Kathy identificó rápidamente al visitante. Se trataba de otro de los pacientes del psiquiátrico. Un chaval de unos veinte años, que los observaba desde la puerta sin atreverse a entrar. Recordó los pocos comentarios que Vicky le había hecho sobre aquel muchacho. Algo así como que cuando ingresó en el centro sufría una especie de paranoia o manía persecutoria, y estaba convencido de que todo el mundo quería hacerle daño. Y Kathy sospechaba que además de eso tenía alguna otra deficiencia, a juzgar por cómo se comportaba.

Un niño encerrado en el cuerpo de un hombre, parecía la mejor manera de describirlo.

—Mi madre dice que uno no oye cuando está dormido —terminó el muchacho de decir.

—Hola, tú la encontraste, ¿verdad? —preguntó Kathy. El chico asintió—. Creo que te llamas Pablo.

—¿Es usted una adivina? —preguntó sorprendido, con los ojos como platos.

—No. —Sonrió Kathy con ternura—. Me lo dijo el doctor Carvajal.

Pablo sonrió más confiado y se internó unos pasos en la

habitación. Se quedó a los pies de la cama de Ángela, mirándola con ojos curiosos.

—¿Es amiga tuya? —preguntó, señalando hacia la cama. Tras el asentimiento de Kathy el chico continuó—: Nunca juega con nadie. Yo un día me acerqué para ver si quería jugar conmigo, pero no me contestó.

Kathy le sonrió con ternura.

—Ángela no puede hablar —le explicó, tratando de dominar la tristeza.

—Porque no le caigo bien.

—No es por ti, es que no habla con nadie desde hace mucho tiempo.

—¿Solo con ese hombre? —Volvió a preguntar el chico inocentemente. Ni por un segundo se percató del efecto que aquel comentario tuvo sobre la pareja.

—¿Qué hombre? —preguntaron ambos casi al unísono.

—El hombre del abrigo negro.

Fue tanta la conmoción que aquellas palabras causaron en Kathy, que su cerebro parecía incapaz de procesarlas. Miró a Pablo, perpleja, sin poder articular una sola sílaba. Una vez más fue Alex quien tuvo que encontrar la fortaleza para hacerlo.

—¿Un hombre tan alto como yo y con el pelo muy negro?

Pablo frunció el ceño tratando de recordar.

—Sí, era más alto que yo, pero el pelo no lo vi —explicó—. Llevaba un sombrero de viejo.

—¿A qué te refieres con un sombrero de viejo?

—Es que era como el que usaba mi abuelo, y mi abuelo era muy viejo. —Sonrió, contagiándose de la sonrisa de Alex.

—Entiendo.

—Pero mi abuelo era bueno —continuó.

—¿Y crees que el señor del sombrero no lo era? —el chico negó, convencido—. ¿Y por qué piensas eso?

—Ella tenía miedo —afirmó, mirando hacia la cama—. Y a la gente buena no se le tiene miedo, ¿a qué no?

—Es verdad. Oye, eres muy inteligente —concedió Alex, ganándose definitivamente su simpatía—. ¿También tienes buena memoria? ¿Podrías contarnos todo lo que viste?

—¡Claro! ¡Pues si yo estaba casi al lado! —gritó contento—. La chica dormida estaba en el banco del jardín...

Kathy se vio forzada a cruzarse de brazos para controlar el temblor de manos. Segundos antes había tenido la sensación de que sus piernas no podrían sujetarla mucho tiempo, pero consiguió superarlo gracias a que Alex se hizo cargo de la conversación. Ahora, cuando Pablo estaba a punto de compartir con ellos todo lo sucedido, sentía que la sangre galopaba por sus venas a una velocidad de vértigo.

—El hombre le ha cogido la cara así —explicó, tomando a Alex por la barbilla para escenificarlo—. Y le ha puesto la otra mano en la frente.

La chica creía escuchar las palpitaciones de su propio corazón, mientras Pablo parecía buscar las palabras necesarias para hacerles la inquietante declaración. Cuando Jorge traspasó la puerta, acompañado del doctor Carvajal, estuvo a punto de gritarles que se marcharan. Alex debió de leerle el pensamiento, porque la miró fijamente, pidiéndole con un gesto que no perdiera los nervios.

—¿Qué haces aquí Pablo? —preguntó el enfermero, sonriendo condescendiente—. Sabes que no puedes entrar en las habitaciones de los otros internos.

—Nosotros lo hemos invitado. —Se adelantó Alex para seguir ganándose su confianza—. ¿Tú habitación es igual de bonita que esta?

Con aquella pregunta consiguió lo que pretendía.

—¿Quieres verla? —ofreció, emocionado.

—Pablo seguro que otro día ellos...

—No importa —interrumpió Alex—. Me encantaría ver tu habitación.

Kathy los observó alejarse por los pasillos. El interno parecía realmente feliz con la compañía. Sintió una enorme admiración por el que fue su novio durante cuatro años. No le extrañaba nada que Luque lo alabase tanto e insistiese en que se lo debía casi todo. Ver al periodista en acción debía de ser toda una experiencia. Dudó de que hubiese alguien a quien no pudiera sacarle información.

—Disculpa, Kathy, te aseguro que Pablo es inofensivo, pero como él ha encontrado a Ángela creo que se siente en la obligación de cuidarla.

—Es un encanto, no te preocupes —lo tranquilizó—. ¿Ocurre algo?

El doctor Carvajal examinaba a Ángela de nuevo. El mismo médico fue quien contestó a la pregunta.

—No, todo sigue igual, los estímulos nerviosos están claramente dominando el coma de Ángela, al menos eso nos indica en que parte del cerebro tenemos que buscar primero —explicó, pero por el tono de voz que utilizó, Kathy tuvo la sensación de que ni el mismo estaba convencido de lo que decía.

Quiso decirle que no se molestaran en examinarla, porque no iban a encontrar nada, pero una vez más tuvo que morderse la lengua. ¡La frustración comenzaba a ganarle la partida! Además, no podía dejar de mirar el reloj, comprobando que Alex apenas llevaba fuera cinco minutos. La espera la estaba martirizando. Necesitaba las noticias que el chico debía de estar escuchando. Los quince minutos que estuvo fuera le parecieron una eternidad. Si no hubiese estado acompañada, estaba segura de que no hubiera podido reprimir las ganas de correr hasta él en el momento en el que lo diviso avanzando por el pasillo en su dirección.

Capítulo 13

Alex clavó su vista en Kat mientras avanzaba por el amplio pasillo. Incluso a diez metros de distancia no le era difícil leer su expresión ansiosa, y le preocupaba cómo podía encajar la información que acababa de conocer. Incluso antes de salir de la habitación de Pablo, había contemplado la posibilidad de ocultarle el inquietante descubrimiento, aunque finalmente el sentido común había salido victorioso y ganado la partida sobre su afán protector. Tenía que saberlo, no había otra opción.

Cuando entró en la habitación, Jorge, se encontraba de nuevo junto a Ángela; parecía estar extrayendo sangre de uno de sus brazos.

—¿Ocurre algo? —interrogó, preocupado.

—Es rutinario. Quieren empezar a buscar las causas del coma cuanto antes —explicó Kat, intentando disimular su impaciencia, pero no pudo evitar susurrarle—: ¿Algo que contar?

Solo recibió un gesto de asentimiento como respuesta, pero por la intensidad con la que la miraba, entendió que debía estar preparada para escuchar cualquier cosa. Inquieta, se levantó y paseó por la habitación. Jamás un simple análisis de sangre le había resultado tan tedioso e insoportable. Estaba a punto de sacar al enfermero del cuarto a empujones, si no se largaba pronto.

—Os dejo un rato más con ella —terminó al fin, recogiendo los tubos de sangre extraídos—. Si necesitas algo ya sabes que solo tienes que pedírmelo.

—Muchas gracias por todo, Jorge —le agradeció Kathy, intentando no sonar ansiosa.

—Para eso estamos —Sonrió, al mismo tiempo que le hizo una suave caricia en el rostro.

Por un instante se sintió violenta. Conocía a Jorge desde el día en

el que visitó el centro por primera vez, pero nunca habían tenido demasiada confianza. El enfermero la había invitado a salir en un par de ocasiones, que ella amablemente había declinado, y no se había sentido demasiado cómoda en su compañía desde entonces. No supo por qué, pero intuyó que la caricia solo estuvo destinada a los ojos de Alex, al que dirigió una mirada tímida, tratando de comprobar si se había percatado de la muestra de cariño; pero, o bien no se había dado cuenta o no le había importado en absoluto.

—¿Vas a contarme ya lo que has averiguado? —dijo, con más brusquedad de la que hubiese querido.

—Será mejor que te sientes —le pidió, demasiado preocupado como para que le importase el tono rudo.

Por alguna razón premonitoria Kathy no discutió, y se dejó caer en una silla.

—Suéltalo —dijo casi titubeando. De repente no estaba muy segura de querer escucharlo.

Alex guardó silencio unos segundos, buscando las palabras adecuadas.

— Ángela... ha recuperado la razón antes de desmayarse.

Por un instante temió que ahora fuese Kat quien se desvaneciera. El color desapareció por completo de sus mejillas.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado, agachándose ante ella.

La vio luchar con fiereza contra las ganas de llorar.

—¿Qué te ha llevado a esa conclusión? —preguntó, poniendo todo su esfuerzo en juntar cada sílaba.

—Sus palabras.

—¿Ella ha...hablado? —musitó con voz ahogada.

—Sí..., le ha llamado asesino —confesó, pronunciando despacio cada sílaba—. Le ha gritado que era un asesino y se ha lanzado a golpearlo.

—¡Lo ha reconocido! —exclamó, horrorizada. Se le erizó cada poro de su piel, mientras miraba a Ángela con lágrimas en los ojos.

—Sí, eso parece.

—¿Cómo es posible? Edu no se parece en nada a Marcos.

Alex se encogió de hombros. No tenía una respuesta para ella en esta ocasión.

La idea de que la mente de Ángela hubiese estado atrapada junto con el alma de aquel maldito durante tres largos años, era aterradora ya por si sola; pero si además su amiga había sido consciente de todo lo que le estaba sucediendo, la cosa pasaba a convertirse en completamente insoportable. Kathy prefirió no seguir profundizando en sus pensamientos para poder mantener su sistema nervioso bajo control. Sabía que no podía permitirse un ataque de histeria en aquellos momentos.

—Las palabras de Pablo no dejan lugar a dudas —afirmó Alex—. De alguna manera ella lo ha identificado.

—Hubiese sido más propio de Ángela temerle que agredirle —comentó Kathy, acercándose a ella y tomándole la mano.

—Ese cabrón es el responsable directo de la muerte de Marcos —le recordó el chico—. Y ese es precisamente el último recuerdo de Ángela.

—Sí —reconoció, acariciándole el pelo con suavidad—. Yo haría lo mismo por ti.

Se centró en el rostro de la enferma para que Alex no pudiese ver su repentino rubor. Acababa de reconocer que seguía sintiendo algo por él, y solo esperaba que no hiciese ningún comentario, no podría soportarlo en aquellos momentos. Ni por un instante dudó de que él hubiera cogido el significado de aquella frase. Había hablado en presente, y eso solo podía significar una cosa.

«¿Qué demonios habrá querido decir con eso?», pensó Alex, confuso. Pasado y presente se le antojaban ahora demasiado enmarañados y debía tener cuidado. Si se dejaba llevar por la nostalgia, y el pasado lo atrapaba con fuerza, arruinaría por completo la camaradería que al fin había conseguido que surgiera entre ellos;

porque estaba seguro de qué era lo primero que haría si aterrizaba en el ayer. Y ya tenía suficientes problemas para controlarse sin añadir más confusión al asunto.

Se sintió el hombre más miserable del planeta por el derrotero que habían tomado sus pensamientos. Si existía un momento del tono inapropiado para soñar despierto era precisamente aquel.

—¿Ha dicho Pablo algo más? —continuó preguntando Kathy, una vez estuvo segura de que podría mirarlo a los ojos sin ruborizarse.

—No mucho más. Ángela ha debido gritar alto, así que no ha tenido más remedio que proceder rápido.

—Al menos no lo ha dejado disfrutar del momento.

—Supongo que solo ha tenido que tocarla, porque Pablo asegura que se ha derrumbado sin más.

Ambos guardaron silencio y observaron a la enferma durante varios minutos. Parecía estar un poco más tranquila, aunque sus pulsaciones aún debían normalizarse un poco más.

Jorge volvió a entrar en la habitación diez minutos más tarde. Traía una especie de bandeja cargada de utensilios.

—Lo siento, pero me han dado un toque y tengo que pedirlos que os marchéis ya —explicó—. Es muy tarde, y además tengo que sondar a Ángela.

Sin necesidad de preguntar, ambos supieron a qué se refería. Kathy supuso que aquel era el indicativo de que los médicos pensaban que la convalecencia sería larga.

—Lo hacemos con todos los pacientes, independientemente del tiempo que vayan pasar sin consciencia —se molestó en explicar el enfermero al ver la cara de preocupación de la chica—. Tenemos que mantener la vejiga vacía, si queremos mantener la cama seca.

—Lo comprendo —se apresuró a decir, ruborizada—. Es increíble lo expresiva que puedo llegar a ser.

—Nos conocemos desde hace años. —Sonrió con picardía—. Creo que he aprendido a conocerte un poco.

—Eso parece —le devolvió una forzada e incómoda sonrisa—. ¿Vicky se ha marchado ya?

—No, está ayudando al doctor Prieto con unas pruebas —explicó—. Tardarán un rato. ¿Necesitas algo?

Kathy se mordió el labio inferior, inquieta. Le hubiera gustado poder hablar con la enfermera antes de marcharse, pero puesto que no era posible...

—Oye, Jorge..., ¿a ti que te parece todo esto del coma?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, se me hace un poco raro todo.

El enfermero guardó silencio, mirando de reojo hacia la puerta.

—Estamos desconcertados —reconoció—. La información que los médicos deberían poder leer en su cuerpo para orientarse en la búsqueda del problema es...confusa.

—¿Confusa?

—Sí. Te pongo como ejemplo lo que ha pasado hace apenas quince minutos; yo mismo he visto cómo se soltaba de tu mano con brusquedad. —Ahora casi susurraba—. Ángela ha entrado en lo que se denomina un *coma profundo*, no responde a ningún tipo de estímulo. Ninguno.

—Tuve la sensación de que retiró su mano conscientemente. Jorge, ¿cómo es posible?

—Es que no lo es..., o no debería serlo —confesó—. Y esto es solo un ejemplo. Hay muchas contradicciones en su cuadro clínico. Habrá que hacerle un estudio exhaustivo.

Kathy exhaló aire muy despacio, consciente de que nada de lo que ella pudiera decirles iba a ayudar a su amiga, de modo que sería mejor preservar su credibilidad.

—Me encantaría darte buenas noticias pronto, porque sabes que te aprecio mucho —le dijo de nuevo Jorge, casi en el oído, buscando cierta complicidad. Pero solo consiguió que la chica se tensara.

—Kat, tenemos que irnos ya —interrumpió, Alex con acritud—.

Es tarde.

La chica pensó que debía haberse imaginado el tono molesto con el que el periodista había intervenido. Lo observó con atención unos segundos.

—Entonces, ¿podemos irnos? —Volvió a repetir, impaciente, al no obtener respuesta.

«¡El mismo tono otra vez!», se asombró de nuevo, pero se cuidó muy bien de que no se le notara el desconcierto.

—Sí. —Disimuló mirando su reloj, aprovechando para ver que eran las nueve y veinte—. Es cierto que es muy tarde.

Se acercó hasta Ángela, se agachó para darle un suave beso en la frente y aprovechó la cercanía para susurrarle al oído:

—Te traeré de vuelta, te lo prometo.

El camino de regreso a casa lo hicieron en un silencio absoluto. Alex la miraba de reojo de vez en cuando, tratando de hacerse una idea aproximada de cómo estaba. Solo cuando faltaban apenas unos kilómetros se permitió romper la fingida calma.

—No volverá por el hospital, si eso te inquieta —opinó, convencido—. De momento ya no tiene nada que hacer allí. Ángela está a salvo.

—Lo sé —admitió—. De momento ha jugado sus cartas y espera mi respuesta. Y sé que me llamarán en cuanto que se sepa algo, así que estoy tranquila.

Alex sabía que debía morderse la lengua y no hacer ningún comentario más, pero ni siquiera haciéndolo literalmente durante casi cinco segundos, consiguió callar.

—Parece que tienes muy buena relación con ese enfermero, ¿no?

—¿Con Jorge? —preguntó absurdamente debido a lo imprevisto de la pregunta.

—¿Es que hay más de uno?

—No sé si me gusta tu tonito —protestó, frunciendo el ceño.

—¿Qué tonito? —Fingió inocencia—. Solo he preguntado por curiosidad. Siento que te haya molestado, te aseguro que no era mi intención.

«Genial, ahora he quedado como una imbécil», se lamentó, deseando poder bajarse del espacio tan reducido que representaba aquel habitáculo lo antes posible. Prefirió no agregar nada más para no empeorar las cosas.

—¿Así que ese Jorge y tú sois muy amigos?

«Ni arrancándome media lengua de un bocado hubiese conseguido mantener la boca cerrada», se resignó, aunque se dijo a sí mismo que puesto que ya había cometido el error de ser un bocazas, al menos se merecía obtener una respuesta.

Kathy tuvo que elegir entre decirle la verdad, que solo hablaban unos minutos de vez en cuando y siempre de Ángela, o inventarse una mentira absurda que no tendría ningún sentido. Y mentir nunca había formado parte de su carácter.

—¿Un par de copas convierten en amigos a dos personas? —se oyó decir a sí misma. Resignada, añadió *mentirosa* a su lista de defectos.

—Depende de a dónde te lleven esas dos copas.

Se sintió tentada de continuar un poco más allá, pero una cosa era una pequeña mentirijilla y otra muy distinta intentar ganar el título a la *trolera del año*.

—¿Se puede saber que estás insinuando? —se indignó, o al menos trató de fingirlo, puesto que ella misma se había buscado la supuesta ofensa.

«Genial», ironizó consigo misma. «Ahora ni siquiera me puedo permitir el lujo de enfadarme».

—Yo no insinúo —insistió Alex, tratando de formar un amago de sonrisa pero sin conseguirlo—. Suelo preguntar las cosas de forma directa, ya me conoces.

«Al final voy a terminar cagándola», reflexionó, obligándose a centrarse en el hueco donde quería meter el coche, justo a la puerta del edificio de la chica. Muy a su pesar era muy bueno aparcando, de modo que el vehículo estuvo estacionado en pocos segundos.

—No recuerdo haber oído la pregunta.

—Pues es bastante sencilla. —Tiró del freno de mano y se volvió a mirarla—. ¿Te acuestas con él?

—¡No tengo por qué contestarte a eso! —Ahora no tuvo que fingir ofenderse, estaba furiosa

—Pues eso ya dice bastante por sí solo.

—¿Ah, sí? Entonces no necesito añadir nada más.

—¿Por qué te ofendes? —continuó—. Todos tenemos necesidades, y tú siempre fuiste una mujer apasionada.

Las lágrimas se agolparon tras los ojos de la chica, pero se esforzó en apartarlas parpadeando con furia. No iba a darle el gusto de que viera cuánto le afectaba todo lo concerniente a su antigua relación.

—¿Sabes qué, Alex? ¡Vete a la mierda! —le dijo alto y claro, y se bajó del coche cerrando con un portazo desmedido.

Alex se bajó tras ella y la siguió con paso firme hasta el portal.

—¡Te habrás quedado a gusto! —le dijo, molesto.

—No del todo, debí agregar que eres un imbécil.

—Yo no recuerdo haberte insultado a ti —continuó, entrando tras ella en el portal y siguiéndola ahora escaleras arriba.

—Claro, tú no insultas, solo preguntas, ¿no?

—Pues sí, y tú evades las respuestas, pero no te preocupes que no voy a...

—Vale, ¿quieres respuestas? —preguntó colérica, volviéndose a encararlo—. Pues sí, me acuesto con Jorge, echamos un polvo antiestrés de vez en cuando. Además, he echado alguna que otra canita al aire con Edu, antes de que fuera poseído e intentara matarnos, claro está. Y también he tenido unos escauceos con un señor de Murcia que

conocí por casualidad una mañana mientras esperaba el autobús. Nada serio, solo lo necesario para calmar mi insaciable apetito sexual. Aunque supongo que todo esto ya te lo imaginabas, como soy una especie de vampiresa...

—¡Yo no he dicho eso! —intervino Alex, preguntándose cómo podía habersele escapado la conversación de las manos de aquella manera.

—¡Por supuesto que no! Tus comentarios son siempre tan inocentes..., soy yo la que me empeño en tergiversarlo todo.

—Pues mucho más inocentes que los tuyos. Tú disfrutas ironizando, porque la anécdota del señor de Murcia te la podías haber ahorrado.

—¿Por qué? Si que te hable de mi vida sexual te hace feliz, ¿quién soy yo para negártelo? ¿Necesitas que siga inventado más cosas o tienes suficiente? —Se arrepintió de sus últimas palabras casi mientras las estaba pronunciando.

—¿Crees de verdad que puede hacerme feliz oírte hablar de otros hombres?

—¿Ah, no? ¿Y por qué debería importarte?

—Podría darte un par de motivos, pero no creo que... —Cayó en la cuenta de repente de algo sumamente importante, tanto que ni se molestó en terminar la frase—. ¿Has admitido hace un momento que te lo estabas inventando todo?

—¡Haber estado más atento! —dijo, molesta, luchando contra las ganas de interrogarlo acerca del par de motivos que acababa de mencionar.

—¿Eso significa que lo de Jorge es mentira también? —La ansiedad por la respuesta comenzaba a crisparle los nervios.

—¿Te pregunto yo a ti por tu vida sexual? —Ni muerta iba a darle la satisfacción de saber que no había conocido íntimamente a nadie más que a él.

—Hazlo, te aseguro que mi respuesta es bien sencilla.

Estuvo muy tentada, pero no estaba preparada para escuchar de su boca que solo mantenía relaciones con la que era su actual pareja.

—¡No me interesa en absoluto! —le gritó, y recorrió la poca distancia que la separaba de su apartamento.

Rebuscó dentro de su bolso en busca de las llaves. Alex se las quitó de las manos en cuanto las hubo encontrado.

—Ya sé qué hace mucho tiempo que ha dejado de interesarte cualquier cosa que tenga que ver conmigo, pero ¿es necesario que seas tan sincera?

Él mismo abrió la puerta y entró en la casa. Kathy se quedó en el descansillo muy confundida. No habían sido las palabras de Alex las que hicieron mella en su ánimo, sino el tono que había utilizado para decirlas, como si de verdad le doliera su actitud.

—Ya puedes pasar —oyó que la llamaba desde dentro—. Aquí no hay nadie, ni siquiera tu compañera. Ha dejado una nota en el salón.

Tratando de disimular su turbación, entró en el comedor y caminó hasta la mesa. La nota de Mónica era escueta, pero directa:

«Me he marchado a dormir a casa de Micky

Te llamo más tarde y me cuentas»

Además, se había permitido escribir una posdata usando una letra más grande que la del mensaje original:

*«Tenéis la casa para vosotros solos,
estoy segura de que encontraréis algo que hacer»*

Mónica

Kathy arrugó el papel sin poder evitar ruborizarse. Estaba más que claro lo que Mónica tenía en mente cuando lo había escrito.

—Creo que tu amiga se está confundiendo con respecto a nosotros dos.

—¿Siempre lees las notas de los demás?

—No sabía que fuese secreto de sumario. Si no queréis que nadie se entere, será mejor que aprendáis a comunicaros en Morse.

—Mónica va por libre. Te aseguro que no hemos estado hablando acerca de *ningún nosotros*, si eso es lo que piensas —se vio en la obligación de decir—. No suelo hablar con ella de mi vida privada.

—De tu vida sexual querrás decir. ¿No conoce a Jorge, el enfermero?

—Pues no.

—¿Y al señor de Murcia?

—Eso fue una cosa rápida en la parte de atrás del autobús...

—¡Cómo está el transporte! ¿Es tan cómodo como el tren Madrid-Lleida?

Aquello metió el dedo de lleno en la herida. Kathy cruzó los brazos sobre el pecho, como si aquella postura la ayudara a protegerse del dolor de los recuerdos.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—¿Por qué? Yo lo recuerdo bastante placentero. —Sonrió—. Desde entonces no puedo subirme ni en el metro sin recordarlo.

El rojo tiñó por completo las mejillas de la chica. Un enorme calor comenzó a emanar de su cuerpo mientras trataba de apartar de su mente aquella noche, increíble, en la que se dejó llevar como jamás pensó que lo haría.

La emoción de su primer viaje juntos, unida al silencio que se respiraba en el vagón, con la noche como compañera, los llevó a vivir una de las experiencias más asombrosas de su vida. La gente dormía delante de sus asientos, pero ellos no tenían sueño, sino hambre; hambre el uno del otro, como siempre que estaban juntos.

Hicieron el amor allí mismo, muy despacio, intentando no emitir un solo sonido para no llamar la atención de los curiosos.

—Te recuerdo con ese mismo rubor en las mejillas. —Continuó, mirándola ahora con un brillo especial en los ojos—. Solo que en aquella ocasión era por el calor erótico del momento, no la

vergüenza.

—Yo no me avergüenzo de mis acciones —aseguró, molesta. Al parecer le encantaba ridiculizarla, y no estaba dispuesta a permitirlo de nuevo—. Reconozco que fue una experiencia increíble, pero te puedo asegurar que no he vuelto a repetirlo con nadie.

El alivio embargó a Alex al escuchar aquellas palabras. Si fuese inteligente se conformaría con aquella confesión, pero su intelecto fallaba siempre que se trataba de Kat.

—¿Ni siquiera con el enfermero?

—No, ni siquiera con el enfermero, ¿contento?

—Eso quisiera —murmuró, abatido. Sabía que solo oírla decir que no se había acostado con nadie en su ausencia, conseguiría calmarle aquellos celos asesinos que amenazaban su raciocinio.

—¿Perdona?

Sería mejor cambiar la conversación a un terreno más seguro. Comenzaba a serle casi imposible mantener sus instintos a raya. Estaba teniendo muchos problemas para no abalanzarse sobre ella como lo haría un deshidratado en el desierto sobre una botella de agua helada; y el recordar la experiencia en aquel tren no lo estaba ayudando mucho.

—Me tomaba un whisky —respondió, dejándose caer en el sofá suspirando.

—¿Solo, con hielo? ¿Sigues tomándolo así?

—¡Y yo que pensaba que habías olvidado todo lo relacionado conmigo! —Decididamente su lengua iba por libre aquella noche.

—Eso intento, pero no dejas de recordármelo todo el tiempo.

—¡Oh, usted perdone! Después de tanto tiempo sin vernos, no me parece que sea mucho pedir que recordemos un poco los viejos tiempos.

—Es que yo no quiero recordar los viejos tiempos.

—¡No me digas! Casi no lo he notado —ironizó—. Aunque tampoco creo que sea necesario que te pongas tan tensa cada vez que

hago el más mínimo comentario de lo que hubo entre nosotros.

—¡Oh, venga ya! No exageres —declaró, pero se contradijo al desviar la mirada, avergonzada—. Creo que te imaginas cosas.

—Sí, claro, ¿y también me imagino que saltas como un gato cada vez que te rozo, aunque sea accidentalmente? —Ya estaba bien de rodeos.

—¡Eso es absurdo!

—¿En serio? —Se puso en pie de nuevo y recortó la distancia que los separaba.

Kat aguantó quieta estoicamente. Su corazón amenazaba con salirse del pecho si continuaba acercándose, pero, aunque no sabía a qué tipo de prueba la estaba sometiendo, estaba dispuesta a superarla.

Alex la observaba, esperando su reacción de un momento a otro. Solo quería demostrarle que estaba en lo cierto, pero terminó perdiéndose en la profundidad de aquellos hermosos ojos verdes. Hipnotizado, alzó su mano para colocarle detrás de la oreja un mechón de pelo rebelde que caía sobre su frente, aprovechando el movimiento para acariciar su mejilla con delicadeza, comprobando que seguía siendo tan suave como la recordaba.

Kathy se estremeció y se apartó a un lado, aún a sabiendas de que acababa de darle la razón, pero era eso o terminar rogándole un beso.

Alex tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para encajar el rechazo.

—Jamás pensé que algún día te repugnaría tanto mi contacto —susurró, intentando esconder cuánto le dolía—. No puedes soportar que te toque.

Aquel comentario le valió una mirada sorprendida.

—Realmente te crees lo que estás diciendo, ¿verdad?

—¿Y qué más puedo pensar? No me has mirado dos veces desde que he llegado —declaró, dolido—, y casi eres incapaz de sostenerme la mirada. Entiendo que quieras guardar las distancias, pero de ahí a

correr cada vez que me acerco va una diferencia. Incluso las veces que me has permitido abrazarte, te has apartado exaltada en cuanto que te has recuperado. Te molesta mi contacto, reconócelo.

—Si de veras piensas eso no te mereces una respuesta por mi parte.

—¿Y cómo se supone que debo tomarme eso? —vaciló, entre confuso y molesto.

—Tómatelo cómo te dé la gana. —Se dio media vuelta para marcharse, pero una mano de hierro la retuvo con firmeza.

—Esta vez no vas a escapar de la conversación.

—¡Suéltame! —exigió tirando con fuerza para rescatar su brazo, pero sin conseguirlo.

—Si te suelto correrás a tu habitación, y todavía no he terminado contigo.

—Permíteme discrepar. —Sonrió con falsa dulzura—. Tú y yo no tenemos nada más de que hablar.

—¿Crees que no? —interrogó, recortando las distancias.

Kathy tragó saliva, inquieta. Estaba demasiado cerca como para poder pensar con claridad.

—Veamos... —La encerró entre sus brazos—. Estás templando. ¿Por qué, Kat? ¿Estoy demasiado cerca?

La chica se agitó e intentó soltarse de nuevo, pero solo consiguió que Alex la apretara más contra su cuerpo para poder doblegarla.

—Esto no tiene ninguna gracia, Alex.

—Lo sé, ¿acaso me ves reírme? —preguntó, consciente de que su actitud estaba siendo irracional, pero incapaz de controlarse—. No me has contestado..., ¿por qué tiemblas, Kat? ¿Es la aversión que sientes hacia mí? ¿O quizá responde a algo mucho más... primitivo?

—Alex... —Sus cuerdas vocales se negaban a obedecerla. Todo su cuerpo le pedía a gritos mayor intimidación, y comenzaba a tener problemas para esconderlo.

—Kat... —dijo, recortando más todavía las distancias, quedando

a escasos centímetros de su boca—. Seguro que recuerdas el fuego que se encendía entre nosotros, ¿ni siquiera sientes curiosidad por saber si sigue estando ahí?

¿Curiosidad? ¡Qué absurdo! Lo que su cuerpo le pedía a gritos nada tenía que ver con la curiosidad, pensaba Kathy, luchando contra el impulso de abalanzarse sobre él.

—Suéltame —exigió, pero sonó más como un ruego que como una orden.

—Aún no me has contestado.

—Ni tengo ninguna intención de hacerlo, así que suéltame.

—No tengo ninguna intención de hacerlo. —La imitó sonriendo, admirando su belleza. ¡Dios, que hermosa se ponía cuando se enfurecía!

—¿Me pregunto qué pensaría tu novia si se enterara de esto? —dijo, confiando en que aquello lo hiciese razonar y, sorprendentemente, ansiando que no lo hiciera al mismo tiempo.

—¿Y qué es *esto*? No ha pasado nada... aún. —Volvió a sonreír al ver la cara de indignación con la que era observado—. ¡¿Qué?!

—¿Cuándo te has convertido en un canalla? Cuando estábamos juntos no eras así... —Frunció el ceño y casi titubeó—. ... al menos eso creo... Tú... alguna vez...

—¡No te atrevas a preguntarme si te fui infiel, Kat! —la interrumpió, repentinamente colérico—. Comprendo que no quieras recordar lo que hubo entre nosotros, pero al menos no lo ensucies de esa manera.

Le sorprendió el inesperado estallido de ira. Él no tenía ningún derecho a enfadarse, pensó. Era ella quien estaba encerrada entre sus brazos, en contra de su voluntad, mientras que él no dejaba de insinuar... aquellas cosas... ¡Dios, estaba a punto de rogarle sus caricias a un hombre que no era libre para estar con ella!

—¡No soy yo quien tiene a otra mujer aguardándole a miles de kilómetros, mientras tontea con su antigua novia! —le acusó—. Así

que no te atrevas a hacerme quedar a mí como la mala de esta historia.

—¡Vale! Esto empieza a molestarme mucho —declaró, incómodo—. Reconozco que quizá me he divertido un poco la primera vez que te he oído hablar de mi supuesta novia, pero te aseguro que a estas alturas ha dejado de hacerme gracia.

«¿Ha dicho supuesta novia?», se preguntó Kathy, confusa. Alex pudo leer sus pensamientos casi al vuelo.

—¡No me mires así! —exigió, irritado—. Ignoro de dónde te has sacado lo de esa famosa novia, pero...

—¡Tú mismo me lo has dicho!

—No, tú lo has dicho y yo solo me he limitado a callarme.

—Cuando te llamé, ella me cogió el teléfono...

Alex guardó silencio unos segundos, ahora por fin comenzaba a entender.

—¿Así que es eso? Una compañera de trabajo me hace el favor de contestar mi teléfono y comienzas a sacar conclusiones. ¡Increíble! —Recordaba con claridad aquella mañana. Habían tenido un problema con el lanzamiento del dominical y todos en la redacción tuvieron que trabajar desde muy temprano aquel domingo. Después de tener que contestar montones de llamadas de gente furiosa, Sammy, una de las administrativas, se había ofrecido a contestar el teléfono por él. Recordaba todos los detalles gracias a Kat. Casi se le había parado el corazón al escuchar su voz. Llevaba tres largos años esperando aquella llamada; aunque en sus sueños no le gritaban y acusaban de cosas sin sentido. Aun así, se sintió feliz de sentirse insultado, aquello le daba la excusa perfecta para regresar y buscarla, aunque solo fuese para exigirle una explicación.

—¿Una compañera de trabajo? ¿Has dejado que me torturara pensando que estabas con otra solo porque te parecía divertido? —inquirió, terriblemente molesta. Tanto que ni siquiera se percató de lo que acababa de decir. Trató de zafarse con renovada fuerza de sus

brazos, pero ahora, con mayor motivo, Alex se negó a dejarla marchar.

—¿En serio te importa? —preguntó, esperando ansioso una respuesta.

—¿Eh...? ¡No! —titubeó, avergonzada—. ¿Por qué debería importarme? Ha pasado mucho tiempo y...

No pudo terminar la frase. Alex recortó los pocos centímetros que lo separaban de su boca y la besó con una pasión arrolladora.

Sus emociones se dispararon en el momento en el que sus labios apenas se rozaron.

—He querido hacer esto desde que llegué —susurró el chico sobre su boca.

—Alex...

—No nos niegues esto a los dos, por favor, Kat —suplicó—. Porque te aseguro que no puedo pasar un solo segundo más a tu lado sin tocarte.

La chica casi no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Era posible que él también estuviera sintiendo lo mismo?

—Llevo todo el día volviéndome loco, sintiéndome un miserable por no poder contener mis instintos a pesar de todo lo que está pasando. —Volvió a besarla—. Pero esto es más fuerte que yo mismo...

La desesperación con la que pronunciaba cada una de aquellas palabras, terminó por derribar todas las barreras que Kathy había interpuesto entre ambos. Se limitó a mirarlo a los ojos, dejándolo ver, por fin, cuánto lo deseaba, y ninguno de los dos tuvo que añadir nada más. El beso que los unió segundos después habló por sí solo.

—Alex... —gimió, abandonándose a sus caricias. Todo su ser pedía a gritos su contacto.

Escucharla gemir su nombre terminó de enloquecerlo. Durante unos interminables segundos había temido que lo apartara de su lado, y saberla totalmente entregada desató la tormenta en su

interior. Su sangre parecía haberse convertido en fuego líquido, y su cerebro dejó de pensar, centrándose solo en lo que Kat le hacía sentir.

Kathy sintió como si su cuerpo y todo su ser volvieran a la vida poco a poco. Con cada beso, cada caricia que Alex le prodigaba, abandonaba su letargo para volver a vivir, a sentir... Había anhelado aquel contacto durante tres largos años. Solo el recuerdo de sus besos la había ayudado a continuar adelante.

Un minuto más tarde se devoraban el uno al otro, enloquecidos por un deseo que amenazaba con partirlos en dos si no era plenamente satisfecho. La magia que conseguían crear siempre que estaban juntos continuaba allí, intacta, fortalecida por la larga ausencia.

Las manos de Alex se perdieron bajo la camiseta de la chica, que por un segundo creyó que sus rodillas no la sujetarían; cuando minutos más tarde su boca siguió el mismo camino que sus manos, su razón se desvaneció por completo. Ni siquiera se percató del momento en el que las prendas que entorpecían sus caricias habían ido a parar al suelo.

—¡Dios, Kat! —suspiró, alejándose unos centímetros para poder mirarla en todo su esplendor, fascinado—. ¡Creía recordar lo hermosa que eres, pero mi imaginación no le hace justicia a la realidad!

Ahora fue ella quien se lanzó de nuevo a sus brazos, tal y como soñó hacerlo en cuanto le había puesto los ojos encima aquella misma mañana.

Alex la recibió enfebrecido, y hasta la última célula de su ser se entregó por completo a aquella embriagadora sensación, que solo ella podía provocarle. Extasiado, la izó en sus brazos y caminó hasta la alcoba sin dejar de besarla.

Enardecidos e inflamados por una ardiente pasión, cayeron sobre el mullido colchón. Sus cuerpos se reconocieron al instante, acoplándose a la perfección, ansiando convertirse en uno solo. En

aquel mismo instante la realidad entera se disipó por completo mientras se entregaban el uno al otro en cuerpo y alma, creando un mundo perfecto en el que podían amarse sin pensar en nada más. Allí no existía el dolor, la culpa ni el miedo. Ambos hubiesen dado cualquier cosa por poder quedarse en aquel lugar para siempre.

Capítulo 14

Cuando Kathy abrió los ojos aquella soleada mañana, sintió que acababa de vivir la mejor noche de su vida. Y no era solo el hecho de que Alex le hubiese hecho el amor hasta altas horas de la madrugada, lo cual no podía recordar sin temblar, sino que además era la primera vez en tres años que había dormido de un tirón, sin que las pesadillas la despertasen empapada en sudor.

Hacía mucho tiempo que no se sentía tan descansada, a pesar del esfuerzo físico al que el chico la había sometido... ¡Oh, Alex! Casi suspiró su nombre, ruborizándose al rememorar todo lo sucedido. Azorada, se quedó muy quieta. Uno de los brazos del periodista descansaba alrededor de su cintura, de tal forma que estaba segura de que el más mínimo movimiento lo despertaría.

Se avergonzó un poco al recordar la efusividad con la que se había entregado a él. Había perdido el juicio por completo, junto con todas sus inhibiciones, en cuanto le puso una mano encima. Ahora, a la luz del día, las cosas se veían muy diferentes. Sintió sus mejillas arder, mientras intentaba por todos los medios que su corazón dejase de saltar de júbilo dentro del pecho. ¿Cómo iba a mirarlo a la cara después de aquello? Además, no tenía ni idea de qué había significado para él aquella noche, y mucho menos se atrevía a conjeturar con su reacción al despertar; de modo que ¿cómo se suponía que debía comportarse ella? El que tras tanto tiempo de ausencia hubiesen cedido a la pasión no significaba nada. Por supuesto que para ella no había sido simple sexo, pero no estaba segura de qué pensaría Alex al respecto. En ningún momento había mencionado que albergase ningún tipo de sentimiento; que ella aún continuase amándolo después de tres años era su problema, y ni mucho menos implicaba que fuera recíproco.

«Solo se ha dejado llevar por la pasión», pensó, abatida. Mientras

ardía entre sus brazos, le había susurrado una y otra vez cuánto la deseaba, pero no se había implicado mucho más.

Consternada, se mordió distraídamente el labio inferior. Cuanto antes entendiera que ya no era *su ángel*, sería mejor para su cordura. Hubiese dado cualquier cosa por escucharlo llamarla así una vez más.

—¡No lo pienses más! —dijo Alex, sobresaltándola.

—Buenos días —contestó, intentando no titubear, pero incapaz de mirarlo a los ojos.

—Para mí lo son, pero por la cara que tenías hace un momento no sé si puedes decir lo mismo.

—Yo... he dormido genial.

—Ah —Alex la observó, confuso, sin saber muy bien cómo comportarse. Hubiese querido saludarla con un beso, pero no sabía que era lo que pasaba por la cabeza de la chica.

—En serio, hacía mucho tiempo que no dormía de un tirón —confesó.

—Me... alegre...

—Gracias.

Ambos guardaron silencio, cohibidos, ninguno de los dos se atrevía a moverse; y el saberse desnudos bajo las sábanas no ayudaba.

—Oye, Kat...

—¿Sí?

—Lo de anoche...

No pudo continuar, la puerta de la habitación se abrió de par en par, y Mónica entró en la alcoba como una exhalación, sobresaltándolos.

—¡Buenos... —gritó, frenando en seco ante la escena—. ...días! Buenísimos por lo que parece...

—Mónica...

—Os espero en el salón, tengo algo que contaros. —Sonrió—.

Pero puedo esperar si tenéis algo más urgente que hacer.

Y salió a la misma velocidad a la que había entrado, cerrando la puerta tras ella.

—No se ha sorprendido demasiado —comentó Alex sonriendo—. Y no parece haber sentido ni una pizca de vergüenza tampoco.

—No creo que Mónica tenga de eso. —Rio la chica intentando relajarse y no protestar por lo inoportuno de la visita—. Será mejor que veamos qué quiere.

Ambos se resignaron a dejar su relación a un lado para volver a la realidad.

Kathy observó a Alex, sin perder detalle, mientras este salía de la cama y recorría desnudo la distancia que lo separaba de su bolsa de viaje. Sus ojos recorrieron ávidamente cada centímetro de aquella perfección masculina.

—Continúa mirándome así y Mónica va a tener que esperarnos mucho rato... —amenazó, sin ánimo de bromear.

Las mejillas de Kathy se tiñeron de un rojo intenso. Sobre todo porque no podía evitar pensar en cuánto le gustaba aquella idea.

—¿Me pasas la bata que está en la silla, por favor? —pidió con timidez.

—No sé... —dudó—. No me parece justo.

Fingió sopesar la situación durante unos segundos más, pero optó por no forzar más situaciones de riesgo; desde que había abierto los ojos, encontrándola en sus brazos, no podía pensar en otra cosa que en volver a hacerle el amor hasta quedar exhaustos.

Pocos minutos más tarde, al fin se plantaron ante Mónica, que caminaba nerviosa arriba y abajo por el desaliñado salón.

Kathy paseó la mirada por todo el perímetro. Sus mejillas volvieron a teñirse de rojo, al comprobar que Mónica se había molestado en recoger la ropa que la noche anterior, en pleno fulgor, habían dejado desparramada por el suelo. Ahora estaba doblada y colocada en uno de los brazos del sofá.

—Siento la interrupción, pero tengo algo interesante. Bueno..., eso creo. En realidad no sé si os servirá de mucho, al menos a mí me ha parecido que puede que sí —hablaba atropelladamente, casi sin respirar—. No quiero crearos falsa expectativa y que luego no os parezca...

—¡Mónica! —interrumpió Kathy, contagiada de su agitación—. ¿Qué tienes?

—Su nombre.

—¿Qué?

—No el de Edu, sino el de...ese ser... o ente...o..., en realidad no sé muy bien cómo llamarlo, porque ¿cómo llamas a algo así? Son cosas tan raras que...

—¡Por favor, Mónica, céntrate! —suplicó Alex.

—Vale, intentaré ser breve —concedió. Y se dirigió a Kathy—. No conoces aún a Silvia porque no pudo venir a mi cumpleaños, pero en el de Charli si estaba.

—¿Y?

—Que Silvia acababa de comprarse un móvil última generación, ¿me seguís? —Sonrió, haciéndose la interesante.

—Déjate de acertijos, por favor —pidió Alex de nuevo, intentando no sonar desagradable—. Esa Silvia... ¿qué?

—¡Grabó toda la sesión! —soltó por fin, dejándolos boquiabiertos—. Ayer en la noche me llamó para charlar de lo de Charli, y me comentó que llevaba todo el día oyendo aquella grabación. La verdad es que me quedé alucinada. Os estuve llamando anoche, pero no pude localizaros.

Kathy miró de reojo a Alex, ruborizándose de nuevo. De sobra sabía por qué no habían escuchado el teléfono. Estaban tan centrados el uno en el otro, que no hubiesen escuchado ni una bomba estallando en su propio salón.

—¿Y en esa grabación se menciona su nombre? —interrogó Kathy, intentando controlar los nervios que comenzaban a invadir su

ser.

—Pues eso parece, yo aún no he mirado el email, pero...

—¿Qué email? —preguntaron casi al unísono.

—Silvia no recordaba el nombre cuando hablé con ella, así que le pedí que escuchara la grabación de nuevo y me llamara; como era tarde quedó en mandármelo por email. ¿Os parece si lo miramos? Ya ha debido de arrancar mi ordenador.

—¡¿Y a que estamos esperando?! —vitreó Kathy, nerviosa.

Segundos después casi corrieron hasta la habitación de Mónica. Se apostaron delante del monitor, expectantes.

Kathy y Alex intercambiaron varias miradas inquietas, mientras esperaban a que Mónica accediese a su correo electrónico.

—Le pedí por favor que me lo enviase anoche, espero que no se le olvidara —comentaba la actriz mientras escribía sus claves de acceso—. La verdad es que yo también estoy deseando saberlo. No recuerdo que nos diera el nombre, pero teníamos tal cachondeo que no me extraña que se me pasara, y varias copas de más, para que esconderlo.

Los segundos que la conexión tardó en entrar parecieron horas. Al fin, tras un simpático mensaje de bienvenida, la pantalla les mostró lo que querían ver: un mensaje en la bandeja de entrada.

—¡Gracias, Silvia! —gritó Mónica emocionada—. ¿Estáis listos?

Ambos asintieron, y esperaron a que Mónica cliqueara en el email.

Un segundo más tarde, todos miraban la pantalla, en silencio. Silvia no se había complicado mucho, y se había limitado a escribir en letras grandes el motivo de su correo. Justo en el centro de la página, con letras rojas, había escrito una única palabra:

«*Vostricov*»

—¿Vostricov? —pronunció Alex por primera vez aquel nombre en alto—. ¿Tu amiga habrá tomado bien todas las letras? ¿Qué clase de nombre es Vostricov?

—Es un apellido —informó Kathy, y matizó—. Un apellido ruso, para ser más exactos.

—¿Crees que él era ruso? —interrogó Alex, recibiendo un asentimiento—. Pues he de reconocer que me sorprende un poco.

—Bueno, quizá por eso le gusta tanto tu nombre —comentó Mónica distraída mientras anotaba las letras en un pedazo de papel.

Los chicos se miraron entre sí, asombrados. Siempre se había empeñado en llamarla por su nombre completo, y él mismo les había confesado cuánto le gustaba. Tenía sentido que fuese porque era un nombre que le recordaba a su tierra.

—Eso confirma la teoría de que era ruso —opinó Alex, sin reprimir una sonrisa de satisfacción—. ¡Es genial!

—Pues yo no veo la genialidad por ninguna parte —respondió Kathy, frunciendo el ceño—. No estamos mejor que hace unos minutos.

—¿Bromeas? Hubiese sido peor que se apellidara García o López, eso sí habría sido una aguja en un pajar —replicó—. Vostricov no es un apellido demasiado común.

—No aquí en España, pero si vivió allá...

De repente, toda la expectativa que minutos antes la había impulsado a correr hasta el ordenador, se había tornado absurda.

—¿Y si solo su padre era ruso? ¿O si nació y vivió aquí en España? —insistió Alex—. Piénsalo. Habla un perfecto castellano, no tiene nada de acento. Si no nació en este país, al menos si vivió aquí muchos años. ¿Y si también murió aquí?

—¿Crees que podemos localizar su acta de defunción o algo así? —preguntó, dejándose invadir por la esperanza de nuevo.

—Sí, eso creo, y si lo conseguimos tendremos la causa de su muerte —razonó, eufórico.

El periodista que llevaba dentro se había apoderado hacía rato de la conversación.

—Tal y como yo lo veo, la única posibilidad que tenemos de ganar

es conocerlo lo mejor posible. Quizá si entendemos sus motivaciones para hacernos todo esto, encontremos su talón de Aquiles. ¿Y si su familia aún vive aquí? Tendríamos un as enorme en nuestra mano.

Los ojos de Kathy se abrieron como platos, y su estado de ánimo cambió por completo. Decididamente algo tan simple como un apellido podía equilibrar por completo la balanza a su favor.

—¿Crees que Luque querrá ayudarnos?

—No va a hacerle mucha ilusión. Sobre todo porque no puedo contarle para que queremos esos datos, pero confío en que nuestra amistad pueda más que su orgullo.

—¿Cuánto crees que puede tardar en encontrarlo?

—No lo sé. Por mucho que Vostricov sea un apellido poco común, supongo que necesitará un tiempo para seguirle el rastro.

—Pues tiempo no nos sobra.

—Lo sé, intentaré que lo entienda.

—Confío en que lo conseguirás. —Sonrió, mirándolo con admiración.

Al chico se le atragantaron las palabras en la garganta. Lo desarmaba por completo cuando esbozaba aquella devastadora sonrisa, y solo podía limitarse a mirarla, extasiado. Por fortuna no tuvo necesidad de decir nada, el teléfono los sobresaltó rompiendo el hechizo.

Kathy observó el supletorio de la habitación de Mónica, reconociendo al instante el número desde el que llamaban.

—Es él —informó. Y a continuación levantó el teléfono con aplomo—. Veo que ya no te molestas en ocultar tu número.

—¿Y qué sentido tendría? De vez en cuando tengo que daros alguna ventaja —Rio siniestramente—. Bien, Katrina, supongo que después de lo de Ángela ya tienes mi respuesta.

—¡Por supuesto!

—¿Y bien?

—¡Jaque! —pronunció alto y claro, colgando el aparato de un

golpe seco—. Voy a vestirme.

—Yo llamaré a Luque.

Ambos salieron de la habitación con paso firme.

«Vostricov», repetía Kathy mentalmente una y otra vez mientras se vestía. Aquel indeseable les había arruinado la vida, y hasta tres años después ni siquiera habían sabido su nombre. Pero las cosas iban a cambiar a partir de aquel momento. Ahora sí tenían una verdadera posibilidad de ganar; al menos moriría intentándolo.

«Y todo gracias a Alex», pensó, con una amplia sonrisa en el rostro. Si él no estuviese allí, nada de aquello sería posible. Aún en el caso de que a ella se le hubiese ocurrido investigar algo sobre aquel nombre, que dudaba de que hubiese sido tan optimista, ¿cómo lo habría hecho? Los contactos de Alex valían oro en aquel momento. Y debía reconocer que él era muy bueno en su trabajo. En realidad era bueno en todos los aspectos...

Buenísimo diría yo —dijo en alto, volviendo a sonreír.

—¿Qué es buenísimo? —interrogó el chico, sorprendiéndola.

—Ehhh..., el día. Hace un día espléndido, ¿no te parece? —parloteó sin poder evitar ruborizarse

Alex la observó, sonriente; le encantaba verla sonrojarse.

—¿Has hablado con Luque? —interrogó. Alex asintió—. ¿Y?

—Dice que hará todo lo que pueda, y cuanto antes —explicó—. La verdad es que está muy complaciente; yo creo que le has gustado de veras...

—Tal y como dijiste ayer, *no estoy mal*.

Alex dejó escapar una sonora carcajada.

—¿Te molestó? —La mueca de Kathy le arrancó otra carcajada—. Pues me alegro, porque era exactamente lo que pretendía; aunque presiento que te estás vengando desde entonces.

—¿Yo? —Puso cara de no haber roto nunca un plato.

—Te has portado muy mal conmigo... —Sonrió Alex, avanzando hacia ella con deliberada lentitud—. Aunque te aseguro que he disfrutado de cada una de nuestras discusiones.

Kathy volvió a sonrojarse. Tal y como la estaba mirando no había duda de cuáles eran sus intenciones.

—Yo... quería disculparme por eso... —casi titubeó, avergonzada.

—No es necesario.

—Bueno, en realidad sí que lo es. No has hecho otra cosa que ayudarme y apoyarme desde que has llegado, y no tenía ningún derecho a portarme contigo como lo hice.

—Yo tampoco he sido un santo —reconoció—. Creo que me he ganado a pulso cada desplante.

—¿Tregua? —preguntó Kathy, tendiéndole la mano.

Alex la observó unos segundos, sonriendo con picardía.

—¿No firmamos esa tregua anoche? Y con mucho más que un apretón de manos creo recordar...; varias veces además —agregó esto último solo para tener el placer de verla ruborizarse de nuevo.

—Sí, bueno... —carraspeó, agitada—. Aún no hemos hablado sobre eso...

—¿No lo estamos haciendo ahora?

—No creo que sea el momento. Luque...

—Luque tardará unas horas en tener noticias —le recordó—. Que yo sepa no tenemos mucho más que hacer; y esa conversación pendiente es importante. No quiero más malentendidos entre nosotros, Kat.

—No te preocupes —se apresuró a decir—. Yo... lo tengo todo claro...

—¿Sí?

—Te aseguro que no voy a pedirte nada —dijo, haciendo acopio de todas sus fuerzas—. Puedes estar tranquilo. Entiendo que los dos estábamos a solas, somos adultos y nos dejamos llevar. Solo sexo sin complicaciones..., ¿no?

Cada palabra que pronunciaba la desgarraba por dentro, pero no podía permitir que Alex supiera cuánto lo amaba a pesar del tiempo. Su salud mental se lo agradecería, porque de este modo al menos podría dejarlo marchar sin volverse loca.

—Ehhh, si..., claro..., sexo sin complicaciones —repitió Alex completamente fuera de juego.

¿Qué podía responder a algo tan directo? Al parecer para Kat lo sucedido entre ellos no había significado mucho. Sería mejor para su raciocinio dejarla creer que para él tampoco. Aunque en aquel momento le dolieran los brazos de resistir las ganas de abrazarla.

—Bien, pues una vez aclaradas las cosas, ¿me invitarías a un café? —dijo, forzando la sonrisa e intentando no dejar asomar la desolación a sus ojos.

—Claro.

Ambos se dirigieron a la cocina, evitando mirarse. Kathy preparó la cafetera dándole la espalda, intentado por todos los medios no llorar; ya se desahogaría cuando pudiera estar a solas. Tomando aire, fingió una gran sonrisa y se volvió hacia él.

—Tardará unos minutos. Y, entonces, ¿Luque no te ha puesto ninguna pega? —preguntó más por llenar el horrible silencio que por que le interesara la respuesta.

—He tenido que prometerle que esto no iba a meterlo en ningún lío y, por supuesto, que lo invitaría a cenar antes de volver a Londres; y te aseguro que sale más barato comprarle un traje.

Kathy trató de reír la broma, pero no pudo ir más allá de una simple y forzada sonrisa. El solo pensamiento de la partida de Alex le formaba un nudo en el pecho.

—En realidad no ha sido muy optimista —le confesó—. Dice que sería más fácil tropezar con la aguja en el pajar, pero que hará todo lo que pueda.

Ambos guardaron silencio de nuevo mientras Kathy servía el café. Los sobresaltó el sonido de unas voces que parecían discutir a poca

distancia.

—¿Tenéis problemas con los vecinos?

—No —dijo Kathy muy extrañada—. Y creo que es aquí.

Ambos caminaron hasta el salón, comprobando que estaban en lo cierto.

Micky y Mónica discutían acaloradamente.

—No estoy dispuesto a seguir escuchando tonterías —estaba gritándole a Mónica justo cuando entraron.

Micky se volvió rápidamente hacia ellos. Parecía muy enfadado.

—Con vosotros quería yo hablar —les dijo, apuntándoles con el dedo—. ¿Quién coño va a contarme que está pasando aquí? ¿Qué mierda de expediente X creéis que estáis investigando?

—Será mejor que te calmes —pidió Alex con sequedad—. Vamos a empezar por respetarnos, y a partir de ahí hablamos.

—¡Y una mierda! Mónica está asustada, no ha dormido en toda la noche. Y cuando le pregunto qué le pasa empieza a hablarme de espíritus y posesiones, y otra serie de tonterías que no tienen ningún sentido.

—Tú estabas aquí el día de la Ouija, ¿aquello también te pareció una tontería?

—Aquello más bien me pareció una broma muy pesada —dijo, pero bajó un poco el tono de voz—. Reconozco que estuvo bien preparada —Miró a Kathy—. Os tomasteis muchas molestias solo para asustarnos, pero la broma está yendo demasiado lejos.

—Esto no es ninguna broma, Micky —contestó Kathy, intentando no levantar la voz—. La amenaza es real, ese ser existe.

—Sí, claro, se me olvidaba esa parte —ironizó—. Ha poseído a Edu, que piensa matarnos a todos, ¿es eso?

—Resumiéndolo mucho, pero sí —afirmó Alex—. Sé que es difícil de creer, pero...

—¿Tú te estás escuchando? No podéis esperar que me trague eso. ¡Es un insulto a mi inteligencia!

—A mí personalmente me da igual que lo creas o no —intervino Alex de nuevo—. Solo manteneos los dos alejados de Edu hasta que esto se calme.

—¿Pero qué película os estáis montando? ¿Qué papel me tenéis asignado? ¿El del tonto incrédulo que solo por eso va a morir el primero?

—El primero fue Charli.

—¡¿Qué?! ¿Pero es que os habéis vuelto todos locos? —vociferó, mirándolos uno por uno. Al parecer aquel dato no lo conocía—. ¿Y cuál es el siguiente paso? ¿Practicamos un exorcismo? ¡Cuántas idioteces juntas!

—Micky, por favor,... —trató Mónica de calmarlo.

—¿Por qué permites que calumnien así a un amigo tuyo? ¡Edu es un tío estupendo! Hace unos días vino a verme al trabajo y os aseguro que aún no le han salido cuernos... —Rio, sarcástico—. Lo único que tiene de sobrenatural es ese pésimo gusto por los sombreros, ¿lo quemamos en la hoguera por hortera? ¡Por Dios!

El teléfono sonó, sobresaltándolos. Kathy se anotó mentalmente bajar el sonido del timbre para evitar que le diera un infarto el día menos pensado.

—Mirad, este debe de ser vuestro espíritu, ¿le digo algo de vuestra parte? —ironizó Micky de nuevo mientras descolgaba el teléfono. Y contestando agregó—: *Cazafantasmas*, buenos días.

Kathy intercambió una mirada comprensiva con Mónica, que estaba muy compungida.

—¿Que quién soy yo? ¡Tú sabrás dónde estás llamando! —siguió hablando al aparato bajo la atenta mirada de seis pares de ojos—. Aquí no vive ninguna Katrina, al menos a mí no me la han presentado.

Enfadado, clavó sus ojos sobre Kathy, que intercambiaba nerviosas miradas con Alex, intentando mantener la calma.

—Mira, hoy ya he escuchado muchas tonterías para ser tan

temprano. —Y colgó sin pensárselo dos veces—. ¿Cuántos más estáis involucrados en esta farsa?

Alex avanzó unos pasos hacia él, furioso. Kathy se interpuso entre ellos.

—Alex, por favor.

—No voy a permitir que nos trate así.

—Ponte en su lugar. ¿Qué pensarías tú en su situación?

Alex apretó los dientes para disuadir su furia. Kathy tenía razón; estaba seguro de que él hubiese reaccionado igual tres años atrás, sin aquella experiencia traumática sobre su espalda.

—Amor —intervino Mónica—. Será mejor que nos marchemos ya o llegaremos tarde. No van a esperarnos mucho rato. Por favor.

Por unos instantes más, Micky sostuvo la mirada de Alex ignorando el ruego, sopesando cuál sería la mejor opción. Decidió que ya había dicho lo que quería y que no era prudente emprenderla a puñetazos, de modo que terminó cediendo a las súplicas.

—Te espero en el coche —le dijo a Mónica. Y salió de la casa a paso rápido.

—Lo siento, chicos —susurró la actriz, avergonzada—. Ya os dije que era muy escéptico, y el tenerme toda la noche en vela lo ha terminado de desesperar.

—Tened cuidado. —Fue todo lo que Alex le dijo en respuesta.

Mónica asintió, y salió de la casa a paso rápido.

La pareja se sentó en el sofá tratando de relajarse y de alejar de ellos aquel mal trago.

—¡Deberías haberme dejado darle un puñetazo! —vociferó, aún nervioso, luchando por acallar su furia.

—¿Y qué sentido tendría? Mónica no se lo merece. Ella se está portando muy bien con todo esto.

—Tienes razón —admitió—. Y es posible que Micky nos haya ayudado sin pretenderlo. No dejo de darle vueltas a un comentario que ha hecho —Kathy le prestó toda su atención—. Ha ironizado con

el hecho de que si el siguiente paso era practicarle un exorcismo; y no dejo de preguntarme..., ¿y si lo es?

—¿Quieres practicarle a Edu un exorcismo? —preguntó, confusa.

—No, solo quiero decir que no tenemos ni idea de qué podemos hacer para terminar con él. ¿Y si hay una manera? O mejor dicho, ¿y si alguien sí conoce la manera de acabar con esto? Hay especialistas para estas cosas, Kat, y creo que llegó el momento de pedir ayuda. Quizá puedan ayudarnos a solucionarlo sin que Edu tenga que morir.

—Sí, pero ¿a quién consultamos? Estas cosas no se anuncian en la prensa. No los honestos, al menos.

—Recuerdo un juicio que tuve que cubrir hace poco más de un año. Un hombre apuñaló a dos mujeres en plena calle Oxford —le contó—. Tuvo mucha repercusión mediática, porque el tipo aseguraba que una *fuerza extraña* guiaba su mano.

—¿Y le dieron crédito?

—Pues no, resultó estar como una cabra; pero en el trascurso del juicio conocí a alguien que quizá pueda ayudarnos —explicó—. Se llama Robert Lansbury. Estuvo dos años trabajando aquí en Madrid, en el instituto parapsicólogo, e hizo buenos amigos.

—¿Y?

—Qué si tenemos suerte quizá podamos acceder a su biblioteca.

—No está mal para empezar... ¡Alex, eres una cajita de sorpresas! —Rio con sinceridad—. Dime que tienes el teléfono de ese Robert y seré tu esclava.

Alex le devolvió una mirada anhelante, intentando no regocijarse demasiado con la idea.

—¿Me lo pondrías por escrito?

Capítulo 15

Robert Lansbury resultó estar más que dispuesto a ayudarlos. Solo había tardado diez minutos en conseguir que les abrieran las puertas de Instituto Madrileño de Parapsicología, para regocijo de los chicos, que no tardaron ni media hora en llegar.

—Por fin podemos contarle la verdad a alguien que no nos tache de locos —comentó Alex, leyendo el enorme cartel que anunciaba dónde se encontraban.

—Esperemos que ese Fernando...

—Ayuso —completó consultando el papel en el cual había apuntado el nombre del contacto—. Fernando Ayuso.

—Esperemos que pueda ayudarnos.

Entraron en el regio edificio y se dirigieron a una pequeña mesa, donde una distraída señorita se afanaba por organizar un sin fin de fotocopias. Resultó ser muy amable, y les indicó con pelos y señales dónde podían encontrar al parapsicólogo. Apenas un minuto más tarde se detuvieron, algo cohibidos, a la puerta del que debía ser su despacho.

—Espero que sea agradable —comentó Kathy, frotándose las manos con nerviosismo.

Alex llamó a la puerta, escuchando a continuación la voz de alguien que les indicaba que entraran.

—¿Fernando?

—Sí, pasad, ¿sois los amigos de Robert?

Ambos asintieron, estrechando la mano que les tendía.

—Pues sus amigos son mis amigos. —Sonrió con genuina sinceridad.

La pareja intercambió una mirada más relajada. Fernando era algo diferente a lo que ambos esperaban. De mediana edad y aire despistado, parecía más un profesor de física que alguien dedicado a

tan peculiar actividad; pero su mirada limpia y transparente les encantó de inmediato.

—Robert me ha dicho que necesitabais hacer algunas consultas, pero no sobre qué —comentó, cogiendo asiento, y haciéndoles un gesto para que se sentaran también.

—Ouija, espiritismo..., posesiones —explicó Alex estudiando su reacción, notando que se había ganado su atención de inmediato.

—Un tema interesante. —Sonrió—. Me va a encantar ayudar en lo que pueda, pero, tal y como os dije por teléfono, tengo una reunión en diez minutos. ¿Os parece si os dejo en la biblioteca mientras tanto? Solo será una hora.

—Nos encantará consultar algunos libros.

—Vamos.

Lo siguieron de cerca por los amplios pasillos, aunque no tuvieron que ir muy lejos. Tan solo diez metros más allá, Fernando los invitó a pasar a otra dependencia.

—¿Creéis que podéis entreteneros hasta que llegue? —preguntó sonriente.

Cuando los chicos franquearon la puerta de la biblioteca ambos lanzaron una sonora exclamación de asombro. En toda su vida habían visto nada igual. Su diseño, completamente circular y de altos techos, le confería un aspecto muy peculiar; pero los miles de libros que adornaban las inmensas estanterías convertían la estancia en algo majestuoso. No existía un solo centímetro de pared visible.

Kathy y Alex examinaron la habitación, alucinados. Caminaron en círculos durante unos segundos, observando cómo la montaña de libros no parecía tener fin.

—¡Puede llevarnos días encontrar algo! —comentó Kathy, abatida.

—Pues me temo que no tenemos tanto tiempo —reconoció Alex, que ya empezaba a tener tortícolis solo de intentar averiguar dónde terminaba la última balda.

—Impresiona, ¿verdad? —intervino Fernando que había esperado una reacción parecida—. La buena noticia es que el fichero está actualizado e informatizado. —Se sentó ante un ordenador que descansaba en una mesa justo en el centro de la sala.

—Espero que eso ayude. —Sonrió Alex más tranquilo.

—El programa es sencillo. Solo tenéis que introducir el tema que os interesa y el ordenador os dará una lista con todos los libros que hablan de él, y su localización exacta en las estanterías —dijo, y les explicó rápidamente cómo se utilizaba—. Vendré a echar una mano en cuanto pueda.

Salió de la habitación un segundo después, dejándolos a solas por fin.

Alex se puso manos a la obra en cuanto la puerta se hubo cerrado. Se sentó ante el ordenador e inició la primera búsqueda.

Kathy caminó una vez más alrededor de la sala, pero esta vez intentando familiarizarse con el sistema de clasificación.

—*Otra dimensión, ¿mito o realidad?* —leyó en alto, extrayendo uno de los libros.

—¿Necesitas que te conteste a eso?

—No, y no sabes lo que daría por ignorarlo. En fin —suspiró—, ¿por dónde empezamos?

—Las estanterías van numeradas...

—Y las baldas también —observó Kathy.

—Me temo que las baldas no van a ser necesarias —aclaró Alex, consultando de nuevo el ordenador—. Según este cacharro hay una estantería entera acerca de lo que buscamos, la número siete.

Ambos se centraron en la estantería de la que Kathy había extraído el libro hacía un momento. Sin duda era la que buscaban. Con un movimiento idéntico, izaron su mirada hasta donde los libros se perdían de vista y se miraron entre sí, con el ceño fruncido.

—Va a ser un día muy largo —suspiró Alex.

—Eso me temo, así que será mejor que empecemos cuanto antes

—contestó Kathy, cogiendo el primer libro.

—Sabía que dirías eso. —Alex decidió comenzar por otra de las baldas.

Durante más de una hora estuvieron pasando de un libro a otro sin descansar un segundo. De vez en cuando, si encontraban algo interesante, lo comentaban entre ellos y decidían anotarlo por si podía servirles más adelante, pero más bien por sentir que no estaban perdiendo el tiempo, que por que de verdad creyeran que aquella información podía serles útil.

—¡Esto es imposible! —protestó Kathy, dejándose caer sobre la pila de libros que había acumulado sobre la mesa—. Mucha información, pero nada relevante, aparte de lo que sabemos.

—También sabíamos que no iba a ser fácil.

—Pues yo comienzo a preguntarme si seremos capaces de sacar algo en claro.

Se miraron entre sí, preocupados.

—Habrá que perseverar.

—O buscar en el sitio correcto —dijo una voz ya familiar a sus espaldas.

Ambos se volvieron hacia la puerta. Fernando avanzaba hacia ellos con una amplia sonrisa en su peculiar rostro.

—Llevo treinta años trabajando en esta biblioteca —alegó—. La conozco como la palma de mi mano. Si lo que buscáis está en esos libros, lo encontraré; pero antes necesito conocer toda la historia.

Alex suspiró e intercambió una significativa mirada con Kat, que asintió levemente, dando así su sutil consentimiento para compartir todos los hechos.

—Esto nos llevará tiempo.

En respuesta, Fernando cogió asiento junto a ellos.

—Tendré que remontarme tres años atrás...

Alex tomó aire y se concienció para volver a relatar lo sucedido. Parecía irónico que después de tres años sin hablarlo con nadie,

tuviese que hacerlo dos veces en veinticuatro horas. Solo pedía que Fernando no pusiese en tela de juicio lo que iba a escuchar.

Le costó arrancar, pero una vez lo hubo conseguido no se detuvo un solo momento. Fernando asentía, escuchando con atención cada palabra, pero no interrumpió para opinar ni rebatir absolutamente nada.

Kathy no pudo evitar llorar en silencio mientras miraba al exterior por una minúscula ventana. Había revivido la historia en sus pesadillas una y otra vez, pero jamás había vuelto a hablar de ella en alto con todos los detalles. Al principio intentó con todas sus fuerzas centrar sus pensamientos en otra cosa, e incluso estuvo tentada a salir de la habitación, pero a medida que Alex avanzaba en su relato, comprendió cuánto necesitaba sacar afuera todo aquel dolor que había acumulado en el alma con el paso de los años.

—Todo ocurrió muy deprisa —contaba ahora Alex lo sucedido en aquella azotea—. Kat tenía el cuchillo en la mano, y una décima de segundo más tarde lo sentí hundirse en mi estómago.

Sin ser consciente, se acarició la cicatriz y palideció. El recuerdo de aquel momento había sido tan intenso, que casi sintió el mismo dolor agudo e insoportable que aquella arma le había infringido.

—Yo... creo que me desmayé un minuto más tarde —continuó cuando se repuso un poco—. Lo que ocurrió a continuación lo supe muchos días más tarde, de boca de Kat.

—Alex —interrumpió la chica, armándose de valor—. Puedo contar yo esa parte si quieres.

—¿Estás segura?

—Sí —confirmó—. Ya es hora de afrontarlo, o seguiré viviéndolo en mis pesadillas una y otra vez.

Guardaron silencio unos segundos, dándole a Kathy el tiempo suficiente para que pusiera en claro sus ideas y encontrara la fuerza necesaria para poder comenzar a hablar.

—Recuerdo todos los detalles igual que si hubiese sido ayer... —

comenzó.

Se metió tan de lleno en la historia, que casi sintió que la estaba viviendo de nuevo.

Aquel indeseable había lanzado a Alex a sus pies, sin ningún tipo de miramiento...

El chico se desplomó frente a ella un par de metros más allá, dejando escapar un lacerante gemido. Se arrojó sobre él a tiempo de escuchar como uno de sus huesos se quebraba al impactar contra el duro pavimento. Lo tomó entre sus brazos llorando desconsoladamente, parecía estar al límite de sus fuerzas. Uno de los golpes más brutales le había impactado en el ojo derecho, que se veía ahora completamente hinchado, y partido una ceja de la que manaba la sangre a borbotones. Además, también sangraba profusamente por la nariz y uno de los labios; en conjunto su rostro estaba teñido de un rojo intenso, donde casi no podía distinguirse ni un ápice de piel sana.

Kathy examinó la zona en la que había recibido la puñalada, intentando ver algo a través de las lágrimas. El cuchillo se hallaba hundido profundamente a un par de centímetros del ombligo. En un fugaz atisbo de cordura, comprendió que no era buena idea intentar extraer el arma. Con mano temblorosa, se quitó el pañuelo que llevaba al cuello y lo apretó alrededor de la herida para intentar taponar la salida de sangre lo máximo posible. Aun así, sabía que era inútil. Alex se desangraría en cuestión de minutos si no recibía asistencia médica. Se le desgarró el alma al comprender que sería un milagro que sobreviviera.

—Aguanta, mi amor —le suplicaba, rota por el dolor.

A cambio recibió una mirada empañada de culpabilidad.

—Lo...siento..., mi... ángel...—musitó, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban.

—No hables... —rogó Kat, consciente de que le pedía disculpas por tener que dejarla a merced de aquella bestia—. Reserva las fuerzas.

Una macabra carcajada retumbó en el silencio, dos metros más allá.

—Conmovedor, pero te avisé de que los mataría si no venias conmigo —le tendió la mano de nuevo—. Por ese mequetrefe ya no puedes hacer nada, pero Ángela aún tiene una posibilidad.

—¡Eres un hijo de puta! —le gritó con la voz desgarrada por el dolor.

—Bla, bla, bla..., ¿quieres salvar la vida de tu amiga o no? Incluso quizá aún puedas recuperar a tu Alex; los servicios de urgencias pueden estar aquí en cinco minutos si eres buena chica y vienes conmigo.

Kathy dudó por un instante. Miró a Alex, que luchaba por su vida entre sus brazos.

—No —susurró el chico, rogándole con la mirada que no lo hiciera.

—No puedes confiar en él —le gritó Ángela, comprendiendo que se estaba planteando sacrificarse por ellos—. Va a matarnos igualmente.

—¡Cállate! —bramó la bestia, mirando a Ángela con los ojos inyectados en sangre—. ¡Deberías suplicar por tu vida!

—¡Devuélveme a Marcos y haré lo que quieras! —le gritó.

—¿Marcos? No te imaginas cuánto está sufriendo viendo todo esto y sin poder hacer nada...—Rio, deleitándose con el daño que sus palabras provocaban—. Está aquí dentro conmigo; grita enloquecido de dolor, pero soy más fuerte que él. Sus lamentos me resultan tan placenteros...

La rabia y el dolor fueron más fuertes que el instinto de supervivencia. Ángela se abalanzó sobre él sin pensar en las consecuencias.

—¡Nooooo! —gritó Kathy a pleno pulmón entre sollozos—. ¡Suéltala! ¡No!

Kathy se debatía entre correr a ayudar a su amiga o seguir dándole ánimos a Alex para mantenerlo despierto. No tuvo que decidir. El chico había llegado al límite de su resistencia y perdió la consciencia segundos más tarde, desmayándose en sus brazos.

Aquel ser golpeó a Ángela con saña, lanzándola dos metros más allá. Después, avanzó de nuevo hasta ella y la izó del suelo como si se tratase de una simple muñeca de trapo. La agarró del cuello con ambas manos y apretó su frágil garganta, mientras la falta de oxígeno iba haciendo mella en su rostro.

Kathy se lanzó sobre su espalda dispuesta a salvarla aún a costa de su propia vida, pero se zafó de ella con un simple movimiento de brazos, arrojándola con violencia contra el suelo varios metros más allá. Sin descanso, dejando a un lado el intenso dolor de espalda que el golpe le había ocasionado, volvió a la carga una y otra vez con idéntico resultado. Impotente, tuvo que ver como el rostro de Ángela iba adquiriendo poco a poco un tono amoratado, que indicaba que no faltaba mucho para el triste final. La vida de su amiga se escapaba lentamente frente a sus ojos, y no podía hacer nada para ayudarla.

De pronto, Ángela fue liberada y cayó al suelo tosiendo enérgicamente. Kathy se arrastró hasta ella y la abrazó. Cuando levantaron la mirada lo que vieron las confundió.

Aquel ser gritaba con desesperación, se apretaba las sienes igual que si un terrible dolor de cabeza estuviera partiéndole el cráneo en dos.

—¡Voy a mataros! —bramaba avanzando hacia ellas—. Noooo —gritaba retrocediendo un segundo más tarde.

Las chicas lo observaban sin comprender nada. Solo cuando un momento más tarde el ser se detuvo y miró a Ángela, entendieron lo que estaba sucediendo.

Los corazones de ambas se detuvieron.

—¿Marcos?

—Colibrí... —dijo, utilizando el apelativo cariñoso de siempre, mirándola, angustiada.

—¡Mi amor! —sollozó Ángela, e intentó ponerse en pie para correr hasta él.

Al unísono, Marcos se alejó unos pasos hacia atrás, mientras que Kathy sujetó a su amiga, impidiendo que se levantara y corriera a abrazarlo.

—No sé cuánto tiempo voy a poder controlarlo —confesó, atormentado—. Es más fuerte que yo... ¡Mucho más fuerte! —gritó cambiando el gesto y abalanzándose de nuevo sobre ellas.

—¡Corre, Ángela! —gritó Kathy tirando de ella para ponerla en pie, pero no fue lo suficientemente rápida.

Aquel animal volvió a tomar a Ángela del cuello, y esta vez parecía dispuesto a terminar cuanto antes.

—¡Lucha, Marcos! —gritaba Kathy a pleno pulmón—. ¡Puedes hacerlo, lucha! No dejes que la mate. Marcos, por favor, el amor que sientes por ella es más fuerte que él. ¡Tiene que serlo!

Un grito desgarrador surgió de lo más profundo del chico. Soltó a Ángela, que se desplomó junto a Kathy, y las observó con la tierna mirada que siempre había caracterizado a su amigo. Allí estaba Marcos de nuevo, pero esta vez había una nueva resolución en su rostro.

Miró a Alex, desangrándose sobre el frío pavimento un metro más allá.

—Dile que lo siento —le pidió a Kathy con lágrimas en los ojos—. Cuidaos mucho los dos.

—No... —negó, leyéndole la mente.

—Te amo, colibrí —le dijo a Ángela, con la prueba de ese amor brillando en sus ojos

Retrocedió unos pasos mirando a su alrededor de nuevo.

—Marcos..., no...—Kathy pudo leer un adiós en su rostro

mientras una única lágrima resbalaba por su mejilla.

—Ella no está bien... —susurró, señalando a Ángela—. Siento tener que irme dejándola así, pero es la única manera... Yo...

Se convulsionó, apretando los dientes, gritando y luchando con fiereza. Kathy pudo ver el esfuerzo sobrehumano que hacía para no dejarse dominar de nuevo por aquel ser, y supo que no podría controlarlo mucho más.

Marcos también lo sabía.

—Tiene que haber otra manera de vencerlo —le gritó Kathy, histérica.

—No hay tiempo. —Se convulsionó de nuevo sujetándose las sienes con fuerza—. Ahhhh

—¡Lucha!

—Ya no tengo fuerzas... Yo... Cuida de ella.

Una décima de segundo más tarde corrió hacia el alfeizar de la azotea...

—¡Noooooooo! —gritó Kathy al borde de la locura—. ¡Marcos!

—Ni siquiera lo dudó un segundo —explicó Kathy, volviendo a la fría biblioteca—. Se lanzó al vacío sin mirar atrás.

Las lágrimas casi le impedían continuar narrando la historia. Había soñado con aquel momento, noche tras noche, durante tres interminables años. Tenía la mirada atormentada de Marcos clavada en el alma.

—Es el mayor sacrificio por amor que he oído nunca —comentó Fernando, emocionado—. Estoy seguro de que os hubiera matado a todos.

—Lo sé, pero el que fuera necesario no lo hace menos doloroso.

—Cierto.

—Marcos nos salvó la vida —intervino Alex, con el corazón encogido por el dolor—. Y nosotros dejamos que todo el mundo

pensara que se había vuelto loco e intentado matarnos a todos.

—A mi juicio fue lo más sensato —opinó Fernando de nuevo—. La gente no está preparada para creer en el más allá.

—Mi conciencia no termina de estar de acuerdo con eso —discrepó Alex de nuevo—. Cada cual con sus propios demonios, pero no estamos aquí por eso. Está ocurriendo de nuevo, Fernando.

—¿El mismo ser? —Los chicos asintieron—. Hay muy pocas probabilidades de que eso suceda. Es increíble.

—Te aseguro que nosotros tampoco podíamos creerlo.

—Estoy seguro de que me va a cautivar la segunda parte de la historia, pero antes de nada quiero saber dónde está vuestra amiga. ¿Por qué no ha venido con vosotros? Es una pieza importante.

Kathy sintió como su corazón se encogía.

—Ángela jamás volvió a recuperarse, no ha dicho una palabra desde entonces —explicó Alex para ahorrarle a Kathy aquel dolor—. Está recluida en un hospital psiquiátrico desde aquel mismo día.

Fernando los observó a ambos. Ni en sueños hubiera pensado que aquel favor personal que su amigo Robert le había pedido aquella mañana, iba a convertirse en el caso más increíble al que se había enfrentado en toda su carrera.

—¿No ha reaccionado en tres años? Un shock demasiado fuerte supongo.

—Eso pensábamos nosotros hasta ayer mismo, pero aún no hemos llegado a esa parte.

—Estoy ansioso por seguir escuchando.

Esta vez Alex y Kathy se repartieron el trabajo. Ella contó todo lo sucedido hasta la llegada del chico, y él se encargó de tomar el relevo más tarde. Le hablaron de lo sucedido con la Ouija, de la muerte de Charli, de las amenazas, de cómo habían descubierto a quién había elegido esta vez, del coma de Ángela...; hablaron durante quince minutos más, sin interrupciones y sin escatimar un solo detalle.

Cuando terminaron la historia, Fernando los miraba

completamente extasiado. Guardó silencio un instante para digerir todo lo que acababa de escuchar.

La pareja intercambiaba tensas miradas inquietas, sin saber cómo interpretar aquel silencio.

—Esta es sin duda la historia más fascinante que he escuchado en toda mi carrera —dijo Fernando al fin.

Los chicos respiraron aliviados. Al menos aún no los había tildado de locos.

—He leído acontecimientos similares, pero nunca había tenido el privilegio de participar en uno de ellos.

—Yo no lo consideraría un privilegio.

—Disculpadme, tiendo a tener poco tacto cuando me emociono.

Alex pasó por alto el comentario.

—¿Puedes ayudarnos? ¿Podemos hacer algo para recuperar nuestras vidas?

—No es tan sencillo; primero tenemos que entender que está pasando —explicó pensativo—. Debemos saber qué tipo de ser es, para saber cómo podemos atacarlo.

Miró a Kathy meditabundo.

—¿Y dices que necesita tu autorización para poseer tu cuerpo?

La chica asintió.

—Es extraño —dijo, frunciendo el ceño—. Por lo que me contáis es poderoso.

—Sí.

—Pero no se corresponde con un caso de posesión habitual —explicó—. Porque si fuese un demonio normal no necesitaría permiso.

—Fue mortal —afirmó Kathy, convencida

—Pero no podéis estar seguros de eso. Que su nombre parezca ruso no necesariamente indica que fuera humano alguna vez.

—Te aseguro que lo fue —insistió Kathy—. Hace veinticinco años. El mismo nos lo dijo.

—Hace tres años se jactó de lo maravilloso que era volver a estar

vivo —apoyó Alex, recordando el momento exacto en el que se delató en la azotea.

—Y en una de las últimas llamadas comentó que veinticinco años de infierno eran muchos años —añadió Kathy, contenta de que su prodigiosa memoria pudiera servirle al fin para algo.

—¿Estáis completamente seguros de eso?

Fernando fue poniéndose más y más alborotado ante el gesto de asentimiento. Una enorme sonrisa de satisfacción asomó a su rostro.

—¡Es increíble! —vitoreó al fin, incorporándose en la silla—. Hace más de un siglo que no se registra un caso como este.

Se puso en pie con energía, y caminó decidido hacia una de las estanterías. La excitación por el descubrimiento brillaba en sus ojos.

Ante el asombro de los chicos, que no entendían nada, se subió en la escalera para llegar hasta la balda más alta de la estantería en la que ellos habían estado investigando. Extrajo un viejo tomo y descendió de nuevo, volviendo a la mesa para consultarlo.

El libro en cuestión había conocido épocas mejores. Estaba escrito a mano, tenía las hojas finas y amarillentas, y, por la capa de polvo que acumulaba sobre las solapas, se adivinaba que habían pasado muchos lustros desde que alguien lo extrajera siquiera de la estantería para consultarlo.

Fernando comenzó a pasar sus hojas con sumo cuidado. Casi de puro milagro, se acordó de que no estaba solo y continuó explicándoles.

—El último suceso similar conocido fue en 1870. Veréis, por regla general el espíritu de un mortal no tiene fuerza suficiente para poseer a un humano —decía, mientras continuaba su búsqueda—. Aunque pudieran conseguirlo, el esfuerzo los agotaría en cuestión de segundos...

—¿Y por qué este es tan fuerte? —preguntó Alex, contagiado de su agitación.

En ese mismo instante, Fernando llegó a la página que estaba

buscando, y les señaló la hoja para que ellos mismos leyeran la respuesta a su pregunta.

—Odio —leyó Alex.

Escrito en letras grandes, aquella palabra daba título al capítulo que Fernando les indicaba.

—¡El odio me mantiene vivo! —exclamó Kathy en alto, alucinada.

—¿Qué?

—Le grité cuánto lo odiaba, y él me dijo textualmente «*no es un mal sentimiento, a mí me mantiene vivo*».

—El odio es uno de los sentimientos más poderosos que existen —explicó Fernando de nuevo—. Estos espíritus se nutren de él para fortalecerse.

—¿Odio a alguien en concreto? —interrogó Alex.

—Por regla general, a su asesino.

Alex y Kathy se miraron entre sí, perplejos, y preguntaron casi al unísono.

—¿Lo mataron?

—¡Sí! Y la persona que lo hizo aún está viva, es el nexo de unión entre ambas dimensiones.

—¿Estás seguro?

—Si ese odio no se canaliza hacia un mortal aún con vida, la posesión sería imposible.

—¿Y si esa persona muriera?

—Muerto el enlace, se acabó. Se vería forzado a volver a su dimensión para siempre —agachó la cabeza para agregar—. La realidad es que en la gran mayoría de los casos es imposible localizar a esa persona.

Kathy se dejó caer de nuevo en su silla algo desmoralizada.

—¿Y qué más da? Aunque pudiésemos encontrarla, ¿qué podemos hacer? ¿Matarla?

—Tranquila, Kat —intervino Alex—. Seguro que hay otra solución, ¿verdad?

Ambos lo miraron, suplicantes; esperando ese milagro que pudiera sacarlos de aquel lío.

—Hay otra opción, pero me temo que ya la conocéis.

Alex se dejó caer también en otra silla junto a Kathy. Ambos conscientes de a que se estaba refiriendo.

—La muerte física del sujeto poseído —confirmó sus temores—. Estos entes pueden elegir cuerpo una sola vez sin pasar por su dimensión para fortalecerse...; a no ser...

Se detuvo y miró a Kathy con aprensión.

—Que alguien de su consentimiento para ser poseído —adivinó. Fernando asintió, compungido.

—Así que no hay un elixir maravilloso para acabar con él..., alguien tiene que morir —se lamentó al borde de las lágrimas—. ¿Y si es a mí a quién odia?

—Imposible, ese odio ya estaba ahí hace tres años, no pudo poseer a Marcos sin él.

—Alex tiene razón —confirmó Fernando—. Tu solo eres un capricho que ha encontrado por el camino. Sigue teniendo instintos mortales aunque ya no lo sea. Algo tan simple como tu nombre, por recordarle a su patria, puede ser lo que lo fascine de ti.

—No os ofendáis, pero estoy cansada de tantos quizás.

—Al menos ya sabemos más que hace diez minutos —dijo Alex intentando animarla un poco, aunque sin demasiado entusiasmo.

—¿Y de que nos sirve? Ese odio está dirigido a una de los millones de personas que habitamos el planeta —exteriorizó Kathy lo que ambos pensaban—. Será imposible dar con ella. Puede ser cualquiera.

—Bueno..., eso no es tan difícil en realidad —aclaró Fernando, pensativo—. Si ese nombre..., Vostricov, es el correcto, y no murió de muerte natural...

Alex se puso en pie con energía renovada.

—¡Claro! Si lo asesinaron será más fácil encontrar algún dato

sobre él —dijo, recuperando de nuevo el entusiasmo—. Quizá hubo una investigación sobre su muerte, o incluso la persona que lo asesino puede estar presa.

—Eso sería fantástico. —Se puso Kathy en pie algo más animada.

—Sin duda cuanto más os acerquéis a su propia historia, más posibilidades tenéis de presionarlo —opinó Fernando—. Encontrad al enlace y tendréis un as enorme bajo la manga.

—¡Voy a llamar a Luque! —exclamó Alex, sacando su teléfono.

Su amigo contestó casi de inmediato.

—¿Luque? Soy yo de nuevo. Tengo nuevos datos de lo que hemos hablado.

—Pues tendrán que ser muy buenos, no me está yendo muy bien.

—¿Y si te digo que lo asesinaron?

—Sin duda eso ayuda bastante. ¿Por casualidad no sabrás que día?

—¿Si te lo digo yo todo para que te necesito? —bromeó.

—Eso me preguntaba a menudo. —Rio—. En fin, te llamaré en cuanto sepa algo.

—Y, por favor...

—Que si, intentaré tenerlo cuanto antes —adivinó.

—Gracias.

Cuando colgó se volvió sonriente hacia Kathy, que estudiaba el libro junto a Fernando.

La observó en silencio unos instantes. Estaba totalmente abstraída en la lectura, y bajo el nuevo flujo de acontecimientos se la veía realmente hermosa. La esperanza brillaba en sus ojos y parecía salir por cada poro de su piel.

Levantó la cabeza del libro y le devolvió una sonrisa sincera y entusiasta. Alex sintió su cuerpo estremecerse de la cabeza a los pies. No terminaba de acostumbrarse a que dos hoyuelos pudieran ser un arma tan poderosa.

—Dice Luque que intentará darse prisa —explicó—. ¿Qué hacéis?

—Parece que Fernando ha encontrado algo que podría sernos de ayuda —contó Kathy con un divertido gesto de indiferencia—. Pero todavía no quiere decirme que es...

El parapsicólogo sonrió, pero guardó silencio un par de minutos más mientras terminaba de leer en el libro aquello que lo tenía tan absorto.

Cuando levantó la mirada, los chicos estaban tan nerviosos que a punto habían estado de zarandearlo para obligarlo a hablar.

—Es curioso —dijo al fin—. El libro indica que tienen que darse varias circunstancias juntas para que todo esto ocurra.

—¿Cómo cuáles?

—El día de la posesión, por ejemplo. ¿Recordáis que día era cuándo practicasteis la Ouija en la cabaña?

—No se me olvidará en la vida —confesó Kathy.

—Nos fuimos a la cabaña toda la semana a pasar las vacaciones de Semana Santa —agregó Alex.

—Todo ocurrió la noche del martes veintidós de marzo.

Lo recordaban tan bien porque la mañana del miércoles habían vuelto a casa como alma que lleva el diablo, en contra de todo el tráfico que colapsaba las salidas de la capital para la tan señalada fecha.

—Veintidós de marzo... —repitió Fernando, y tomó nota de ello—. ¿Y recordáis la fecha del día del cumpleaños de ese chico..., Charli?

—Veamos..., recuerdo que Mónica me invitó a ir con ella; decía que no podía pasar toda la Semana Santa metida en casa. —Tomó un calendario que Fernando le tendió—. Era sábado, así que debía de ser el día... ¡veintidós de marzo!

Miró a Alex, asombrada, que le devolvió una expresión idéntica.

—¿Solo puede poseer ese día?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Es la Semana Santa? ¿Tiene algún tipo de... carácter

religioso?

—No, eso es solo una coincidencia.

—Entonces, ¿por qué solo puede salir el día veintidós de marzo?

—Porque ese... es el día que lo asesinaron.

Los chicos se quedaron perplejos.

—Solo tiene fuerza para interactuar con los vivos el día del aniversario de su muerte—aclaró Fernando—. Por ende, solo puede tomar posesión de un cuerpo humano ese día.

Alex suspiró, sin poder disimular una sonrisa de satisfacción.

—¡A Luque le va a encantar!

Capítulo 16

El policía recibió la noticia, perplejo, bromeando respecto al hecho de que Alex continuaba en su línea. Sus fuentes siempre eran las primeras en enterarse de todo, y así se aseguraba de facilitarle el trabajo enormemente. Su orgullo le obligó a prometer que él también haría su parte, y encontraría cuanto antes alguna pista sobre ese Vostricov.

Cuando Alex colgó el teléfono sonreía de oreja a oreja. Estaba seguro de que no tardarían en tener buenas noticias.

—Pareces contento.

—Pues sí, Luque me ha asegurado que con estos datos puede que haya más suerte —explicó, cogiendo asiento de nuevo—. Por ese lado solo tenemos que esperar. —Miró a Fernando—. Me ha parecido entenderte que son varias cosas las que tienen que coincidir para que todo esto ocurra.

—Sí.

—Adelante, por favor.

—El grupo que invoca tiene que ser muy fuerte —explicó—. Formasteis un gran equipo, necesitaba apoyarse en vuestra fuerza para poder quedarse. Psíquicamente teníais también una compenetración perfecta.

—Fuimos inseparables durante cuatro años —contó Alex, dejando notar en su voz cuánto añoraba aquellos tiempos—. Nos conocíamos muy bien.

—Supongo que era una amistad muy bonita, pero ese día jugó en vuestra contra. Quizá no os disteis cuenta, pero la conexión entre vosotros aquella noche fue mágica; la unión de vuestras almas tuvo la fuerza increíble que ese ser necesitaba para terminar de fortalecerse —explicaba con la seguridad que avalan treinta años de carrera—. Este tipo de unión no suele suceder muy a menudo. Juntos podríais

haber conseguido...

Se detuvo en seco y los miró, intranquilo, sopesando si debía añadir o no lo que estaba pensando.

—¿Qué ibas a decir? —apremió Alex, contrariado por su silencio.

—Ya da igual.

—No.

—Muchachos será mejor que...

—Fernando, por favor, hemos cargado con esto durante tres años —rogó Kathy—. Te aseguro que a estas alturas nada de lo que nos digas nos puede hacer más daño.

El parapsicólogo se acomodó en su silla y confesó:

—Juntos tuvisteis la fuerza para traerlo..., y juntos podríais haberlo mandado de vuelta.

Guardaron silencio unos instantes, tratando de digerir la información.

Kathy apenas podía reprimir el llanto, mientras que Alex luchaba contra las ganas de gritar.

—Esa posibilidad ya no existe —asumió el chico cuando creyó que podía hablar sin que le temblara la voz.

—Por eso me parecía innecesario decirlo.

—No te preocupes, nosotros insistimos, pero después de escucharte hay algo que no entiendo —dijo Alex, frunciendo el ceño—. Dices que necesita mucha fuerza para poder quedarse, ¿cómo lo ha conseguido esta segunda vez? Pensábamos que habían dejado la puerta abierta y lo había tenido fácil.

—Eso no es suficiente— negó Fernando convencido.

—¿Entonces?

—¿No crees que pudieran tener la fuerza necesaria?

—No —lo apoyó Kathy—. Ni siquiera creían en lo que estaban haciendo

—Pues eso si es curioso —Fernando consultó el libro de nuevo.

Guardaron silencio a la espera de que terminara. Alex la tomó de

la mano para intentar insuflarle ánimos. Kathy recibió el gesto con una sonrisa agradecida.

—Según esto puede darse una posibilidad...—indicó Fernando, levantando la vista del libro de nuevo—. Hace tres años le mostrasteis la puerta, y ha tenido la paciencia de esperar a que alguien de vuestro entorno volviese a abrirla.

—De modo que es cierto que lo tuvo fácil.

—No tanto como parece... Una vez abierta la puerta necesitó energía suficiente para quedarse, y si no la sacó de esos chicos solo puede haber sucedido de una manera.

—¿Cómo?

—La Ouija tuvo que practicarse en un lugar cargado de su propia energía, o lo que es lo mismo, a escasos metros de su propia tumba.

—¿Qué? Eso no puede ser. Fue en casa de un amigo de Mónica que... —Kathy se detuvo en seco y miró a Alex—. ¡Un momento! ¿No dijo Mónica que Charli vivía al lado de un cementerio?

—¡Sí! —confirmó—. Es muy probable que aquello fuera lo que los motivó para hacer espiritismo.

—Entonces todo cuadra —intervino Fernando de nuevo—. Vuestro espíritu está enterrado allí.

Kathy se puso en pie para retomar su costumbre de pasear arriba y abajo. Su estado nervioso aumentaba a medida que la investigación iba dando sus frutos.

—Llamaré a Mónica para que me diga dónde vivía Charli —comentó—. Eso puede ayudar a Luque mucho más.

El teléfono móvil de Alex sonó una décima de segundos más tarde.

—Hablando del rey de Roma —dijo, consultando el identificador de llamadas—. Es Luque.

Contestó al teléfono satisfecho de los últimos acontecimientos. No esperaba el tono serio con el que su amigo le habló.

—¿Qué coño está pasando, Alex? —le preguntó a bocajarro sin

siquiera molestarse en saludar.

—No te entiendo.

—Me aseguraste que todo este asunto no iba a traerme problemas.

—Y no veo por qué debería traértelos. ¿Lo has encontrado?

—Sí, vuestro amigo se llamaba Mikhail Vostricov —le contó con tono caustico.

—¿Mikhail? ¿Tenía nacionalidad rusa?

—No lo sé, solo puedo decirte que desapareció el veintidós de Marzo de 1983.

—¿Querrás decir que lo asesinaron ese día?

—Bueno, esa es tu teoría, en realidad nunca encontraron su cadáver.

—¿Qué? —Ahora si se había sorprendido.

—Que no consta en ninguna parte como fallecido; no existe acta de defunción. Sin embargo, sí hay un expediente abierto con todo lo que creen que ocurrió el día de su desaparición.

—¿Y?

—Y nada Alex, eso es lo raro, ese expediente es confidencial.

—¿Confidencial? ¡No me jodas, Luque, si hace más de veinticinco años!

—Pues alguien con mucha influencia se está tomando muchas molestias para que el caso siga siendo un misterio.

—Aun así, tú no tendrás problemas para leer el expediente.

—Me pides que me salte el protocolo, y que arriesgue mi carrera sin darme ningún detalle de lo que está pasando.

—Bueno..., creemos que ese Vostricov está relacionado con el asesino del teatro.

—No es suficiente.

—Pues nuestra amistad tendrá que serlo, porque no puedo contarte nada más.

Un silencio al otro lado de la línea le dio a entender que Luque

estaba valorando las posibilidades. Alex era consciente del gran favor que le estaba pidiendo, pero con sus vidas tan amenazadas no tenía otra opción.

—A las cuatro quince —puntualizó Luque al fin—. Sin un minuto de retraso. Toma nota de esta dirección.

Cuando colgó el teléfono se quedó pensativo unos segundos. Aquello sí que había resultado ser una sorpresa.

—¿Qué pasa? —preguntó Kathy.

—Algo muy raro —explicó—. Luque ha encontrado la ficha de Vostricov, pero no consta su muerte, solo su desaparición.

—¿Cómo? Pero fue asesinado; eso lo tenemos claro.

—Pues ya sabemos más que la policía; incluso sabremos dónde está enterrado en cuanto hablemos con Mónica.

—Supongo que hay gente anónima enterrada en todos los cementerios —comentó Kathy un tanto perpleja—. De cualquier manera, saber dónde fue enterrado solo completa el rompecabezas, pero no nos ayuda demasiado.

Fernando movió la cabeza, dubitativo. No estaba tan seguro de que aquel dato no fuese relevante, pero prefería investigar un poco más antes de hablar sobre ello.

—Hay algo más —continuó Alex.

Les explicó acerca de la confidencialidad del expediente.

—¿Y suele ser habitual?

—No, a no ser que haya algo turbio.

—¿Algo cómo qué?

—Ni idea, pero debe de ser algo gordo —observó, intentando no conjeturar al respecto. Sabía oler una buena historia a kilómetros de distancia, y estaba convencido de que aquel expediente les iba a deparar alguna que otra sorpresa.

—Creo que hoy no os vais a aburrir —Bromeó Fernando.

—Has sido de mucha ayuda. —Sonrió Alex, agradecido—. Gracias a ti, ahora podemos comprender un poco mejor que está

pasando y por qué.

Kathy los observaba, dudando en si debía o no preguntarle lo que le rondaba la cabeza. Decidió que no podía llevarse aquella espina clavada.

—Fernando..., ¿sabes si estos seres pueden...robar almas y devolverlas? —Esperó ansiosa la respuesta.

El parapsicólogo fue cauteloso.

—El libro no dice nada, pero si ha podido inducirla al coma, supongo que tiene alguna influencia sobre ella.

Kathy asintió, intentando sonreír en agradecimiento. Miró a Alex que a su vez le devolvió una compasiva sonrisa.

—Siento no poder daros mejores noticias, pero os aseguro que seguiré investigando.

—Gracias.

—Si hay alguna posible solución para todo esto, por pequeña que sea, os aseguro que la encontraré.

Alex le tendió una tarjeta con su número de teléfono y recibió otra a su vez. Después, todos se despidieron efusivamente.

—Suerte, chicos —les deseó Fernando de todo corazón.

Cuando cerró la puerta tras ellos, no pudo evitar añadir con tristeza:

—La vais a necesitar.

Caminando, en silencio, recorrieron los extensos pasillos hasta la puerta de salida.

Una vez en el exterior, ambos tomaron una profunda bocanada de aire para tratar de digerir todo lo que acababan de descubrir, dejando escapar un sonoro suspiro. Intercambiaron una comprensiva mirada, y pasearon hasta el coche, tomándose su tiempo.

—Ha sido una visita productiva —comentó Kathy entrando en el vehículo—. Jamás hubiese pensado que lo hubieran asesinado.

—Sí, y parece que se tomó al pie de la letra eso de que la venganza ha de servirse fría.

Kathy frunció el ceño.

—¿Crees que ha venido a eso? ¿A vengarse de su asesino?

—¿A qué sino? Si yo odiase a alguien lo suficiente como para regresar de entre los muertos, supongo que no dejaría pasar la oportunidad de pasarle la factura.

—¡Tú nunca podrías odiar tanto a nadie! —opinó, distraída, meditando el razonamiento de la venganza, sin percatarse de la mirada agradecida con la que era observada. Finalmente admitió—. Puede que tengas razón. Quizá si encontramos a esa persona podamos al menos advertirla del peligro que corre.

—Espero que Luque pueda ayudarnos con eso. Lo veremos en un par de horas.

—¿Y qué hacemos mientras tanto? ¿Tienes hambre?

—Podemos aprovechar y comer en la cafetería donde nos ha citado, pero antes me gustaría hacer una visita que tengo pendiente, ¿te importa?

—No. ¿Dónde es? ¿Te estarán esperando?

—Sí, desde hace tres años...—comentó casi en un susurro mientras ponía el coche en marcha.

Kathy no tuvo necesidad de preguntar nada más. Sabía, sin lugar a dudas, cuál sería su próxima parada.

Se abrochó el cinturón de seguridad y se acomodó en su asiento, consciente de que ahora era ella quien debería estar lo más entera posible, pues la próxima hora iba a ser muy difícil para él. Debía conseguir guardar la serenidad para intentar devolverle el apoyo que ella había recibido desde su llegada.

En apenas quince minutos llegaron a su nuevo destino.

Alex detuvo el vehículo justo a la puerta de entrada al viejo

cementerio. Paró el motor y respiró profundamente, intentando reunir el valor para enfrentarse a sus propios fantasmas.

Cruzó una comprensiva mirada con Kat, y, tomando aire, bajó del coche con decisión; pero para cuando se plantó delante de la enorme verja de hierro que les daba la bienvenida, las fuerzas lo habían abandonado de nuevo.

—No sé si puedo entrar ahí —confesó.

—Claro que puedes.

—No hemos debido venir... —insistió, angustiado.

—Te hará bien.

El chico suspiró. Sabía que tenía razón. Necesitaba reconciliarse con la idea de que su mejor amigo estaba enterrado allí, y que esperaba su visita desde hacía mucho tiempo.

—¿Tú sabes... dónde está enterrado?

Ahora fue Kat quien lo miró asombrada.

—No me mires así, ya me siento suficientemente culpable.

—No..., es solo... que me ha sorprendido...

—¿Que no haya venido antes? —La chica asintió—. En realidad he estado aquí montones de veces. Cuando me recuperé y salí del hospital solía venir todos los días, pero nunca fui capaz de cruzar esta puerta.

Kathy lo miró con el corazón encogido. Había estado tan centrada en sus propios sentimientos, que nunca se había parado a pensar en cómo debió sentirse Alex. Identificó su propio dolor en sus ojos, sintiendo que lo amaba más que nunca. Hubiese dado cualquier cosa por poder borrar de su rostro aquella expresión abatida, pero sabía que solo había algo que podía hacer en aquel momento para reconfortarlo; tomó su mano y entrelazó los dedos entre los suyos. La fuerza de aquel gesto fue todo lo que Alex necesitó para traspasar la verja. Dócilmente, se dejó guiar por los senderos entre las bien cuidadas tumbas.

Cuando se detuvieron, aún necesitó un segundo para reunir el

valor suficiente para concentrar su mirada sobre la lápida que la chica le indicaba.

Se predispuso y preparó su mente para leer el nombre de su joven amigo sobre el frío mármol, pero al posar sus ojos sobre la losa encontró mucho más de lo que estaba preparado para afrontar. Marcos, con su mirada limpia y una enorme sonrisa, lo miraba desde una vieja fotografía en la que parecía irradiar vida.

Sintió una enorme sacudida que le dobló las piernas, y se dejó caer de rodillas ante la tumba, quedando cara a cara con el que fue su amigo y confidente durante tantos años.

El peso de los recuerdo cayó sobre él, como si la enorme losa se hubiera vencido sobre su cabeza.

—Yo mismo le tiré está foto... el... el día que nos graduamos... —
Se le quebró la voz al recordar.

—Tírame la primera foto como todo un periodista —le había pedido Marcos, tendiéndole la cámara—. ¡Esta foto va a pasar a posteridad!

A Alex se le antojaba muy cruel que fuese precisamente aquella imagen la elegida para perdurar sobre su lecho de muerte.

—Es irónico —susurró, intentando mantener la compostura—. Aquellas palabras me suenan ahora como un triste presagio...

—Sí, a veces la vida parece reírse de nosotros, ¿verdad?

El chico asintió y guardó un forzado silencio. El dolor de los recuerdos comenzaba a superarle.

Su mente voló hasta el día en el que se habían conocido.

Era su primer día en la Facultad de Periodismo. No conocía a nadie más allí, y todo era tan diferente al instituto que estaba muy nervioso, además de sentirse como pez fuera del agua.

Cogió asiento en la cuarta fila del enorme hemiciclo, y se limitó a

fingir que aquel era su hábitat natural.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó alguien a su lado, sobresaltándolo. Alex asintió, estrechando la mano que le tendía—. Me llamó Marcos Romero, alias *estoyacojonao*

Alex rio a carcajadas.

—Alejandro Robles —correspondió—. Y dudo que te merezcas ese alias más que yo.

—¿En serio? Pues se te veía muy seguro desde allá arriba.

—¿Sí, verdad? Es que llevo ensayando una semana.

Ambos estallaron en una sonora carcajada, conscientes de que les haría bien apoyarse el uno en el otro para entrar con buen pie en aquella jungla.

Parpadeó varias veces para volver a la triste realidad. Parecía mentira que hubiesen pasado diez largos años desde aquel día.

—¡Joder, amigo, que mierda! —Explotó, desmoronándose por completo. Y rompió a llorar con el mismo desconsuelo de un niño.

A Kat, que se había apartado un poco para permitirle cierta intimidad, se le quebró el corazón. Lágrimas silenciosas caían por sus mejillas, mientras se tenía que contener para no abalanzarse sobre el chico e intentar consolarlo. Entendió que Alex necesitaba llorar a su amigo, y estaba segura de que hasta aquel momento ni el mismo sabía cuánto. Hubiera querido abrazarlo, pero lo conocía demasiado bien como para saber que lo mejor que podía hacer por él era dejarlo desahogarse a solas.

En unos minutos el llanto fue cesando, y Alex pareció recordar que no estaba solo. Miró a la chica sin ocultar sus lágrimas.

—¡No es justo! —susurró—. Lo tenía todo. Iba camino de convertirse en un gran periodista, adoraba a Ángela y era correspondido, y tenía toda la vida por delante para disfrutar de todo eso. Era tan feliz...

Kathy se arrodillo a su lado.

—Además era una gran persona. —Continuó el chico—. El tío más noble que he tenido la suerte de conocer. Siempre podías contar con él. No importaba lo ocupado que estuviera, que jamás te fallaba. ¿Y cómo le he agradecido yo todo eso? ¡Echándole mierda encima!

Apretó los dientes para intentar mitigar el sufrimiento.

—No, Alex, no cargues con culpas que no te corresponden.

—Me siento tan avergonzado de mí mismo... —confesó, sin esconder el dolor que le atenazaba el alma—. Nos salvó la vida, Kat, y no supimos devolverle el favor. No puedo evitar sentirme un miserable por no haber contado la verdad hace años.

—Solo hubiésemos conseguido que nos tachasen de locos, lo sabes. Nadie hubiese creído la verdad.

—Hace mucho tiempo que eso dejó de ser un consuelo.

—Lo sé.

¿Qué podía decirle? Ella misma se había sentido así hasta hacía apenas unos días. Decidió que quizá aquello sí podía ayudarlo.

—Hasta el viernes pasado yo tampoco fui capaz de volver por aquí —confesó, sorprendiéndolo—. La misma culpa, idéntica vergüenza, pero ¿sabes?, a mi alma le hizo mucho bien la visita. Hablé con él mucho rato, y te parecerá una tontería, pero sentí que Marcos me había perdonado.

—¿De verdad crees que esté donde esté no nos guarda ningún rencor?

—Marcos nunca supo el significado de esa palabra. —Sonrió Kathy mirando con ternura la foto.

—Eso es verdad. Aun así, cuando todo esto termine, hablaré con su familia. Me crean o no, se merecen saber lo que Marcos hizo por todos nosotros. Se lo debo, y me lo debo a mi mismo también.

—Espero poder acompañarte.

Alex la miró, entendiendo a la perfección el comentario. Vostricov y la amenaza que representaba era difícil de olvidar.

—Como se te ocurra morirte sin mi consentimiento no vuelvo a dirigirte la palabra. —Sonrió— Estoy seguro de que eso es lo que te diría Marcos si pudiese hablarte.

—Sí. —Rio—. Sin duda ese sería un comentario muy propio de Marcos.

Ambos fijaron su mirada sobre la desgastada fotografía, recordando su peculiar sentido del humor. No importaba que hubieses tenido un día horrendo, él siempre sabía que decir para hacerte sonreír.

—Danos fuerza, amigo —susurró Alex—. Vamos a necesitar toda la ayuda posible para eliminar al enemigo. No pienso permitir que muera nadie más.

Una férrea determinación se instaló en sus ojos.

—Y te juro sobre tu tumba, que si hay una mínima posibilidad de lograrlo, traeré a Ángela de vuelta.

Una cálida brisa les acarició el rostro, meciendo sus cabellos con la misma suavidad con la que una madre acariciaría a su bebé, cesando de la misma misteriosa manera unos segundos más tarde.

Intercambiaron una enigmática mirada.

—Ya te dije que no nos guarda rencor —le sonrió con dulzura.

Alex contempló el retrato de nuevo con los ojos húmedos, pero la mirada atormentada que se había clavado en el alma de Kathy había desaparecido.

—Gracias por convencerme para entrar. Necesitaba hacerlo.

—Lo sé.

—Debemos irnos. —Consultó su reloj—. Luque ha sido muy insistente respecto a la hora. Creo que va a dejarnos entrar dónde guardan los archivos del caso.

—¿Eso te ha dicho?

—No, pero nos ha citado en una cafetería que está a diez metros del edificio.

Fijando de nuevo la mirada sobre la tumba, sonrió, y habló con

una serenidad de la que carecía cuando había llegado:

—Volveré a verte cuando todo esto acabe. Te lo prometo.

Se alegró enormemente de haber hecho aquella visita al fin. Por supuesto que aquel simple hecho no iba a eliminar la culpabilidad que pesaba sobre su conciencia, pero al menos había ganado algo de paz. La suficiente para continuar luchando por sus vidas.

Echando un último vistazo se alejaron de la tumba, desandando el mismo camino por el que habían llegado hasta ella.

A escasos metros de distancia, unos ojos inyectados en sangre los observaba alejarse. Con pasmosa tranquilidad, pero paso firme, caminó hasta la tumba visitada y se plantó ante ella con una enorme sonrisa de satisfacción.

—Tu amiguito tenía razón en una cosa: volverás a verlo muy pronto... —Ensanchó más aún su sádica sonrisa para añadir—: Solo que del otro lado.

Una macabra carcajada escapó de su garganta.

—Me encantaría poder quedarme a darte todos los detalles de lo que les tengo preparado —continuó escupiendo su veneno—, sabes cuánto disfruto atormentándote, pero tengo que adelantarme a su próximo movimiento. Mi carta de presentación está en esas cajas...y voy a necesitarla ¡Por fin llegó el momento que tanto he esperado!

Se dio media vuelta dispuesto a marcharse, pero se volvió de nuevo hacia la tumba un segundo más tarde.

—¡Ah! Se me olvidaba...—añadió con un ensayado gesto teatral —. Voy a matar a tu novia. Calculo que la tendrás contigo en... un par de días, tres a lo sumo, ¿no te hace ilusión reunirte con ella después de tanto tiempo?

Con una despiadada sonrisa en el rostro, se alejó de allí.

El teléfono móvil de Alex invadió la aparente calma del cementerio. Se lo tendió a Kathy cuando vio que era el número de su apartamento.

—Hola, Mónica, has vuelto pronto.

—Sí, Micky no está muy receptivo. Al menos aquí en casa la paga solo conmigo, y no con todo el que le hable. —Intentó reír pero no pudo.

—Entiendo.

—¿Habéis descubierto algo?

—Algunas cosas interesantes, pero prefiero contarte en persona.

—¿No puedes adelantarme algo?

Kathy tenía otras cosas en mente e ignoró la pregunta.

—Oye, nos dijiste que Charli vivía al lado de un cementerio, ¿verdad?

—Sí.

—¿Podrías decirme cuál?

—No sé cómo se llama, pero puedo decirte más o menos dónde vive o...vivía Charli.

Cuando Kathy colgó el teléfono miró a Alex con gesto preocupado. No pudo disimular un escalofrío, que no pasó desapercibido para el chico, que la observaba con atención.

—¿Qué pasa? Ya sabes dónde está enterrado ese Vostrico, ¿verdad?

—Sí, él...está sepultado... aquí..., en este mismo cementerio.

Ahora fue él quien se estremeció. Ambos pasearon su mirada por la enorme extensión de tumbas, preguntándose dónde estaría exactamente enterrado su peor enemigo.

—Será mejor que nos vayamos —opinó Kathy un segundo después—. No hay nada que podamos hacer aquí, y enfrentarnos con él en su territorio sería una locura en este momento.

Caminaron presurosos hacia el coche. Eran conscientes de que debían alejarse pronto de aquel cementerio o quizá sus vidas corrían

un serio peligro. Vostricov había demostrado ser muy poderoso en lugares donde no disfrutaba de toda su energía vital, si tuvieran que enfrentarse con él allí..., podía ser invencible.

El monstruo que se escondía tras su viejo sombrero, a escasos metros de distancia, maldecía entre dientes.

¡Cuánto daría por poder acabar con aquel estúpido arrogante justo en ese momento! Todo sería mucho más fácil si hubiese conseguido matarlo la primera vez que lo intentó.

—Me siento impotente teniendo que huir de él —protestó Alex, reticente a abandonar el lugar—. ¡Detesto agachar la cabeza! ¡No es mi estilo, Kat! Si solo pudiera enfrentarme a él en igualdad de condiciones...

—Lo sé —insistió la chica—. Pero por mucho que nos empecinemos, sabes que es más fuerte que nosotros, la única posibilidad que tenemos de vencerlo es siendo más inteligentes.

El chico dudó un segundo más y, apretando los dientes, se dejó arrastrar hasta el vehículo.

Vostricov sonrió con cinismo mientras los veía alejarse. Escucharlos referirse a él por su nombre mortal le había resultado extraño, aunque él mismo se había preocupado de darles aquella información.

«También soy más inteligente que vosotros», pensó, sonriendo de nuevo, consciente de cuánto le gustaba jugar con ellos. Siempre iba un paso por delante, y, por mucho que investigaran, solo obtendrían la información que él decidiese hacerles llegar en cada momento.

Reconocía que le molestaba bastante no saber qué había ocurrido

aquella mañana en compañía de aquel viejo parapsicólogo, pero no habría mucho por lo que preocuparse si toda la información que les había dado era tan incompleta como había comprobado hacía un minuto.

Hubiera disfrutado dándoles el susto de su vida antes de que franqueasen la puerta de salida, pero no podía arriesgarse. Su cuerpo era mortal y, en contra de lo que los chicos parecían creer, no podía utilizar sus poderes en camposanto. Aquello era lo único que les había salvado en aquella ocasión; no era tan idiota como para batirse a duelo con Alex en igualdad de condiciones.

Katrina sería suya antes o después, solo tenía que ser paciente y jugar bien sus cartas...

Capítulo 17

La cafetería donde habían quedado en encontrarse con Luque estaba atestada de gente a aquellas horas.

Aún era pronto para su cita, de modo que decidieron aprovechar para comer algo y se sentaron en una mesa que acababa de quedarse libre.

Pidieron unos sándwiches y algo de beber, e intentaron relajarse un poco.

—Es increíble todo lo que hemos descubierto en unas horas — comentó Kathy—. No sé si nos llevará a alguna parte, pero es refrescante saber que podemos hacer algo más que esperar a que venga a por nosotros.

—Hace tres años nos cogió desprevenidos, si tan solo hubiésemos investigado un poco...

—No hubiéramos podido salvar a Marcos.

—Lo sé, pero quizá si podíamos haber evitado que ocurriera de nuevo.

—¿Y que ganamos con lamentarnos?

—¡Tienes razón! —exclamó, regañándose a sí mismo—. Será mejor que dejemos a un lado lo que nos hace daño y nos centremos en lo que puede salvarnos la vida.

—¡Ese es el Alex del que me enamoré! —exclamó, orgullosa, y palideció al percatarse de lo que acababa de decir.

—¿Y habría alguna posibilidad de que ocurriera de nuevo? — indagó, ansioso, intentando no sonar desesperado.

Kat estaba tan azorada intentando encontrar algo inteligente que le sirviera de excusa, que ni siquiera lo escuchó. Aunque los nervios no la ayudaron demasiado.

—Yo... solo quería decir... que me gusta verte positivo...

—Entiendo.

—No estoy insinuando nada...

«Por Dios, estoy parlotando», se decía a sí misma, aturdida, mientras no podía parar de hablar.

—No son necesarias más explicaciones.

—... de verdad, Alex, solo ha sido un lapsus que...

—¡Vale, Kat! —Levantó la voz para hacerse entender. Si había algo que no podría soportar en aquel momento era que volviera a rechazarlo.

«¿Cómo puedo ser tan tonta?», pensó la chica, enmudeciendo. Aquella misma mañana, había hecho el esfuerzo más grande de su vida llamando *sexo sin complicaciones* a una de las experiencias más increíbles que había tenido nunca, y a las primeras de cambio estaba declarándole su amor sin casi darse ni cuenta.

—Disculpa la brusquedad, pero de verdad no es necesario que sigas excusándote; lo tengo todo muy claro. —Tomó aire y continuó —: Volvamos a Vostricov, recapitulemos y resumamos lo que sabemos hasta ahora.

Kathy se concentró en rebuscar dentro de su bolso, extrayendo una libreta y un bolígrafo.

Durante los siguientes treinta minutos anotaron todo lo que les parecía relevante, al mismo tiempo que daban buena cuenta de los sándwiches que sus estómagos agradecieron enormemente.

A las cuatro y cuarto en punto, Luque hizo su aparición, cogiendo asiento a su lado.

—Hola. —Saludó a Alex y se volvió hacia Kathy, sonriendo—. ¿Cómo está hoy la mujer más hermosa del planeta?

—Estupendamente. —Le devolvió la sonrisa—. ¿Y el hombre más agradable?

—¡Tenso! —comentó, poniéndose serio—. No sé qué está pasando, pero no me gusta. Nadie excepto tú, Alex, podría haber conseguido un favor como este.

—Te lo agradezco, Luque, de corazón. Te debo una.

—No me debes nada, pero si podrías decirme que está pasando. Todo esto es muy raro.

—Es mucho mejor que no lo sepas, tendrás que confiar en mi — dijo Alex apelando a su amistad de nuevo—. Tenemos que acceder a la información de ese expediente.

—No es fácil.

—Lo sé, pero tiene que haber una manera, o no nos habrías citado a diez metros de la central de archivos.

—Siempre admiré tu inteligencia. —Sonrió el policía para volver a ponerse serio un segundo después—. Solo tenemos quince minutos. Echaremos un vistazo al expediente y las pruebas del caso, pero os advierto que no podremos llevarnos nada. He tenido que pedir un favor enorme para poder ayudaros. Podéis dar gracias de que el agente Merino sea un viejo conocido, pero tanto él como yo podemos meternos en un lío muy gordo si no seguís las instrucciones. ¿Está claro?

—¡Claro y cristalino! —contestó Alex sonriendo—. ¿A qué esperamos?

Tres policías uniformados entraron en la cafetería y se dirigieron a la barra.

—Esperábamos. Vamos. Disponemos del tiempo que tarden en tomarse un café.

Rápidamente se pusieron en movimiento.

No era necesario que Luque les indicase hacia dónde debían caminar. El distintivo de la jefatura de policía se divisaba casi desde la misma puerta de la cafetería. Cruzaron la calle a paso rápido.

Justo cuando iban a franquear la puerta de entrada, Kathy se detuvo un segundo con el ceño fruncido. A unos escasos veinte metros, un tipo caminaba a paso rápido, alejándose del lugar. No le hubiese llamado la atención de no ser por el hecho de que llevaba una gabardina negra hasta los pies y un antiguo sombrero. Tuvo un extraño presentimiento.

—¿Qué pasa? —le susurró Alex, extrañado, deteniéndose junto a ella.

La chica observó cómo el extraño se perdía entre la multitud.

—Espero que nada.

—Eso no es una respuesta.

—Es que... puede que esté un poco paranoica, pero juraría haber visto a Edu alejarse de aquí.

—Sería demasiada casualidad.

—Supongo —admitió encogiéndose de hombros.

Caminaron de nuevo tras el inspector, que comenzaba a impacientarse.

Entraron en el viejo edificio y siguieron a Luque hasta el mostrador de información, ambos un tanto inquietos. El que aquella visita fuese necesaria, no eliminaba los nervios de saber que estaban cometiendo un delito.

Por el mostrador de información parecía haber pasado un ciclón. Sorprendidos, se asomaron por encima para ver cómo dos jóvenes agentes uniformados se afanaban por poner un poco de orden en aquel caos. Multitud de carpetas habían caído de las estanterías y todo su contenido estaba esparcido por el suelo.

—Buenos días —saludó Luque con una sonrisa condescendiente—. Menudo lío tenéis montado.

—Sí..., debe de haber corriente..., es la segunda vez esta mañana.

—Casi titubeó uno de los agentes poniéndose en pie para atenderlos.

Kathy y Alex miraron hacia la puerta de salida, herméticamente cerrada, e intercambiaron un gesto de abatimiento.

—Soy el Inspector Luque, vengo a solicitar unos documentos —dijo, mostrando su placa—. Y necesito que ellos me confirmen algunos datos urgentemente.

—Bien. —El agente le tendió una identificación de visitante a cada uno de ellos.

Todos suspiraron aliviados, y supusieron que en cierta medida el

caos reinante los estaba ayudando a que los agentes no hicieran muchas preguntas. En cualquier otro momento les hubieran solicitado el carnet de identidad, y era mucho mejor para todos que su visita no quedase registrada.

Caminaron después hacia el detector de metales, que se encontraba a unos diez metros de distancia. Varios agentes más paseaban alrededor de la máquina muy extrañados, mientras el personal de mantenimiento parecía estar haciendo algunas comprobaciones.

Uno de los agentes se volvió a recibirlos.

—Buenos días.

—Hola. —Saludó Luque de nuevo mostrando su placa—. ¿Algún problema?

—Eso parece; el detector no funciona, tendremos que hacerlo manualmente.

—No hay problema.

Un minuto más tarde, los tres subían por las escaleras para encontrarse con Merino.

—Kat, si te sirve de consuelo, no creo que estés paranoica en absoluto —le susurró Alex casi al oído.

—Pues no me conforta demasiado, pero gracias —contestó, preguntándose el motivo de la visita de Vostricov a aquellas dependencias.

—No tardaremos mucho en enterarnos de a qué ha venido.

Caminaron tras el policía por los extensos pasillos, hasta detenerse ante la única puerta que se distinguía por tener unas enormes letras de alerta escritas con pintura roja: Acceso restringido, solo personal autorizado.

Los chicos se miraron entre sí, intranquilos. Estaban a punto de cometer un allanamiento dentro de dependencias policiales, pero ya no había marcha atrás. Traspasaron la puerta junto a Luque un segundo más tarde. Una nave enorme, con millares de cajas apiladas

en las estanterías, fue lo que se encontraron al otro lado.

«Solo espero que tengan un buen sistema de clasificación», pensó Kathy, consciente de que la era de la informática debía haber sido un alivio enorme para los policías modernos.

Barrió el lugar con la mirada, comprobando que a la izquierda, justo a la entrada de la nave, había varias mesas de oficina y un pequeño mostrador, destinado a mantener a las personas al otro lado de los archivos. Imaginaba que en algún lugar habría otra puerta de entrada que se suponía utilizaban los agentes para solicitar las pruebas de algún determinado caso, y donde todo quedaría debidamente anotado y registrado.

Tras una de las mesas se encontraba sentado un agente desgarbado que parecía nervioso. Supusieron que debía ser Merino.

Se puso en pie y camino hasta ellos, presuroso.

—No tenemos mucho tiempo —les dijo como único saludo, internándose en la nave y haciéndoles un gesto para que lo siguieran.

Caminaron tras él por uno de los pasillos, compartiendo la misma inquietud por lo que podían estar a punto de descubrir.

Cuando Merino se detuvo, subió a una escalera y extrajo una de las cajas, tendiéndosela a Luque,

Alex tomó a Kat de la mano, comprobando que también le temblaba el pulso.

Luque abrió la caja y se sorprendió de que estuviera casi vacía.

—¿Esto es todo? —fue lo primero que dijo, con el ceño fruncido, poniendo la caja en el suelo.

Merino examinó el contenido.

—¿Pero qué coño...? —Escapó de sus labios mientras la alarma se reflejaba en su rostro.

—¿Qué pasa?

Durante unos segundos interminables no contestó, se limitó a rebuscar dentro de la caja.

—El expediente ha desaparecido. Te aseguro que estaba aquí

cuando me llamaste —Miró a Luque, confuso—. Además, esto tampoco estaba aquí esta mañana.

Frunciendo el gesto, se incorporó con una pequeña bolsita entre los dedos, que abrió con ademán nervioso, extrayendo un objeto de su interior.

Cuando se lo mostró a los chicos, se quedaron perplejos.

—¡Qué cabrón! —maldijo Alex—. Se nos ha adelantado.

—¿Es una pieza de ajedrez? —preguntó Luque, confuso, quitándosela de las manos a su compañero.

—Sí.

—La reina blanca. —Miró a los chicos sin saber que pensar; después se volvió hacia Merino, atónito—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo han entrado?

—Di mejor cómo han salido...—contestó el agente, palideciendo al comprobar la etiqueta de la bolsa—. ...porque aquí dentro había una navaja.

Se agachó a rebuscar dentro de la caja, pero se incorporó, abatido, unos segundos más tarde.

—Se la han llevado. Y no entiendo cómo han podido salir con ella por el detector.

Luque se volvió y escrutó el rostro de Alex, disgustado.

—Así que este asunto no iba a traerme problemas —le recriminó.

—Lo siento, pero no esperábamos algo así, te lo aseguro.

—Hay algo en esos papeles, Alex —opinó la chica, demasiado nerviosa como para esperar a salir de allí para hablar—. Tiene que haber algo que no quiere que sepamos.

—¿El nombre de su asesino?

—Puede ser.

Luque los miraba, confundido.

—¡Un momento! —intervino—. Si pensáis que ese tipo fue asesinado... ¿Por qué estáis hablando de él como si estuviese vivo?

Alex le devolvió una mirada crítica.

—Es una larga historia. Prometo contarte hasta el último detalle cuando pueda. Mientras tanto..., necesito un último favor.

—¡Ni hablar! —protestó el inspector—. ¿Eres consciente del lío en el que estamos metidos? Tenemos que dar parte de esto.

—No lo veo necesario —opinó Alex—. Hace veinticinco años que no se abre esta caja. ¿Quién iba a descubrir que falta algo?

—Alex, alguien se ha colado en los archivos policiales como Pedro por su casa, y ha salido con una prueba de un caso como el que va a comprar el pan, ¿crees que no debemos preocuparnos?

—No si es un incidente aislado que no volverá a suceder.

—Eso no puedes asegurarlo.

—¿Y si pudiera?

—Alex..., empiezo a desear haberme quedado en Londres...

Merino, mientras tanto, se encargó de colocar todo en su sitio.

—Será mejor que os marchéis —dijo impaciente al terminar—. Mis compañeros no tardaran, y aún no he decidido que voy a hacer.

—¿Y si hubieses creído ver a alguien merodeando por aquí? —Se le ocurrió a Alex—. Podríais abrir la misma investigación, pero nadie saldría perjudicado.

El policía pareció considerarlo. Aquella en realidad no le parecía mala idea. Al fin y al cabo era casi cierto. De ese modo podrían poner a prueba la seguridad del edificio sin hablarles del resto.

—Lo pensaré, ahora salid de aquí.

Alex miró a Luque muy serio, sin moverse de donde estaba. El inspector bufó, entendiendo a la perfección el gesto obstinado del periodista.

—Te has propuesto amargarme el día, ¿verdad? —gruñó—. ¿Qué narices quieres ahora? ¿Mi placa y mi pistola?

Alex sonrió.

—En realidad es mucho más sencillo... Solo quiero un nombre.

El inspector le instó a seguir hablando con un gesto resignado.

—El nombre del policía que llevó el caso.

—Alex...

—Necesitamos hablar con alguien que pueda contarnos lo que había en ese expediente. Un simple vistazo al libro de registro, Luque, es lo último que te pido.

El policía dudó un instante.

—Te daré ese nombre solo si me prometes dejarme en paz una buena temporada.

—¿Y si prometo dejarte en paz lo que queda de día? —sugirió Alex, con una amplia sonrisa.

Conocía demasiado bien a su amigo como para saber que, aunque pareciera estar dudando, ya había decidido facilitarles aquel nombre.

Luque fingió valorar la situación mientras consultaba su reloj.

—Salgamos de aquí, será mejor que nos encuentren del otro lado del mostrador cuando lleguen los demás.

Salieron y volvieron a entrar, esta vez quedando del lado correcto. Mientras tanto, Merino consultaba en un viejo libro de registro el dato que necesitaban por petición explícita de Luque. Les tendió un papel con un nombre pocos segundos después.

—Esteban Rojas. —Leyó Alex para asegurarse de que entendía la letra del policía.

—¿El comisario Rojas? —preguntó Luque, asombrado.

—¿Lo conoces?

—Sí, un gran hombre y un gran policía también. Tuve la suerte de trabajar a sus órdenes antes de marcharme a Londres. Por aquel entonces aún era inspector.

—Se jubiló hace unos cinco o seis años —intervino el agente Merino—. Creo que se marchó a vivir a las afueras.

—¿Cómo lo localizamos? —preguntó Alex, fingiendo inocencia.

—¿Buscando a otro policía que quiera hacerte el favor? —acotó Luque dándose por aludido—. A mí me pediste el último hace un momento, ¿recuerdas?

—Yo aún no te pedí ninguno.

Todos se volvieron hacia Kathy, que les devolvió una de sus devastadoras sonrisas.

—Alex..., ¿hay algo a lo que puedas decirle que no cuando sonrío de esa manera? —preguntó el inspector tras admirarla un instante.

—Me temo que no..., y como te haga pucheros terminas dándole tu pistola.

La chica se ruborizó al sentir todos los ojos puestos sobre ella.

—¡Pues no puedo arriesgarme a eso! —Sonrió Luque—. Os conseguiré el teléfono del Comisario Rojas. De él ya depende si quiere o no recibiros en su casa, ¿ok?

—Me parece justo.

Vostricov se dejó caer en su cómodo sofá, sonriendo con deleite. Hubiese disfrutado viéndoles las caras desoladas a la inseparable pareja, al descubrir que se les había adelantado.

Rio por pura maldad, y se levantó a abrir una botella de vino para celebrar su éxito.

Volvió a coger asiento y abrió el expediente robado para satisfacer su curiosidad. Una fotografía de su verdadero rostro fue lo primero que encontró. La observó largo rato, acariciando sus viejos rasgos con la yema de los dedos. ¡Odió con toda la fuerza de su alma a la persona que le había arrebatado aquella imagen!

—¡Cuánto voy a disfrutar de tu agonía! —escupió entre dientes.

Echó un ligero vistazo al resto de las hojas. No había mucho que leer, y tampoco era demasiado interesante; puras conjeturas, unas acertadas y otras no. Lo cierto era que aquellos papeles no habían sido el motivo de su paso por los archivos. Había decidido sobre la marcha que sería divertido frustrar un poco más a sus jóvenes *amigos*.

Se puso en pie y extrajo de su bolsillo el verdadero objetivo de

aquella visita a la comisaria: su preciada y antigua navaja, con su sello personal incrustado en el mango. La abrió y acarició la fría hoja, recordando el momento exacto en el que la había utilizado por última vez y cuánto lo había disfrutado. Solo existía otra persona en el mundo que reconocería aquel arma entre cientos..., y había llegado el momento de que se enterase de su regreso.

Capítulo 18

Decidieron volver al apartamento de Kathy desde la comisaria.

Mientras Alex conducía, la chica aprovechó y llamó al doctor Carvajal para asegurarse de que el estado de Ángela no había empeorado. No fue mucho lo que el médico pudo decirle. Al parecer continuaba igual a como la habían dejado el día anterior. Seguían sin saber el motivo del coma, aunque estaban realizando diversas pruebas diagnósticas para dar con la causa lo antes posible.

Kathy se despidió y colgó el teléfono dos minutos después.

—Todo sigue igual —casi sollozó—. Ninguna mejoría.

—¿Estás segura de que no quieres que te lleve a verla?

—Segura, prefiero no tener que ver cómo la hacen pasar por todas esas pruebas sin sentido —suspiró.

—Bien, entonces solo nos queda sentarnos a esperar a que Luque nos llame para darnos el teléfono de ese Esteban Rojas.

En apenas diez minutos llegaron al apartamento.

Mónica no estaba en casa, así que Kathy se sintió repentinamente incómoda. No había reparado en ello antes, pero ahora daría cualquier cosa por no tener que estar a solas de nuevo allí con Alex. Demasiada intimidad para no poder acercarse a él.

Se dejaron caer exhaustos sobre el sofá.

—¿Por qué tengo la sensación de que ha sido un día muy largo?
—dijo Kathy, suspirando.

—Supongo que por culpa de los nervios. Demasiadas emociones juntas.

—Eso me temo. ¡Tengo tantos interrogantes! ¿Por qué crees que se habrá llevado el expediente?

—Tú misma lo dijiste. En esos papeles quizá esté el nombre de su asesino y no quiere que nos enteremos.

—¿Crees que es consciente de que si esa persona muere él

tendría que irse?

—Puede ser, y quizá lo que teme es que nosotros también lo hayamos descubierto.

—Para eso tendría que saber de nuestra visita a Fernando.

Alex miró a la chica, preocupado. Dudando entre comentarle o no sus sospechas.

—Pero ¿cómo podría saberlo? —insistió Kathy, confusa.

—Bueno..., es solo una conjetura..., pero... —Vaciló de nuevo.

—¡Habla, Alex!

—Creo que lleva todo el día siguiéndonos.

—¡¿Qué?! —Se alarmó—. ¿Estás seguro?

—No del todo, pero piénsalo. Se nos adelantó en los archivos tan solo por unos minutos, tú lo viste marcharse.

—Sí, ahora estoy segura de que era él.

—Las casualidades no existen. No con Vostricov. Así que la única forma de que llegara antes que nosotros es que sabía que íbamos hacia allí.

—Pero ¿cómo?

—Porque lo hablamos entre nosotros... frente a la tumba de Marcos.

—¡Estaba allí! —comprendió, intentando mantener su sistema nervioso bajo control.

Alex asintió convencido y agregó:

—¿Y por qué crees que estaba allí?

—Quizá es su santuario..., o recarga su propia energía.

—O mucho más sencillo: nos siguió desde el Instituto Parapsicólogo.

—¡Qué cabrón! ¿Cómo no nos hemos dado cuenta?

—Somos simples mortales, Kat, con demasiadas cosas en que pensar —opinó—. No podemos abarcarlo todo, y psicológicamente nos está agotando.

—Supongo que tienes razón, porque yo no puedo pensar en nada

más.

«Bueno, en casi nada», se ruborizó.

—Quizá sería bueno que intentásemos olvidarnos un rato del asunto —consideró el chico con algunas ideas *evasoras* en mente.

—No es tan sencillo.

—Pues tendrá que serlo. Me parece que me va a estallar la cabeza; y si queremos que nuestros razonamientos sigan siendo lógicos, tenemos que intentar desconectar.

—Quizá si ponemos la tele un rato... —Hasta ella misma se avergonzó de la absurda sugerencia.

—Pues yo pensaba en algo más relajante —Sonrió ante la cara de circunstancias de la chica y agregó—: ¿Me dejarías darme una ducha?

—No sé...Deja que lo piense...—fingió sopesarlo mientras su avergonzada cabecita cancelaba la *alerta roja*.

—Que graciosa. Pues mientras lo meditas voy a buscar algo de ropa limpia, por si dices que sí, claro.

Sonriendo, desapareció dentro de la habitación de Kat. Cuando salió dos minutos más tarde la chica estaba en el baño.

—Toma —le tendió una toalla limpia.

—Parece que ya decidiste.

—No te acostumbres —Bromeó—. Y date *vidilla* que luego voy yo.

—Si tienes mucha prisa...

—Tú lo dijiste primero —interrumpió—. Te toca antes, es lo justo.

—No pensaba cederte mi turno —sonrió con malicia—, pero si te urge, la bañera es grande...

—No tientes a la suerte —Bromeó, saliendo y cerrando la puerta tras ella, aunque alcanzó a oír una divertida carcajada.

La calma con la que había salido airoso del baño fue pura apariencia. La clara connotación sexual implícita en el comentario de Alex la había desestabilizado por completo. El solo pensamiento de

meterse junto a él en la bañera había disparado su imaginación, conjurando un sin fin de tórridas imágenes que poco contribuían a serenar su mente calenturienta.

Alex, por su parte, abrió el grifo, molesto consigo mismo. Ahora tendría que darse una desagradable ducha fría en lugar de la caliente y relajante que tenía pensado. Aunque se lo tenía bien merecido. El mismo se lo había buscado por bromear respecto a algo con lo que su mente se empeñó en fantasear y su cuerpo decidió dar por hecho.

Salió de la bañera cuando consideró que el agua helada había cumplido su cometido. Apenas se secó un poco, se enroscó la toalla alrededor de la cintura, cogió su ropa y salió del baño para que ella pudiese entrar lo antes posible.

—Vaya, hasta que por fin... —Las palabras murieron en su garganta en cuanto fijó los ojos sobre él.

Semidesnudo, con el pelo mojado chorreándole agua por la espalda y aquel cuerpo de infarto a tan solo un par de metros, la chica tuvo serios problemas para pensar con claridad.

—Tendrás que coger otra toalla —dijo Alex caminando hacia ella.

«Quiero esa... ¡Ahora! ¡Dámela!» —Fue lo primero que quiso decirle.

Alex estuvo a punto de girar sobre sus talones y volver a meterse en el baño. Al fin y al cabo necesitaría otra ducha en pocos minutos si continuaba mirándolo así.

Al fin, la chica pareció reaccionar y recuperar la compostura. Ruborizándose, avergonzada, desapareció tras la puerta del baño.

Alex se quedó plantado en medio del salón, maldiciendo las reacciones de su cuerpo. La inconfundible mirada de deseo, que Kat no había podido ocultar, estaba pasándole factura. Tenía que conseguir alejar sus pensamientos de la necesidad que había leído en sus ojos, y que a punto estuvo de provocar que se abalanzara sobre ella. Debía dominarse y dejar de pensar en el sabor de sus labios, la tibieza de su piel, el sonido placentero que salía de su garganta

cuando gemía su nombre...

«Para que voy a engañarme...», reconoció, dándose por vencido. Tendría que ser ella quien pusiera los límites, porque por su parte intentaría tenerla entre sus brazos, por todos los medios, en cuanto que tuviese la más mínima oportunidad, y lo sabía. Y si para eso tenía que mentir y llamarlo *sexo sin complicaciones* no pondría inconveniente, pero necesitaba más de eso... y pronto.

Haciendo un serio esfuerzo para pensar en otra cosa, se puso la ropa que aún sujetaba entre las manos. Unos cómodos pantalones de chándal y una simple camiseta serviría para estar en casa.

Se quitó el mojado vendaje de la rodilla, observando como la herida parecía tener mejor aspecto, aunque aún estaba inflamada. Si no la forzaba mucho, calculó que estaría recuperado en un par de días.

Kathy salió del baño secándose el pelo con una toalla. Se había puesto unos holgados pantalones de tela y una cómoda camiseta de licra, que a pesar de ser ancha se amoldaba a cada una de sus curvas.

—Estaba pensando... —dijo, acercándose a él—, ¿qué hacemos si ese Rojas no quiere vernos?

—¿Y por qué no iba a querer? —preguntó, estudiando con atención su atuendo.

—Está retirado, quizá no le apetezca recordar viejos tiempos.

—Ya nos preocuparemos por eso cuando ocurra. ¿Puedes volver a vendarme la rodilla? Se me ha mojado el vendaje y me la he destapado.

La chica le echó un vistazo.

—Está mucho mejor —opinó, tomando el botiquín que aún estaba sobre la mesa y agachándose ante él—. Parece que la inflamación también ha bajado un poco.

Alex la contempló embelesado mientras estaba concentrada en hacer la cura. Siempre le había resultado tremendamente sexi con el pelo mojado. Una gota de agua escapó de la melena, descendiendo

por la parte interna del cuello hasta perderse dentro del escote. Cuando se encontró envidiando aquella minúscula partícula de agua, supo que estaba llegando a sus propios límites.

Su teléfono móvil, que descansaba sobre la mesa, sonó justo cuando estaba valorando la posibilidad de tirar de ella para sentarla en su regazo.

Kathy le tendió el aparato mirando sin disimular quién llamaba.

—Es Luque —le informó.

La respuesta de Alex fue inmediata.

—Te agradezco la rapidez —dijo como saludo, contestando el teléfono.

—A mí no, agradéceselo a la preciosa mujer que tienes la suerte de tener contigo.

—No tengo tanta suerte como me gustaría..., pero eso es otra cuestión. ¿Tienes el número?

—Sí, apunta.

Kathy se encargó de anotar los números que el chico iba recitando.

—Ya sabe que vais a llamarlo. Me he permitido adelantarme.

—¿Has hablado con él? —se sorprendió Alex.

—Considéralo un favor personal para tu chica.

—Gracias. —Le había gustado demasiado eso de *tu chica* como para desmentirlo—. ¿Qué le has dicho?

—Solo que os gustaría hablar con él acerca de un antiguo caso —explicó—. Es buena gente, así que no me ha puesto ningún problema. Solo que le llames más tarde porque iba a salir. Y tampoco le he dicho de qué caso se trataba.

—Espero que tenga buena memoria.

—Sobre eso ya no tengo mano. En fin, te dejo, te llamo si tengo novedades.

—Gracias de nuevo, amigo.

—Hasta mañana. ¡Ah, por cierto, Alex, a veces la suerte hay que

buscarla!

Alex sonrió mientras colgaba el teléfono. Mucho le habría extrañado no recibir ningún consejo respecto a su vida privada. Aunque en esta ocasión estaba de acuerdo con él. Y probaría *suerte* más tarde o más temprano, de eso estaba seguro. De momento tenían cosas urgentes en las que centrarse.

Le contó a la chica las buenas noticias, que las recibió optimista mientras continuaba con el vendaje.

—¿Así que ese Rojas no tiene problemas para recibirnos? —Se alegró, sonriendo.

—Eso parece. Esperemos que no los ponga al hablarle de este caso en concreto.

—¿Cómo policía jubilado tiene la obligación de guardar silencio?

—Sinceramente..., no tengo ni idea.

—¡Y yo que pensé que tú lo sabías todo! —Bromeó.

—Pues siento decepcionarte.

—¿De modo que eres un simple humano como cualquiera de nosotros? —insistió, riendo ante el cómico gesto del chico.

—No sé si me estás alabando o vacilando.

—Intento hacerte un cumplido. —Reconoció—. En serio, Alex, tengo mucho que agradecerte. Eres capaz de razonar con sensatez hasta en los momentos más duros. No sé qué habría hecho si no estuvieras aquí...

Necesitaba decírselo. Él era el único motivo por el que a aquellas alturas no había cometido una locura. Pensar en pasar por todo aquello sola, le helaba la sangre en las venas.

Alex no encajaba demasiado bien los halagos, y menos aún si venían de parte de Kat. Se sentía ridículo esquivando su mirada como si fuese un adolescente intentando no ruborizarse.

—¿Podemos cambiar de tema? —pidió, incómodo.

—Claro.

—Gracias.

—Así que eres la ilusión de vivir de cualquier policía —Bromeó, imitando a Luque.

—Yo no diría tanto. —Rio.

—Luque no piensa lo mismo.

—Suele ser bastante exagerado.

—Y tú muy modesto.

—Bueno..., sí es cierto que le ayudé con algunos casos, pero Luque también es muy bueno en su trabajo.

—Pero él no está aquí para echarle flores, y tú sí.

—¿Y por qué quieres echarme flores? Habrás notado que me incomoda bastante.

—Sí, y es divertido.

—Pues como empiece a divertirme yo no te va a gustar mucho...

—¿Por qué me suena a amenaza?

—¿Por qué lo es?

—¡Eh! —Fingió protestar—. Todavía puedo echarte alcohol en la herida.

Y no pudo evitar reír con ganas.

—Y yo todavía puedo recordarte nuestro primer viaje a Andorra.

—¿Cuándo te empeñaste en enseñarme a esquiar?

—Sí, bueno...

—Yo soy el McEnroe de este deporte —lo imitó.

—Quizá exageré un poco.

—¿En serio? Casi no me di cuenta.

Nada más llegar, en la primera media hora de esquí, Alex se hizo un esguince que sin duda le salvó de algo mucho más grave.

—Sí, sí, pero yo más bien me refería a recordarte el resto de días —Sonrió—. El hotel era muy bueno. Mejor dicho, la habitación del hotel, porque no vimos mucho más...

Ahora sí consiguió su cometido. Un intenso rubor tiñó las mejillas de la chica.

—Veo que tú también te acuerdas.

Cierto. Kathy podía recordar cada minuto de aquellos ocho días. Los tenía grabados a fuego en el alma. Había perdido la cuenta de las veces que se habían amado en aquella habitación. No podía evocar aquellos momentos sin que cada milímetro de su piel anhelara sus caricias.

—¡Un gran tipo tu amigo Luque! —Se salió por la tangente cambiando el tema drásticamente.

Alex dejó escapar una divertida carcajada.

—En serio, Alex, es genial.

—El parece pensar lo mismo de ti —le dijo, aceptando el poco sutil cambio de tema.

—¿Y eso te molesta?

—¿Por qué debería molestarme? Me molestaría si tuviese treinta años menos.

—¿Por qué?

—Porque si fuera más joven quizá tú podrías haber decidido tener *sexo sin complicaciones* con él —quizá el cambio de tema no era posible ya.

Kat lo miró, dolida. Por lo visto, él seguía pensando sobre ella lo mismo que la noche anterior. Y, para ser sincera, su reacción ante lo sucedido no ayudaba mucho. Ese *sexo sin complicaciones* había salido de su boca.

—Te aseguro que no voy acostándome por ahí con cualquiera.

—Gracias por no considerarme cualquiera, pero no he querido decir eso. Me refería a que si hubiese una posibilidad de que tú te interesaras en él, sí me molestaría.

—Pues no entiendo por qué. El *sexo sin complicaciones* es lo que tiene. Que los dos podemos acostarnos con quién queramos.

Para Alex, el simple hecho de pensarla en brazos de otro le revolvió el estómago, pero se obligó a no demostrarlo. En cambio, decidió jugar fuerte y preguntó con tono neutro:

—¿Y eso incluye el volver a acostarnos entre nosotros? Es por

saberlo.

Kathy lo miró, perpleja por la abrupta pregunta, y no pudo evitar ruborizarse. Eso le pasaba por intentar ponerlo celoso. ¿Qué podía responderle? ¿Qué la elección no estaba en su mano porque su mente dejaría de razonar en cuanto le pusiera un dedo encima?

—Esto ya está —dijo, poniéndose en pie, sintiéndose una cobarde—. No tardará en curarse.

—¿No piensas contestarme? —preguntó, poniéndose en pie. Había esperado la respuesta con tal ansia, que una amarga decepción lo invadió por completo.

—¿Estoy obligada?

—¿Te sientes obligada?

—¿Qué tipo de respuesta es esa?

—No sé, tú has empezado a responder con preguntas... ¿Es que te molesta responder?

—¿Te molesta a ti?

—¿Por qué debería molestarme?

—Por lo mismo que piensas que puede molestarme a mí.

—¡Vale! ¡Esta conversación no da mucho más de sí!

Contra todo pronóstico ambos estallaron en sonoras carcajadas. De repente la situación se les antojaba muy divertida.

—Y tras la trascendental conversación, ¿qué te parece si preparo unos sándwiches vegetales? —sugirió la chica aún sonriente.

—Genial, pero antes... —tiró de ella y la atrajo hacia sí, sin previo aviso— ... solo una cosita...

Kat lo miraba a los ojos, desconcertada, prisionera entre sus brazos, a escasos centímetros de su boca. Asombrada, escuchó lo que le parecieron las palabras más excitantes que había oído nunca.

—... dame una señal..., solo una..., y un segundo después te arrastró a tu habitación y te hago el amor hasta que pierdas el sentido.

Habló lentamente, deleitándose con cada palabra; concentrando

todas sus energías en respetar sus propias reglas y no dejarse llevar por sus instintos. Tendría que ser ella quien diera el próximo paso, aunque su frustración lo volviera loco.

La soltó tan aparentemente tranquilo como la había abrazado, y puso distancia de por medio.

«¡Ehhh!», protestó cada célula del cuerpo de la chica. «¿Ya está?».

Lo que esperaba que ocurriera después de aquel despliegue de erotismo no era que la soltara sin... sin... más. El brillo de deseo en los ojos de Alex le prometía una noche increíble...

—Lo del vegetal me parece buena idea —añadió el chico intentando sonar normal—. No le pongas demasiada mayonesa al mío, por favor.

«¿Qué?» Kathy tardó varios segundos en comprender que se estaba refiriendo a los sándwiches.

Contrariada, prefirió aclarar un poco su mente antes de añadir nada más.

Salió en completo silencio del salón.

Cenaron en lo que parecía ser una total armonía. Aunque aquello de *las apariencias engañan* comenzaba ahora a tomar dimensiones astronómicas.

Kathy era consciente de que había recibido un ultimátum. Si quería volver a estar entre sus brazos tendría que ser ella quien diera el primer paso. Él había dejado claro que estaría dispuesto... en cuanto ella lo decidiera. ¡Y no recordaba haber deseado tanto algo en toda su vida! El problema era que su cuerpo lo llamaba a gritos, pero su mente sabía que si se abandonaba a sus sentimientos, el dolor de la separación acabaría con ella esta vez. No podía vivir aquel infierno de nuevo. Para ella no era *sexo sin complicaciones*, nunca lo había sido y nunca podría serlo. Lo amaba demasiado como para no implicarse emocionalmente, de modo que no debía claudicar a sus deseos.

«No volverá a tomarme en sus brazos», pensó, desolada. Lo conocía lo suficiente como para saber que siempre había sido un

hombre de palabra. Convencida, le dio otro distraído mordisco a su sándwich. Aunque una vocecita interna no dejaba de suplicar que él rompiera sus propias reglas y de esa manera no le dejara alternativa.

Finalmente decidió que sería más inteligente intentar llenar el silencio con algo menos arriesgado.

—Cuéntame algo de tu vida en Londres. —Se le ocurrió.

—Llueve mucho.

—¡Eso puedo leerlo en cualquier libro! —Sonrió—. Háblame de tu trabajo. Debe de ser apasionante.

—No siempre.

—¡Oh, venga! —insistió—. Al menos nunca te comerá la monotonía.

—En eso si tienes razón —admitió—. No me da tiempo a aburrirme. Cuando no estoy infiltrado en alguna banda, me envían a cubrir alguna guerra, aunque te aseguro que no es muy divertido.

—¿Así que siempre vives pendiendo de un hilo?

La pregunta lo cogió desprevenido. La respuesta era demasiado complicada y no estaba preparado para profundizar en ella en aquel momento.

—Es mi profesión.

—Pudiste elegir un despacho y no estar en primera línea de fuego.

—Cierto —Fue todo lo que añadió.

—¿Eso es todo? —protestó. Al parecer no le apetecía hablar de su vida con ella.

—¿Qué esperas que diga?

Aquella respuesta le valió una mirada dolida, pero ¿qué podía decirle? ¿Qué se jugaba la vida día tras día porque en realidad le importaba muy poco lo que pudiera ocurrirle?

Aquello lo hacía perfecto para aquel trabajo, pensó irónico.

A lo largo de su carrera, varias personas le habían preguntado por qué se empeñaba tanto en ponerse en peligro. Incluso en una ocasión

lo acusaron de tener tendencias suicidas; lo cual al principio le hizo mucha gracia, al menos hasta que en la soledad de su apartamento tuvo que admitir ante sí mismo que quizá aquella afirmación no fuese tan descabellada. Recordaba aquel día como uno de los más desoladores de su exilio. Tuvo que emborracharse hasta perder el conocimiento para no descolgar el teléfono y llamarla.

—Creo que será mejor que cambiemos de tema —pidió nervioso.

—Si es que hay algo de lo que podamos hablar sin problemas — La chica apenas podía disimular su enfado; aunque era consciente de que no tenía ningún derecho a molestarse por negarse a contarle acerca de su vida privada.

—Háblame de ti —preguntó ahora Alex.

—Me gusta mi trabajo —Se encogió de hombros.

—¿Y además de tu trabajo?

—Creo que será mejor que cambiemos de tema —lo imitó, haciéndolo sonreír con tristeza.

Afortunadamente, Alex pensó que su reticencia a contarle más era pura represalia. Mejor así, porque hubiese resultado embarazoso decirle que no había *nada más aparte de su trabajo*. El *sexo sin complicaciones* empezaba a parecerle menos complicado que aquella conversación.

—Antes podíamos hablar de cualquier cosa. —Recordó, nostálgico, sin poder evitar que su voz se impregnara de una intensa y repentina tristeza—. ¿Qué nos ha pasado?

Kat suspiró, contagiándose de su estado de ánimo.

—Demasiadas cosas, supongo, y tan grandes que hubiese sido un milagro que nuestra relación funcionara —dijo, intentando que su corazón dejase de gritar su nombre—. Nunca hubiésemos podido ser felices después de aquello, Alex, y lo sabes.

—¿Aunque nos uniera un amor tan inmenso? Kat..., yo te *amaba* con toda mi alma.

La chica tuvo que reprimir un sollozo mientras se concentraba en

disuadir el intenso dolor que le atenazó el pecho al escucharlo hablar en pasado. El esfuerzo que tuvo que hacer para que no se diera cuenta de cómo se sentía, agotó todas sus energías.

—Yo también te amaba, Alex, intensamente. —El orgullo la obligó a añadir—. Afortunadamente tres años es mucho tiempo, y el amor termina muriendo si no lo alimentas cada día..., ¿verdad?

Tuvo que darle la espalda para que no leyera en sus ojos más de lo que estaba dispuesta a confesarle. Alex le estaba diciendo que ya no la quería, de manera abierta, pero al menos no sabía que ella continuaba amándolo igual o más que entonces. De esa manera podría conservar su dignidad cuando tuviera que decirle adiós.

—Afortunadamente... —Repitió Alex, perplejo, en apenas un susurro.

«¿Afortunadamente para quién?», hubiese querido gritarle. Porque él no albergaba esa *fortuna* de la que hablaba. Podrían pasar cien años y continuaría completa y locamente enamorado de ella, pero en lugar de dejar hablar a su corazón, también permitió que fuese el orgullo quien lo defendiera.

—... afortunadamente, tú lo has dicho —comentó en tono neutro—. Así no tenemos que involucrarnos demasiado a nivel sentimental.

«Miserable insensible», quiso gritarle, de repente muy enfadada. ¿Cómo se atrevía a decirle algo así?

Comprendió que la rabia sería su gran aliada para mantenerse en pie.

Tragó saliva, respiró hondo, e imitó el mismo tono despreocupado que él había utilizado:

—Sí, perfecto, pero además yo preferiría que no nos involucráramos a ningún otro nivel.

—¿Por qué te cuesta tanto llamar a las cosas por su nombre? —preguntó, irónico, obligándose a sonreír.

—Ok, no tengo ningún problema... —le dijo, pensando cuánto le gustaría darle una bofetada para borrar aquella estúpida sonrisa de

su rostro.

—¿Seguro?

—Mantengamos centrada nuestra relación en nuestro afán de supervivencia mutua. No quiero que volvamos a acostarnos juntos, Alex. No me interesa el sexo contigo. ¿Es lo suficiente claro para ti?

Una bofetada no le habría dolido tanto, pero se cuidó mucho de no exteriorizarlo.

—Así que no te interesa... Perfecto, no hay problema, siempre y cuando dejes de mirarme como sueles hacerlo.

—¿Cómo? —Se asombró.

—Como si me hubiese convertido de repente en un enorme y apetitoso pastel de chocolate. Soy un hombre, Kat, y no soy de piedra.

«No voy a ruborizarme, no voy a ruborizarme», se decía la chica con todas sus fuerzas.

—¡Creo que te has vuelto demasiado engreído! —Sonrió, sarcástica.

—¿Vas a decirme que no me deseas? Me obligarías a demostrarte lo contrario.

«¿Qué hago?», se preguntaba, torturándose. La mirada de deseo que Alex no se molestaba en ocultar era un reto en toda regla. Solo tenía que negar lo evidente, y estaba segura de que se vería arrastrada a sus brazos un segundo más tarde. Su traicionero cuerpo ya se había decantado por aquella opción, pero su dolorido corazón le suplicaba que tuviera cuidado.

—¿Hasta qué punto te interesa mi respuesta, Alex?

En eso si podía ser sincero, pensó, impaciente.

—En este momento dudo de que haya algo que me interese más, pero la pelota está en tu tejado, y no pienso ayudarte a bajarla de ahí.

—¿Y por qué supones que necesito tu ayuda?

Se arrepintió de las palabras nada más decirlas. Acababa de dar por hecho... ¡oh, Dios mío!

—Entonces hazlo ya, Kat, porque estoy a punto de suplicarte.

—No es un comentario muy inteligente por tu parte.

—Ya, es que hace rato que la sangre dejó de regarme el cerebro.

La sincera respuesta la fascinó, sobre todo el tono sensual con el que Alex la había pronunciado, taladrándola con sus brillantes ojos grises. Muy a su pesar, y sin poder evitarlo, su traicionera mirada descendió hacia aquella parte de su anatomía que había insinuado ser la responsable de su *falta de juicio*. Su cuerpo reaccionó intensamente ante lo que adivinó allí, y todo lo que sentía se reflejó en sus ojos sin poder remediarlo.

—¡Por el amor de Dios, mujer, deja de torturarme! —protestó, enérgico—. Porque estoy a un paso de comportarme como un *hombre de las cavernas*...

—¿Vas a pintar las paredes? —Sonrió Kathy, consciente de lo *peligroso* de aquel juego. Pero el poder que había descubierto tener sobre él, era lo más erótico que recordaba haber sentido.

—Es lo que quieres, ¿verdad?

—¿Qué?

—Que *te* pinte las paredes —agregó, devolviéndole una sensual sonrisa y asegurándose de recalcar el doble sentido

—Ya sabes que siempre he sido aficionada a tu forma de pintar.

Casi no le había dado tiempo ni a terminar la frase cuando una mano de acero tiró de ella. Al segundo siguiente se vio arrastrada y encerrada entre los anhelados brazos masculinos.

—Ya no puedo jugar más —le dijo muy serio a escasos centímetros de su boca.

—¿Vas a pedir clemencia? —Sonrió, fascinada con la anticipación de lo inevitable.

—Sí, si crees que pueda servirme de algo. Esto... —la apretó contra su cuerpo para que pudiera sentir su erección—. ... empieza a ser doloroso.

La sangre de Kathy corrió como fuego líquido por sus venas. Sus

brazos ascendieron por el pecho del chico lentamente, deleitándose con cada músculo, hasta descansar alrededor de su cuello.

—Creo que sé cómo puedo ayudarte... —le susurró en el oído estrechando el abrazo—. ...pero tendrás que darme tiempo. Digamos..., ¿toda la noche?

—No creo que sea suficiente, pero si es todo lo que me ofreces...

Cerró los ojos y respiró profundamente al sentir el cuerpo tibio de Kat acoplarse con el suyo. Un intenso y delicioso olor a lavanda le llenó los sentidos. Estaba haciendo un esfuerzo considerable para no comportarse como el hombre de las cavernas sobre el que había bromeado, pero empezaban a flaquearle las fuerzas. Lo último que quería era asustarla con la intensidad de su deseo, pero este empezaba a ser incontrolable, y la chica tampoco se lo estaba poniendo muy fácil; parecía estar desplegando toda su sensualidad para volverlo loco.

—Kat... —La obligó a mirarlo a los ojos mientras aflojaba la lazada de los femeninos pantalones—. Prometo compensarte más tarde, pero los preliminares ya no son una opción para mí en este momento.

—Te aseguro que para mí tampoco son necesarios.

Saberla tan ansiosa como él terminó de enloquecerlo. Devoró su boca con una pasión solo comparable a la de ella, que parecía querer robarle la razón con aquel beso.

—Alex... —gimió, abandonada a sus caricias.

Aquel suave ronroneo fue el principio del fin para el chico. Con una urgencia incontrolable, la arrastró hasta el sofá y apartó solo lo necesario de las prendas que lo separaban del paraíso. Una décima de segundo más tarde se hundió dentro de ella, poseyéndola en cuerpo y alma.

Cuando volvieron a poner los pies sobre la tierra, Alex se hizo a un lado, pero no la soltó. Por el contrario, buscó una postura más cómoda y la estrechó entre sus brazos.

—Esto sigue siendo increíble —le dijo aún con la respiración entrecortada.

—Sí —admitió la chica, que había descubierto el significado de la expresión *tocar el cielo con las manos* la primera vez que Alex le había hecho el amor.

—Y yo que pensé que lo de anoche había sido insuperable. — Sonrió y la besó con ternura.

—Siempre fue así entre los dos. —Recordó, sintiéndose tímida de repente.

—No del todo... Antes me amabas —susurró Alex, intentando que la melancolía no invadiera su alma.

—Sí, y tú a mí... —Tuvo que hacer el esfuerzo de su vida para no echarse a llorar.

Ambos guardaron silencio unos segundos, sin apartar la vista del otro.

El chico la observaba con ternura mientras sentía la necesidad imperiosa de decirle todo lo que sentía por ella, pero no podía ni quería estropear aquel momento.

—Sigues siendo lo más hermoso que he visto en mi vida —le susurró, admirándola, y acariciándole el rostro.

—No es necesario que me adules, ya me... has tenido, no tienes que... —titubeó.

—Kat —interrumpió—. No trato de adularte, solo admiro tu belleza. No tiene nada que ver con lo que ha pasado, o... con lo que está a punto de volver a pasar...

—¿Qué? Pero nosotros acabamos de..., tú no puedes..., no tan pronto —Se sentía tan avergonzada como una adolescente, incapaz de terminar ninguna frase.

—¿Apostamos algo? —Sonrió, y la miró con los ojos encendidos de una pasión renovada.

—Yo ya aprendí a no apostar contigo. —Río, complacida—. Así que vamos a volver a...

—No, Kat, me ha encantado tener *sexo* contigo... —le dijo extrañamente—, ...pero ahora... ahora voy a hacerte el amor. Y te aseguro que notarás la diferencia.

¡Y vaya si fue diferente! La delicadeza con la que acarició y besó cada centímetro de su cuerpo terminó por desarmarla por completo. Fue como una reverencia a cada poro de su piel. Como si el tiempo no hubiera pasado, y Alex continuara amándola con la misma intensidad que entonces.

Y si ella no lo amase ya con toda su alma, hubiera vuelto a enamorarse de él aquella noche...

Mucho tiempo más tarde, yacieron de nuevo uno en brazos del otro. Abrazados, en silencio, disfrutaron durante mucho rato de la mágica sensación de pertenecerse mutuamente. Alex fue quien primero rompió la calma.

—Parece que por fin hemos conseguido relajarnos —Bromeó, dándole un suave beso en los labios.

—Y yo que ingenuamente pensé que con la ducha ibas a tener suficiente.

—¿Por eso te negaste a compartirla conmigo? —la besó de nuevo.

—Si eso te va a traumatizar..., podemos arreglarlo.

—¡Vaya! —Sonrió—. Es muy tentador, pero tendrás que darme unos minutos.

—¿No eres demasiado optimista? —Rio.

—Es que tú eres muy exigente.

—Teniendo en cuenta que mañana a estas horas podemos estar muertos...

—¿Por eso me has dejado poseerte, Kat? ¿Por si acaso no existe un mañana? —preguntó, temiendo la respuesta.

—¿Y qué más da? Alex, si tuviera la certeza de que el mundo se acaba hoy..., no hay ningún otro sitio en el que quisiera estar que

entre tus brazos.

—Creo que no debería gustarme tanto oírte decir eso...—gruñó.

La miró intensamente, intentando leer en sus ojos lo que no parecía estar dispuesta a admitir. Por unos instantes, se permitió fantasear con la idea de que aquel brillo que resplandecía en sus ojos era reflejo del amor por él que aún vivía en su interior. Comprendió que estaba tan desesperado porque aquello fuese cierto, que su mente se empeñaba en ver e inventar cosas que no existían.

—No sabes lo que daría por poder leer tu mente en este momento —Sonrió, intentando esconder la enorme verdad que encerraba en sus palabras.

—Por fortuna no puedes —declaró Kat devolviéndole una azorada sonrisa. Sabía que era imposible que desarrollara poderes clarividentes en los próximos minutos, pero aun así no podía evitar sentirse turbada. Desvió la mirada de repente muy insegura. Temerosa de que pudiera leer en sus ojos cuánto lo amaba a pesar de tiempo. Su corazón anhelaba intensamente escuchar de sus labios que él también sentía lo mismo. No le importaría morir mañana, si podía escucharlo llamarla *mi ángel* una vez más. Aquello era lo que pasaba por su mente cuando había bromeado con la posibilidad de leer en su interior, y se abochornaba con solo pensar que hubiera podido hacerlo.

Prefirió concentrar su mente en un tema más... *seguro*. Resultaba irónico, pero Vostricov y la amenaza sobre sus vidas, era una opción menos peligrosa que continuar ahondando en aquellos sentimientos.

—¿Crees que estamos a salvo aquí? —preguntó, desviando por completo la conversación.

—Una gran pregunta... —contestó el chico frunciendo el ceño.

Al principio casi le molestó que Kat cambiara de tercio de forma tan repentina, lo único que él deseaba era tenerla entre sus brazos, pero la amenaza que Vostricov representaba era algo que no debían olvidar.

—Si nos ha seguido durante todo el día, ¿cómo sabemos que no está acechando en el portal? —insistió la chica temblando.

—No podemos saberlo, pero intentemos pensar como él. ¿Por qué querría pasar la noche en la calle si sabe que no vamos a salir de aquí?

—¿Y si intenta entrar? —Aquella posibilidad la aterraba.

—Luque le ha puesto vigilancia; si lo intentara nos enteraríamos, te lo aseguro; además, ¿con qué objetivo querría enfrentarse a nosotros ahora? No puede conseguir lo que quiere sin tu consentimiento, y si quisiera matarme me temo que ya estaría muerto. Me ha tenido a tiro todo el día.

Kathy se estremeció solo de pensarlo.

—No dejo de preguntarme por qué sigo vivo.

La chica si creía tener la respuesta a aquel misterio.

—Porque... si a ti te ocurriera algo nunca conseguiría lo que quiere, y lo sabe —dijo ruborizándose de nuevo—. Es listo. Tú eres su otro as en la manga. Ya lo ha hecho con Ángela.

—¿Crees que intentará chantajearme con matarme?

—Sí.

—No puede ser tan tonto como para pensar que así conseguirá que te entregues a él.

Kathy guardó silencio. En realidad aquello no era algo tan descabellado.

«Daría mi vida sin dudarlo por salvar la tuya», pensó, escondiendo su mirada de nuevo.

—Creo que se ha quedado anclado en el pasado —agregó Alex, reconociendo que él tampoco había avanzado demasiado desde entonces—. Aún piensa que entre nosotros hay... más de lo que hay en realidad.

—Sí —afirmó Kathy, incómoda, escapando de sus brazos.

Alex le permitió alejarse, sintiendo que la había perdido de nuevo. La observó vestirse, confuso.

—He dicho algo que...

—No —se apresuró.

«Solo acabas de recordarme que no me amas, cuando aún estoy entre tus brazos después de hacer el amor», pensó, intentando esconder el dolor. «Pero no te preocupes, me lo merezco por imbécil».

—Me preocupa que intente matarte. Alex, a pesar de lo que haya o no entre nosotros..., yo no permitiría que te ocurriese nada.

—Lo sé, Kat, pero tienes que entender que por mucho que ese monstruo te ofrezca a cambio de tu rendición a él, nunca cumplirá con su palabra.

Aunque no dijo nada, el chico pudo leer la duda en sus ojos.

—Kat, mírame —espetó incorporándose; y esperó hasta que cumplió la orden—. ¡Qué te rindas a él nunca será una opción! ¿Entendido? ¡Y me da igual lo que prometa darte, y quién tenga que morir en el proceso!

—No puedes estar hablando en serio.

—No he hablado tan en serio en toda mi vida.

—¿Ni aunque con mi vida pueda salvarte a ti, a Ángela, al mismo Edu?

—¡Ni aunque pudieras salvar a una ciudad entera! ¡No lo permitiré!

—Marcos dio su vida por las personas que amaba —le recordó casi al borde de las lágrimas.

—Marcos no tuvo otra opción.

—¿Y de verdad crees que nosotros encontraremos alguna?

La franca pregunta hizo a Alex guardar silencio y meditar bien su respuesta antes de contestar.

—Sé sincero, Alex —insistió—. Sabes igual que yo que no tenemos muchas posibilidades. Admítelo.

—Kat, siempre habrá una opción para ti.

Terminó de incorporarse y se puso los pantalones, intentando

ganar algo de tiempo. Caminó hasta la ventana, en silencio, con las manos en los bolsillos; aparentando una fría calma que en realidad estaba lejos de sentir.

—Alex...

—Mataré a Edu antes que permitir que te ponga una mano encima —sentenció, mirando hacia la solitaria calle—. Aunque tenga que pegarle un tiro por la espalda.

La rabia con la que pronunció cada una de las palabras, no dejaba lugar a dudas de que decía la verdad.

—¿Y se supone que yo tengo que dejar que arruines tu vida por mi culpa?

—Tú lo has dicho, es *mi vida*, y yo decido lo que quiero hacer con ella.

—Pues no pienso permitirlo.

—Pues tendrás que hacerlo, porque bajo ningún concepto voy a dejar que te haga más daño. —declaró, volviéndose a mirarla de nuevo—. Ya te fallé una vez, Kat, y no pienso volver a repetirlo.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Que te lo debo! —dijo con pasión—. No espero que con eso me perdones, pero tengo que hacerlo...

Kathy lo miró, perpleja.

—¿De qué estás hablando?

—Lo sabes.

—No —y presentía que no iba a gustarle, casi prefería no enterarse.

Para Alex ya no había marcha atrás. El peso de los recuerdos era una auténtica tortura.

Durante tres agónicos años había luchado consigo mismo para apartar de su mente la última conversación que habían mantenido, pero, muy a su pesar, recordaba hasta la última palabra que Kat había pronunciado, obligándolo a alejarse de ella. Cuando la miró de nuevo, dejó que por primera vez ella leyera en sus ojos el tormento

que había sentido durante todo aquel tiempo.

—Alex...

—Sé que no tengo ningún derecho a pedirte esto, pero... ¿qué tengo que hacer para que me perdones?

Kathy hubiese querido lanzarse a sus brazos para borrarle aquella expresión desolada del rostro.

—Yo...no tengo nada por lo que deba perdonarte, Alex.

—No es necesario que finjas. Sé que me culpas de todo lo sucedido por haber propuesto jugar con la Ouija aquella noche — dijo, enfrentándose por fin a sus fantasmas. La miró a los ojos y añadió, angustiado—: No hace falta que me odies, te aseguro que yo me odio lo suficiente a mí mismo por los dos.

Kathy le devolvió una mirada abatida. Recordaba el momento exacto en el que tuvo que mentirle para apartarlo de su lado. El martirio que leía en su rostro la sobrecogía. Había llegado el momento de hablar con la verdad..., aunque solo fuese por aliviar el dolor que Alex parecía cargar en el alma.

—Yo no te odio —confesó mirándolo a los ojos.

—¡Vamos, Kat, no trates de suavizarlo! Sé que lo que acaba de pasar entre nosotros no cambia nada. Durante tres años me he esforzado por olvidar aquella última discusión, pero muy a mi pesar recuerdo cada palabra.

A cambio recibió una mirada empañada por las lágrimas. Ella también se acordaba de cada palabra, y sobre todo recordaba el intenso dolor que desgarraba su corazón con cada una que pronunciaba. Era el principio del fin, y lo supo entonces, como también había sabido que tendría que hacerle mucho daño para conseguir que se alejara de ella; aunque supuso que se recuperaría con el tiempo. Al parecer en eso también se equivocó.

—Jamás te culpé de lo sucedido, Alex.

—¿Por qué te empeñas en mentir!? ¿Qué sentido tiene a estas alturas? —casi se enfadó—. Ya es hora de poner las cartas sobre la

mesa. Han pasado casi tres años.

—¡Tres años que me han parecido treinta! —gritó, sollozando al límite de sus fuerzas—. ¿Crees que para mí fue fácil apartarte de mi lado?

Respiró profundamente para intentar hablar sin llorar, pero no iba a ser sencillo. El momento que tanto había temido desde que Alex regresó, había llegado. Debía hablar de sus sentimientos más profundos para ser justa con él.

—¡Ayer me acusaste de no querer recordar el pasado, y tenías razón! —Ya no había marcha atrás—. Es cierto que no puedo hablar de lo que hubo entre nosotros, porque cuando lo hago soy demasiado consciente de la mierda en la que se ha convertido mi vida.

Ahora fue Alex el sorprendido. Sabía que lo sucedido había sido demasiado duro como para olvidarlo, pero al menos pensaba que ella si había podido superarlo y continuar adelante con su vida.

—Ya es hora de aclarar algunas cosas. —Tomó aire y agregó—: Nunca te he odiado, Alex, esa es la verdad.

—Me dijiste cuánto me aborrecías y... —exclamó sin intentar disimular su sufrimiento.

—Sé lo que dije... —interrumpió—, ... pero mentía.

—¿Qué mentías? —Alex no daba crédito a lo que estaba escuchando.

Aquellas palabras eran lo único que lo habían mantenido alejado de ella durante tres interminables años.

—¡Maldita sea, Kat! Entonces, ¿por qué me dejaste? —preguntó sin poder contener ya su angustia.

—¡Porque me hacías feliz! —gritó finalmente con la voz rota por la angustia—. Y no lo merecía.

Alex la observó, atónito. Sin poder articular palabra alguna.

—¿Aún no lo entiendes? ¡Yo levanté el dedo de ese maldito vaso! ¡Yo lo estrellé contra el suelo! ¡Yo le permití salir! —lloró desconsolada—. Soy la única responsable de todo lo que pasó

después. Es a mí misma a quien jamás podré perdonar, Alex. Tenía que alejarme de todo lo que me hacía feliz..., incluido tú.

Caminó por el salón, incapaz de mirarlo a los ojos, por miedo a lo que pudiera encontrar allí. No podía culparlo por despreciarla, pero no creía poder soportar leer en su mirada cuánto.

—Pero, Kat, tú no eres culpable de nada. Todo temblaba a nuestro alrededor, fue una reacción lógica. En realidad a cualquiera de nosotros podía habernos pasado.

—¿Crees que no me he repetido eso mismo millones de veces? Pero nunca conseguí creérmelo.

—¿Por qué no me dijiste cómo te sentías? —susurró—. ¿Por qué me dejaste irme pensando que me odiabas?

—¡Porque era la única forma de que te marcharas! —admitió—. ¿Lo habrías hecho si te hubiera dicho la verdad?

Alex no necesitó contestar. Ambos sabían la respuesta, pero eso no lo hacía menos doloroso.

—Al menos tú parece que has podido rehacer tu vida. —Intentó sonreír—. Me alegro por ti, de verdad.

Aquello fue la gota que colmó el vaso para Alex.

—¿Qué te alegras? —gritó de repente—. ¿Y de qué es exactamente de lo que te alegras? Nos condenaste a los dos a vivir a medias, y no tenías ningún derecho.

—Alex, yo...

—¿Crees de verdad que en mi existencia hay algo por lo que debas alegrarte? ¡Mi vida no tiene ningún sentido! Paso los días subido en el filo de una navaja, y sé que en algún momento voy a caer, pero me importa una mierda porque no tengo nada a lo que aferrarme. ¿Crees que es una sensación agradable?

La desesperación que reflejaban sus ojos le recordaron sus propios sentimientos. La misma amargura, idéntico desconsuelo.

—Lo siento —susurró angustiada—. De verdad pensé que tú al menos habías conseguido continuar adelante con tu vida.

Alex guardó silencio un instante. ¿Qué podía decirle? ¿Qué sin ella no había vida que mereciera la pena vivir? ¡No, en aquel momento estaba demasiado enfadado! Se debatía entre abrazarla para intentar consolarla o zarandearla por haberle mentido y condenado al infierno durante tanto tiempo.

Se alejó de ella de nuevo hacia la ventana.

—Alex... —susurró Kathy angustiada ante su silencio.

—Ahora soy yo quien no sé si podré perdonarte —sentenció, mirando de nuevo hacia la calle—. Planeaste todo muy bien.

—No, Alex, mi culpa me obligó a alejarme de ti, pero tú mismo me diste el arma para conseguir apartarte de mi lado. Tu propia culpa hizo el trabajo por mí.

El chico tuvo que reconocer que aquello era cierto. Él mismo puso en su boca las palabras que más tarde lo alejarían de su vida. Se sentía tan inmensamente culpable por haber encontrado aquella maldita tabla, y haber propuesto jugar con ella, que se anticipó a las razones de Kat para romper su relación. Recordaba haberla acusado de odiarlo por aquello.

—Solo tuve que darte la razón, Alex, creíste todo lo que tu propia conciencia quiso que creyeras.

Cuando Kathy se estaba desesperando ante su silencio, el chico agregó con la voz quebrada:

—¿Tienes idea del infierno que he vivido todo este tiempo?

—Te aseguro que conozco cada segundo de ese infierno —sollozó.

Alex se volvió a mirarla, y tuvo que contenerse para no correr a abrazarla. Se metió las manos en los bolsillos para no ceder a la tentación. Sabía que de hacerlo, terminaría suplicándole que lo amara como él continuaba amándola a ella.

—Será mejor que intentemos calmarnos... —dijo, esforzándose por seguir su propio consejo. Aunque se vio forzado a aumentar la distancia como medida preventiva.

Kathy se sintió terriblemente angustiada. En aquel momento necesitaba que Alex la abrazara tanto como respirar, y por un segundo había estado convencida de que iba a hacerlo, pero al parecer no estaba dispuesto a perdonarla. La mentira que en el pasado había servido para alejarlo de su vida, volvía a separarlos tres años más tarde.

El chico se sentó de nuevo en el sofá, intentando dejar de fantasear con la posibilidad de que Kat se sintiera igual que él. Si realmente no lo odiaba quizá aún tuviera alguna opción...

Consultó su reloj en un absurdo intento de alejar los inquietantes pensamientos de su mente. Si se arriesgaba y escuchaba de labios de Kat que ya no albergaba ningún sentimiento hacia él, se derrumbaría por completo; y necesitaba esa esperanza para tener un motivo más por el que luchar contra su enemigo.

—Creo que llegó el momento de llamar a Esteban Rojas — comentó de nuevo Alex, rogando para que aquello consiguiera despistar un rato a su dolorido corazón—. Aún no es muy tarde, y supongo que ya habrá llegado.

Kat se encogió de hombros y le tendió el número de teléfono que Luque les había facilitado.

—Me crea un poco de tensión esta llamada —le confesó mientras marcaba—. Esperemos que pueda ayudarnos o no tendremos por dónde seguir.

En absoluto silencio, esperaron a que contestaran.

Cuando ya pensaban que tendrían que dejarlo para el día siguiente alguien descolgó del otro lado.

—Buenas noches, mi nombre es Alejandro Robles, quería hablar con Esteban Rojas por favor —Se presentó Alex haciendo gala de su buena educación. No se podían permitir darle la más mínima excusa para que les negara su ayuda.

—Soy yo, muchacho, ¿eres el amigo del Inspector Luque? —preguntó con amabilidad.

—Sí.

—Me ha dicho que queríais consultarme acerca de un caso que llevé hace años. No sé si mi memoria os ayudará mucho. ¿De qué se trata?

—Una desaparición. ¿El nombre de Mikhail Vostricov le dice algo?

Un silencio sepulcral se instaló al otro lado de la línea.

—¿Hola? —preguntó Alex, extrañado, varios segundos más tarde.

—Sigo aquí... Trato de hacer memoria... —pero el tono amable había sido sustituido por otro más suspicaz—. ¿Qué estáis buscando exactamente?

—Cualquier cosa que pueda ayudarnos a entender que le ocurrió.

—¿Sabéis que ese expediente es confidencial? .

—Si, por eso necesitamos su ayuda.

La línea volvió a quedar en silencio.

Los chicos esperaron, tensos, a que el comisario se decidiera. De aquello dependía gran parte de su futuro.

—Mañana, sobre las diez, anota la dirección de mi casa...

Cuando por fin pudieron colgar el teléfono, ambos soltaron el aire contenido.

—¡Por un momento pensé que se iba a negar en rotundo a vernos! —confesó Alex, aún con los nervios de punta—. Tengo la sensación de que si Luque no lo llama antes no nos habría escuchado siquiera.

—¿Y crees que nos contará algo?

—Eso espero, o estaremos de nuevo en un callejón sin salida.

Kathy, exhausta, se dejó caer en el sofá a su lado.

—Me inquieta mucho esta visita, Alex —le confesó, intentando no sonar demasiado pesimista—. ¿Qué vamos a decirle si nos pregunta por qué queremos la información?

—Al menos sabemos que es lo que *no* podemos decirle.

—La verdad, supongo —adivinó—. ¡Qué mierda! Estoy cansada

de pasarme la vida mintiendo.

Alex le devolvió una mirada crítica, tanto que se vio obligada a insistir.

—No me gusta mentir, a pesar de lo que tú puedas pensar.

—¿He dicho yo algo?

—No es necesario, con esa mirada lo dices todo.

—¡Vale! Tenemos cosas más importantes en que pensar —dijo, molesto—. Has hecho una gran pregunta. Si yo fuese Esteban Rojas no abriría la boca hasta saber por qué tenemos tanto interés.

—Y, entonces, ¿qué hacemos?

Alex frunció el ceño, pensativo.

—Me temo que pedir otro favor. Y estoy cumpliendo mi cupo.

—Luque —adivinó.

—Lo necesitamos. Nunca conseguiremos que Rojas nos lo cuente todo si Luque no nos acompaña.

Sin darse tiempo para dudar, Alex marcó el número de teléfono de su amigo por enésima vez aquel día.

—Eres consciente de que es muy posible que te mande al cuerno, ¿verdad?

—Totalmente.

—Y llamarle a las once de la noche no te ayuda.

—Lo sé —aceptó—. Y me temo que esta vez no va a ser suficiente con apelar a nuestra amistad para conseguir que nos acompañe.

—¿No estarás pensando en contárselo todo?

—No hay otra opción, Kat, ha llegado el momento de que Luque sepa toda la verdad.

Capítulo 19

Tal y como habían supuesto, el policía no dio saltos de alegría al recibir la petición.

—¡Ni hablar! —protestó de inmediato—. Ya me he complicado la vida demasiado con todo esto. ¿Sabes el favor que le debo a Merino por tu culpa?

—Sí, y lo siento, pero yo era el primer interesado en leer ese expediente. ¿Crees que esperaba lo que ha pasado?

—Alex, alguien se ha colado en una comisaria de máxima seguridad, y se ha llevado un arma y el expediente de un caso confidencial, ¿tienes idea de lo que puede suponer para todos nosotros que llegue a saberse? —insistió—. Deberías olvidarte de todo esto en lugar de ir a hablar con Rojas.

—No puedo Luque.

—¡Pero es que esa visita puede complicarnos la vida!

—Luque, nosotros no tenemos otra opción —casi susurró—. Escucha...

El policía guardó silencio al otro lado de la línea.

—... Sé que piensas que podrás protegernos, pero la realidad es que tanto Kat como yo estaremos muertos dentro de unos días, si no hablamos con Rojas y conseguimos que nos cuente todo lo que recuerde.

—Alex, intento ayudaros. He puesto a mis mejores hombres a la puerta de vuestro apartamento.

—No, Luque —insistió—. Tus hombres no podrán salvarnos la vida. Si de verdad quieres ayudarnos solo hay algo que en este punto puedes hacer por nosotros.

—¿Tan importante es la información que puede daros el Comisario Rojas?

—Eso suponemos.

—¿Y si no os cuenta lo que necesitáis saber?

—Tendremos más posibilidades de que lo haga si vienes con nosotros.

Los segundos que el policía se tomó para contestar parecieron horas para Alex.

—Si no fueras como el hijo que nunca tuve...

— ¡Gracias! —Sonrió, contento, mirando a Kat que estaba sentada en el sofá a su lado.

—No me las des todavía. Quiero saber dónde me estoy metiendo, Alex; así que vas a contarme la verdad, sin omitir un solo detalle, o no muevo un dedo más para ayudarte. ¿Hay trato?

—Sí, Luque. —Sonrió de nuevo—. Contaba con ello, pero prefiero que no sea por teléfono.

—Bien, paso a recogeros a las nueve en punto, y me cuentas de camino.

—Será mejor que te vengas a las ocho y media. No vas a querer estar conduciendo cuando escuches la historia completa, te lo aseguro.

El inspector frunció el ceño. Presentía que no iba a gustarle nada.

—Empiezo a dudar de querer saberlo todo.

—Ya. Tan solo recuerda... que soy una persona equilibrada y completamente cuerda, ¿vale?

—Prefiero no preguntar a qué viene eso.

—Haces bien. Hasta mañana.

Cuando colgó el teléfono exhaló aire sonoramente, y se dejó caer hacia atrás en el mullido sofá. La tensión nerviosa fue cediendo poco a poco. Durante unos interminables minutos, había dudado de que su amigo consintiera en continuar involucrándose en algo que no podía entender. Luque siempre fue lo más parecido a un padre que había tenido, desde que el suyo murió cuando era adolescente, y le alimentaba el espíritu saber que él también lo quería como a un hijo. Iba a jugarse su carrera por ayudarlo. Lamentaba de veras tener que

pedirle algo así, pero era necesario. Solo esperaba que, pasara lo que pasase, no lo salpicase demasiado. No podría perdonarse nunca si en un intento por salvar sus vidas, Luque destrozaba su brillante trayectoria en el cuerpo.

—¿De verdad vas a contarle todo? —preguntó Kathy, sacándolo de sus pensamientos. Alex asintió—. ¿Y cómo crees que lo encajará?

—No tengo ni idea —reconoció—. Supongo que la reacción de cada persona es imprevisible. No es una historia fácil de digerir. Al menos por fin entenderá que fue lo que me llevó hasta Londres.

—¿Cuánto sabe de lo que sucedió hace tres años?

—¿Te refieres a cuánto cree saber?

—Entiendo —Sonrió con tristeza—. La versión oficial.

Alex asintió, sintiéndose terriblemente avergonzado de nuevo. Marcos debía estar retorciéndose en su tumba; le habían convertido en el villano de la historia, en lugar de en el héroe que en realidad fue.

—Es increíble —continuó Kathy—, pero en estos dos últimos días he hablado de la verdad de lo que nos pasó mucho más de lo que lo he hecho en tres años. Y me resulta curioso que nadie me haya tildado de loca todavía, y era lo que más temía.

—¿Tú tampoco se lo habías contado a nadie?

Kathy negó con un gesto de sorpresa. Al parecer tenían más en común de lo que en un principio había pensado.

Alex continuó hablando, sin molestarse en ocultar la amargura que albergaba.

—Es un secreto demasiado pesado de cargar, Kat —musitó—. Espero que no te hayas sentido ni la mitad de sola que me he sentido yo durante todo este tiempo. Te juro que hubo momentos en los que temí volverme loco —Cerró los ojos para intentar acallar los lacerantes recuerdos.

La chica sintió una dolorosa punzada oprimiéndole el corazón. Ella había dado por bueno su propio sufrimiento, convencida de que

merecía aquel suplicio, pero no podía soportar pensar en Alex sintiendo la misma agonía, solo y tan lejos de casa. Izó su mano y quiso acariciarle el rostro para borrar su expresión atormentada, pero la cobardía le hizo cambiar de opinión a mitad de camino. Decidió que quizá siendo sincera podría ayudarlo.

—Yo... pasé dos años yendo a terapia cada semana —contó.

Alex abrió los ojos y la miró sorprendido.

—¿Y sirvió de algo?

—Sirvió para tranquilizar un poco a mi abuelo, que creyó que hablar de ello con un psicólogo podía ayudarme a superarlo.

—Pero no fue así —Entendió.

—No, a pesar de que necesitara desesperadamente hablar con alguien —confesó—. Sabía que si le contaba a ese médico lo que de verdad sucedió, corría el riesgo de terminar junto a Ángela.

Kathy recordó aquellos primeros días, cuando se veía obligada a mentir dos veces por semana.

—Si ya era duro intentar afrontar la realidad de lo sucedido —contó—, negarla cada semana era una agonía. Fingía que me encontraba mejor, y que ya no soñaba con todo lo ocurrido. Lo cierto es que sigo teniendo pesadillas cada noche.

Las lágrimas anegaron sus ojos, pero esta vez no luchó contra ellas, solo las dejó fluir.

—Cada noche, mi subconsciente me devuelve a esa cabaña, Alex, y me traslada a la azotea después —hipó y continuó susurrando—. El enorme cuchillo desgarrándote por dentro mientras te mueres en mis brazos, aquella bestia estrangulando a Ángela, la última atormentada mirada de Marcos antes de...Un amargo quejido escapó de su garganta. Intentó dominar los temblores mientras sentía la mano de Alex tomar la suya para insuflarle valor.

—Él sabía que solo había una cosa que podía intentar para salvarnos, pero eso no hizo menos dolorosa su decisión. La angustia por no saber si habías muerto, y el horror por ser el causante; el

tormento que le provocaba el haber estado a punto de matar a Ángela, y tener que dejarla en aquel estado; el pánico que debía sentir por estar a punto de enfrentarse a la muerte... Su mirada era una mezcla de todas aquellas emociones. Estaba aterrado, sin embargo, de alguna manera, parecía aliviado por haber encontrado un rayo de esperanza para nosotros. Se necesitaba mucho valor para lanzarse al vacío, Alex, y una capacidad de amar inmensa para hacer un sacrificio semejante.

Alex le secó el rostro con suavidad, sin ocultar sus propias lágrimas.

—Jamás podré olvidar la agonía que leí en su última mirada... —gimió—. Y me esfuerzo mucho por apartar aquella imagen de mi mente, porque creo que se merece que recordemos solo lo bueno, y que nada enturbie su memoria; pero cuando me abandono al sueño todo acude a mi mente con tanta claridad... No me acuerdo de cuándo fue la última noche que dormí de un tirón, sin que las pesadillas terminen despertándome de madrugada...—Esquivó la mirada del chico, y añadió—: ... excepto anoche.

Alex intentó leer en sus ojos que significaba aquello, pero solo pudo apreciar el sonrojo que las mejillas de Kat no podían ocultar. Conteniendo el aire, dejó que continuara desahogándose, aunque aquella confesión lo estuviese desgarrando por dentro. Hubiera hecho cualquier cosa por poder ayudarla a borrar de su mente todo aquel sufrimiento, pero muy a su pesar no era posible; lo único que podía hacer era escucharla, confiando en que desahogarse pudiera servirle para acallar sus fantasmas.

—Anoche fue la primera vez en tres años que no tuve pesadillas, Alex... —Se esforzó por mirarlo a los ojos, y agregó—: ...Gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí, Alex, cuando estoy entre tus brazos me siento segura, como si nada ni nadie pudiera hacerme daño, ni siquiera los recuerdos.

«Estoy hablando demasiado», se decía a si misma mientras

intentaba dominar su lengua, aunque no podía silenciar sus pensamientos con la misma facilidad.

—Nunca debí apartarte de mi lado —susurró, sorprendiéndose a sí misma al escucharse; era algo que solo quería haber pensado.

—Kat...

—Sé que es muy tarde... —Se apresuró a añadir—, ...pero solo quiero ser sincera contigo, y que sepas que creo que me equivoqué.

—Eso ya no importa.

—Sí importa para mí. Espero que algún día puedas perdonarme. Te mentí para conseguir que te alejaras, y te hice daño; aunque... nunca pensé que decidieras marcharte del país.

Prefirió ahorrarse el bochorno de contarle que había sufrido una crisis nerviosa muy fuerte el día que Aurora le había hablado de su inminente partida.

—Tenía que hacerlo, Kat, sabía que si no ponía tierra de por medio, no soportaría estar alejado de ti —explicó avergonzado—. El mismo día de mi viaje, cinco minutos antes de embarcar, estuve a punto de correr a tu casa para suplicarte que me perdonaras. Lo único que podía hacer para no ceder a la tentación era subirme a ese avión.

—Para no volver en tres años. —Hasta a ella misma le sonó a crítica, sin haberlo pretendido.

—¿Hubieras querido que lo hiciera? —preguntó, sorprendido.

La chica guardó silencio y se ruborizó intensamente.

—¿Kat? —Buscó su mirada—. ¡Quiero una respuesta!

Kathy recordó el día en el que todo terminó entre los dos.

Hacía cuatro días que se había negado de forma tajante a seguir medicándose. Durante más de dos meses, había dependido de tranquilizantes y antidepresivos para mantenerse cuerda, pero se sentía tan adormecida que no podía pensar con claridad.

Cuando Alex llegó a su casa aquel día, acababa de enfrentarse a su cuarta noche sin dormir. Su sistema nervioso estaba destrozado, y

la realidad de todo lo sucedido estaba a punto de volverla loca. Su conciencia le gritaba groseramente que todo era culpa suya, que si hubiera sido más valiente Ángela estaría sana y Marcos no habría muerto.

Se asomó a la ventana y la felicidad la embargó por unos momentos, como le ocurría siempre que veía a Alex avanzando por el jardín hacia la casa, pero se sintió repentinamente enferma un segundo más tarde, cuando su conciencia le gritó que no tenía ningún derecho a sentirse así... El resto prefería no recordarlo.

—Olvidalo, Alex, ya no tiene ningún sentido —dijo, alejando los recuerdos.

—¡No quiero olvidarlo! —interrumpió—. ¡Estoy cansado de intentar olvidar! ¿Habrían cambiado en algo las cosas si hubiese vuelto antes?

—Alex...

—Quiero la verdad.

—Alex..., yo..., a pesar de que mi conciencia me indicaba que había hecho lo correcto, en el fondo de mi alma siempre albergué la esperanza de verte avanzar de nuevo por el jardín hacia la casa. —Las lágrimas volvieron a cobrar vida al aceptar—: Si, Alex, durante mucho tiempo esperé que volvieras a buscarme..., pero nunca lo hiciste.

El chico sintió una sacudida y se obligó a mantenerse sereno. Prefirió no malgastar sus energías dejando que su mente volara hasta todos aquellos días, con sus respectivas noches, vacías y amargas, en las que tanto había luchado consigo mismo para no ceder a la tentación. Había marcado su número de teléfono y colgado más veces de las que podía recordar; incluso en ocasiones, se dejaba llevar por la necesidad y esperaba tras el auricular el tiempo suficiente para oírla contestar, solo por el hecho de escuchar su voz una vez más.

—Una sola llamada tuya, Kat, y lo habría dejado todo.

«De nuevo habla en pasado», se lamentó la chica, jugando

inquieta con la borla de un cojín, solo por tener algo donde centrar su mirada.

—¿Lo dices en serio?

—Es evidente que sí.

Para Alex aquella pregunta resultó de lo más absurda. Había tardado casi tres años, y quizá no hubiese sido por las razones correctas, pero ella al fin lo había llamado, y apenas unas horas más tarde se había subido a un avión.

—¿Evidente? —Lo miró desconcertada.

Alex estudió su confusión unos segundos, y se sorprendió gratamente al comprender que Kat no se estaba haciendo la interesante.

—Increíble... —Sonrió—, ...aún no te has dado cuenta, ¿verdad?

—Yo...

Kathy lo miraba aturdida. No entendía de qué estaba hablando Alex, y que le sonriera de aquella manera no ayudaba a su mente a pensar con mayor claridad. Ni tampoco lo que hizo a continuación:

El chico recortó las distancias en el sofá y la atrajo con suavidad hacia él hasta arrullarla en su regazo. Kathy se dejó abrazar, mientras que su corazón parecía querer salirse de su pecho.

—¿Qué voy a hacer contigo? —le dijo, mirándola con ternura—. Pensaba que estabas disfrutando atormentándome, pero parece que ni siquiera te das cuenta de lo que me haces.

—¿Lo qué te hago? —repitió como un papagayo, solo pendiente de que aquellos labios se decidieran al fin a tomar los suyos.

—Encantadora —Sonrió más ampliamente, acariciando su bello rostro con delicadeza.

Un segundo más tarde se dejó llevar por la necesidad de besarla. Rozó sus labios con una ternura exquisita, dejándose envolver por aquella sensación cálida que tanto reconfortaba su dolorido corazón.

A pesar de que temía la respuesta, aquel beso lo ayudó a reunir la valentía suficiente para preguntar:

—¿Cuándo dejaste de esperarme..., mi ángel?

Su alma se rompió en pedazos al sentir como Kat se tensaba y se revolvía inquieta entre sus brazos.

—Kat...

—¡No me llames así!

—¿Qué?

Ahora era él quien no entendía nada.

—Que ya no soy tu ángel.

—Entiendo —susurró el chico intentando sobreponerse—. Pensé...

Kathy escapó de sus brazos, luchando contra las lágrimas. Ingenuamente había soñado con volver a escuchar aquellas dos palabras de sus labios, pero no contó con lo vacías que sonarían al ser consciente de que él no la amaba ya. Él también debía saberlo...

—¿Qué pensaste? —interrumpió, dolida—. ¿Qué era tu oportunidad para desquitarte?

Se juró a si misma que no iba a darle el gusto de verla llorar una vez más.

—¿Qué? —exclamó, perplejo.

Si Kathy hubiera tenido valor para mirarlo a los ojos, se habría dado cuenta de lo absurdo de sus suposiciones, pero se sentía demasiado avergonzada de sí misma. ¡Por Dios, acababa de confesarle que lo había esperado durante todo aquel tiempo! ¡Y lo segura que se sentía entre sus brazos..., y...! ¿Cómo había sido tan tonta para abrirle su corazón así? Había tenido un momento de debilidad, pero no era justo que Alex se aprovechara de ello para herirla. Comprendió cuánto debía odiarla para intentar vengarse de aquella manera, y casi lo entendió, pero eso no ayudaba a que dejara de doler.

—No tengo ni la más remota idea de lo que estás hablando, pero presiento que no me iba a gustar —dijo el chico con fingida indiferencia—. Prefiero no saber de qué me estás acusando.

—Alex... —En cuanto lo miró supo que se había equivocado, pero ya era tarde.

—No te molestes —interrumpió—. Porque algo si me ha quedado claro: que hace mucho tiempo que dejaste de esperarme.

Consiguió hablar con una frialdad que hasta a él mismo le sorprendió.

—... Y no te preocupes —añadió—. A partir de este momento has dejado de ser *mi ángel*. No sabía que te disgustara tanto.

Kathy apenas podía razonar. La fría voz de indiferencia era como si Alex blandiera un doloroso látigo. Ya no podía soportarlo.

—Alex, será mejor que...

—No, necesito aclarar algunas cosas más mientras mi sentido común funcione.

—¿Y si yo no quiero escucharte? —Lo enfrentó, intentando escudarse en la furia para no romper a llorar.

—No te entretendré mucho.

—Es que no...

—Ya no quiero más sexo contigo —Soltó a bocajarro.

Kathy se tambaleó casi como si la hubiese golpeado. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no abandonarse a las náuseas que amenazaban con vaciar el contenido de su estómago. Aguantó en pie estoicamente, mientras intentaba razonar algo más allá de un simple balbuceo.

—Estoy de acuerdo. —Fueron todas las letras que pudo juntar.

—¡Por supuesto! —ironizó—. Sería un milagro escucharte decir lo contrario.

—¿Puedo irme ya? —preguntó en un susurro, intentando mantener la compostura.

Alex hizo el último esfuerzo, y la miró con todo el desinterés que pudo reunir.

—¿No vas a insultarme? —Sonrió con cinismo—. Eso sí es una sorpresa.

La chica se limpió con un movimiento rápido una lágrima traidora que rodó por su mejilla, y se esforzó en preguntar:

—¿Por qué quieres humillarme?

—¡Porque me estoy muriendo por dentro! —le gritó de repente, incapaz de seguir sosteniendo por más tiempo aquella pose de hombre de hielo.

Aquello sí que conmocionó a Kathy.

—¿Qué... significa eso? —preguntó balbuceando.

Alex sonrió con todo el desdén del que fue capaz.

—¿Te gustaría saberlo, verdad?

—Alex..., ¿podrías dejar de comportarte como un desequilibrado?

—¡Pues parece que no! —clamó su orgullo por él—. No he dejado de hacer tonterías desde que he llegado, y meterme en tu cama encabeza la lista claramente; aunque en realidad la primera estupidez que cometí fue venir así que...

Se arrepintió de aquellas palabras casi mientras las estaba pronunciando. Cuando la miró a los ojos y vio el golpe que acababa de asestarle, se sintió el más miserable de los hombres.

Kathy se dio media vuelta e intentó caminar hacia su dormitorio. Alex corrió hasta ella, cortándole el paso.

—Lo siento.

—Déjame pasar —exigió.

—Kat...

—¡Suéltame!

—Escúchame un segundo, por favor.

—Ya no quiero escucharte más —le habló con entereza, sin comprender de dónde estaba sacando las fuerzas para hacerlo—. Siento haberte metido en esto. Si no te hubiera llamado ahora no estarías en peligro de muerte. Quizá Vostricov me habría matado con tranquilidad, sin poner en riesgo a nadie más; al fin y al cabo los dos sabemos que lo conseguirá tarde o temprano.

—¡Por Dios, Kat, no digas eso! —protestó, horrorizándose solo con pensarlo.

—Sabes que es la verdad —insistió, e intentó escabullirse de nuevo sin conseguirlo—. Déjame pasar.

—No hasta que me perdones por lo que te he dicho, yo...

—No tienes que disculparte por decir lo que piensas. —Y concluyó—: Puedes dormir en la habitación de Mónica, no le importará.

—Eso está demasiado lejos de ti... —susurró, sabiendo que ella no entendería cuanto le estaba diciendo con aquella frase.

—Pues el sofá es lo más cerca que puedo ofrecerte —Se aseguró de mirarlo a los ojos antes de añadir—: Te aseguro que no volverás a tener la oportunidad de cometer ningún otro *error* al que luego puedas calificar como otra *tontería*.

—Por favor, Kat... —rogó—. Reconozco que he perdido los papeles, esta situación no es fácil para mí.

—¿Y crees que para mí sí?

—Sé que tampoco, pero lo que siento por ti me nubla el juicio. —Se mesó el cabello, nervioso.

—¿Te refieres a la atracción física que te impulsa a hacer *tonterías*?

—Bueno..., en realidad es algo más complicado que eso, y deja de echarme en cara cada palabra que te he dicho, por favor.

—Claro —accedió—. En cuanto te apartes de mi camino.

—Kat... —intentó abrazarla.

—¡No me toques! —le gritó revolviéndose con fiereza, e intentó serenarse para sentenciar—: Casi no me quedan fuerzas, Alex, y voy a necesitarlas para enfrentarme a Vostricov sin enloquecer. De modo que, en nombre de lo que alguna vez pudiste sentir por mí, te suplico que te mantengas alejado.

Alex la miró, atormentado, intentando no desmoronarse. No podía prometerle algo que el mismo no sabía si iba a poder cumplir.

Solo volviendo a Londres estaría seguro de poder complacerla.

—No puedo marcharme, Kat, no hasta que todo esto termine.

—Lo sé, solo te estoy pidiendo...

—Sé lo que me estás pidiendo, y te prometo intentarlo.

Kathy asintió y pasó junto a él sin que esta vez tratase de detenerla. Desapareció tras la puerta de su dormitorio un segundo más tarde.

Alex cerró los ojos y apretó los puños con fuerza. Respiró profundamente, intentando alejar de él aquella sensación tan familiar, que durante tanto tiempo había dominado su vida, eclipsando por completo su espíritu.

No lo consiguió. Se dejó caer en el sofá, vencido, odiándose a sí mismo intensamente... una vez más.

A las ocho y veinte el telefonillo anunció la llegada de Luque.

Alex ya estaba en pie desde hacía rato. En realidad no había pegado ojo, pero con una buena ducha y un café bien cargado, estaba consiguiendo que casi no se notara. O al parecer eso creía él.

—Tienes mal aspecto. —Fue el saludo del policía, tendiéndole una bolsa de papel grasienta.

—Gracias, buenos días a ti también.

Caminaron hasta la cocina, donde el inconfundible aroma a café inundaba la estancia.

—¿Has dormido algo?

—No.

—Te dije que mis mejores hombres velan por vuestra seguridad —le recordó, sentándose a la mesa—. Podrías haber descansado.

—Te aseguro que lo intenté.

—Cuéntaselo a otro.

Alex lanzó una sonora carcajada. Al parecer Luque lo conocía demasiado bien, tanto como para estar seguro de que había montado

guardia toda la noche.

Sirvió dos cafés y se sentó a la mesa, mientras el policía rompía la pringosa bolsa y se comía una grasienta porra de dos bocados.

—¿Me alegra ver que ya has superado tu problema de colesterol? —Bromeó Alex—. Paulina se sentirá feliz; la última vez que hablamos parecía estar preocupada con ese tema.

Luque le hizo una simpática mueca de *agradecimiento* por recordarle a su esposa justo en aquel momento.

—Por cierto, ¿cómo está? —Rio Alex de nuevo.

—Feliz de que esté aquí contigo, desayunando uno de tus fantásticos y sanos batidos nutricionales —Sonrió—. Por cierto, me ha dado recuerdos para el amor de tu vida, ¿quieres que se los de yo personalmente?

—Touchê —concedió el periodista sin poder evitar sonreír, y agregó con sinceridad—: Te he echado de menos.

Kathy entró en la cocina ya arreglada para salir. Alex estuvo seguro de que había hecho tiempo en la habitación, hasta que el sonido del telefonillo le informó de que ya no estaban solos.

Con una deslumbrante sonrisa, saludó a Luque.

—He soñado con esa sonrisa —bromeó el policía—. Aunque en mi sueño no tenías ojeras, ¿tú tampoco has dormido?

—No demasiado... Disculpa, se me olvidó ponerme el reloj.

Salió de la cocina de nuevo, en silencio.

—¿Ya la habías visto esta mañana, o sencillamente no se ha molestado en saludarte? —preguntó Luque, suspicaz.

—¿Otra porra? —le ofreció, blandiendo una de las más largas.

Un minuto más tarde, Kathy entró de nuevo en la cocina. Se sirvió un café, sorprendida de que Alex se hubiera molestado en hacerlo, y cogió asiento junto a los dos hombres. Parecía que aún bromeaban sobre cosas banales. Se preguntó si el chico estaba esperando a que ella se incorporara a la conversación, para sacar el tema que los había llevado hasta su cocina a una hora tan temprana.

No tuvo que esperar mucho, fue el mismo Luque quien abrió fuego.

—¿Quién de los va a contarme la fascinante historia? —preguntó arrellanándose en la silla—. Estoy muy intrigado. Y, si va a destruir mi carrera, al menos espero que esté a la altura.

—Luque...

—Es broma. —Sonrió—. Pero ya que no os habláis entre vosotros, os vendrá bien charlar con alguien. Soy todo *oídos*.

Y guardó silencio, dándoles a entender que aquello ya no era una broma y que esperaba respuestas.

Los chicos intercambiaron una mirada inquieta. La primera que se dirigían aquella mañana en realidad.

—Primero dime algo, Luque... ¿Crees en el *más allá*?

—Alex...

—Contéstame. Es una pregunta sencilla, ¿crees o no que hay vida después de la muerte?

—Joder, Alex, a mí no me parece una respuesta tan sencilla. La verdad es que nunca me había parado a pensarlo. Te aseguro que con el *más acá* tengo bastante de momento.

—Pues entonces ya sabes por qué no te he contado la historia completa hasta ahora.

—Tienes que estar bromeando. —La incredulidad era el rasgo más obstinado de su amigo

—Eso quisiera, pero desde ya te anticipo que tendrás que confiar en mí. —Se aseguró de mirarlo a los ojos para continuar—. Sabes que no soy ningún idiota, Luque, y que jamás te contaría algo así sin estar seguro de lo que digo.

—Empiezas a inquietarme.

—Todavía no has oído nada.

—Es que tengo la sensación de estar a punto de escuchar alguna de las partes inéditas del exorcista —inquirió, esta vez sin ánimo de bromear—. Si comienzas a hablarme de Lucifer, me marchó ahora

mismo.

—Afortunadamente no es tan poderoso —intervino Kathy, intentando sonar despreocupada—. No es ningún demonio, ni siquiera él mismo ha cuestionado nunca su mortalidad.

—Bien, es mortal, entendido —repitió Luque con humor.

—Esa es la buena noticia...

—Supongo que me toca preguntar cuál es la mala. —Sonrió de nuevo, intentando dilucidar de qué iba todo aquello.

—Sí, bueno..., solo es un pequeño detalle... —continuó Kathy, esbozando la mejor de sus sonrisas.

—¿Cómo de pequeño?

—Lo asesinaron hace veinticinco años —confesó, mordiéndose nerviosa la comisura de los labios.

—Creo que no encuentro un comentario lo suficiente ingenioso para contestar a eso —Rio el policía, divertido—. Dejadme adivinar la siguiente parte: ahora es un espíritu anónimo que ha vuelto de entre los muertos, ¿estoy en lo cierto?

—No del todo...

—¡Que alivio!

—En realidad no es tan anónimo, concretamente es el espíritu de Mikhail Vostricov —concluyó Kathy, ruborizándose.

—¿Te pongo otro café? —fue todo lo que Alex pudo decir mientras intentaba sonreír.

Luque los miró alternativamente, en silencio, sin esconder su estupor. La sonrisa había desaparecido de sus labios al reconocer aquel nombre. Recordó, sin pizca de diversión, haberles preguntado por qué estaban hablando de un muerto como si estuviera vivo.

Alex observó su desconcierto, y guardó silencio esperando a que se repusiera de la sorpresa.

—Si no fuera tan temprano te pediría un whisky. Yo... no sé cómo decir esto..., pero ¡¿es que os habéis vuelto locos?!

—Estamos cerca, pero de momento seguimos cuerdos.

—Alex, si esto es una broma...

—Estaría dispuesto a dar cualquier cosa porque lo fuera — interrumpió con expresión férrea—. De ser así... mi amigo Marcos estaría vivo, siendo feliz con Ángela en alguna parte; y quizá Kat y yo pudiéramos tener una vida.

—¿Marcos? —Volvió a sorprenderse—. Recuerdo todo lo que me contaste, pero ¿qué tiene que ver él con todo esto?

—Él es el principio de esta historia, Luque, ¿crees que bromearía con algo así?

El inspector los observó un instante más. La seriedad con la que ambos esperaban una respuesta por su parte, le obligó a plantearse darles un voto de confianza. Conocía a Alex demasiado bien como para condenarle sin darle la oportunidad de defenderse. Durante aquellos tres años le había demostrado ser un hombre íntegro, con un gran sentido de la responsabilidad y una mente brillante. Quizá después de escuchar aquella historia, lograra entender un poco mejor por qué se había condenado a sí mismo a una vida aciaga e infeliz.

—Adelante, Alex, prometo escuchar la historia completa — Cedió, guardando silencio para demostrarlo.

Alex sonrió agradecido, y tomando aire se internó de nuevo en la amarga narración. Solo esperaba que por fin aquella fuese la última vez que tuviera que contarla.

—Verás Luque, hace tres años...

Esteban Rojas echó el último vistazo al recién podado limonero, dando por concluida la tarea.

Paseó su orgullosa mirada por el precioso jardín, inhalando profundamente para llenar sus pulmones del inigualable aroma de la hierba recién cortada.

Durante toda su carrera en el cuerpo había soñado con retirarse a vivir a una bonita casa de campo como aquella, tras la jubilación. Un

lugar que le aportara la paz que las calles de Madrid le habían robado durante más de cuarenta años.

Muchos de sus compañeros se atrevieron a asegurarle que echaría de menos *meter gentuza entre rejas*, pero él siempre estuvo seguro de que sería feliz cuidando de sus preciosas rosas, mientras escuchaba a Jimena, su mujer, cantando en el porche entretanto daba de comer a los gatos.

No se había equivocado. No había recordado demasiado sus años de policía en el quinquenio que llevaba apartado del cuerpo, pero desde que aquel muchacho lo había llamado, le era difícil pensar en otra cosa. El de Mikhail Vostricov había sido el único caso que nunca tuvo opción de resolver. Estuvo obsesionado con él durante meses.

Consultó su reloj, comprobando que faltaban un par de minutos para las diez, y caminó hasta la casa para lavarse un poco antes de que su visita llegara.

Se estaba secando las manos cuando Jimena entró a avisarle de que lo esperaban.

Dispuesto a obtener toda la información posible a cambio de la mínima que pudiese contarles, salió al porche para recibirlos. Se sorprendió al reconocer al ahora Inspector Federico Luque como uno de los visitantes. Tan solo habían trabajado en la misma comisaria durante unos meses, y de aquello hacía más de veinte años, pero lo recordaba a la perfección, su peculiar sentido del humor resultaba difícil de olvidar.

Ambos se saludaron efusivamente y charlaron de trivialidades durante unos minutos. Casi por arte de magia, Luque pareció recordar que no estaban solos e hizo las presentaciones pertinentes.

Alex agradeció, en silencio, que su amigo hubiese accedido a acompañarlos. Si había albergado alguna duda de que la presencia del policía fuese necesaria, se había disipado por completo. El que Luque estuviese allí inclinaba la balanza a su favor, estaba seguro.

Siguieron a Rojas hasta la parte trasera de la casa, donde les

ofreció asiento bajo la apetecible sombra de un frondoso árbol.

La regordeta mujer que los había recibido les ofreció un vaso de limonada bien fría, que todos aceptaron de buen grado.

Cuando estuvieron servidos, el comisario no se anduvo por las ramas. Abrió la conversación con la pregunta que hubiese representado el primer problema si Luque no hubiese estado allí con ellos.

—¿Por qué os interesa Mikhail Vostricov? —interrogó, sin paños calientes.

—Es un viejo conocido de la familia de Alex —mintió Luque sin siquiera pestañear—. Le estoy ayudando a entender que le ocurrió.

Rojas valoró la respuesta, intentando decidir cuánto de verdad había en ella.

—Si estáis aquí supongo que ya habéis agotado todas las vías de investigación —adivinó—. ¿Qué es exactamente lo que queréis saber?

Luque le cedió el testigo a Alex, que fue claro y conciso.

—Todo lo que pueda contarnos, no sabemos mucho más allá de su nombre —explicó—. Solo sabemos que desapareció hace veinticinco años.

El anciano suspiró, y paseó su mirada por sus tres visitantes, sopesando los pros y contras de lo que estaba a punto de hacer.

—¿Supongo que no hace falta recordaros que todo lo que os diga es confidencial?

—No saldrá de aquí, te lo aseguro —ratificó Luque con premura—. Aunque te confieso que estoy muy sorprendido, Esteban, ¿qué tiene de especial este tipo para tanto misterio?

—El caso fue un tanto... delicado, y que alguien se tomase tantas molestias para archivarlo lo antes posible no ayudó a resolverlo... — se puso en pie con una agilidad sorprendente para su edad y les dijo —: Esperadme un minuto.

Se alejó a paso rápido de la mesa, desapareciendo dentro de la casa.

—¿No cambiará de opinión, verdad? —preguntó Kathy, temerosa
—. ¿Volverá para contarnos el resto...?

—Eso espero —fue la franca respuesta del policía.

—Pues sería conveniente que comenzara a hablar antes de que me diera un infarto —comentó Alex, sin ninguna intención de bromear.

—Eso sería genial, sí —apoyó Kathy la propuesta, mientras su tembloroso pulso le impedía beber de su vaso con normalidad.

Ahora sí consiguió arrancarle una sonrisa a los labios del chico. Aquello era lo primero que le decía en toda la mañana.

Guardaron silencio al darse cuenta de que Rojas había vuelto al jardín, y avanzaba hacia ellos de nuevo, con lo que parecía ser un portafolio en la mano.

Resultó ser una vieja carpeta de cartón, que le tendió a Luque.

—¿Qué es esto?

A Rojas le costó un poco confesar:

—Una copia del expediente.

Capítulo 20

—¿Del expediente original? —Se asombró Luque, revisando los papeles.

Kathy y Alex casi dieron un respingo en la silla, intercambiando inquietas miradas de inquietud.

—Hice una copia y la saqué de la comisaria el día que me dijeron que debíamos archivar el caso —explicó el anciano un poco avergonzado—. Lo he revisado decenas de veces, pero sigue faltando alguna pieza.

Lo primero que Luque encontró, enganchada a la carpeta con un pequeño clip, fue una vieja fotografía. La observó unos segundos.

—¿Es él?

—Sí —confirmó Rojas—. Es Mikhail Vostricov.

Luque le tendió la foto a Alex, que intentando disimular el temblor de sus manos, la compartió con Kat. Un escalofrío los recorrió a ambos mientras examinaban el verdadero rostro de la persona que había destruido sus vidas.

De facciones duras y casi rectangulares, el rostro de Mikhail Vostricov decía mucho más de su oscura personalidad de lo que parecía impropio leer en un simple pedazo de papel. La sonrisa siniestra que esbozaba era escalofriante, tanto que casi podían escuchar sus crueles y perversas carcajadas; pero lo que sin duda helaba la sangre en las venas eran sus ojos. Grises y tan fríos como el acero, parecían desprender un halo pérfido y diabólico que resultaba estremecedor. Lo cual no era muy alentador, teniendo en cuenta que cuando posó para aquella fotografía aún era un simple mortal. Y si vivo ya era espeluznante, muerto resultaba aterrador.

—Un tipo desagradable, ¿verdad? —intervino Rojas al comprobar la expresión abatida con la que observaban la imagen—. Pues su carácter no era mucho mejor.

—¿Lo conociste?

—No, pero todos con los que hablé mientras investigaba, coincidían en que era una mala persona. —explicó—. En asuntos internos se habrían divertido de lo lindo si hubiesen dado con su paradero. Le tenían muchas ganas.

—Espera —exclamó Luque, levantando la cabeza del expediente —, ¿has dicho asuntos internos? Hasta donde yo he leído todo esto está relacionado con el tráfico de drogas.

—¿Drogas? —intervino Alex, frunciendo el ceño.

—¿Te sorprende?

—Pues sí —confesó—. Esperábamos que su desaparición fuese algo más... personal.

—Para nosotros lo fue —aclaró Rojas—. Cuando un caso así salpica de lleno a algún... compañero, por llamarlo de alguna forma, suele levantar ampollas.

—¿Corrupción policial? ¿Por eso decías lo de asuntos internos? —intervino Luque de nuevo cada vez más intrigado.

—Ahora ya sabes el porqué de tanto secretismo.

—¿Se sospechó que algún policía corrupto estaba implicado en su desaparición? Porque no entiendo bien —preguntó Kathy confusa.

—El corrupto era él. —aclaró el anciano—. Mikhail Vostricov era policía.

Aquello si constituyó una auténtica sorpresa para todos.

—Inspector, para ser más exactos —agregó. Y los miró, suspicaz—. Os faltan muchos datos para ser un conocido de la familia.

—¡Eso parece! —Sonrió Luque, intentando aparentar normalidad.

Cerró el expediente y lo depositó sobre la mesa. Tardaría demasiado en leerlo, y estaba claro que con las prisas se le escaparían los detalles más importantes. Ya lo consultaría más tarde.

—Esteban, por lo que has contado debes saberte de memoria todo lo que dice en estos papeles, ¿te importaría resumir la información?

El anciano dudó una décima de segundo. No sabía las razones que los había llevado hasta allí, pero de lo que si estaba seguro era de que Mikhail no era ningún viejo conocido de la familia de aquel muchacho. Aquello solo era una excusa que, estaba seguro, el mismo Luque se había inventado sobre la marcha; pero decidió que si el inspector había prestado su apoyo a aquellos jóvenes sería por un buen motivo.

La joven pareja esperó, inquieta, a que el anciano comenzara a hablar. Sabían que en lo que escucharan en los próximos minutos podía estar la clave para su supervivencia.

—Las últimas noticias que tenemos de Mikhail Vostricov, lo sitúan en una nave abandonada en la zona del antiguo matadero —comenzó—. Alguien hizo una llamada anónima para guiarnos hasta allí, la noche del veintidós de marzo de 1983. ¿Recuerdas a Francisco Ramírez?

Luque frunció el ceño, haciendo un esfuerzo por ponerle cara a aquel nombre. En aquella época el acababa de trasladarse a Londres, pero aún mantenía el contacto con todo lo que aquí ocurría.

—Si mi memoria no me falla, Ramírez era uno de los grandes narcos de la ciudad.

—Exacto —afirmó Rojas—. Entre él y su hijo movían toneladas de heroína.

—¿Y qué tienen ellos que ver con Vostricov?

—Cuando llegamos a la nave aquella noche, tanto Francisco Ramírez, como su hijo Antonio Ramírez y dos de sus matones, habían sido asesinados en un tiroteo —explicó—. Más tarde comprobamos que todas las balas salieron de la misma pistola. El arma también estaba allí. Vostricov ni siquiera se había molestado en limpiarla, tenía sus huellas por todas partes.

—¿Pudisteis averiguar qué había pasado?

—En realidad aquello fue lo más sencillo. En la nave encontramos heroína como para llenar un tráiler..., sacada de nuestros propios

almacenes además.

A Luque se le escapó un silbido.

—¡Una autentica millonada! —exclamó—. Pues la historia parece bastante clara. Ese Vostricov mató a los Ramírez y se largó con el dinero.

¿Qué la historia estaba clara? Kathy y Alex intercambiaron una inquieta mirada. Luque estaba olvidando un pequeño detalle: Vostricov había sido asesinado aquella noche.

Rojas tampoco parecía estar muy seguro de aquella versión.

—Esa es la conclusión del informe —afirmó.

—Pero no estás de acuerdo —Adivinó Alex.

El anciano miró al suspicaz muchacho y negó con la cabeza.

—Siempre me pareció que algo no cuadraba en aquella historia —confirmó.

—¿Por qué?

—Demasiada sangre —dijo pensativo.

—Bueno..., hubo cuatro muertos —Recordó Luque.

—Me refiero a sangre de Vostricov.

—¿Resultó herido en el tiroteo?

—El forense aseguró que con la cantidad de sangre que había perdido era imposible que aún estuviese vivo... —Luque miró asombrado a los dos muchachos—. ...pero nunca encontramos su cuerpo —concluyó el viejo policía.

Se sirvió otro vaso de limonada, sin ser consciente de la carga emocional que flotaba alrededor de la mesa.

—Esteban, ¿tú que crees que pasó? —preguntó Luque, intrigado. Para poder aclarar misterios como aquel se había hecho policía.

—Siempre estuve convencido de que allí hubo una alguien más... —afirmó, conmocionándolos—. Alguien de quien no sabemos nada; la última pieza del rompecabezas.

—¿Otro matón de los Ramírez?

—No. Estoy seguro de que, quién quiera que fuese esa persona,

acudió a esa cita con Vostricov —y argumentó—: Él estaba acostumbrado a tratar con gentuza, y no podía ser tan tonto como para presentarse solo para hacer el negocio de su vida.

Dio un largo tragó de su limonada y añadió:

—Estoy seguro de que llevó a alguien con él, y quizá esa persona decidió que no estaba dispuesta a compartir el dinero.

Alex observó a la chica, notando que tenía todos y cada uno de sus sentidos puestos en las palabras de Rojas. Allí estaba la clave. La relación personal que unía a Vostricov con aquella persona era sin duda la gran motivadora de todo lo que estaba pasando. La persona que Rojas denominaba *la última pieza del rompecabezas*, era el nexo de unión que ellos necesitaban encontrar.

—Así que no hallasteis el dinero. —Adivinó Luque—. Quién matara a Vostricov se lo llevó.

—Eso creo. Junto con su cadáver.

—Sí, pero ¿por qué llevarse el cadáver?

—Para que todos pensáramos que Vostricov había desaparecido con el dinero.

«Aquello tenía sentido», pensó Luque, echando una mirada a sus amigos, preguntándose qué pasaría por sus cabezas en aquel momento. ¿Les serviría de algo todo lo que estaban descubriendo? Comprobó cómo Alex no podía apartar los ojos de la chica, que parecía estar haciendo un esfuerzo enorme por controlar su estado nervioso. Para él, acostumbrado a los misterios, la historia había resultado más apasionante de lo que nunca habría creído.

—¡Un jodido plan perfecto! —exclamó, repasando mentalmente los detalles.

—No tan perfecto. —Le recordó Alex—. Te aseguro que van a cobrarle la deuda.

El policía arrugó el ceño. No estaba seguro de cuánto de la fascinante historia que Alex le había contado aquella mañana era cierto, pero, si se atrevía a creer en ella..., no le gustaría estar en las

botas de la persona que se la jugó a aquel tipo.

Rojas sonrió ante el comentario. No le había dado la sensación de que el chico fuese uno de aquellos religiosos convencidos de la expiación de los pecados en el otro mundo. Allá él, pero bajo su punto de vista, lo que no pagues en esta vida no cuenta. Aunque respetaría sus creencias sin hacer ningún comentario al respecto. Desvió su mirada hacia Kathy, que no había abierto la boca desde hacía mucho rato; por eso le sorprendió escucharla preguntar:

—¿Hay alguna pista de quién pudo ser esa persona?

Todos centraron su atención en la respuesta.

—No —negó—. Lo cierto es que no tuve la oportunidad de seguir investigando.

—¿Y nunca tuvo ni una ligera sospecha? —insistió, viendo como todas sus esperanzas se desvanecían por segundos.

—Nada. Y no sería por falta de candidatos. Este Vostricov era un mal bicho. Todo el mundo parecía odiarlo —contó—. Como ya os he dicho, nunca conocí a nadie que me dijera una sola palabra amable sobre él. Extorsionaba a media ciudad, trapicheaba con drogas, incluso se rumoreaba que había dejado embarazada a una de las prostitutas del club donde Ramírez hacía sus negocios, y la había matado de una paliza.

—¿Y nunca pudisteis probar nada?

—Asuntos internos lo investigó en varias ocasiones, pero nunca pudieron reunir las pruebas suficientes.

—¿Cómo es posible?

—Con total seguridad, y negaré haber dicho esto, alguien de arriba le guardaba muy bien las espaldas...

Luque torció el gesto.

—¡Qué asco!

El viejo policía asintió, y agregó:

—La investigación de su propia desaparición casi se cerró antes de que nos hubiera dado tiempo a analizar todas las pruebas. —

Suspiró—. El expediente se clasificó como confidencial. Quizá la persona que lo mató esté utilizando la influencia que sin duda todo ese dinero puede comprar, para asegurarse de que esta historia nunca salga a la luz.

—Así que te viste obligado a apartarte del caso, aun sospechando todo lo que en realidad sucedió. —Entendió Luque—. Debiste sentirte impotente.

—En las primeras semanas la rabia no me dejaba ni dormir —reconoció—. Pero ¿qué podía hacer? El mismo comisario en persona me citó en su despacho para asegurarse de que acataba las órdenes. Insistió en que el caso estaba más que claro, y de alguna manera consiguieron que el forense cambiara su versión y dijera que era factible que Vostricov hubiera huido del almacén por su propio pie.

—Poderoso caballero... —opinó Luque, reconociendo que no había nada que el dinero no pudiera comprar, ni fuera ni dentro del cuerpo.

—¿Sabe si ese comisario sigue vivo? —interrogó Alex, intentando encontrar un hilo del que seguir tirando.

—No lo sé. Dimitió poco tiempo después —explicó—. A veces pienso que quizá los remordimientos lo impulsaron a hacerlo. El comisario Monteverde siempre me pareció una buena persona.

El corazón de Kathy casi se detuvo en seco.

—¿Cómo ha dicho?! —preguntó en un hilo de voz, temiendo la respuesta como jamás recordaba haber temido nada.

Rojas le devolvió una mirada confusa.

—¿En qué momento?

Alex, que se había incorporado en la silla, completamente desencajado, insistió:

—¿Cómo ha dicho que se llamaba aquel Comisario?

Ambos esperaron la respuesta con el corazón encogido.

—Monteverde —confirmó sus peores sospechas—. Sebastián Monteverde.

—¡Jo-der! —exclamó Alex, atónito. La observó, preocupado, rogando porque su ya frágil cordura resistiera lo que aquello podía significar.

Para Kathy la revelación fue demoledora. Tanto como si alguien le hubiese dado un brutal puñetazo en la boca del estómago, dejándola sin respiración. Un caos absoluto reinaba en aquellos momentos dentro de su cabeza. Su mente se esforzaba por conservar la razón, intentando convencerse de que debía haber escuchado mal, pero en el fondo sabía que ahora..., por fin..., todo empezaba a cobrar sentido.

—¿Qué pasa? —Se alarmó Luque, ajeno a la bomba que acababa de estallarles entre las manos.

Kathy se puso en pie, tambaleándose. Necesitaba salir de allí. Sentía que se ahogaba bajo las atentas miradas de preocupación. El esfuerzo que estaba haciendo para no exteriorizar su angustia, paradójicamente estaba consiguiendo acabar con el poco autocontrol que ejercía sobre sus emociones.

Todos se pusieron en pie, alarmados, mientras que como una autómatas, la chica casi corrió hacia la puerta de salida, sin poder contener su turbación.

—Muchacho —Se inquietó Rojas—, ¿quieres que llame a un médico? Está muy pálida.

—No es necesario —contestó mientras se alejaba tras ella—. Gracias por todo.

Tuvo que correr para alcanzarla. No estaba seguro de qué podía decirle que pudiera ayudarla a sentirse mejor. Él mismo, apenas podía disimular cuánto le había trastornado la noticia.

—Kat, espera —le rogó.

—Déjame sola.

—Sabes que no puedo hacerlo.

—Necesito... Yo... no puedo pensar —gimió, volviéndose a mirarlo.

Alex se estremeció. La agonía que leyó en sus ojos le desgarró el alma.

—Duele..., Dios..., duele mucho —murmuró Kathy entre dientes, dándole la espalda para intentar sofocar una arcada.

—Kat, por favor —le suplicó—. Tienes que ser fuerte. Es posible que solo sea una coincidencia.

—¡Por favor, Alex, no me trates como a una idiota! —balbuceó entre lágrimas, volviéndose de nuevo hacia él.

—Espera a conocer su versión antes de sacar conclusiones.

—¡No me importa su versión! —le gritó con la voz rota—. Cualquiera que sea no traerá de vuelta a Marcos ni le devolverá la razón a Ángela.

—Él no tiene la culpa de todo eso. Kat, estas aturdida, es mejor que... —Intentó abrazarla, pero ella retrocedió.

—¿Has escuchado todo lo que ha dicho? —continuó gritando entre lágrimas.

—Kat, cariño... —iba a darle algo si no conseguía serenarse.

—¡No me toques! ¡No quiero que me toques! —bramó, retorciéndose para escapar de sus brazos mientras se masajeaba las sienes, como si aquel pequeño gesto la ayudara a no enloquecer.

—¡Kat, por favor! —imploró—. Tienes que intentar tranquilizarte. No sabemos cuántas de las conjeturas de Rojas son ciertas.

—Vostricov me quiere a mí, Alex, y ahora ya sabemos por qué. Nunca fui un capricho que encontró por el camino —argumentó—. ¡Soy el instrumento de venganza perfecto!

—Kat...

—¡Mi abuelo mató a Mikhail Vostricov! —Aulló de dolor, comprendiendo el alcance de aquella verdad—. Siempre me quiso a mí. Os destrozó a todos vosotros para llegar hasta mí.

—Kat, cálmate —insistió, tan consciente como ella de la veracidad de sus palabras.

—¡¿Y cómo lo hago, maldita sea?! —rugió—. Mikhail Vostricov ha

arruinado nuestras vidas, Alex, y ese cabrón regresó de entre los muertos porque mi abuelo lo mandó allí. Es tan responsable como él de todo lo que nos ha pasado.

—Deja que Sebastián se defienda antes de condenarlo.

—Mató a un hombre, Alex —le recordó—. Y robó su cadáver para alejar las sospechas.

—Quizá tuviera una buena razón.

—¡No puedes estar hablando en serio!

—¡Kat, tu abuelo es una buena persona!

—¡Lleva veinticinco años utilizando sus influencias para esconder un asesinato! —insistió—. ¡Tiene dinero como para comprarse un cuerpo de policía entero! —gritó, guardando un silencio atronador un segundo después.

Aunque no parecía posible, Alex hubiera jurado que había palidecido aún más.

—Kat... —O mucho se equivocaba, o acababa de comprender de dónde había salido todo aquel dinero que su abuelo gastaba a manos llenas.

—¡No... pudo... atreverse...!

Alex la sostuvo antes de que se derrumbara, abrazándola con fuerza. A pesar de que al principio opuso resistencia, finalmente se dejó confinar entre sus brazos, temblando.

—Él... ese dinero... —intentaba balbucear entre hipidos.

—Lo sé —le susurró al oído, acariciándole el cabello, sin poder evitar que sus propias lágrimas cobraran vida—. Tranquila, cariño, te prometo que el dolor cederá.

Durante mucho rato, Kathy lloró desconsolada entre sus brazos, mientras Alex, impotente, y sin saber que decir, tuvo que limitarse a abrazarla.

Luque tardó quince minutos más en unirse a ellos. Para cuando lo hizo, Kathy había conseguido tranquilizarse lo suficiente como para dejar de llorar; aunque en sus ojos podía leerse la dura batalla que

estaba librando en su interior.

El policía intercambió una interrogante mirada con Alex, que se veía muy preocupado.

Kathy se metió en el coche, incapaz de mirar a Luque a los ojos.

—¿Qué pasa, Alex? —preguntó en un susurro.

—No está bien.

—Lo sé. Habéis descubierto algo, ¿qué es?

—Me temo que más de lo que esperábamos.

—¿Ese Comisario Monteverde...?

—Es el abuelo de Kat.

Por enésima vez aquella mañana, Sebastián Monteverde apartó a un lado el periódico y se quitó las gafas para volver a limpiarlas. En aquella ocasión miró concienzudamente los cristales, siendo consciente de que las lentes nada tenían que ver con el hecho de que solo pudiese leer sin esfuerzos los enormes titulares. Suspirando, aceptó que eran sus viejos ojos los que ya no respondían, y decidió que había llegado el momento de dejar la lectura por aquel día y encender la radio.

Miró al exterior y contempló embelesado el precioso jardín que florecía tras el enorme ventanal. Adoraba estar allí sentado, en su viejo sillón, viendo como la primavera obraba su magia alrededor. Recordaba haber pasado largas horas disfrutando de aquel misterio de la naturaleza.

El sonido de la puerta al abrirse lo sacó de sus pensamientos.

Se volvió a tiempo de ver a Aurora avanzar hacia él, con un pequeño paquete en las manos.

—¿Qué es eso?

—No tengo ni idea —dijo, tendiéndoselo—. Lo ha traído un mensajero.

Sebastián analizó a conciencia el paquete, buscando el nombre

del remitente, pero comprobó, contrariado, que no se habían molestado en ponerlo. En cambio, si habían escrito su propio nombre y apellido con letras grandes y sumamente peculiares.

Cuando examinó aquella escritura con más atención se le cortó la respiración.

—¿Quién lo envía? —le preguntó a Aurora sin poder disimular el temblor de su voz.

—El remitente viene como desconocido —explicó—. ¿Te pasa algo?

—Déjame solo —ordenó.

La mujer lo dudó unos segundos. No sabía qué estaba ocurriendo, pero de lo que estaba segura era de que aquel extraño paquete lo había alterado por completo, y no podía entenderlo. Por lo que ella había leído, solo llevaba su nombre escrito en el exterior. ¿Qué tenía aquello de raro?

—¿Quieres que lo abra? —Se ofreció.

—Quiero que te marches —exigió con más brusquedad de la acostumbrada.

El anciano esperó con el corazón encogido a que Aurora cumpliera la orden, y volvió a posar sus ojos sobre aquellas letras. Los trazos angulosos y puntiagudos eran lo primero que había llamado su atención, aunque fueron las dos letras «T», contenidas en su nombre, las que le habían arrancado un escalofrío: las habían escrito boca abajo, simulando dos cruces invertidas.

«No es posible», se repitió una y otra vez, intentando alejar los recuerdos.

Con el corazón galopando a una marcha peligrosa, rompió el precinto y miró dentro de la caja.

Palideció instantáneamente, y tuvo que sofocar una arcada.

Habría reconocido aquella navaja en cualquier parte. La letra «V» xerografiada en el mango, y la terrible historia que encerraba bajo el frío metal, la convertían en uno de los recuerdos más crueles de su

vida.

Cuando pudo volver de nuevo al presente, reparó en el sobre que acompañaba el arma. Lo desgarró, impaciente, y extrajo una carta de su interior.

No se habían molestado en escribir demasiado, pero no hacía falta. Era la misma inconfundible letra. El mensaje, aunque escueto, lo conmocionó:

Pagarás por mi vida... con la suya.

¡Bienvenido al infierno!

M. Vostricov.

Sebastián abrió los ojos desmesuradamente. Leer aquel nombre sobre el papel lo golpeó igual que lo haría un enorme mazo. Reconocería aquella firma en cualquier parte. La picuda y peculiar letra «V» era exacta a la xerografía de la navaja.

Tembló de arriba abajo, repitiéndose una y otra vez que era del todo imposible que aquella carta la hubiese escrito Mikhail. Y él sabía mejor que nadie por qué.

Cuando creyó que las piernas podrían sujetarlo, se puso en pie y caminó hasta el escritorio con la carta entre las manos. Cogió asiento en la atestada mesa y desmontó, casi con un histerismo incontrolado, un marco de cristal desde donde una fotografía de Kathy le sonreía de oreja a oreja. Una pequeña llave cayó sobre su mano. Le costó tres intentos insertarla en la cerradura de uno de los cajones de la mesa; y, temblando, extrajo una caja metálica que descansaba al fondo del todo, utilizando la misma llave para abrirla.

Casi arrojó sobre la mesa todo lo que había en su interior: su vieja placa de policía, su arma reglamentaria y un montón de cartas atadas con una goma. Aquello era lo que buscaba.

Primero leyó su nombre, anotado en cada uno de los sobres, comprobando que cualquiera de ellos estaba escrito de forma

idéntica al paquete que acababa de recibir. Ansiando comparar la caligrafía del interior casi rompió uno de ellos. Debía de estar equivocado, era del todo imposible que concordaran.

¡La firma era idéntica! Y el tipo de escritura también coincidía a la perfección. ¿Cómo era posible?

Estaba claro que alguien trataba de hacerlo enloquecer. Y quién quiera que fuese conocía el pasado demasiado bien, pero no entendía que era lo que se proponían. Era posible que solo fuese una cuestión de dinero, pero si era así ¿por qué habían esperado veinticinco años para chantajearlo?

Muy a su pesar, su mente voló hasta el recuerdo que le había robado largas noches de sueño. Cada vez que sus pensamientos viajaban hasta aquel viejo almacén, casi podía oler el insufrible olor a pólvora mezclado con el repulsivo hedor de la sangre.

—Volveré para destruirte... —Había escupido Mikhail, tirado sobre el viscoso charco de sangre.

El simple recuerdo le producía náuseas. Y no eran aquellas tres simples palabras, era el odio visceral que leyó en los ojos del moribundo mientras las pronunciaba lo que lo había atormentado durante años.

«Y si... ¡Es una locura!», pensó, sacudiendo la cabeza para alejar la absurda idea que acababa de cruzar por su mente.

La puerta de la sala se cerró de un portazo, sobresaltándolo.

—¡Katrina!

Sebastián concentró la vista en su nieta y su mirada se suavizó, pero la sonrisa que estaba comenzando a esbozar se quedó en un amago al estudiar su pétrea expresión.

¿Era desprecio lo que leía en sus ojos?

Capítulo 21

En realidad, Kathy llevaba unos minutos observando cada movimiento del anciano, que parecía estar tan absorto en aquellas cartas que ni siquiera la había oído llegar.

Casi había tenido que suplicarle a Alex para que la llevase hasta allí, pero ahora no estaba tan segura de haber hecho lo correcto. La aterrizzaba lo que podía escuchar de labios de su propio abuelo durante el enfrentamiento que tendría lugar en los próximos minutos.

Mientras lo miraba, sentado en su viejo escritorio, con aquella expresión abatida en el rostro, intentó recordar algunos de los buenos momentos que habían disfrutado juntos, pero fue inútil. Lo que la había llevado hasta allí le provocaba un dolor tan desgarrador, que eclipsaba por completo cualquier ápice de benevolencia con el que intentara obsequiarlo.

Aquel anciano era la única familia que había conocido. Desde que era pequeñita lo había adorado, y se había esforzado por convertirse en alguien de quién él pudiera estar orgulloso. Siempre había sido su modelo a seguir. Alguien cuya integridad no podría ser cuestionada jamás.

¡Qué decepción tan insoportable!

«Dios mío, no lo conozco en absoluto», pensó con amargura, y armándose de valor empujó la puerta de entrada, cerrándola de un violento portazo como único saludo.

—¡Katrina!

La chica se adentró en la habitación sin mediar una sola palabra, pero con su mirada se aseguró de que el anciano entendiera desde el principio que aquello no era una visita de cortesía.

—¿Qué ocurre? —Se vio forzado a preguntar.

—Dímelo tú —dijo, cogiendo la caja de cartón que aún

descansaba en el sillón.

Sebastián no pudo ocultar su nerviosismo.

—Bonita navaja —observó Kathy, disimulando un escalofrío al examinarla de cerca—. Así que es esto lo que te ha puesto tan nervioso.

Aurora le había comentado algo acerca de aquel paquete al entrar, pero nunca imaginó lo que podía contener. La sorpresa fue mayúscula al reconocer el arma. Era imposible que estuviese equivocada: era la navaja de Vostricov. Y solo había una razón para que estuviera en poder de su abuelo.

—Parece que por fin ha decidido dejar de esconderse —murmuró.

—No sé de qué estás hablando —espetó el anciano, recortando las distancias y quitándole la navaja de las manos con un movimiento brusco—. Es... un recuerdo.

—Claro, abuelo. —Sonrió irónica—. Pues *tu recuerdo* lo robaron ayer de unos archivos policiales ante mis propios ojos.

Sebastián le devolvió una mirada perpleja.

—¿Quieres que te diga quién fue? —continuó.

—No sé qué...

—Tengo todos los datos —interrumpió—. A lo mejor prefieres que te haga un resumen.

—¿De qué estás hablando? Explícate.

—¿De verdad quieres saber lo que tus errores han hecho con mi vida?

—¿Estás tomando drogas, Katrina?

La chica tuvo que apretar los dientes para controlar el acceso de ira que amenazaba con hacerla explotar de un momento a otro. Solo volvió a hablar cuando consideró que lo había conseguido.

—Es increíble, abuelo, pensé que te conocía. ¿Cómo has podido vivir con ello durante tantos años?

—¡No... sé a qué te refieres! —titubeó. Era imposible que

estuvieran hablando de lo mismo.

—¿No? Entonces te refrescaré la memoria con tan solo dos palabras. —Tomó aire y casi escupió—: Mikhail Vostricov.

El anciano palideció. Su expresión horrorizada le dijo mucho más de lo que hubiese podido decirle con palabras.

—Parece que empiezas a recordar...

—¡No pronuncies ese nombre en mi casa! —gritó, abatido, incapaz de mirarla a los ojos.

—¿Qué ocurrió?

—Hay cosas que es mejor olvidar, créeme. ¿Por qué quieres hurgar en el pasado?

—¡Porque tu pasado me persigue!

—Eso es imposible —clamó—. Mikhail murió hace más de veinticinco años.

Kathy lo miró horrorizada. Si en el fondo de su alma había albergado una mínima duda, aquella frase terminó de confirmar sus peores temores.

—¿Murió? No, abuelo, lo mataron —sollozó—. ¡Tú lo mataste!

—¡No!

—¿Y cómo sabes que está muerto? Para el resto de gente desapareció con una millonada... —Lo observó palidecer de nuevo—. Solo una persona en el mundo puede saber que Vostricov está muerto: su asesino. Y, por favor, no me insultes más volviendo a negarlo.

Sebastián se dejó caer en su sillón, avergonzado, sintiéndose atrapado y vencido. Había temido aquella conversación durante un cuarto de siglo. Nunca le había asustado tener que pagar ante la justicia por lo que hizo, pero si había algo que se le hacía insoportable era que su amada nieta algún día pudiera enterarse de aquella horrible verdad. Y aquel día había llegado.

La chica lo observaba en silencio, mientras paseaba por la sala incapaz de parar quieta. Sabía que por fin había claudicado y no

tardaría en comenzar a hablar. Le concedió unos segundos para que ordenara sus ideas.

—¿Qué sabes tú de... —le costó pronunciar el nombre—. ... Mikhail Vostricov?

—Mucho más de lo que me gustaría, te lo aseguro. —Sonrió sin rastro de humor—. Aunque he venido a obtener respuestas, abuelo, no a contestar tus preguntas.

—¡He intentado protegerte de la verdad durante tantos años!

—¿Del hecho de que eres un asesino?

—No justifico lo que hice, pero...

—¿Te das cuenta de que lo estás admitiendo? —interrumpió asqueada.

—¿Tiene algún sentido negarlo a estas alturas?

—¡Lo mataste!

—Sí.

A pesar de saber lo que había ocurrido, escucharlo admitir la culpa abiertamente, la mortificó.

—Mikhail Vostricov era el hijo de puta más grande que he tenido la desgracia de conocer —contó—. No tenía ningún tipo de escrúpulo.

—Puedo imaginarlo.

—No lo creo —insistió—. Debido a mi trabajo yo estaba acostumbrado a tratar con escoria, pero a veces ni yo mismo podía concebir ni entender tanta maldad...

—Pero te apresurabas a defenderlo cada vez que se metía en algún lio —le recordó—. ¿Por qué?

Sebastián la miró, sorprendido. Ignoraba dónde había descubierto todo aquello, pero decidió que no tenía sentido preocuparse por eso a aquellas alturas.

—Será mejor que te sientes, Katrina, esto no va a ser fácil.

—Estoy bien de pie —le aseguró, tensa—. ¡Y no me llames Katrina! Empiezo a odiar mi nombre.

—A tu abuela no le gustaría oír eso.

—No cambies de tema —advirtió—. Mi abuela no tiene nada que ver con esto.

—En realidad..., eso no es del todo cierto.

Los ojos de Kathy se abrieron como platos, dando muestra de su desconcierto. Debía de estar entendiendo mal...

—¿Me estás diciendo que la abuela tenía algo que ver con ese monstruo?

—Muy a su pesar... corría la misma sangre por sus venas.

—¿Eran parientes?!

—Eran hermanos.

Kathy se desplomó sobre la silla que había rechazado momentos antes. Aquella historia se ponía cada vez más insoportable.

—¡No! —musitó—. Dime que ese cabrón no *era* mi... mi...

—Tío abuelo —terminó Sebastián por ella—. Aunque te aseguro que para Mikhail los lazos de sangre no significaban nada.

La chica estaba conmocionada.

—No lo entiendo —casi titubeó—. Ellos no compartían el mismo apellido.

—Si lo hacían cuando vivían en la Unión Soviética —admitió.

—¡No entiendo nada!

—Cuando conocí a Katia estaba casada con un alto cargo del Supremo Soviético —explicó—. Mikhail había concertado el matrimonio sin consultarle, obligándola a casarse con un hombre que le doblaba la edad, para poder vivir rodeado de lujos. El destino quiso que en un viaje que ambos hicimos a Paris, tu abuela y yo nos conociéramos y nos enamoráramos. Ella era tan increíble...

—No te despistes —Se forzó a interrumpir.

—¿Cuándo te has vuelto tan cruel?

—Cuando la persona que más admiraba ha resultado ser un farsante.

—Katrina...

—Continúa con la historia —exigió.

Sebastián la miró, dolido y dudó unos segundos, pero tras estudiar con detenimiento su rostro supo que no tenía más opción que continuar. Se merecía respuestas e iba a dárselas, aun sabiendo cuánto iban a dolerle algunas de ellas.

—Después de volver de Paris viajé a la Unión Soviética en dos ocasiones más para poder verla —contó nostálgico—. El destino quiso esta vez acelerar nuestra historia. Mikhail siguió a tu abuela hasta una de sus citas conmigo y tuvimos una pelea muy desagradable. Katia estaba segura de que iba a contarle todo a su marido, y si eso sucedía yo estaría muerto antes de darme cuenta de lo qué estaba pasando. —Suspiró—. Le pedí que huyera conmigo y tuve la enorme suerte de que aceptara.

Kathy lo escuchaba asombrada. Parecía increíble que jamás hubiese sabido nada de todo aquello.

—Cuando llegamos a España utilicé mis contactos para conseguirle una nueva identidad. Ella solo quiso conservar su nombre y olvidar todo lo demás —continuó—. Y te aseguro que fuimos muy felices... hasta que él nos encontró.

Sebastián contuvo el aire al recordar el terrible presentimiento que le recorrió la primera vez que vio a Mikhail a la puerta de su casa.

—Nos acusó de haberlo perdido todo por nuestra culpa —rememoró—. Y exigió una compensación. Yo no tenía dinero, así que lo único que pude ofrecerle fue mi ayuda para quedarse en España y entrar en el cuerpo; lo cual, siendo ruso, te aseguro que no fue nada fácil; aunque nada en nuestras vidas lo sería a partir de aquel momento.

—Déjame adivinar —intervino Kathy—. No dejó de extorsionarnos desde entonces.

—¡Durante más de veinte años! —confirmó—. Una simple llamada telefónica podía destruir nuestras vidas, y sabíamos que era muy capaz de hacerla.

Kathy comprendió por qué su abuelo daba la cara por Vostricov para sacarle de todas sus fechorías.

—Puedo entender que lo protegieses —aceptó—, pero nada de lo que me digas puede justificar que lo asesinaras.

—No trato de justificarme.

—¿Cómo ocurrió? ¿Tuviste la oportunidad y pensaste que era un buen momento para acabar con todos tus problemas..., y de paso hacerte rico?

Sebastián agachó la mirada, apesadumbrado.

—Tú me conoces, cariño —gimió—. ¿De verdad crees que fue tan fácil?

—Creía conocerte... —dudó un segundo—. Ahora ya no estoy tan segura.

—Me duele mucho escuchar eso.

—¿Y qué crees que he sentido yo al enterarme de que mataste a un hombre a sangre fría? —le increpó.

—Entiendo cómo te has debido sentir, mi pequeña —aceptó con lágrimas en los ojos—, pero te aseguro que todas las historias tienen dos versiones.

—¡Genial, abuelo! —ironizó—. Me va a encantar escuchar la tuya. Estoy deseando ver cómo te las apañas para justificar un crimen.

—Ya me has juzgado y condenado, ¿verdad? —dijo, abatido.

—No te hagas la víctima, no lo eres.

—Tampoco soy un verdugo.

—¿No? Mataste a un hombre —acusó.

—¡Y lo haría de nuevo! —gritó—. ¡Ese cabrón destruyó mi vida!

—¿Y eso te da derecho a...?

—¡Sí! —bramó interrumpiéndola—. De lo único que me arrepiento es de no haberlo matado antes.

La chica le miró, perpleja. Nunca había visto al anciano tan fuera de sí.

—No sabes lo que estás diciendo.

—¿Qué quieres oír, Katrina? ¿Quieres que te diga lo mucho que me arrepiento de lo que hice? —continuó gritando—. Pues siento decepcionarte.

Asombrada, Kathy observó como la ira iba encendiendo su ajado rostro a cada palabra que pronunciaba. Solo tuvo que mirarlo a los ojos para darse cuenta del inmenso dolor que escondía en su interior.

—Abuelo...

—¡Yo fui piadoso con él! —continuó gritando—. Le di una muerte rápida, cuando lo que me hubiera gustado era verlo retorcerse de dolor... ¡Ojalá pudiera volver a aquel momento solo para tener el placer de matarlo de nuevo!

—Por Dios, ¿te estas escuchando?

—¿No querías la verdad? ¡Pues te estoy dando un banquete!

—¿Es que no tienes conciencia? —Cuestionó, horripilada—. ¿Qué te hace diferente de Vostricov entonces?

—¡Que yo tenía motivos para hacer lo que hice!

—¿Eso crees?

—¡Sí! ¡Él se merecía morir!

—Eso no lo decides tú. No tenías derecho a...

—¡Claro que lo tenía! —bramó—. ¡El me arrebató lo que más quería!

—¿De qué estás hablando?

—¡Mikhail Vostricov mató a tu madre! —gritó enloquecido ya por el dolor.

Kathy palideció. Durante unos eternos segundos su mente se negó a asimilar lo que acababa de escuchar. Cuando fue plenamente consciente del alcance de aquella confesión, el dolor sordo que le atravesó el pecho casi la dejó sin respiración.

—Él me quitó a mi niña... —repetía el anciano entre sollozos—, ...mi preciosa niña..., mi pequeña...

Pasaron unos minutos antes de que ninguno de los dos reuniera la fortaleza suficiente para volver a hablar.

Poco a poco, Sebastián intentó serenarse y miró a su nieta entre lágrimas. Siempre había admirado la fortaleza que dominaba su carácter en casi todas las situaciones, pero en aquel momento parecía estar costándole mucho trabajo reponerse.

Izó su arrugada mano deseoso de acariciarla, pero en el último segundo sintió un miedo atroz al rechazo y devolvió los temblorosos dedos a su regazo.

—Siento mucho que hayas tenido que enterarte de todo esto —susurró—. Daría media vida por poder borrarlo de mi memoria.

Kathy trató por todos los medios de ordenar el caos que reinaba en su cabeza. Sabía que aún tenía demasiadas preguntas sin respuesta. Hacía muchos años que el propio anciano le había contado cómo murieron sus progenitores, debido a sus incesantes preguntas. Recordaba el dolor intenso con el que había relatado la muerte de su única hija y su querido yerno. ¿Acaso se inventó aquella historia solo para ella?

—Entonces, ¿mis padres no se mataron en un accidente de tráfico? —preguntó en un hilo de voz.

—Esa parte es cierta —afirmó—. Lo que nunca te conté... es que ese accidente fue provocado.

—Vostricov —comprendió.

—Manipuló los frenos del coche de tu padre —explicó, intentando no desmoronarse de nuevo—. Sabía que aquella noche iban a salir a cenar fuera y lo preparó todo...

Kathy se mesó los cabellos en un intento por calmarse.

—¿Por qué? —preguntó confusa—. ¿Qué tenía que ganar él con su muerte?

—Solo lo hizo para presionarme —se lamentó. Y tomando aire continuó—: Días antes me había hecho participe de un plan descabellado con el que decía que se haría rico. Quería robar de nuestros almacenes un cargamento de heroína recién confiscado. En realidad pensaba *tomarlo prestado*, según sus propias palabras. La

idea era sacar la droga de los almacenes para vendérsela a Los Ramírez, una de las familias de narcos más importantes, con la que ya había llegado a un sustancioso acuerdo. Después tenía planeado fingir una redada para incautar la droga de nuevo, y devolverla al almacén antes de que nadie pudiese darse cuenta de nada. ¡Toda una locura que solo podía ocurrírsele a alguien como él! —suspiró—. ¡Y pretendía que lo ayudase a llevarlo a cabo!

La chica escuchaba la narración temiendo el desenlace. El temblor en la voz del anciano revelaba la inmensa culpabilidad que escondía bajo la adusta apariencia.

—Por supuesto, me negué rotundamente a participar —gimió—. Y no puedo evitar pensar que si no lo hubiese hecho, quizá...

—Tú no podías saber que atentaría contra su propia sangre. — Quiso aligerar su carga.

—Debí suponer que haría cualquier cosa para asegurarse mi ayuda —se lamentó.

—¿Cómo te enteraste de lo que había hecho?

—Él mismo me lo confesó. Una tarde se sentó a mi lado y haciendo gala de toda la maldad de la que era capaz, me lo contó todo. —Apretó la navaja con fuerza entre sus manos—. Sin ni siquiera borrar su asquerosa sonrisa de los labios, me confesó cómo había cortado el cable del líquido de frenos del coche que segó la vida de tus padres —le mostró el arma—. Utilizó esta misma navaja para hacerlo...

Kathy maldijo entre dientes. La impotencia era tanta, que imaginó cómo pudo sentirse el anciano al enterarse de todo aquello.

—... Y prometió utilizarla de nuevo para acabar contigo, si no lo ayudaba —terminó de explicar con ojos acuosos—. Solo eras un bebé, apenas con dos añitos, pero estaba seguro de que no le temblaría el pulso para cumplir su promesa. Por eso accedí a ayudarlo.

—Lo que nos lleva a la noche en que murió —adivinó.

—Te prometo que no había planeado asesinarlo —aseguró—. Las

cosas durante la entrega de la mercancía se pusieron feas. Ramírez intentó jugarlosa, y cuando quise darme cuenta las balas silbaban por todo el almacén. Cuando el ruido cesó, comprobé alucinado que tanto Ramírez y su hijo como dos de sus matones, estaban muertos. Mikhail también estaba herido en una pierna, pero no era nada grave, aunque perdía mucha sangre. Mientras se hacía un torniquete, me gritaba órdenes acerca de lo que haríamos a continuación. Él hablaba y hablaba, pero yo hacía largo rato que había dejado de escucharlo... En lo único que podía pensar era en que tenía tirado a mis pies al asesino de mi hija.

No fue necesario explicar con palabras lo que ocurrió a continuación; ambos guardaron silencio unos segundos.

—¿Por qué decidiste llevarte su cadáver? —interrogó, consciente del desconcierto que había causado con la pregunta.

—En realidad eso no lo decidí yo. —Ahora fue ella la sorprendida.

—¿Hubo alguien más allí?

—Cuando me sentí menos aturdido llamé a comisaria —continuó—. Jamás se me pasó por la cabeza ocultar lo sucedido.

—¿Ibas a entregarte? —El anciano asintió—. ¿Qué pasó?

—Un joven policía, que apenas llevaba un par de años en el cuerpo, contestó mi llamada. Diez minutos más tarde se personó en el almacén. Escuchó la historia completa de todo lo sucedido sin mediar palabra, incluidos mis motivos para estar allí. Cuando terminé de contarle todo, me confesó que él y Mikhail habían tenido varios encuentros desagradables. Al parecer, el muerto se había encaprichado de la esposa del joven, y la tenía aterrorizada.

—Así que sabía la clase de persona que era.

—Sí. Fue entonces cuando me dijo que no le había hablado a nadie de mi llamada todavía. Que me admiraba mucho, y no le parecía justo que Mikhail consiguiera arruinar mi vida aún desde la tumba.

Kathy se estremeció por lo irónico de la expresión.

—Me dijo que nadie tenía por qué enterarse nunca de que yo había estado en aquel almacén —prosiguió—. Pero había un problema... Cuando había disparado no pensaba con claridad, de modo que lo hice con mi propia pistola reglamentaria.

La chica por fin lo entendió todo.

—Por eso tuvisteis que llevaros el cadáver —completó por él.

—Sí, pero decidimos dejar algunas pistas del paso de Mikhail por allí: la pistola que usó, su navaja, todo con sus huellas para que no hubiera ninguna duda, esperábamos que todos pensarán que se había largado con el dinero.

—¿Por eso os lo llevasteis? —inquirió, crítica.

Sebastián suspiró, era consciente de que haberse quedado con ese dinero no hablaba en su favor.

—¡Te aseguro que pensábamos donarlo todo! —se defendió.

—Pues es obvio que no lo hicisteis.

—Katrina, tu abuela renunció a toda una vida de lujos por mí —sollozó—. Y habíamos perdido lo que más amábamos. Yo solo quería verla sonreír de nuevo, y pensé que el dinero podría ayudarnos a paliar el dolor de la pérdida. Lamentablemente me equivoqué. Nada consiguió devolverle a tu abuela las ganas de vivir. Cuando le diagnosticaron aquel tumor... simplemente no pudo ni quiso luchar por su vida.

La chica guardó silencio. Aquello era lo único que jamás le habían ocultado. Su abuelo solía decir que a su querida Katia la había matado la pena. Tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no dejarse invadir por la amargura.

—De modo que entre ese policía y tú enterrasteis a Vostricov y os encargasteis de cerrar el caso. Prefiero no saber a cuánta gente tuviste que sobornar para conseguirlo. —El anciano asintió—. ¿Y no volvisteis a hablar del tema?

—No. Ambos dejamos la policía poco tiempo después —

Terminó.

—¿Y no has vuelto a saber nada de él?

—Hace unos años la vida le asestó un duro golpe, le quitó lo que más amaba —miró a su nieta con expresión dubitativa, y agregó—: Katrina, ese joven policía... se llamaba Ricardo Romero.

Kathy abrió los ojos desmesuradamente por la inesperada sorpresa. El color de sus mejillas se habría desvanecido por completo... si hubiese sido posible palidecer aún más.

—¿Ricardo Romero? —Casi susurró.

—Sabía que reconocerías el nombre.

Asintió casi por inercia.

Sebastián la observaba, suspicaz. Sabía que aquel nombre no le pasaría desapercibido, pero no esperaba que le causase tanta turbación.

Lo que no podía saber el anciano era que no había sido un simple nombre el causante de tanta conmoción, sino la asombrosa verdad que acababa de descubrir, tras conocer la implicación de aquel hombre en la muerte de Mikhail Vostricov.

Capítulo 22

Alex consultó su reloj, inquieto. Hacía mucho rato que Kat estaba encerrada en el estudio en compañía del anciano. La angustia de no saber lo que estaba pasando comenzaba a desesperarlo. Solo esperaba que la chica pudiera soportarlo. Cuando la había dejado a la puerta del despacho, había podido leer en sus ojos el pánico que le producía la conversación que estaba a punto de mantener, pero se había limitado a respirar profundamente e internarse en la habitación sin mediar palabra.

Volvió a mirar el reloj, y suspiró con impaciencia.

—El tiempo no irá más deprisa aunque lo consultes cada dos segundos. —Lo sorprendió Aurora, sentándose a su lado bajo el frondoso árbol del jardín.

Alex sonrió con genuina sinceridad. Desde el mismo momento en el que Kat los presentó un cariño muy especial había surgido entre ellos. Aquella maternal mujer siempre tuvo la habilidad especial de adivinar como se sentía. Era una de esas personas especiales con la cual sabes que puedes hablar de cualquier cosa.

—¿Cuánto quieres por tus pensamientos? —insistió la mujer con su amplia sonrisa.

—Te volverías loca antes de lograr ponerlos en orden, te lo aseguro —suspiró.

—Estoy dispuesta a arriesgarme.

El periodista rio, pero calló, cohibido, al notar la expresión risueña con la que Aurora lo observaba.

—¿Qué pasa? —la interrogó sin perder la sonrisa.

—Te he echado de menos —le dijo con la voz cargada de un sincero afecto—. Me gusta escuchar esa risa franca y sincera que transmite confianza y tanto dice de la gran persona que eres.

Alex agachó la cabeza, repentinamente avergonzado.

—Siempre te gustó sacarme los colores, ¿verdad?

—Y tú aún no aprendiste a aceptar cumplidos, ¿verdad?

Ambos rieron.

La mujer llenó de nuevo su vaso de limonada y se sirvió otro para ella. Después, se recostó en su silla con tranquilidad y preguntó:

—¿No te has planteado establecerte de nuevo en España?

—Bueno... —Bebió de su vaso para ganar tiempo. Parecía increíble que una pregunta tan sencilla tuviera una respuesta tan complicada—. Se vive bien en Londres.

—Un dato curioso para una guía de viajes. Ahora ¿te importaría contestarme? —Y lo amenazó con el dedo mientras añadía—: ¡Y sabes que cazo al vuelo a los mentirosillos! ¿Te has planteado o no volver?

—Cada día... —admitió mientras la sonrisa moría en sus labios —,... desde el mismo momento en el que me marché.

Un característico sonido desaprobatorio escapó de los labios femeninos.

—Me gustaría entender por qué os estáis haciendo esto, de verdad, pero no me resulta fácil ponerme en vuestro lugar.

—En realidad...nada es *fácil* entre nosotros.

—Porque vosotros queréis.

—La vida nos puso una dura prueba, Aurora, y no supimos superarla.

—Quizá necesitabais estos años para aprender a hacerlo —Tomó la mano del chico entre las suyas—. Quizá la vida os esté dando una segunda oportunidad en este momento. La cuestión es si quieres o no aprovecharla.

—Te aseguro que no hay nada en este mundo que desee más, pero no solo cuenta lo que yo quiera.

—¿Y crees que mi niña no lo desea?

Alex se encogió de hombros.

—No lo sé, Aurora —concedió—. Pero si hay un momento del

todo inapropiado para intentar averiguarlo, sin duda es este.

—¿Por qué?

—Porque antes de poder enfrentarnos el uno al otro, debemos luchar juntos contra alguien —confesó—. Y va a ser una dura contienda.

Aurora se revolvió en su asiento.

—¿Qué está pasando? —interrogó—. Mi niña ha estado muy nerviosa, y tú no has venido de visita, ¿verdad? Dices que tenéis que luchar contra alguien, ¿a quién te refieres?

Alex estudió muy bien sus palabras antes de comentar:

—Supongo que el nombre de Vostricov no te dice nada, pero...

—¿Vostricov? ¿Mikhail Vostricov? ¿Qué tiene ese miserable que ver con todo esto? —interrumpió, repentinamente enfurecida—. ¿No habrá vuelto a la ciudad? Siempre temí que lo hiciera cuando se le acabase el dinero. ¡Dime algo, Alex, por favor no te quedes callado!

En realidad, el chico estaba perplejo. No se le había pasado por la cabeza que Aurora pudiese haberlo conocido. Ilusamente, había supuesto que la relación que su enemigo tuviese con Sebastián se ceñiría al plano profesional.

—¿Tú lo conociste? —interrogó sin salir de su asombro.

—¡Y le calé de inmediato! Nunca me gustó, y te aseguro que se lo dije a Sebastián en más de una ocasión, sí señor. Incluso mi preciosa Katia admitía que era una mala persona.

—¿Katia? —frunció el ceño cada vez más desconcertado—. ¿La abuela de Kat? ¿Ella también lo conocía?

—¡Pero que pregunta tan absurda, Alex! —Ahora fue la mujer quien parecía algo confusa—. Quizá no estamos hablando de la misma persona.

Se miraron en silencio unos segundos. Alex estudió la expresión de aturdimiento en el rostro femenino. Sin duda, su propia expresión debía de ser muy similar. Tendría que hacerle algunas preguntas si quería aclarar un poco aquel galimatías.

—Aurora, ¿de qué conocías tú a Mikhail Vostricov?

No le dio tiempo a contestar. Una suave voz, empañada por las lágrimas, lo hizo a sus espaldas.

—Era hermano de mi abuela —dijo casi en un susurro.

Ambos se volvieron, sobresaltados, para descubrir a Kathy a un par de metros de distancia. Saltaba a la legua que no tenía buen aspecto.

Alex se puso en pie para recibirla, preguntándose si habría entendido mal.

—Mi niña, ¿te encuentras bien? —preguntó Aurora, olvidándose por completo de la conversación anterior—. ¿Qué ha pasado? ¿Sebastián está bien?

—Sí. Está en el estudio, pero será mejor que le eches un vistazo.

Asintiendo, se alejó hacia el interior de la casa con expresión preocupada, dejándolos a solas.

Kathy cogió asiento junto al chico, que prefirió guardar silencio hasta que ella estuviese preparada para comenzar a hablar por sí misma.

—Casi no sé por dónde empezar —confesó, intentando serenarse.

—¿Ha admitido que lo asesinó?

—Sí.

Alex suspiró. De alguna forma había mantenido la esperanza de que Sebastián no fuera culpable.

—Ha reconocido que le pegó un tiro, enterró su cadáver y se llevó el dinero —admitió—. ¡Todo completito!

—¿Estás bien?

Recibió una sonrisa irónica.

—¡Pues no Alex, por supuesto que no estoy bien! Ese cabrón era hermano de mi abuela.

—¡Vaya! Pensé... que te había escuchado mal...

—Ojalá yo también pudiera malinterpretarlo; y esto solo es la

punta del iceberg.

Alex guardó silencio de nuevo. Solo tenía que tener un poco de paciencia para escuchar toda la historia. Le estaba costando un esfuerzo enorme no instarla a hablar, pero por nada del mundo quería atosigarla.

—Al parecer, la historia de mi familia es un poco más *emocionante* de lo que yo pensaba —ironizó, utilizando uno de sus tonos más mordaces—. Digna de la más retorcida ficción hollywoodiense, o quizá pueda parecerse más a uno de esos jodidos telefilms de serie b...

—Kat, no te hagas más daño —le suplicó—. La sátira puede ser un gran escudo, pero suele terminar volviéndose contra ti.

La chica agachó la cabeza durante unos segundos. Tuvo que apretar los dientes con fuerza para contener las lágrimas que pugnaban por salir.

—¡Es que ni siquiera sé cómo contarte todo esto, Alex! —gimió—. Tu vida también está en la cuerda floja solo por haber tenido la desgracia de conocerme.

—Cariño —Le tomó las manos—, tú eres tan víctima como yo de todo lo que está ocurriendo.

Parecía tan desvalida, que las ganas de abrazarla se tornaban insoportables.

—Pero es mi historia familiar la que nos ha metido en este lio. Y, al parecer, mi propia tragedia no empezó hace tres años. —se lamentó—. Mikhail Vostricov me ha quitado mucho más de lo que jamás creí posible.

—¿A qué te refieres?

—Al hecho de haber crecido sin el amor de mis padres. —Una incontenible lágrima rodó por su mejilla.

Alex la miró, desconcertado. Se esforzó por encontrar una explicación diferente a la que su mente se empeñaba en conjeturar, a través de las palabras que acababa de escuchar. Casi le daba miedo

preguntar si sus suposiciones era o no acertadas. Por fortuna no tuvo que hacerlo. Kathy retomó la conversación sin dilación:

—Será mejor que empiece desde el principio...

El chico lo agradeció con un gesto, y se limitó a escuchar, alucinado, la asombrosa historia. Cuando el silencio se hizo de nuevo cinco minutos más tarde, la miraba perplejo.

—Es... increíble —Tantos años escribiendo reportajes y no se le ocurría otro calificativo que describiera mejor sus sentimientos—. Hay que ser muy cabrón para atentar contra tu propia sangre.

—Al menos mi abuela jamás se enteró de que su propio hermano fue capaz de algo tan vil; y te aseguro que es una información sin la que yo misma hubiera podido vivir también. Aunque prefiero no pensar en todo lo que he perdido por su culpa.

—No te desmorones, Kat, mantenerte con vida es lo mejor que puedes hacer por tus padres ya. Estén donde estén, te aseguro que no hay nada que deseen más que verte a salvo y feliz.

—Lo sé, Alex, tenemos que enviar de vuelta a ese monstruo, y esta vez nos aseguraremos de que se quede allí.

Pronunció aquellas palabras con una firme resolución. A esas alturas era consciente de que tenía dos opciones: podía hundirse, lamentándose por todo lo que había perdido; o luchar por su vida y vengar así la muerte de sus progenitores.

—¿Le has contado a Sebastián todo lo que está pasando?

—¿Quieres decir que si le he hablado de la vuelta de Vostricov?

—El chico asintió—. Lo he insinuado, pero no he insistido demasiado. Ya tiene bastante en qué pensar. Ese cabrón le ha enviado la navaja que ha robado de comisaría.

—Sabía que la reconocería —adivinó—. Se ha cansado de esconderse.

—Supongo que ha decidido que es hora de avanzar en su venganza, y para eso necesita que mi abuelo sepa que ha vuelto para cobrarle viejas deudas.

—Solo que de momento eres tú quien las está pagando.

—Yo soy la única forma de hacerle daño. Sabes que a él no puede tocarlo —le recordó—. Hace tres años, Vostricov no tuvo tiempo de completar su venganza, al menos no contra su peor enemigo; aunque...

—¿Aunque?

—Si se desquitó con la otra persona que de alguna manera se involucró en su muerte.

—¿Hablas del joven policía que lo ayudó a tapar lo sucedido? —Kathy asintió—. ¿Qué le pasó?

—Vostricov le infringió el dolor más grande que pueda sufrir un ser humano: le quitó a su hijo.

—¿Mató al hijo del policía? —Se sobresaltó casi sin poder creerlo.

—Sí, indirectamente, pero lo hizo.

—No sé si te entiendo.

—Alex, ese policía... era el padre de Marcos.

—¿Ricardo? —La expresión de absoluto estupor del muchacho hablaba por si sola.

—Si —confirmó, convencida de que Alex tampoco tardaría ni diez segundos en comprender lo que aquello significaba. Y no se equivocó.

—¡A Marcos tampoco lo escogió al azar! —adivinó—. Todo este tiempo pensando que podía habernos poseído a cualquiera de nosotros...

—Al parecer, Ángela y tú solo estabais en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

—En realidad todos lo estábamos, porque si no hubiésemos ido a la cabaña ni jugado con la maldita Ouija, jamás hubiera podido llegar hasta vosotros.

—No estoy tan segura. Empiezo a pensar que hubiese encontrado la manera —opinó, cada vez más convencida—. Quizá le facilitamos las cosas, pero creo que solo adelantamos lo inevitable. La prueba la

tienes en que tres años más tarde ha encontrado la forma de volver. Y esta vez no nos ha necesitado para hacerlo.

—Cierto. Así que quizá deberíamos dejar de fustigarnos — admitió Alex—. No somos responsables de lo que les sucedió a Marcos y Ángela, y me parece que ha llegado la hora de pedir responsabilidades al verdadero culpable.

—¿Qué hacemos?

—De momento será mejor que volvamos a la ciudad. ¿Tienes que ver a Sebastián antes de irnos?

—No, en realidad... no sé si estoy preparada para perdonarlo todavía —admitió, confusa—. ¿Volvemos a mi apartamento?

—Solo a coger algo de ropa. Mientras que no sepa dónde encontrarnos le llevamos ventaja, así que nos alojaremos en un hotel —explicó poniéndose en pie—. Al menos hasta que Luque tenga el resultado de las grabaciones y pueda sacarlo de circulación unos días.

Kathy no hizo ningún comentario al respecto; tan solo respiró aliviada de que el cerebro de Alex aún continuase funcionando tan bien a aquellas alturas.

Sebastián escuchó el sonido del motor y se incorporó sobresaltado. Poniéndose en pie, salió al extenso pasillo llamando a Aurora con urgencia, que acudió en su busca asustada ante los gritos.

—¡Se ha ido! —gritaba desencajado.

—¿Kathy? Sí, es que...

—¡Le rogué que no lo hiciera! —continuaba tembloroso, con el miedo escrito en los ojos—. Aquí estará a salvo...

—¡Por Dios, Sebastián, tranquilízate!

—Está en peligro, fuera de aquí no puedo protegerla.

—¿Kathy corre peligro? —Alarmada, Aurora entró tras él de nuevo en la sala.

—Le hará daño, la nota es muy clara.

—¿Quién quiere hacerle daño?

—Se ha tomado muchas molestias para imitar su letra, para robar la navaja... No es una simple amenaza.

—¿De quién estás hablando?

Sebastián no escuchaba. Más bien parecía que hablaba consigo mismo.

—La encontrará —susurraba, ahora tembloroso—. Va a por ella, porque quiere hacerme daño a mí.

—¿Hablas de Mikhail? —preguntó la mujer, intentando poner un poco de lógica en aquel caos—. ¿Es cierto que ese desgraciado ha vuelto?

—¡Mikhail Vostricov está muerto! —gritó el anciano con tal angustia que consiguió que Aurora palideciera también—. ¡Muerto y enterrado!

—¿Estás seguro? Alex ha mencionado su nombre y...

—¡Los muertos no se levantan de la tumba! —Tembló—. Eso... eso... no pasa...

Capítulo 23

Alex detuvo el coche a la puerta del edificio de la chica, apagó el motor y se volvió a mirarla. No tenía buen aspecto. Aún no había recuperado el color de sus mejillas, y la tristeza que se había instalado en sus ojos parecía haber venido para quedarse.

—Si hay algo *bueno* que tiene todo lo *malo* es que, tarde o temprano, *pasa*

Recibió una sonrisa agradecida por el comentario. No es que en aquel momento le sirviera demasiado, pero apreciaba el esfuerzo sincero que Alex estaba haciendo por intentar que se sintiera mejor. Desafortunadamente, no había nada que pudiera ayudarla en ese sentido. Los descubrimientos de la mañana habían sido demasiado devastadores como para encajarlos con facilidad. Sabía que necesitaría tiempo para poder asimilarlo, y tiempo era precisamente de lo que no parecía quedarle demasiado.

—Resulta sorprendente el giro que ha pegado esta historia en apenas unas horas —declaró Alex, aún sin poder creerlo—. Al menos ahora sabemos a qué atenernos.

—Cierto, hasta hace nada solo teníamos una solución para salir vivos de este lío —reconoció Kathy, sin poder ocultar el tono sarcástico—. Y ahora tenemos dos. Podemos elegir entre matar a Edu o matar a mi abuelo. Siempre es interesante disponer de varias opciones.

Ahora fue Alex quien suspiró.

—Lo siento —se disculpó antes de que el chico pudiera decir nada.

—Solo trató de ayudarte, Kat, aunque sé que no hay mucho que pueda hacer para conseguirlo.

En realidad... si había una cosa, pensaba la chica intentando no ruborizarse, pero aquello tampoco podía tenerlo.

—Me basta con que estés aquí, Alex —se encontró diciendo—. No sé si te he dado las gracias ya por todo lo que estás haciendo por mí, pero quiero que sepas que no hubiese podido soportar estos días sin tu apoyo.

Alex desvió la mirada, avergonzado. El corazón le martilleaba dentro del pecho, mientras se repetía a si mismo que no habría peor momento que aquel para hablarle de sus verdaderos sentimientos.

—Será mejor que subamos —dijo a punto de claudicar—. Prepara solo lo imprescindible.

—Está bien —susurró, sintiéndose un poco decepcionada. Por un momento le había parecido leer algo muy hermoso en sus ojos.

Ambos bajaron del vehículo y se internaron en el edificio.

Mónica y Micky estaban en casa. La chica, arreglada para salir, corrió hasta ellos al sentir la llave en la cerradura.

—¡Menos mal! —Casi protestó.

—¿Ha pasado algo? —Se alarmó Alex.

—Nada nuevo, pero no quería marcharme al ensayo sin tener noticias vuestras. ¿Habéis averiguado algo?

Alex estudió la expresión de angustia en el rostro de Kathy, y comprendió que no se encontraba preparada para compartir sus últimos descubrimientos con nadie más.

—No hay tiempo para explicaciones —intervino a riesgo de sonar grosero—. Tenemos que marcharnos ya.

Aquel comentario le valió una mirada agradecida por parte de Kathy, que desapareció tras la puerta de su habitación.

—¿Dónde vais? —interrogó Mónica, confusa.

—Voy a llevármela a un hotel hasta que esto termine.

—¿Lo crees necesario?

—Totalmente.

—¿Ya tenéis las reservas? ¿Dónde vais a estar?

—Aún no lo hemos decidido.

—Yo tengo un amigo que trabaja en uno del centro, ¿quieres que

lo llame?

Alex sopesó aquella opción unos segundos, pero finalmente decidió extremar aún más las precauciones.

—Te lo agradezco, Mónica, pero cuanto menos sepas de nuestro paradero mucho mejor, por la seguridad de todos.

—¿Por qué dices eso? —Se alarmó—. ¿Crees que Edu puede venir a por mí?

Micky, que hasta aquel momento se había mantenido al margen, se puso en pie suspirando.

—Edu no te hará ningún daño, te lo aseguro —le dijo a Mónica abrazándola, y miró a Alex sin ocultar su desdén—. Tú protege a tu chica de quién creas que tengas que protegerla, que yo cuidaré a la mía de vuestras absurdas suposiciones.

—Yo no soy el enemigo, Micky —respondió Alex, intentando ponerse en su lugar—. Lamento que me veas como tal.

—Entonces deja de comportarte como un desequilibrado.

El periodista sonrió, irónico, y prefirió no contestar aquel insulto.

—Desde que te conozco solo te he escuchado decir disparates —insistió Micky—. Y que Edu está poseído por un espíritu es el mayor desatino de todos.

—Eres libre de pensar lo que te parezca —cedió el periodista suspirando con hastío—. No tengo tiempo para intentar empatizar contigo. Si estuviera en tu lugar me llevaría a Mónica bien lejos, pero sé que no vas a seguir mi consejo —Miró a la chica muy serio—. De modo que lo siento mucho Mónica, pero no puedo decirte dónde vamos a alojarnos. Edu vendrá a buscarte tarde o temprano, porque no tendrá más conexión con Kat que tú.

—¿Y crees que yo le diría dónde estáis? —Se entristeció—. Se ve que no me conoces bien. Jamás le confesaría a Edu...

—Lo sé, porque no puedes confesar lo que no sabes —interrumpió—. No puedo arriesgarme, Mónica.

Aquello le costó una mirada dolida por su desconfianza, pero

Alex sabía muy bien lo que estaba haciendo. A lo largo de su carrera, en algunas de sus incursiones como reportero encubierto, había visto derrumbarse a tipos considerados muy peligrosos a la primera bofetada. ¿Cuánto tiempo podría aguantar Mónica si llegaba el caso? Y quedaba claro que su pareja no estaba colaborando en absoluto para ayudarla a protegerse. Lo lamentaba, pero no tenía tiempo para convencerlo del peligro real que corrían. Se hubiera llevado a Mónica consigo, pero sabía que Micky jamás lo permitiría.

—Como quieras —concedió la actriz sin ocultar su resentimiento—. Al menos voy a ayudar a mi amiga con su maleta.

Hizo amago de alejarse hacia la habitación, pero Alex le cortó el paso.

—Mónica..., no la atosigues, por favor, ha tenido una mañana muy dura.

Sin mediar palabra, pero asintiendo levemente, la actriz se retiró, dejando un silencio en el ambiente que se podría haber cortado con un cuchillo.

Alex dudó en si debía intentar convencer a Micky de que tenían que ponerse a salvo, pero por la mirada desdeñosa que el susodicho no se molestaba en ocultar, decidió que sería mejor emplear su tiempo en algo más constructivo.

Sin más comentarios caminó hasta la cocina. Sería mejor hacer unos sándwiches para el camino. Eran casi las cuatro de la tarde y no habían tomado nada desde el desayuno. Debían reunir fuerzas para lo que se avecinaba, de modo que obligaría a Kat a comerse uno, quisiera o no.

El sonido de su teléfono móvil inundó la estancia justo cuando había dado por finalizada su tarea. Contestó, nervioso, al comprobar que era Luque quien llamaba. La voz del policía le llegó alta y clara.

—¿Alex? Tengo noticias.

—Espero que sean buenas...

—Tengo a un amigo vuestro por aquí.

—¿Edu? —interrogó, tenso de pies a cabeza.

—Sí, lo han traído hace unos minutos —explicó—. Al parecer ha descubierto a los agentes que le seguían y ha perdido los nervios. No sé cuánto tiempo podré retenerlo, Alex, no tenemos demasiados cargos que imputarle.

—Los tendrás cuando tengas el resultado de las grabaciones. ¿Se sabe algo de eso?

—No, pero estoy esperando que me llamen de un momento a otro.

—¿Ya has hablado con él?

—Aún no, voy a entrar ahora mismo.

—Asegúrate de que está bien esposado —aconsejó Alex—. Con las manos a la espalda. Yo voy ahora mismo.

—No puedo dejarte entrar al interrogatorio —le anticipó el policía—. Y esto no es negociable.

—Pero puedes dejarme ver y escuchar tras el cristal.

Luque lo sopesó unos segundos y terminó:

—Empiezo en veinte minutos, hayas o no llegado.

Alex caminó presuroso hasta el salón, justo en el momento en el que Kat salía con Mónica de la habitación.

—Ha llamado Luque. Tienen a Edu en comisaria —contó, ganándose de inmediato la atención de todos los presentes.

—¿Ya está el resultado de las grabaciones? —preguntó Kat, esperanzada.

—No, pero al parecer han tenido problemas con la vigilancia.

—¡Esto es de locos! —comentó Micky, aunque nadie le prestó atención.

—He preparado unos sándwiches, Kat, comete uno mientras yo me acerco a comisaria.

—¿Qué? Pero... —Se vio interrumpida antes de poder formular su protesta.

—¡No vas a venir conmigo!

—Pero quiero verlo —demandó—. Necesito hablar con él.

—Y lo harás. Cuando esté encerrado en una cárcel de máxima seguridad, no antes.

—Pero tú vas...

—Sí, porque no es a mí a quién quiere.

—¡Ya estás dándome órdenes otra vez!

Alex trató de calmarse mientras buscaba las palabras acertadas para no dar comienzo a otra monumental discusión; porque bajo ningún concepto iba a permitir que lo acompañase en aquella ocasión.

—Kat, por favor, sabes que no es prudente que vengas conmigo. De momento aquí estás segura —le dijo, intentando suavizar el tono de voz. Y se volvió hacia Mónica para preguntar—: ¿Podrías quedarte con ella?

—Tiene ensayo —le increpó Kathy, aún molesta—. No va a dejar su trabajo para hacer de niñera.

—No me importa —intervino la aludida.

—Pero a mí sí —insistió—. Puedo quedarme sola sin problema.

Mónica miró a Micky con gesto interrogante.

—Quizá tú...

—¡Iba a llevarte al teatro! —se quejó su novio sin necesidad de escuchar la petición.

—Yo puedo irme sola. O mejor —se volvió hacia Alex—, la comisaria coge a solo un par de estaciones de metro del teatro; me voy contigo hasta allí.

—Bien —concedió Alex.

—Micky...

—Vaaale —accedió el muchacho con resignación.

—De verdad, Micky, que no es necesario —protestó Kathy de nuevo.

—Estaré más tranquilo si te dejas acompañada —rogó Alex.

—Temes que te siga, ¿verdad? Quieres asegurarte de que me

quede aquí —Se sentó en el sofá con gesto hosco—. Está bien, molestaré a Micky para que el señorito esté tranquilo.

—Kat...

—Nada más que hablar.

Por un instante, Alex estuvo tentado de agacharse para suplicarle un poco de comprensión, pero, consultando su reloj, decidió que ya habían perdido demasiado tiempo discutiendo.

—Gracias —le dijo a Micky con sinceridad. Y salió del apartamento junto con Mónica.

Aún no había bajado ni tres escalones cuando la puerta del apartamento volvió a abrirse.

—Alex... —llamó Kat, recortando la distancia—, ... ten cuidado.

El chico sonrió conmovido.

—No te acerques mucho —agregó, dándole un emotivo abrazo.

Ambos se miraron a los ojos un instante. Alex se moría por besarla, y a juzgar por cómo Kat miraba sus labios, supo que pensaba en lo mismo. Aunque ninguno de los dos tuvo la valentía suficiente como para ceder a la tentación.

—Mantente lejos, porque yo no estaré allí para poder ayudarte —bromeó la chica.

—No tardaré.

—Bien, yo me comeré ese sándwich.

Alex tuvo que hacer un esfuerzo enorme para continuar su camino.

Kathy cerró la puerta tras de sí, inquieta. No estaba segura de cuál podría ser el siguiente movimiento de Vostricov. Sabía que podría zafarse de toda vigilancia de la manera más simple, y temía por la vida de Alex. Hacía años casi había conseguido acabar con él, y lo había intentar de nuevo el día anterior. Si algo estaba claro era que aquel maldito lo quería muerto.

Preocupada, se sentó en el sofá mientras Micky volvía de la cocina con un sándwich sobre una servilleta de papel.

—Toma —Se lo tendió—. En lo único que estoy de acuerdo con tu novio es en que necesitas comer algo.

—Gracias —Lo cogió, pero solo para dejarlo en la mesa sin probarlo—. Pero no podría comer nada, te lo aseguro, y Alex... no es mi novio.

—¿Y él lo sabe? Porque a juzgar por cómo te mira...

Kathy se ruborizó. Estuvo tentada de preguntarle a que se refería, pero no le pareció el momento oportuno. Estaba demasiado tensa como para trivializar en lo más mínimo.

—No es necesario que te quedes, Micky, de verdad —le dijo poniéndose en pie, incapaz de controlar los nervios—. Estoy bien.

—Alex estaba convencido de que irías tras él, ¿verdad?

—Alex me conoce muy bien... —Intentó sonreír.

—¿Y aún piensas hacerlo?

La mirada culpable que se afanaba por esconder respondió por ella.

—No puedo dejarte ir.

—Micky... —intentó no sonar grosera—, ...no te estoy pidiendo permiso.

—¿Tan importante es lo que tienes que hablar con Edu?

—Sí.

Se concentró en su reflejo en el espejo cercano a la puerta, solo para no tener que mirarlo a los ojos. Lamentaba tener que ponerlo en aquella situación, pero no podía dejar que Alex se enfrentase solo a una muerte segura.

—¿Crees de verdad que Edu es peligroso?

Kathy sopesó la respuesta mientras fingía entretenerse en atusarse el pelo. ¿Qué sentido tenía seguir discutiendo con Micky sobre algo que no estaba dispuesto a creer?

—Yo... no lo sé. Dejemos que sea la policía quien decida si lo es o no —le dijo, observándolo a través del espejo—. Eso nos dejará tiempo para encontrar una solución.

Podía intuir a Micky muy cerca de ella, casi pegado a su espalda, y aquello estaba empezando a incomodarla un poco.

—Solo hay una solución para todo este lío, y tanto tú como yo sabemos cuál es, ¿verdad..., Katrina? —le susurró casi al oído.

La chica se quedó completamente paralizada. Con una espantosa corazonada, lo miró de nuevo a través del espejo y la sangre se le congeló en las venas. El reflejo le devolvió la más escalofriante de las sonrisas. Un gesto demasiado espeluznante como para no reconocerlo al instante, pues hacía apenas unas horas que la misma estremecedora sensación la había sobrecogido al verlo en una vieja fotografía.

—No tienes buen aspecto, Katrina —le habló con un toque de irónica diversión—, por la expresión de tu cara cualquiera diría que has visto un fantasma.

Y rompió a reír siniestramente.

Kathy apretó los dientes, odiando aquella risotada como jamás pensó que podría odiar nada en el mundo, aunque no se movió ni un centímetro. Continuó observándolo a través del espejo.

De un movimiento brusco, Micky la forzó a darse la vuelta y apoyó sus brazos sobre el cristal, acorralándola contra el aparador e impidiéndole toda posibilidad de escape.

—¡Mi escurridiza Katrina, por fin frente a frente! —dijo, sin ocultar la malévola satisfacción que lo envolvía—. ¡Cuánto tiempo he esperado para poder mirarte a los ojos!

La chica intentaba razonar y sopesar que posibilidades tenía de escapar, pero el terror que dominaba cada célula de su cuerpo no se lo estaba poniendo fácil. Sentía que sus neuronas estaban congeladas y fuera de juego.

—¿No vas a decir nada? —interrogó sin dejar de sonreír—. Hace un momento tenías cosas importantes que decirme. Bueno, a mí no, ...a Edu. —Estalló en carcajadas de nuevo—. ¡Cómo me he divertido todo este tiempo! Casi me da pena haberme descubierto. Pero ¿qué

pasó? ¿Te volviste muda de repente o es que el miedo no te deja hablar?

—Te equivocas, ya no te tengo miedo.

—Eso no es lo que dice tu respiración agitada..., o los latidos de tu corazón —murmuró—. Puedo oler tu pánico con la misma facilidad que tu perfume.

—Pues espero que también estés sintiendo el *asco* que me provocas —casi escupió, agarrándose a la rabia para poder resistir.

—Ay, Katrina, Katrina, eres todo encanto...

—¿Por qué te has descubierto? ¿Por qué ahora si tan bien lo estabas pasando burlándote de nosotros?

—Empezaba a aburrirme, y este me pareció mi momento estelar —contestó, encogiéndose de hombros—. Y las pistas no funcionaban, ¿o acaso no estoy harto de decirlo que era una locura lo de que ese Edu estuviera involucrado... conmigo? —Sonrió sarcástico—. Por supuesto que estuve barajando esa posibilidad, pero Micky estaba mucho más cerca para poder vigilar.

—Y esperaste hasta tenerme a solas. —Comprendió—. ¿Le tienes miedo a Alex?

Aquello hizo mella en el orgulloso ser, que apretó los dientes y tuvo que hacer un esfuerzo extra para no salirse de sus casillas.

—Enfrentarme abiertamente con tu novio no es una jugada muy inteligente en este momento —admitió—. El miedo no forma parte de mi vocabulario, Katrina, si sigue vivo es porque tú necesitas algún incentivo para sacrificarte. Pero dejemos la demagogia a un lado, hace un momento tenías muchas ganas de hablar conmigo.

—Bien, hablemos entonces, Micky, bueno..., empecemos levantando las cartas. —Le miró a los ojos y agregó—: Hablemos..., Mikhail.

—Vaya, parece que habéis hecho los deberes. —Sonrió de nuevo—. Pero no tiene mucho mérito teniendo en cuenta que yo mismo os facilité mi apellido hace muchos días. Un nombre de pila no es difícil

de conseguir. Deberíais ser más eficientes.

—No todos podemos ser tan inteligentes como tú —ironizó—. No debe ser un rasgo hereditario..., ¿verdad, tío abuelo?

La sonrisa desapareció de los labios masculinos, y fue sustituida por un gesto de asombro que no se molestó en esconder.

—Eso sí ha sido un gran movimiento, lo admito...

—Pues te aseguro que no será el último —declaró, mientras el miedo era sustituido por una férrea determinación—. ¡Voy a mandarte de vuelta a dónde debes estar!

—¿Matarías al novio de tu nueva amiguita? ¡Vamos, Katrina, lo dos sabemos que no serías capaz!

—¿Y por qué lo tienes tan claro? —Le sostuvo la mirada con valentía.

—Porque no está en tu naturaleza.

—Yo no estaría tan seguro. Soy familia tuya, parte de tu sangre corre por mis venas.

Contra todo pronóstico, Vostricov dejó escapar una sonora carcajada, aunque sonó carente de humor.

—No es la sangre lo que distingue a las personas, Katrina, sino el alma, y la tuya es demasiado pura.

—Todo el mundo tiene un lado oscuro, y tú has sabido estimular el mío como nadie.

—Me halagas, pero ¿de veras crees que serías capaz?

—¿De asesinar a sangre fría? No me pongas a prueba.

—Yo no maté a tu amiguito Marcos. Él tomó la decisión de entregar su vida para...

—¿Tampoco mataste a mis padres? —Lo interrumpió, apretando los puños hasta que las uñas se le clavaron en la carne.

Ahora si recibió una mirada asombrada.

—Parece que Sebastián ha decidido sincerarse... —exclamó, desconcertado.

—Ha tenido que hacerlo, no le gustó que lo llamase *asesino*.

El espíritu enmudeció de nuevo, examinando cuidadosamente el rostro de su oponente. Parecía saber demasiado...

—¿Así que soy tu instrumento de venganza? —insistió al sentir su aturdimiento.

Decididamente, aquella muchachita había resultado ser mucho más inteligente de lo que suponía, pensó sin poder evitar mirarla con cierta admiración. Por un instante, casi sintió lástima por tener que utilizarla para llevar a cabo sus planes. Casi.

Le acarició el rostro, fascinado.

—¡No me toques! —gritó asqueada. La aversión que el simple roce le produjo se reflejó en sus ojos—. ¡Tú contacto me provoca náuseas!

Tuvo que apretar los dientes con fuerza para no intentar arañarlo. Sabía que no tenía ninguna posibilidad contra él, pero todo lo que aquella mañana había descubierto sobre cómo provocó el accidente de sus padres, unido al intenso recuerdo de lo acontecido hacia tres años, comenzaba a girar en su mente, desestabilizando su ya delicada cordura.

—Deberías tranquilizarte, Katrina, tienes una decisión importante que tomar.

—¡Vete a la mierda!

—Mi oferta sigue en pie. —La ignoró—. Dame un *sí* y mañana mismo tienes a Ángela de vuelta. Dame un *no* y verás morir a toda la gente que amas una por una, antes de que termine matándote a ti también: Ángela, Mónica..., Alex.

—¡Ni se te ocurra acercarte a ellos, cabrón!

—Eso depende de ti. En realidad es muy sencillo. Tienes que elegir: tú..., o tus amigos —sentenció, soltándola para fingir pesarlos a cada uno en un lado de la balanza.

Aquel fue el momento que Kathy aprovechó para comprobar algo que había estado preguntándose. ¿Tendría aquel monstruo encerrado en un cuerpo humano los mismos puntos débiles que cualquiera de

ellos? Valiéndose de toda la rabia que bullía en su interior, le asestó un fuerte rodillazo en la entepierna. Obtuvo su respuesta al ver como se encogía de dolor, dándole tiempo suficiente para desembarazarse de sus brazos y correr hacia la salida. Aunque el espíritu pronto le recordó que no era humano, a pesar de que durante unos segundos había logrado desestabilizarlo. Justo cuando estaba a punto de ganar la calle, la puerta que había conseguido abrir se cerró ante sus narices de un descomunal portazo.

Kathy se volvió de nuevo hacia su enemigo, que a varios metros de distancia, y aún algo aturdido por la agresión, la miraba con la más iracunda de las expresiones que había visto jamás.

—Estoy teniendo mucha paciencia contigo, Katrina —bramó—. ¡Y no tienes ni idea de todo lo que puedo hacer! No te gustará verme enfadado, te lo garantizo.

La chica lo miró, aterrada, mientras Vostricov se terminaba de enderezar sin apartar su endemoniada mirada de ella.

Desesperada, sintiendo como su corazón trabajaba a marchas forzadas, miró a su alrededor buscando su siguiente movimiento. Observó la distancia que la separaba de su habitación. Si conseguía llegar hasta allí, podría echar el pestillo y así ganar algo de tiempo.

—Soy más rápido que tú —profirió el espíritu como si le hubiese leído el pensamiento—. Así que no provoques más mi ira.

—¡Si me quieres, tendrás que cogerme! —Intentó correr hasta su habitación, pero no contó con la capacidad de su enemigo para entorpecer su camino, logrando que sus intenciones quedasen en un simple amago. Con un solo movimiento de manos, y sin necesidad de moverse de donde estaba, Vostricov utilizó su telequinesia para mover el pesado aparador, cortándole el paso. Cuando Kathy intentó esquivarlo, una de las sillas que descansaban junto a la puerta se volcó a su pies, logrando que cayera de bruces contra el suelo.

Apretando los puños e ignorando el dolor, se puso en pie con rapidez. Miró con desprecio a su enemigo, quien solo por el placer de

demostrarle su superioridad, devolvió la silla y el aparador a su lugar con el más sereno de los gestos. Después, dio un paso hacia ella provocando que retrocediera.

—¡No te acerques! —exigió.

—No estás en posición de impartir órdenes —le recordó—. Podría matarte en décimas de segundo.

—Me necesitas viva.

—Quizá haya cambiado de idea.

—Me arriesgaré.

La prepotencia con la que la observaba desde un par de metros de distancia estuvo a punto de hacerla desistir de cualquier intento de escape, pero cuando lo vio avanzar de nuevo hacia ella, su instinto de supervivencia fue más fuerte. En un arranque de desesperación, se abalanzó sobre él y lo empujó con todas las fuerzas de las que fue capaz. Aquel gesto lo cogió tan desprevenido, que esta vez sí logró su objetivo, dándole a Kathy la ventaja suficiente para correr hasta el baño y cerrar la puerta tras de sí.

—¡Abre la maldita puerta! —rugió el espíritu golpeando con saña la madera—. Si me obligas a tirarla a abajo perderé definitivamente la paciencia contigo.

Nerviosa, Kathy buscó en los armarios algo que pudiera usar como arma, pero desistió un minuto más tarde. Salvo una pequeña cuchilla de afeitar, no encontró nada que pudiera servirle de mucho. Durante unos segundos, estuvo valorando la posibilidad de intentar salir al exterior por un pequeño tragaluz que servía de ventilación, pero desistió al darse cuenta de que apenas un niño cogería por aquella ventana.

Desesperada, se volvió hacia la puerta. Era consciente de que el pequeño pestillo no resistiría demasiado.

Aterrada, aceptó que estaba completamente atrapada. Que aquella bestia enfurecida lograra su objetivo solo era cuestión de tiempo.

Capítulo 24

Alex lanzó otro improperio, golpeando el volante para descargar su frustración. Llevaban casi quince minutos parados en aquel atasco y empezaba a perder los nervios. Se encontraban atrapados en el único carril disponible en una calle de doble dirección. La enorme mediana era lo único que le había impedido dar media vuelta para probar otro itinerario; y ya había considerado un par de veces la posibilidad de saltársela. Aunque supuso que a Kat no le haría mucha gracia que destrozara los bajos de su coche por no saber guardar la calma; y eso contando con que no se mataran en el intento.

Consultó su reloj por enésima vez, maldiciendo una vez más su mala suerte. Ya debería estar en comisaría, y en lugar de eso apenas habían avanzado un par de kilómetros desde el apartamento. La oportunidad de ver a Luque interrogar a su enemigo se le escapaba de entre los dedos a cada segundo que pasaba.

—Desesperándote no conseguirás llegar antes —intervino Mónica, que ya tenía asumido que llegaría tarde a ensayar.

—Es que no lo entiendo —gritó, sacando la cabeza por la ventanilla—. Solo es este carril.

—Será un accidente, o quizá hay un camión descargando, seguro que se disuelve pronto. Tranquilo.

—Agradezco tus buenas intenciones, Mónica, pero me sentiría mejor si pudiera gritarle a alguien —Volvió a consultar el reloj—. Llamaré a Luque.

—Pues no me parece que gritarle a él vaya a ayudarte demasiado.

Alex sonrió a medias mientras marcaba el número.

—Por eso será mejor pedirle algo más de tiempo —informó de sus verdaderas intenciones—. ¿Luque?

—¿Ya estás aquí?

—No, voy de camino, pero el tráfico se ha complicado un poco...

—Alex...

—...Sé que dijiste que veinte minutos...

—Alex...

—...pero de verdad que quiero estar presente en ese interrogatorio.

—¡Coño, Alex, escúchame! —Tuvo que gritarle—. Estaba esperando que llegaras para decírtelo.

—¿Decirme qué?

—Me acaban de llamar con la identificación de voz.

—Genial, ya está confirmado entonces, solo dame quince minutos para llegar...

—De genial nada, las voces no coinciden.

—... creo que en ese tiempo... —Calló, turbado— ¿Qué has dicho?

—Que no es nuestro hombre, Alex.

—¿Estás seguro? —inquirió, aturdido. Aquello le descuadraba por completo todos los esquemas.

—Pero no desesperes. Mi gente es buena, Alex, han aprovechado para hacer algunas comparaciones más con todos lo que salían en ese video. Y adivina.

—¿¿Qué?!

—Tenemos una coincidencia.

—¿En el mismo video? —El chico se sentía abrumado. El cariz que estaban tomando los acontecimientos no le gustaba nada. Y empezaba a tener un terrible presentimiento que le aterraba tanto, que ni siquiera se atrevía analizarlo.

—Sí, la voz coincide con la de otro de los chicos.

—¿Cuál de ellos? ¿Cómo es físicamente?

—No lo sé, no le vemos la cara porque es la persona que está rodando el video.

Un gemido de angustia escapó de los labios de Mónica. Alex solo tuvo que mirar su expresión horrorizada para que todos sus temores

cobrarán vida.

—¡Jo-der! —exclamó, sintiendo como el pánico iba invadiendo cada poro de su piel.

Fuera de sí, miró hacia delante y hacia atrás, mientras la ansiedad de sentirse atrapado allí dentro se hacía ahora insoportable.

«La he dejado en sus manos», le gritaba su conciencia, atormentándolo. «Se la he puesto en bandeja».

El simple hecho de imaginar lo que podría estar ocurriendo en la casa estaba consiguiendo desestabilizarlo por completo. Y Mónica, lloriqueando a su lado, no estaba ayudando.

—¡No puede ser! —Gemía una y otra vez—. Micky no hizo la Ouija con nosotros, dijisteis que solo podía pasar así. ¡No lo entiendo, seguro que hay otra explicación!

«Dios mío, Kat, aguanta», se repetía el chico mientras el sudor perlaba ya su frente. «Llegaré a tiempo..., tengo que llegar a tiempo...».

—Micky estaba muy normal... ¡He estado durmiendo con él! No... lo entiendo..., si no estaba en... la Ouija... No estaba...

—¡Maldita sea Mónica, cállate! —le gritó con brusquedad—. No puedo pensar si sigues lloriqueando!

La actriz guardó silencio instantáneamente, pero se preocupó al ver que Alex arrancaba el motor, que había detenido a los diez minutos de estar allí parados.

—¿Qué vas a hacer? —se alarmó.

—Será mejor que te agarres fuerte.

Mikhail Vostricov caminaba de un lado para otro frente a la puerta del baño. Con la frialdad calculadora que siempre lo había caracterizado, analizaba su próximo movimiento.

Por supuesto, hacía mucho rato que podría haber tirado aquella endeble puerta abajo, pero decidió darse unos minutos para pensar

que haría con Katrina una vez que la tuviera en sus manos.

El hecho de necesitar su permiso para poder entrar en su cuerpo era un obstáculo que lo fastidiaba, pero aquellas eran las reglas y tendría que respetarlas. Quizá había llegado la hora de deshacerse de otro de sus amiguitos para presionarla. Quizá si utilizaba a Mónica...

Sonrió, felicitándose una vez más por tener aquella mente tan astuta y perversa. Y, con su próximo movimiento claro, pegó una patata a la puerta, que cedió sin demasiado esfuerzo.

Paseó su mirada por el baño, desconcertado por unos segundos. ¿Dónde demonios se había metido? Aunque no tuvo que razonar mucho. Abrió la cortina de la ducha para descubrir a su presa intentando escabullirse por un diminuto ventanuco.

—¡Que esfuerzo tan inútil, Katrina! ¡Ni un niño de cinco años podría salir por ahí!

Estuvo tentado de sentarse a esperar que por sí sola recuperase el sentido común. Sería divertido ver sus infructuosos esfuerzos, pero ya había perdido demasiado tiempo.

Tiró de sus piernas con fuerza para volver a meterla dentro de la casa. Los gritos de dolor, intercalados con la sarta de insultos que la chica profería mientras luchaba contra él e intentaba continuar avanzando, solo contribuían a aumentar su satisfacción. Aunque pronto se cansó de jugar, y dio por finalizado el forcejeo de un rápido y brusco tirón. Su presa cayó violentamente dentro de la bañera, aullando de dolor.

—Ya me he cansado de tus rabietas —le gritó, arrastrándola fuera del baño—. Vendrás conmigo hasta que entres en razón.

—¡Me haces daño! —Sollozaba mientras las fuerzas comenzaban a fallarle.

Vostricov la cogió del cuello, izando sus pies del suelo.

—Tu actitud empieza a ser desesperante, niña —gritó, apretándole con saña una de las cejas por la que sangraba levemente, consiguiendo que se retorciera de dolor.

Se había golpeado contra el viejo tragaluz cuando aquel animal había tirado de ella con tanta virulencia, pero no se percató de que estaba sangrando hasta aquel momento.

—Si hubieras venido conmigo desde el principio, no tendrías por qué haber sufrido tanto.

—¡Lucha, Micky! —pudo decir entre jadeos, afanándose por respirar.

—Eso no funcionará de nuevo. He tenido tres largos años para fortalecerme —espetó, permitiéndole apoyar los pies en el suelo, pero sin soltarla—. Así que deja de intentar estratagemas. Voy a llevarte a un lugar que te va a encantar...

—¡Por encima de mi cadáver! —bramó una encolerizada voz a sus espaldas.

Vostricov la reconoció al instante y maldijo para sus adentros. Se volvió hacia la puerta utilizando a Kathy como escudo.

—¡Suéltala! —exigió Alex intentando aparentar serenidad y confianza, pero muerto de miedo por lo que veía antes sí. Kat no tenía buen aspecto. Las contusiones en cada parte de su cuerpo eran evidentes, y la visión de la sangre corriéndole por la mejilla era más de lo que podía soportar.

—¿No hemos vivido esto mismo ya? —Sonrió su enemigo con cinismo, recordando lo sucedido en aquella azotea. Había tenido amenazada a Ángela exactamente igual que ahora a Kathy—. ¿Por qué piensas que el desenlace para ti va a ser distinto?

Alex se tocó la cicatriz que el enorme cuchillo había dejado en la parte baja de su abdomen.

—Apártate a un lado, niño bonito, y quizá te perdone la vida.

—¿Micky? —Mónica, junto a Alex, miraba la escena, atónita.

—¿Aún no le has dicho que ya no soy su novio? —le preguntó a Alex con sarcasmo, y miró de nuevo a la actriz—. Disfrutaría mucho retozando un rato contigo, mi amor, pero ahora mismo tengo algo muy importante entre manos.

—No saldrás por esa puerta con Kat —le aseguró Alex, luchando consigo mismo para no dejarle ver el pánico que sentía en realidad.

Vostricov dejó escapar otra de sus vacías risotadas.

—¡Que osado es el amor! —exclamó, doblando su fuerza sobre el frágil cuello—. ¡Pero que inconsciente!

—Alex, déjame marcharme con él —suplicó Kat, mientras las lágrimas cobraban vida

—Deberías escucharla, niño bonito, está intentando salvarte la vida.

—Sabes que no puedo, Kat... —Le devolvió una mirada atormentada—. Si logra su objetivo... mi vida dejará de tener sentido.

Un calor inmenso reconfortó el femenino corazón. La sinceridad que leyó en su mirada le dijo mucho más de lo que hubiera podido expresar con palabras. Lamentablemente, era demasiado tarde para ellos.

—Me encantaría quedarme a presenciar una tórrida escena, pero empiezo a cansarme de esta película —ironizó el espíritu dando un paso en dirección a la puerta—. Yo es que soy mucho más de cine negro.

—Es una pena que no pudieras ver Rambo —susurró Kathy mirando a Alex significativamente, quien le devolvió una mirada contrariada.

El chico recordó un comentario acerca de aquel mismo personaje el día anterior. Recorrió el salón con la mirada, y comprendió lo que Kat intentaba decirle. El cuchillo que había tenido intención de llevar a su visita a casa de Edu, estaba aún sobre la mesita del teléfono. Tenía que llegar hasta él como fuera, era su única posibilidad de intentar algo coherente.

Simulando darse por vencido, se apartó a un lado fingiendo dejarle la vía libre. Nervioso, se quedó parado junto a la mesa donde descansaba el arma, a la espera de una oportunidad para hacerse con

ella. Un único vistazo de su enemigo hacia la puerta, para comprobar su vía de escape, fue suficiente. Asió el cuchillo, escondiéndolo tras su espalda.

Kathy siguió todos sus movimientos intentando recuperar algo de valentía. La última vez que todos aquellos factores se mezclaron en la ecuación, Alex casi perdió la vida. Solo esperaba que el elemento sorpresa hiciera inclinarse la balanza a su favor en aquella ocasión.

Esperó pacientemente un gesto por parte del chico, y en cuanto que este asintió, Kat reunió fuerzas y mordió con saña el brazo de su agresor, quién en un acto reflejo la liberó para preservar su integridad.

—¡Al suelo, Kat!

La chica cumplió la orden al instante, y Alex aprovechó el momento de desconcierto del espíritu para correr hasta él, empuñando el cuchillo, y hundírselo en el estómago.

—¡Ojo por ojo, cabrón! —le susurró al oído, y se permitió el lujo de escucharlo jadear unos segundos. Después, corrió hasta Kat y la ayudó a levantarse. La chica se arrojó en sus brazos y rompió a llorar, aferrándose a él con todas sus fuerzas.

En el otro extremo del salón, Vostricov miraba el enorme cuchillo clavado en su vientre, completamente estupefacto.

—¡Hijo de puta! —exclamó, aturdido.

—Apártate de la puerta —exigió Alex a un par de metros de distancia. Sabía que tenía que sacar a las chicas de allí cuanto antes. El apuñalamiento parecía haberlo afectado menos de lo que esperaba.

Con las pupilas inyectadas en sangre, Vostricov tomó con firmeza el mango del cuchillo, mientras seis pares de ojos observaban, horrorizados, cómo con una lentitud escalofriante iba extrayendo el arma de su interior, aullando de dolor.

—¡Dios! —musitó Kathy, retrocediendo unos metros por inercia

—¡Dios no puede ayudaros en este momento! —profirió, avanzando hacia ellos con tranquilidad y una expresión feroz en el rostro—. Nadie puede...

Un viento helado comenzó a levantarse de la nada, arrojando al suelo todos los objetos que adornaban las estanterías, por segunda vez aquella semana.

Alex la obligó a mantenerse tras él, pero no sabía durante cuánto tiempo podría protegerla.

—Kat, cuando yo te diga coge a Mónica y corre hacia la puerta.

—No.

—Confía en mí, yo lo distraeré.

—Te matará antes de que puedas darte cuenta, y lo sabes... —sollozó, consciente de que estaba dispuesto a sacrificar su vida para que ella tuviera una oportunidad.

—Y si no me haces caso nos matará a los dos.

—Prefiero morir aquí contigo que volver a vivir sin ti...—le confesó en un arranque de sinceridad. En cualquier otra circunstancia nunca habría hecho aquel comentario en voz alta; pero si el chico la había escuchado no dio muestras de ello.

Vostricov, cuchillo en mano, avanzaba lentamente.

—Pinto... pinto... gorgo... rito... —susurraba con una engañosa calma, mirándolos alternativamente.

—¿Cuánto tiempo crees que Micky soportará sin desangrarse? —le gritó Alex, intentando una última estrategia—. Deberías buscar atención médica antes de que sea demasiado tarde.

Vostricov no se detuvo.

—No es necesario que te recuerde que Micky es mortal, aunque tú no lo seas —insistió.

—No te esfuerces, niño bonito, apenas si siento un ligero cosquilleo. —Sonrió cínico—. Pero aprecio tu preocupación, solo por eso voy a dejarte elegir cómo quieres morir.

El viento subió de intensidad, convirtiéndose casi en un vendaval.

Libros, fotos y otros objetos volaban ahora por todo el salón, amenazando más aún su integridad física, mientras el espíritu parecía divertirse de los lindo. De vez en cuando movía sus manos en el aire para arrojar sobre ellos los elementos más pesados, como la lluvia de libros que lanzaba en aquel momento sobre sus cabezas. Aprovechó aquella distracción para arrojar sobre Alex un voluminoso pisapapeles, que impacto de lleno en el único punto de la cabeza que no se estaba protegiendo.

—¡Alex! —Se abalanzó Kathy sobre él al verlo desplomarse.

—¡Estoy bien! —intentó tranquilizarla—. Solo... me duele un poco la cabeza.

—¿Dónde te ha dado? —Buscó desesperada el impacto, palpando la zona afectada bajo el cabello.

Se alarmó al sentir la humedad entre sus dedos.

—Tienes que salir de aquí, Kat.

—Estás sangrando mucho...—Lo ignoró—. Quizá necesites puntos...

—Te aseguro que no van a hacerle falta —declaró su enemigo recortando otro paso—, pero puedo matarlo rápido para que no sufra.

—¡Eres un hijo de puta! —le gritó, intentando proteger al chico entre sus brazos.

—Eso dicen... —Sonrió, agachándose y tomando al chico del cuello, izándolo del suelo—. Y puede que tengan razón...

A pesar de estar aturdido por el golpe, el periodista no había perdido su perspicacia. Esperó con aplomo a que su enemigo lo atrajera hacia él, y aprovecho la cercanía para meterle los dedos en la herida abierta donde momentos antes lo había apuñalado, consiguiendo que aullara de dolor. Aunque aquello apenas si sirvió para encolerizar por completo al ya iracundo espíritu. Con un rugido rabioso, lo levantó por encima de su cabeza, mientras exhibía el enorme cuchillo con la otra mano. Alex pudo leerle las intenciones en

la mirada: iba a apuñalarlo de nuevo, y esta vez parecía querer asegurarse de que terminaría su trabajo. El periodista miró la fina hoja, empapada aún en la sangre del que sería su asesino. Iba a fallarle a Kat de nuevo... Aquello era lo único que lamentaba mientras esperaba la estocada final que acabaría con su vida.

De repente, sintió que se precipitaba hacia el suelo. Sufrió un terrible dolor de espalda al golpearse contra las duras losetas, pero sin prestarle atención trató de incorporarse con rapidez, completamente desconcertado.

Kathy se abalanzó sobre él, abrazándolo. Rayando en la desesperación, lloraba desconsolada mientras se aseguraba de que aquel cuchillo no había logrado su objetivo.

—¿Por qué no estoy muerto? —se preguntó, azorado. No tenía mucho sentido.

—Algo... algo le pasa...

Ambos miraron a Vostricov, que se tambaleaba levemente unos metros más allá, y parecía más aturdido que ellos mismos. Repentinamente pálido, parecía sentir un fuerte dolor en el brazo con el que había estado sujetando a Alex segundos atrás.

—Quiero... una respuesta Katrina..., a medianoche —le dijo apenas en un susurro, amenazándola con un dedo desde unos metros más allá.

Y para asombro de todos, caminó casi dando tumbos hasta la puerta y desapareció escaleras abajo.

Pasaron unos segundos antes de que la contrariedad les permitiera hablar. Cuando se aseguraron de que realmente se había marchado, pudieron respirar aliviados.

—¡Oh, Alex, que cerca ha estado! —Rompió a llorar de nuevo, abrazándose a él.

—Lo siento, lo siento, lo siento —le murmuró, apesadumbrado, incorporándose para mirarla a los ojos—. Yo te dejé en sus manos. ¡Dios, cariño, lo siento tanto! ¿Estás bien? Estás sangrando.

—Estoy bien, solo es un arañazo. Y tú no podías saberlo, Alex, nos ha engañado a todos —le recordó—. Pero olvidemos eso de momento; tu herida quizá necesite puntos. ¿Puedes levantarte?

Alex asintió y ambos se pusieron en pie. El chico comprobó su estado físico con más calma y detenimiento. Aparte de tener un poco dolorido el cuerpo y de la herida de la cabeza, parecía estar bien. El mareo inicial había cedido.

—Tienes un chichón enorme —comprobó Kathy—. Pero parece que la hemorragia se ha cortado sola. Voy a limpiarte la herida.

—Traeré... traeré el botiquín —susurró Mónica desde un extremo de la habitación.

¡Mónica! Ambos se volvieron a mirarla. Con todo aquel lío se habían olvidado de ella. Se miraron entre sí, sintiéndose un poco culpables.

La última vez que Kathy le había prestado atención la vio ponerse a cubierto tras uno de los sillones del salón. Una vez que la supo a salvo dejó de preocuparse por ella.

—Siento lo de Micky —le dijo Kathy mientras limpiaba la herida del chico.

La actriz rompió a llorar, dejándose caer sobre el sillón tras el que había estado escondida.

—No puedo creerlo. —Sollozaba.

—Tampoco nosotros. Pero Mónica..., no debiste protegerlo —le dijo Alex, intentando sonar lo menos duro posible—. Ha podido costarnos la vida a todos.

—Lo sé —gimió—. En realidad aún no lo entiendo. ¡Insisto en que Micky no practicó la Ouija con nosotros!

—Quizá estés confundida...

—¡No! Recuerdo perfectamente que ese día tuvo una avería en el trabajo y llegó muy tarde... —se reiteró.

—Pero llegó —comprendió Alex.

—Sí, pero ya habíamos empezado sin él.

—Pero estaba en la sala al cierre. —Alex se maldijo a si mismo por haber cometido un fallo tan enorme. Debería haber estado más atento en lugar de sacar conclusiones precipitadas.

—¡Oh, Dios! —Mónica pareció comprenderlo todo por fin, y rompió a llorar de nuevo—. ¡Lo siento! Yo... no sabía...

—Mónica —intervino Kat, terminando de tapan la herida del chico—, tú no lo sabias, y nosotros debimos asegurarnos, pero eso ya da igual. En este momento podemos sentirnos muy afortunados por seguir vivos.

—La gran pregunta es por qué lo estamos —Exteriorizó Alex sus pensamientos.

—Quizá la puñalada lo afectó más de lo que él mismo pensaba. —Consideró Kathy.

—Pero no pareció dañarlo tanto en el momento de recibirla.

—Es posible que al sacarse el cuchillo, la pérdida de sangre lo fuera debilitando poco a poco.

—Puede ser —concedió el chico, aún pensativo—. Es como si de repente hubiera desfallecido. ¿Viste cómo se tambaleaba? Tuvo que soltarme porque el brazo con el que me sujetaba dejó de responderle...

—Y parecía dolerle mucho, pero ¿no lo apuñalaste al otro lado?

—Sí, y en el bajo vientre, es imposible que le afectara tanto a ese brazo —opinó—. Es curioso, sé que es raro, pero por un momento tuve la sensación de que le estaba dando un infarto.

Kat palideció al instante. Alex se volvió hacia ella, sorprendido, presa del mismo presentimiento.

De alguna manera aquellas palabras hicieron comprender a ambos lo que había sucedido.

—¡Abuelo! —exclamó, implorando estar equivocada...

Capítulo 25

Sebastián Monteverde, tumbado en su enorme cama de dosel, no parecía ni la sombra de lo que algún día había sido. Nadie reconocería en aquel anciano pálido y acabado al hombre de carácter fuerte y enérgico que siempre destacó entre todos los demás.

Hacía ya unos meses que aquel infarto le había dado el primer gran aviso. A pesar de eso, el doctor le aseguró entonces, que si tomaba su medicación e intentaba no sobresaltarse, podría vivir muchos años más; pero los acontecimientos del día habían sido demasiado para su débil corazón.

Cuando hacía apenas una hora sintió aquel intenso dolor en el pecho, reconoció los síntomas al instante. Había intentado ser rápido y disolver una de sus pequeñas pastillas bajo la lengua, pero todo se había vuelto oscuridad antes de poder abrir siquiera el pequeño frasco.

Casi se sorprendió al abrir los ojos media hora más tarde. Había estado seguro de que la muerte sería implacable con él esta vez. Al parecer, la vida estaba dispuesta a concederle unos minutos más; solo esperaba que fuesen los suficientes como para tener tiempo de despedirse de su adorada nieta.

Miró a su alrededor, desorientado. Ignoraba cuánto tiempo había pasado desde que se desmayó en su estudio, pero debía de hacer bastante rato, porque el doctor Ignacio Ortega, uno de los mejores cardiólogos de la ciudad y un gran amigo, estaba ante él auscultándole con expresión seria.

—Hola, Sebastián —le dijo casi en un susurró mientras se quitaba el estetoscopio—. Le has dado un buen susto a Aurora.

El anciano miró a la llorosa mujer, que lo observaba preocupada desde los pies de la cama, e intentó hablar, pero el doctor lo interrumpió con un gesto.

—Reserva las fuerzas —le pidió—. Vamos a trasladarte al hospital.

—No —negó en voz muy tenue pero firme.

Tanto Aurora como el propio médico se miraron entre sí, sorprendidos.

—Necesitas más cuidados de los que yo puedo darte aquí.

—Los dos... sabemos que no me queda mucho tiempo...

—Por Dios, Sebastián, hazle caso al doctor —intervino la mujer, visiblemente pálida.

El anciano intentó sonreír, entendiendo su preocupación, pero firme en su decisión. Recordaba la tristeza de su adorada Katia, en las frías y largas noches que pasó en el hospital esperando la muerte, mientras los médicos se esforzaban en alargar su vida innecesariamente.

—Quiero... morir aquí..., en mi casa...—se reiteró, respirando con dificultad—. Estoy muy cansado... —Y cerró los ojos de nuevo para evitar cualquier tipo de discusión.

El doctor Ortega, con gesto preocupado, guardó el estetoscopio en su ostentoso maletín.

—Está muy mal, ¿verdad? —interrogó Aurora, apartándose ambos unos metros más allá para no ser oídos.

—Su situación es muy delicada —admitió—. Necesita cuidados especiales, pero no podemos trasladarlo al hospital sin su consentimiento. A estas alturas cualquier sobresalto sería desastroso.

Aurora asintió. Las lágrimas casi le impedían distinguir la cara del eminente doctor.

—Dale la medicación cada cuatro horas, y avisa a Kathy —aconsejó—. Será mejor que os preparéis para lo peor.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó, a pesar de lo que le aterraba la respuesta

—No demasiado. Pueden ser días..., o tal vez horas.

La mujer dejó escapar un desolado lamento. Echó una última

lastimosa mirada al débil anciano, antes de salir de la habitación para acompañar al doctor a la puerta.

Ambos recorrieron cabizbajos y en silencio los largos pasillos hasta la salida.

—Avísame si empeora, no importa a qué hora —rogó el médico antes de descender por la cuidada escalinata.

Aurora estuvo a punto de rogarle que sedara al anciano para poder trasladarlo a un hospital, pero comprendió a tiempo que debían respetar la que podría ser la última voluntad de un moribundo.

Estaba a punto de cerrar la puerta para volver junto a Sebastián, cuando un vehículo desconocido traspasó la cancela de entrada.

Aurora lo observó acercarse hasta detenerse frente a la enorme escalera. No reconocía el coche, pero esperanzada rogó para que fuese Kathy, a quien había dejado un mensaje en el contestador un rato antes, pidiéndole que se pusiera en contacto con la mansión.

Un joven desconocido bajó del vehículo y ascendió por los peldaños.

Aurora estuvo a punto de correr a la casa y cerrar la puerta tras ella. El recién llegado no parecía tener muy buen aspecto. Pálido y ojeroso, se afanaba por cerrarse la estropeada gabardina, entretanto la mujer lo estudiaba de arriba abajo. ¿Eran imaginaciones suyas o se tambaleaba como si estuviera a punto de derrumbarse?

Estoicamente, aguantó quieta hasta que el joven llegó hasta ella.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—¡Quiero ver al viejo! —exigió.

La mujer frunció el ceño, sintiendo una antipatía automática por aquel individuo.

—Me temo que el Señor Monteverde no podrá verlo —contestó seca—. No se encuentra muy bien.

—¡Lo sé..., vaya que si lo sé!

—Entonces vuelva otro día.

Sin añadir nada más, Aurora hizo ademán de cerrar la puerta, pero el desconocido tuvo tiempo de meter uno de sus pies entre medias para impedirlo, maldiciendo en su interior a aquella arpía a la que siempre había considerado una vieja bruja. Pero la necesitaba para llegar hasta Sebastián. Estaba demasiado débil como para abrirse paso dentro de la casa, si la mujer oponía mucha resistencia. Por eso trató de suavizar el tono de voz al continuar:

—Lamento si la he incomodado, señora.

—¿Para qué quieres ver al señor Monteverde? ¿Quién eres?

—La única persona que puede ayudarlo... —Tuvo que apoyarse en el quicio de la puerta para no desplomarse—, ... y no nos queda mucho tiempo.

Aurora frunció el ceño. Había algo en aquel tipo que no terminaba de gustarle, pero no tuvo tiempo de analizar que era, pues el extraño se internó en la casa dándole un empujón.

—¡Eh, oiga! —gritó corriendo tras él, alarmada, intentando detenerlo—. ¡Voy a llamar a la policía si no sale de aquí inmediatamente!

Pero sus amenazas no parecieron intimidarlo ni lo más mínimo.

A paso rápido, aunque apoyándose sobre las paredes para poder avanzar, se internó por los pasillos. Parecía saber muy bien hacia dónde tenía que dirigirse. En apenas veinte segundos, se coló sin contemplaciones en la habitación del anciano, sin molestarse en llamar a la puerta.

Aurora, angustiada, tiraba de él hacia fuera, intentando no alertar al enfermo. Pero fue inútil, el extraño se acercó hasta la cama y clavó una intensa mirada de desprecio en el ajado rostro.

Sebastián abrió los ojos al sentir una extraña sensación de abatimiento. Lo que vio ante él estuvo a punto de costarle la cordura. Aquella mirada de odio... la había visto una sola vez en su vida...

—No... puedes... ser... tú... —susurró, mientras su raciocinio trataba de negar lo que su mente parecía empeñarse en conjurar—.

Estoy... delirando...

—¿Qué pasa, viejo, dudaste de que volvería? ¡Te juré que lo haría!

El anciano le devolvió una mirada de aterrador reconocimiento.

Con el pánico brillando en sus ojos, musitó:

—¡Mikhail!

Vostricov lo miró, triunfante. La expresión atormentada de su enemigo le provocaba un regocijo indescriptible. Aunque se sentiría aún mejor cuando recuperara todas sus energías.

—¿Mikhail? —intervino Aurora con el ceño fruncido—. No sé muy bien de que va todo esto, pero te sugiero que salgas de la casa antes de que llame a la policía.

—Dile que se vaya —exigió el aludido sin molestarse en mirarla.

—Mira jovencito...

—Déjanos solos, por favor —Pidió ahora el anciano débilmente, pero con tal determinación en su mirada que la mujer entendió que no había lugar para discusiones.

Salió de la habitación cerrando la puerta tras ella.

Vostricov miró a su alrededor fingiendo admirar la magnífica estancia. Sabía que el estado de salud del anciano había empeorado desde que él había llegado, podía sentir la debilidad creciendo en su interior por segundos; aun así, se tomó su tiempo para disfrutar de su apoteósica entrada.

—Una casa estupenda —dijo—. Es increíble lo que el dinero puede comprar. Incluso parece un anciano respetable, en lugar del gusano que en realidad eres...

—Si vas a matarme, hazlo ya.

—¡No me tientes!

Cogió asiento en la cama, muy cerca del moribundo.

—¡Hazlo!

—Te tengo reservado algo mucho peor —profirió, clavando de nuevo sus ojos en él—. Un sufrimiento sin límite..., una lenta agonía que no terminará jamás...; pero para eso... ¡tienes que vivir!

Sin previo aviso, se inclinó sobre él moribundo y, utilizando una de sus manos como si fuese una garra, clavó sus dedos alrededor del débil corazón.

Sebastián sintió un dolor agudo y penetrante, igual que si una afilada daga le atravesara el pecho y se retorciera en su interior para torturarlo. Tuvo que apretar los dientes para poder soportar la agonía; aunque el único pensamiento que pudo hilvanar lo hirió más que el más terrible de los dolores físicos: iba a morir sin poder prevenir a su nieta contra aquel monstruo.

Durante unos segundos, aquella torturadora idea lo desgarró por dentro, hasta tal punto que no se percató de que el tormento había cesado y Mikhail se había apartado a un lado, poniéndose en pie. Cuando por fin reparó en ello fue consciente de algo que lo dejó atónito: por primera vez en meses... se sentía rebosante de salud.

—¿Qué me has hecho? —preguntó estupefacto, incorporándose hasta sentarse en la cama.

—¿Crees que voy a dejar que te mueras así sin más? —inquirió, paseando a los pies de la cama, mientras llenaba sus pulmones de aire, pletórico de energía—. No, viejo, el infierno tendrá que esperarte muchos años. Aunque te aseguro que llegará un momento en el que me suplicarás que te deje morir.

—¿Qué piensas hacerme?

Vostricov sonrió con cinismo, sin ocultar su deleite; aquel era su momento de gloria. Se sintió exultante de satisfacción al manifestar:

—¿Por qué no preguntas mejor... que pienso hacerle a tu nieta?

Tuvo su recompensa al ver como palidecía.

—¡No se te ocurra ponerle un dedo encima! —gritó, intentando levantarse; pero una mano de hierro lo empujó violentamente, arrojándolo de nuevo sobre la cama.

—¡No puedes competir con un cuerpo joven y fuerte como este!

—No te dejaré acercarte a Katrina.

—Demasiado tarde para eso, ¿no crees? —Sonrió, complacido.

—No sé qué le habrás contado, pero...

—¿Contado? —lo interrumpió—. Tengo la sensación de que es ella quien no te ha contado a ti algunas cosas. Dime, Sebastián, ¿qué sabes de la visita que le hice a tu nieta hace tres años?

El anciano frunció el ceño, confundido. Para su enemigo no pasó desapercibida la expresión.

—¡Increíble! Todo un detalle por parte de Katrina el dejar que sea yo quien te lo cuente.

Lo miró frente a frente, saboreando ya el triunfo que estaba a punto de cosechar. Consultó su reloj con avidez.

—Aún tenemos tiempo —Sonrió irónico—. Algún pobre mortal ha tenido un accidente en la carretera de acceso a la mansión, así que tu nieta y su séquito tardarán en llegar, aunque esa vieja arpía los haya avisado ya.

Con una tranquilidad pasmosa, se quitó la cazadora dejando al descubierto la camisa empapada de sangre. Siguió la mirada del anciano, y sin esperar la pregunta le contó:

—A Alex no le ha gustado demasiado que intentara secuestrar a su novia. —resumió—. Reconozco que ha sido muy hábil. He tenido que perder unos minutos en coser la herida.

Solo para deleite de su ego, movió levemente el dedo índice en dirección a la silla que descansaba a un par de metros, apoyada sobre la pared. La butaca recortó la distancia, arrastrándose ruidosamente por la habitación hasta detenerse junto a él. Cogió asiento con un estudiado movimiento teatral, sofocando una risotada por la expresión aterrada con la que era observado.

Sin prisa, extrajo una especie de papel de un bolsillo y lo desdobló con cuidado, estirándolo con engañosa parsimonia.

—En verdad es una mujer preciosa... —comentó observando el papel; después se lo mostró al anciano con satisfacción. Kathy le sonrió desde una arrugada fotografía—. He pasado horas mirando esta foto desde que se la robé de su propia casa. —Sonrió,

disfrutando de su expresión abatida—. Sí, Sebastián, he estado conviviendo con tu preciosa nieta durante muchos días...; pero me estoy desviando del tema, ¿por dónde íbamos? —Fingió intentar recordar—. ¡Ah, sí! Iba a contarte una bonita historia: érase una vez una niña inmensamente feliz...

Era la segunda vez en el día que Alex se encontraba blasfemando atrapado dentro del coche.

Faltaban apenas un par de kilómetros para llegar al desvío de la mansión Monteverde, pero la estrecha carretera secundaria, que era el único camino de acceso, estaba completamente colapsada. Y ahora sí que no tenían *medianas infranqueables* que saltar. No había nada que pudieran hacer para aligerar su marcha.

Kathy maldijo entre dientes, esforzándose por controlar la severa taquicardia que amenazaba su salud cardíaca. Durante todo el camino había intentado serenarse, sin éxito, y el repentino atasco a escasos minutos de su destino no ayudaba a calmar sus nervios.

—¡Esto es una pesadilla! —vociferó desesperada.

—Parece que hay un vehículo atravesado en la carretera. Está invadiendo los dos carriles —informó Alex, que había salido del coche para ver cuál era el problema—. Creo que es un accidente.

—¡Necesito verlo vivo! No puedes imaginarte lo dura que fui con él...

—¿La casa sigue sin contestar?

Kathy volvió a marcar el número de la mansión por enésima vez durante el trayecto. La señal de comunicando le llegó alta y clara de nuevo.

—Nada.

—Han debido dejarse el teléfono mal colgado.

—Espero que solo sea eso...

Alex prefirió no agregar nada más. No podía tener la certeza,

pero algo en su interior le decía que la falta de comunicación con la mansión y el extraño accidente que los mantenía atrapados, no eran pura coincidencia. Lucho por controlar su inquietud. Aquello ya era muy difícil para Kat, y los sollozos de Mónica en el asiento de atrás desde que se había subido al coche, no estaban colaborando para ayudarlos a serenarse.

—Estamos atrapados.

—Eso me temo.

A pocos kilómetros de allí, en la mansión Monteverde, Vostricov continuaba disfrutando de lo lindo. Le había contado lo sucedido tres años atrás con todo lujo de detalles, y el terrible dolor que reflejaban los ojos del anciano le estaban proporcionando el más dichoso de los deleites.

—¡Eres un miserable! —le gritó Sebastián entre sollozos—. Katrina jamás te ha hecho ningún daño...

—Cierto, solo ha tenido la desgracia de ser nieta tuya. Aunque debo reconocer que no se parece en nada a ti; ella tiene agallas, sí señor, algo que a ti siempre te faltó...

—¡Tuve las suficientes como para enviarte al infierno!

—Y mira a lo que te ha llevado. Katrina va a pagar por tus errores... ¡porque tú me robaste mi vida!

—¿Y se te olvida por qué lo hice? —Interrumpió a voz en grito—. ¡Mataste a mi hija, hijo de puta! ¡Me arrebataste a mi pequeña!

—Sí. —Sonrió sin pizca de remordimiento—. Aquello fue un movimiento maestro... Madre e hija se parecen mucho, ¿sabes? Ambas eran muchachitas *tan* alegres. Lástima que su felicidad fuera *tan* efímera.

—¡Cabrón! —escupió, apretando los dientes para intentar mitigar el dolor.

—Y aún no te he contado la mejor parte. —Sonrió malévolo—.

¿Quieres que te deleite con lo que le tengo reservado a tu nieta? Sí, seguro que estás impaciente por saberlo.

El anciano guardó silencio. El conocer sus propósitos quizá pudiera suponer una ventaja para Kathy. Al menos sabrían a qué atenerse.

—Primero voy a adueñarme de su cuerpo —explicó complacido—. ¿Te he dicho que en cuestión de segundos puedo abandonar este cuerpo para entrar en otro? —Sonrió de nuevo al comprobar, por la expresión horrorizada de su enemigo, que acababa de comprender el alcance de aquellas palabras—. Tendrás que soportar mi presencia día tras día, porque yo estaré dentro de ella, y entonces tu sufrimiento no tendrá fin. Empezaré convirtiéndola en una adicta a la heroína, obligaré a su cuerpo a prostituirse... Tu adorada Katrina se irá deteriorando día tras día, ante tus propios ojos, sin que puedas hacer nada para ayudarla. Hasta que culmine mi gran obra enviándola a la cárcel por asesinato por el resto de sus días.

Sebastián, incapaz de seguir escuchando, se abalanzó sobre él con una furia incontrolada. La sola imagen de su dulce nieta bajo la influencia de aquel maldito terminó por enloquecerlo.

—¡Ya te maté una vez y volveré a hacerlo! —le gritó fuera de sus casillas.

Vostricov se permitió una risotada irónica tras recibir el primer puñetazo. Había conseguido desestabilizar a su adversario y aquello le pareció muy placentero; pero a pesar de la diversión no estaba dispuesto a encajar un segundo golpe. Con la ventaja que le suponía su juventud y fuerza desproporcionada, cogió al anciano del cuello y lo acorraló contra la pared, inmovilizándolo con una sola mano.

—¡No... la tocarás! —insistió Sebastián entre jadeos.

El espíritu sonrió a escasos centímetros de su rostro, pero tras unos segundos adoptó una de sus expresiones más aterradoras. Aquel odio visceral congeló la sangre en las venas del anciano mientras se levantaba un viento helado que hacía parecer aquella

sensación muy real.

—Te aseguro que practicaré con su cuerpo todas y cada una de las perversiones que se me ocurran; y tú mejor que nadie sabes que tengo una mente privilegiada para ello... Cuando termine con ella su vida no valdrá nada, y tu dolor será desgarrador, porque sabrás que solo tú eres el responsable.

Con un movimiento brusco lo arrojó de nuevo sobre la cama, riendo al ver su expresión fatigada y el quejido lastimoso que había intentado esconder.

Agotado, Sebastián lo miró desde su vergonzosa posición, postrado sobre el mullido colchón. Estaba demasiado viejo y cansado para poder luchar cuerpo contra cuerpo. Impotente, se tuvo que limitar a gritarle:

—¡No sabes cuánto te odio!

Mikhail sonrió de nuevo, malévolo.

—Estoy en condiciones de asegurarte que no es ni una milésima parte de lo que yo te odio a ti.

Tras un largo silencio en el que ambos se retaron con la mirada, el joven agregó:

—Adiós, viejo, te veré muy pronto. Sigue disfrutando de *mí* dinero mientras tanto.

Dispuesto a hacer un mutis perfecto, tomó su gabardina y se dirigió a la salida.

—Te devolveré hasta el último céntimo si dejas a Katrina en paz.

—Ofreció en un último y desesperado intento.

Vostricov se volvió desde la puerta, respondiendo con su mirada lo que un segundo después expresó en palabras:

—¿Puedes devolverme mi vida? —le preguntó, e hizo una pausa antes de continuar—: Hay cosas que el dinero no puede comprar. Si aún no has aprendido esa gran lección, no tardarás en hacerlo, te lo aseguro.

Tras abrir la puerta se encontró frente a frente con Aurora, que se

internó rápidamente en la habitación, nerviosa por comprobar el estado de salud en el que se encontraba el anciano. Le sorprendió mucho encontrarlo casi incorporado sobre la cama, con un sorprendente color en las mejillas producto del acaloramiento del momento.

—Ya le dije que era el único que podía ayudarlo —le dijo a la asombrada mujer, y se volvió al anciano para agregar—: Saluda a Katrina de mi parte, dile que la veré muy pronto.

Salió de la habitación, dejando tras de sí a una estupefacta Aurora, y a un anciano rebosante de salud, pero completamente destruido.

—¿Te encuentras bien, Sebastián? ¿Quién era ese hombre y que tiene que ver con Kathy?

Apenas la escuchó. Incapaz de controlar la devastadora angustia, y mientras sentía como la culpa y el desprecio por sí mismo lo iban invadiendo, apoderándose de su alma, se dejó caer sobre la cama y rompió a llorar como un niño.

Alex apretó el acelerador a fondo para recorrer los pocos kilómetros que los separaba de Sebastián y su estado de salud. Casi media hora habían estado detenidos, desesperándose más cada vez. Por fortuna, los servicios de ayuda no habían tardado en llegar, demostrando ser muy eficientes para reactivar la circulación cuanto antes. Cuando al fin franquearon la cancela de entrada a la finca redujo la marcha. Frunció el ceño al comprobar que había un vehículo detenido frente a la escalinata de entrada a la casa. Se detuvo a unos prudentes diez metros de él.

—¿Te suena? —le preguntó a la chica que le devolvió una abatida mirada.

—¡Es el coche de Micky!

—¿De Micky? —Mónica se incorporó en su asiento, aún llorosa, para comprobar la información—. Sí... ¿Qué hace aquí?

—Nada bueno... —susurró Kat—. Alex, ¿qué hacemos?

—Pensémoslo bien —contestó intentando concentrarse—. Sabemos que a Sebastián no puede tocarlo, de modo que él es la única persona que está a salvo en este momento —razonó—, pero si entramos ahí sin un plan, quizá no tengamos tanta suerte como hace un rato. De modo que...

No pudo continuar. El sonido de todos los pestillos de las puertas del coche al cerrarse, los sorprendió. No tuvieron que preguntarse a que se debía.

Divisaron a Vostricov enseguida. Sin apartar la vista de ellos descendía por la escalera con una molesta parsimonia.

Alex intentó abrir su puerta sin apartar la mirada de su enemigo, pero tal y como supuso estaba bloqueada.

—¿Qué crees que pretende? —preguntó Kathy sin poder evitar que le temblara la voz.

—¿Tu puerta también está bloqueada?

La chica asintió, y se volvió a mirar las traseras, comprobando como ambos pestillos estaban echados.

—Estamos atrapados... —concluyó.

Siguieron con la mirada al malévolo personaje, que en contra de lo que esperaban, se detuvo junto a su propio vehículo en la distancia, sin apartar sus ojos de ellos.

De pronto escucharon el sonido de una de las cerraduras al abrirse. Soliviantados, la pareja miró a su alrededor buscando la procedencia.

—¡Es la mía! —exclamó Mónica.

—No se te ocurra bajar del coche —le pidió Kathy, girándose en su asiento

—Quizá pueda convencerlo de...

—¡No! —intervino Alex, nervioso—. Ese ya no es Micky.

—¡Pero sigue estando ahí dentro! —susurró.

Sin previo aviso, abrió la puerta, se bajó del vehículo y echó a correr hacia su novio.

—¡Nooo! ¡Mónica! —gritó Kathy.

Con rapidez, saltó por encima de su asiento para intentar ganar la puerta e ir tras ella, pero un enorme portazo y el sonido del pestillo volviendo a encerrarlos, arruinaron por completo su empeño.

Alex intentaba abrir las puertas delanteras, también sin éxito.

Impotentes, tuvieron que ver cómo Mónica llegaba hasta él y era abruptamente arrojada al interior del vehículo. Después, se giró de nuevo a mirarlos y se despidió de ellos con un estúpido saludo militar.

Cuando el coche se alejó hacia la salida, y hubo desaparecido de su vista, los pestillos saltaron y pudieron abrir por fin las puertas.

Bajaron del vehículo rápidamente.

—¡Mónica! —musitó Kathy, mirando angustiada el camino por el que su amiga había desaparecido.

Capítulo 26

Cuando pudieron reaccionar corrieron hacia el interior de la casa.

—¿Abuelo? —llamaba a voz en grito recorriendo los extensos pasillos.

Abrió la puerta del estudio, y al encontrarlo vacío continuó hacia la habitación.

Aurora salió por fin a su encuentro alertada por los gritos.

—¡Mi niña! Menos mal que has llegado.

—¿Qué ha pasado?

—Muchas cosas y muy raras...

—¿Dónde está mi abuelo? ¿Está bien?

—Te llamé a casa. Sufrió una recaída muy fuerte —le explicó—. El doctor aseguró que no le quedaba mucho, pero luego llegó ese joven...

—¿Le ha hecho algo?

—Pues... no lo sé, parece estar mucho mejor de salud, pero no ha parado de llorar desde que se marchó.

Los chicos intercambiaron una mirada afligida, y sin hacer el más mínimo comentario avanzaron unos metros y entraron en la alcoba.

—Hola, abuelo.

Sebastián se incorporó en la cama, sorprendido, y se puso en pie con energía al verla.

—¡Katrina! —Corrió hasta ella y la abrazó con fuerza sin poder parar de llorar.

—¡Tienes que alejarte de él! Me dijo que volvería..., y yo no lo creí...

—Lo sé, tranquilo.

—Tú no lo entiendes. ¡Es él! ¡Es Mikhail! Y no tiene escrúpulos, nunca los tuvo. —Casi se atropellaba al hablar—. Quiere vengarse de mí, y piensa usarte a ti para hacerlo.

—Serénate, abuelo, tu corazón...

—¡Y que importa ahora mi corazón! Tienes que quedarte en esta casa, mi pequeña, no se atreverá a venir a buscarte aquí —insistió, y se dirigió a Alex—. Tienes que protegerla, muchacho, yo soy demasiado viejo para luchar contra él.

—No se preocupe, no voy a separarme de ella ni un segundo.

—Todo esto es por mi culpa. —Sollozó el anciano de nuevo—. No es justo que tú hayas tenido que pagar por mis errores. Debí matarme a mí.

—No puede hacerlo...

—¿Qué quieres decir, muchacho?

—Alex, será mejor que lo dejemos descansar un poco... —intervino Kathy, intentando no sonar demasiado tajante—. Voy a hacer unas tilas para todos, ¿ok? Nos vendrá bien relajarnos un poco.

—¡Prométeme que no saldrás de la casa! —rogó el anciano antes de dejarla marchar.

—Nos quedaremos aquí, no te preocupes. —Se volvió hacia Aurora para pedirle—: Por favor, prepara la habitación que siempre solía usar Alex.

—No —Negó el muchacho—. Voy a dormir en la misma que ella.

Kathy abrió los ojos como platos y, ruborizándose, observó de reojo la reacción del anciano.

—Me da igual lo que diga *el manual de la gente decente* —Insistió Alex, mirando sin ningún tipo de rubor a Sebastián—. He dicho que no voy a separarme de ella ni un segundo, y lo pienso cumplir a rajatabla.

Nadie hizo el más mínimo comentario al respecto.

—Voy a preparar las infusiones —Kathy salió de la habitación, contrariada. El anciano debía de estar aterrado si iba a permitir que Alex y ella compartieran alcoba.

—Será mejor que me asegure de que está todo bien cerrado —dijo el chico alejándose hacia la puerta también.

—Muchacho —lo detuvo Sebastián.

Alex suspiró y se volvió a mirarlo de nuevo. Ahora vendrían las objeciones, seguidas de las advertencias que había esperado escuchar hacia un momento. Por eso se sorprendió tanto cuando escucho:

—¿Por qué no puede matarme?

—¿Cómo? —lo miró confundido.

—Soy viejo, Alex, pero no soy idiota. Ibas a decírmelo antes, pero mi nieta no te ha dejado. —Ante el silencio, insistió—. Contéstame, muchacho. Pensé que había escogido la venganza a través de Katrina solo para verme sufrir, pero además hay otro motivo, ¿me equivoco? ¿Qué le impide torturarme hasta la muerte?

El chico consideró su respuesta unos segundos más. Estaba claro que la interrupción de Kat momentos antes indicaba que ella no quería contarle la verdad; ahora era él quien debía decidir qué era lo más conveniente.

Kathy entró en la cocina seguida de Aurora, que con expresión preocupada estudiaba el rostro angustiado de *su niña*.

—¿Quién era ese hombre? —le preguntó casi con cierto temor a la respuesta.

—Alguien de quien debes mantenerte alejada.

—¿Es familia del miserable de tu tío-abuelo?

La chica le devolvió una mirada dubitativa, demasiado preocupada como para rogarle que no le mencionase el parentesco. ¿Cómo podía explicarle la abominable verdad?

—Oí que tu abuelo lo llamaba Mikhail —insistió— ¿Acaso lo enviaba ese canalla? ¡Por el amor de Dios, mi niña, contéstame, porque empiezo a estar muy preocupada... Jamás había visto a Sebastián desplomarse así en mi presencia.

Kathy tomó asiento frente a Aurora y le indicó con un gesto que la imitara. Suspiró, buscando las palabras indicadas.

—¿Recuerdas la historia que te conté acerca de lo que sucedió realmente en aquella azotea? —La mujer asintió y frunció el ceño—. Está pasando de nuevo, Aurora. Él ha elegido otro cuerpo, pero sigue siendo el mismo ser...

—¿Ese... hombre que ha estado aquí? —Kathy asintió y Aurora se persignó—. ¡Dios Santo!, pero ¿por qué ha venido a la casa? ¿Y por qué tu abuelo parecía reconocerlo? ¿Y qué tiene que ver todo esto con Mikhail? Ya sé que son muchas preguntas, pero...

—En realidad todas las respuestas se resumen en una: Vostricov murió hace veinticinco años, y... ha encontrado la manera de volver para seguir amargándonos la vida.

Kathy supo el momento exacto en el que Aurora comprendió el alcance de sus palabras, por el gesto de horror que cruzó por su rostro.

—Y para saber más será mejor que hables con el abuelo —le pidió—. Debe ser él quien decida o no compartir los detalles.

La expresión abatida de la mujer le indicó que no iba a ser fácil que olvidara el tema.

—De momento subiré a ver si está más tranquilo —le dijo, cediendo a la indirecta—. Y si quiere contarme algo... lo escucharé con la mente abierta.

—Te lo agradezco —contestó, sonriendo aliviada.

—Y tú no te preocupes por nada, mi niña, ni Sebastián ni yo, permitiremos que ese abejorro malnacido, te haga ningún daño.

Salió de la cocina mientras Kathy luchaba por no dejarse llevar por la melancolía. Intentó concentrar su mente en preparar las infusiones que había prometido. A pesar de que hacía más de un año que no vivía allí, recordaba perfectamente dónde estaba todo. Puso agua a hervir en un cazo y preparó tazas y cucharas para todos, necesitando hacer cada vez un esfuerzo más intenso para no desmoronarse. Abrió el armario donde Aurora siempre guardaba las hierbas y sacó la tila junto con el azúcar. Tras el edulcorante algo

llamó su atención: una abeja enorme le sonreía desde un pegajoso tarro de miel.

Recordó que hacía apenas un minuto, Aurora había llamado a Vostricov *abejorro malnacido*, y acababa de entender por qué. Inmediatamente acudió a su memoria la mañana en la que Micky las había estado ayudando a recoger los destrozos que, ahora le resultaba irónico, el mismo había provocado la noche anterior. El espíritu había desayunado, por segunda vez en la mañana, una enorme tostada colmada de cantidades industriales de miel. Incluso recordaba que Mónica había hecho algún comentario acerca de su obsesión por este producto.

Pensativa, extrajo el bote de la estantería y lo observó con ojos acuosos. La idea que estaba rondando en su cabeza resultaba... descabellada, pero ante su propio asombro no la desechó de inmediato.

Debía de ser realista. No tenían muchas opciones. Jamás lograrían vencer a Vostricov sin que Micky sufriera las consecuencias, y no estaba dispuesta a permitir que nadie más saliera perjudicado por algo de lo que no tenían ninguna culpa. Marcos, Ángela, Charli..., demasiadas víctimas inocentes. No podía añadir a Micky a la lista. Sin olvidar que la vida de Mónica también pendía de un hilo mientras estuviera con su enemigo. Y Alex..., el solo pensamiento de verlo morir le resultaba insoportable.

Miró de nuevo el bote que aún sujetaba entre sus manos, y sintió como el dolor, unido a una intensa angustia, devastaban por completo su alma.

Desolada, se dejó caer hasta sentarse en el suelo y rompió a llorar amargamente. Para bien o para mal, acababa de tomar la decisión que pondría fin a aquella pesadilla.

Alex, de pie frente al enorme ventanal del salón, miraba hacia el

exterior, alerta.

La noche había caído, pero la iluminación externa de la que disponía la mansión era muy buena y le permitía otear desde dentro hasta el último rincón; desde la cancela de entrada hasta la escalinata de acceso.

Aunque estaba seguro de que Vostricov no volvería aquella noche. Ahora tenía algo con lo que presionarlos. Mónica le suponía una ventaja enorme sobre ellos.

Por enésima vez, paseó nervioso por el enorme salón. Cuanto más trataba de analizar que deberían hacer a continuación más caótica parecía volverse su atormentada mente.

Lo que Sebastián le había confesado hacia unos minutos lo había desestabilizado por completo. Varias veces había intentado imaginar cuáles serían los planes de Vostricov una vez poseyera a la chica, pero ser plenamente consciente de lo que pensaba hacer con ella si lo conseguía... era mucho más de lo que su cerebro estaba dispuesto a asimilar.

Exhaló con fuerza para tratar de alejar aquellos pensamientos que en nada lo ayudaban a pensar con claridad. Se volvió hacia la puerta de la estancia justo a tiempo de ver a la chica pasar de largo.

—¿Kat? —La llamó.

Ella retrocedió sobre sus pasos y lo miró desde la entrada.

—No te había visto. —Sonrió, demasiado complaciente—. Se ha quedado Aurora preparando las infusiones.

—¿Podemos hablar?

—Iba a descansar un rato a mi habitación —explicó nerviosa.

Alex frunció el ceño. La conocía demasiado bien como para no reconocer la expresión culpable de cuando le estaba ocultando algo.

—¿Podemos dejarlo para más tarde? —insistió.

—No. Quiero que me digas ahora mismo que es lo que estás tramando.

—Nada, Alex, solo estoy cansada...

El chico observó cómo se contradecía a sí misma mordiéndose el labio distraídamente.

—Te conozco demasiado bien, Kat.

—No... yo...no...

—Ese titubeo no dice mucho a tu favor. —Caminó hasta ella sin dejar de mirarla a los ojos con suspicacia—. Sabes que no estaré de acuerdo, ¿es eso?

Kathy desvió la mirada, avergonzada, y se internó en el salón con deliberada lentitud para ganar algo de tiempo. Alex caminó tras ella y la cogió de un brazo, obligándola a mirarlo a los ojos de nuevo.

—¡Suéltame! —le suplicó, intentando alejarse.

—¿Por qué no puedes mirarme?

—Alex...

—¡Mírame a los ojos! —exigió.

Armándose de valor fijó su mirada en aquel rostro que tanto amaba, aun siendo consciente de que aquello sería un gran error. No se equivocó. Alex le leyó la mente en apenas unos segundos.

—¡No vas a entregarte a él! —espetó, alarmado.

La chica suspiró. Aquella reacción no le resultaba ninguna sorpresa.

—Alex..., tienes que reconocer que no tenemos muchas salidas...

—¡Lo sabía! ¿Te has vuelto loca? ¿Eres consciente de lo que piensa hacer contigo? Quizá debería darte los detalles para que te quites esa locura de la cabeza.

—Tranquilo, por favor... —le rogó, consciente de que era muy probable que aquella fuera su última conversación—. No quiero que discutamos.

—¿Y crees que yo sí? Prométeme que nunca cederás a su petición y terminamos la discusión aquí.

Kathy se exasperó. Alex sabía que jamás prometería nada en falso.

—Alex, quisiera que hubiésemos encontrado otra forma de

acabar con esto, de verdad.

—¿Pero es que no te das cuenta de que tu entrega no será el fin, sino el principio?

—Os lo debo, Alex, a ti, a Ángela..., y no te olvides de que tiene a Mónica.

—Mónica está a salvo. Es su moneda de cambio, no le hará daño. La necesita viva.

—Será cuestión de tiempo que nos ataque de nuevo si yo no... accedo a sus exigencias— musitó—. Y no puedo permitir que muera nadie más. No es justo.

—¿Y qué es lo justo? —Se desesperó—. ¿Qué te sacrifiques tú para salvarnos a todos? ¿Y qué te garantiza que no nos matará en cuanto que tenga lo que quiere?

—No lo hará. Te lo aseguro.

—¡Por supuesto que lo hará! Utilizando tus propias manos además, y tendrás que presenciarlo todo sin poder hacer nada.

Kathy agachó la cabeza. No podía contarle al chico por qué estaba tan segura de que ellos estarían a salvo por fin.

Aurora entró en el salón cargada con una pesada bandeja, y Kathy se sintió aliviada por la interrupción.

—Tila para todos —dijo, depositando la bandeja sobre la mesita de café.

—Falta nos hace.

Alex cogió asiento en el mullido sofá, invitando a Kathy a sentarse también, dejándole claro con la mirada que la conversación no había terminado.

—¿Cuántas te pongo de miel? —le preguntó la mujer abriendo el tarro.

—Ninguna, prefiero algo de azúcar.

—Perdona, hijo, pero como Kathy la había sacado del armario, pensé que era para ti. ¿Dos de azúcar entonces?

El periodista asintió, frunciendo el ceño. Observó a Kathy unos

instantes, comprobando cómo volvía a morderse los labios. No era posible que...

—¿Para quién has sacado la miel, Kat? —le preguntó, suspicaz.

—Yo... no sé, solo pensé que alguien querría... Quizá mi abuelo.

—Uy, mi niña, vienes tan poco a vernos que ya no recuerdas los detalles —Sonrió Aurora—. Tu abuelo detesta la miel desde que casi te perdimos por culpa de aquel shock anafiláctico antes de que supiéramos de tu alergia. Este bote lo trajo Estibaliz la última vez que vino a ayudarme a limpiar la cocina.

Alex contuvo la respiración, y tuvo que contar hasta diez para lograr recuperar el control de sus emociones.

—Aurora, ¿serías tan amable de dejarnos a solas?

La chica lo observó, inquieta. Solo tuvo que mirarlo a los ojos para adivinar que estaba muy enfadado. Casi echaba humo mientras caminaba de un lado para otro esperando a que Aurora saliera de la habitación. Conociéndolo, sabía que debía estar intentando concentrarse en la respiración para no estallar en improperios.

Una vez que estuvieron solos, Kat intentó tranquilizar un poco los ánimos.

—No sé qué estarás pensando, pero...

—¿Por eso estabas tan segura de que ese cabrón no nos matará cuando logre su objetivo? —bramó interrumpiéndola—. ¿Qué tienes pensado? ¿Tomarte un par de cucharaditas segundos antes de darle el sí?

El rubor que tiñó sus mejillas contestó por ella.

—¡Maldita sea, Kat! —rugió, tomándola de los brazos y obligándola a mirarlo a los ojos—. ¡Sabes que una sola cucharada de ese bote te mataría!

—¡Claro que lo sé! —le gritó mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas—. ¡Pero él no!

—¡Por el amor de Dios, Kat, ¿eres consciente de lo que estás diciendo?!

—Es adicto a la miel, Alex, no tardará en ceder a la tentación..., y ese será su final.

—¡Y el tuyo!

—Habré salvado la vida de las personas que amo —musitó, perdiéndose en la profundidad de sus ojos.

—No puedo permitirlo, Kat —declaró con una pasión disimulada a duras penas—. Lo siento, pero no voy a dejarte hacerlo.

—Es... una decisión irrevocable, Alex.

—¿Y qué pasa conmigo? —casi susurró, dolido—. Pensé que te importaba... aunque fuera solo un poco.

La chica sintió su corazón contraerse por la pena.

—Precisamente porque me importas tengo que hacerlo. —Sollozó—. Gracias a mi sacrificio tú podrás vivir...

Alex la miraba con el tormento escrito en los ojos. Prefería morir a manos de su peor enemigo, que tener que volver a vivir sin ella.

—Alex, te agradezco muchísimo todo lo que has hecho por mí desde que has llegado —Se armó de valor para decir—: Quiero... que sepas que te he extrañado cada día durante estos años...

Lo que tan feliz le habría hecho escuchar de sus labios en cualquier otro momento, ahora lo destrozó por dentro.

—¡No se te ocurra hablarme cómo si te estuvieras despidiendo! —le exigió zarandeándola, cargado de impotencia.

Kathy rompió a llorar de nuevo. Hubiera querido confesarle cuánto lo amaba antes de marcharse...

Al menos podría dejarle algo que recordara siempre.

Lentamente, para sorpresa de Alex, recortó la distancia que la separaba de su boca, y lo besó con delicadeza, al mismo tiempo que deslizaba un pequeño objeto en el bolsillo de su camisa sin que el chico lo advirtiera. Después se abandonó en sus brazos, intentando transmitirle sin palabras todo lo que sentía por él.

Por unos segundos, Alex quiso protestar, pero terminó perdiéndose en el mundo de sensaciones que le robaba la cordura

siempre que sentía aquellos dulces labios sobre los suyos. Mucho tiempo después, de mala gana, Kathy se alejó unos centímetros de su boca. Lo que solo pretendía ser un casto beso de despedida había convertido su sangre en fuego líquido...

—Esto... no cambia las cosas, Kat —le susurró, luchando contra las ganas de volver a beber de su boca—. Con un beso así podrías convencerme de cualquier cosa, menos de que te permita acudir a tu propia muerte.

—Está bien. —Aceptó suspirando—. Esperaremos hasta encontrar otra solución entonces. —Se alejó de sus brazos y sintió un intenso y repentino frío—. Voy a subir a mi habitación a darme una ducha —le dijo, intentando sonar calmada—. Aurora está preparando algo de cena. Bajaré en un rato.

El chico no apartó la vista de ella hasta que desapareció por la puerta. Después, caminó presuroso hasta la cocina, donde encontró a Aurora dándole los últimos toques a una de sus recetas favoritas.

—Cuando queráis servimos la cena —le dijo la mujer mientras doblaba cuidadosamente los paños de cocina.

—Bien —Aceptó distraído—. Aurora, por favor, conecta ahora mismo el sistema de alarma.

—¿Crees que ese canalla puede volver? —Se preocupó.

—No.

—¿Entonces?

—Sube a la habitación de Kat con cualquier excusa, y no la dejes sola ni un segundo —le pidió con amabilidad, pero sin disimular su preocupación—. Bajo ningún concepto debes dejarla salir de la casa. Si lo intenta, avísame enseguida.

Aurora asintió. Estaba segura de que Alex tendría sus motivos para pedirle aquello, de modo que no perdería tiempo haciéndole preguntas. Conectó la alarma desde el terminal que estaba a un par de metros, y salió de la cocina dispuesta a cumplir con su cometido.

Alex volvió al salón y se dejó caer en el sofá, exhausto. Había sido

un día muy largo, y el cansancio comenzaba a hacerle mella. Los nervios de todo lo ocurrido le habían desgastado por completo. Debía conseguir relajarse un poco si quería soportar otra interminable noche en vela.

Se centró en su respiración, buscando algo de paz, pero el estridente sonido de su teléfono móvil lo interrumpió, dando por finalidad la tarea.

Sobresaltado, consultó su reloj, comprobando que eran casi las diez de la noche. Frunció el ceño. El número no figuraba en su agenda de teléfonos. Aun así decidió que quizá fuera importante y descolgó el aparato.

La persona que resultó estar del otro lado era la última que el chico hubiera esperado escuchar.

—Hola, Alex, soy Fernando, del instituto parapsicólogo.

—Hola, dime.

—Perdona que te llame tan tarde, pero es importante —informó—. Puede que haya encontrado algo...

Sin poder remediarlo, Alex se puso en pie de un salto.

Kathy cerró la puerta de su habitación tras ella, dando rienda suelta por fin a su llanto.

Alejarse de Alex siendo consciente de que aquella sería la última vez que lo viera, era lo más difícil que recordaba haber tenido que hacer nunca. Sabía que era muy posible que el chico no la perdonara jamás, pero pagaría gustosa aquel precio si con ello conseguía salvarle la vida.

Ahora solo faltaba esperar a que su destino se pusiera en contacto con ella. Había comprobado que el teléfono de la casa no funciona. Era posible que el mismo Vostricov hubiera cortado los cables en su última visita. De modo que no tenía forma de saber cómo ni cuándo se iba a llevar a cabo el sacrificio.

Cuando enfocó la vista en la cama encontró la respuesta. Parpadeó repetidas veces para poder ver mejor a través de las lágrimas. Sobre la colorida colcha había un pequeño teléfono móvil y lo que parecía ser una nota escrita en papel. Con cautela, y mirando a su alrededor, se acercó y tomó ambas cosas entre las manos. El teléfono estaba cargado y operativo, y en el papel tan solo había escritas tres palabras: espera mi llamada.

Resignada, se sentó en la cama aguardando su penitencia.

Aurora llamó a la puerta, sobresaltándola. En contra de lo que solía hacer, no esperó a que Kathy le diera permiso para entrar, sino que se coló en la habitación sin más.

—Ya está lista la cena, mi niña —informó sin perder detalle del mal aspecto que presentaba.

—No tengo mucha hambre.

Ante su asombro, Aurora no se marchó, muy por el contrario, se sentó junto a ella.

Iba a pedirle que por favor la dejara sola cuando el teléfono móvil, aún entre sus manos, comenzó a sonar con insistencia.

Alex, con el corazón a mil, martilleándole dentro del pecho, escuchaba a Fernando demasiado estupefacto como para mediar palabra.

—Es demasiado complicado, ¿en serio crees que podría funcionar? —preguntó una vez estuvo seguro de que podría hablar sin titubear.

—No puedo garantizarlo, Alex, digamos... que hay un cincuenta por ciento de posibilidades.

—¡A mí me sirve! —Concedió, intentando no dejarse llevar por la emoción.

—Pero, Alex, ¿y la chica? Es imprescindible —le recordó—. La necesitamos para cerrar el círculo.

—Yo me encargo. Creo que puedo arreglarlo.

—Bien, os espero mañana por aquí para concretar los detalles.

Alex colgó el teléfono y suspiró, haciendo grandes aspavientos con los brazos para soltar un poco de adrenalina.

Sebastián, que hacía largo rato que estaba escuchando, intervino esperanzado.

—¿Qué ocurre? Espero que sean buenas noticias.

—¡Yo también lo espero! Quizá... —Un desagradable y estridente sonido lo interrumpió.

Ambos tuvieron que ponerse las manos en los oídos para no quedarse sordos.

—¡Es la alarma! —gritó Sebastián preocupado—. ¡Alguien ha entrado en la casa!

Al chico se le cortó la respiración. Algo en su interior le dijo que la puerta o ventana que había activado la alarma... había sido de salida.

Aurora confirmó sus sospechas un segundo más tarde. Entró como una exhalación en el salón, gritando por encima del sonido atronador.

—¡Ha salido por la ventana de su cuarto!

Alex corrió hacia la calle con el corazón desbocado. Abrió la pesada puerta a tiempo de verla subirse al coche y arrancar el motor. Casi se precipitó escaleras abajo en su prisa por llegar hasta ella.

—¡No, Kat! —gritó a pleno pulmón viendo como aceleraba el vehículo.

Corrió tras el coche como un poseso, ignorando el intenso dolor proveniente de la rodilla herida el día anterior. Tan solo tenía que hacer un esfuerzo más y quizá podría subirse en el maletero para impedir la huida.

Impotente, y maldiciéndose a sí mismo, tuvo que bajar el ritmo debido al insoportable dolor. Ante su desesperación, vio el coche de Kat alejarse de él cada vez más.

—¡Kat! ¡No lo hagas! —se desgañitó—. ¡Tenemos una solución!
¡Kaaaaat!

Se dejó caer sobre el empedrado pavimento, jadeante. El dolor profundo y lacerante que procedía de su destrozada rodilla, no era nada comparado con la intensa agonía que invadía cada poro de su piel.

La había perdido..., y esta vez no tenía ni idea de dónde buscarla.

Capítulo 27

Alex volvió a entrar en la casa cojeando visiblemente. Sebastián, que había salido tras él, tuvo que ayudarlo a subir los escalones de entrada y caminar hasta el sofá, mientras el chico apretaba los dientes para no aullar de dolor y desesperación.

—No lo entiendo, muchacho, ¿por qué se ha marchado?

—Ha ido a reunirse con él.

—¡¿Con Mikhail?! —Se alarmó—. ¿Por qué?

Observó la expresión aterrada del anciano, y prefirió no confesarle toda la verdad. Además, no podían perder tiempo en explicaciones innecesarias.

Aurora le tendió un par de analgésicos, que tragó agradecido. Casi no podía pensar, con aquel intenso dolor palpitando en su pierna. Apretando los dientes deshizo el vendaje, ahora inservible a consecuencia de la carrera, y se dispuso a volver a hacerlo. Debía apretarlo lo más fuerte posible para que hiciera su función.

—Lo importante ahora es averiguar dónde tendrá lugar ese encuentro —les dijo, haciendo un esfuerzo considerable para poder hablar.

Sebastián se sentó en una silla ante él, le quitó la venda de las manos y observó el aspecto de la rodilla, frunciendo el ceño.

—No creo que puedas caminar, muchacho —opinó—. Yo mismo iré a buscar a mi nieta.

—No se ofenda, Sebastián, pero no hay nada que pueda mantenerme alejado de Kat en este momento. Y si tengo que ir a la pata coja, lo haré. Apriéteme el vendaje lo más fuerte que pueda. —Se volvió a hablar con Aurora—. Doy por supuesto que no te ha dicho hacia dónde iba.

—No, solo que tenía que marcharse por el bien de todos.

—No lo entiendo. ¿Cómo piensa quedar con él? —se preguntó

Alex casi para sí mismo—. El teléfono de la mansión no funciona, y el móvil lo tiene roto, no ha podido...

—¡Mi niña tenía otro móvil que no suele ser el que lleva siempre! —interrumpió Aurora—. La ha llamado y después se ha ido.

—¡Mierda! —exclamó—. Ha debido dejarlo antes de marcharse de aquí. ¿No has escuchado nada raro, Aurora? Algo que pueda darnos la más mínima pista de dónde se van a reunir.

—No, Kathy solo ha escuchado y le ha dicho que salía para allá.

—Pues si no ha apuntado ninguna dirección es que Katrina conocía el sitio... —opinó Sebastián mientras realizaba el vendaje con maestría.

Alex se desesperó. Sin pistas que seguir no había nada que pudieran hacer. ¡La impotencia era una de las sensaciones más insoportables que conocía!

Sacó su teléfono móvil y marcó el número de Luque, con quien había hablado hacía tan solo media hora para contarle lo sucedido con Micky. El policía se quedó estupefacto al saber que Kathy había desaparecido y ya no se encontraba bajo la protección de Alex. Prometió poner más efectivos en la calle para encontrarla lo más rápido posible.

Nada más colgar realizó una segunda llamada, esta vez a Fernando.

—¡¿Qué se ha ido?! —Se alarmó el parapsicólogo—. Ahora que podemos tener algo...

—No me ha dado tiempo a hablarle de tu llamada.

—¿Y qué crees que piensa hacer?

—Está dispuesta a rendirse. Ha quedado con Vostricov, pero no tengo ni idea de dónde

—Espera un momento, creo que he leído algo acerca de eso. —El sonido de las hojas de un libro al ser pasadas con nerviosismo, le llegó desde el otro lado—. ¡Aquí está!

—¿Qué pasa?

—La transmisión de almas tiene sus requisitos... —explicó—. Además del consentimiento de la persona a poseer, el ritual tiene que llevarse a cabo a escasos metros de la tumba donde descansen los huesos del espíritu; por aquello de la energía vital, ya sabes.

Alex se puso en pie, repentinamente eufórico.

—¿Estás seguro?

—Por completo. ¿Lograsteis averiguar en qué cementerio está enterrado?

—¡Sí!

—Pues si Kathy va a encontrarse con él, tendrá que hacerlo allí, ni lo dudes.

Si no hubiese sido por el miedo a que su rodilla se quebrase del todo, hubiera saltado de júbilo. ¡Ya sabía dónde buscarla!

—No podemos esperar más tiempo, Fernando, tenemos que adelantar nuestros planes a esta misma noche.

—¡Pero faltan muchos detalles por concretar! Aún no he podido estudiar todo con detenimiento.

—No hay tiempo —le instó—. Tendremos que arriesgarnos.

Un silencio atronador se instaló al otro lado de la línea. Alex esperaba la respuesta del parapsicólogo con el corazón encogido.

—Dame la dirección de ese cementerio... —Cedió al fin, y no pudo evitar sonreír ante el suspiro de alivio que el chico no se molestó en silenciar.

Cuando concretó el encuentro con Fernando y pudo colgar el teléfono, comprobó el estado de su rodilla caminando unos pasos. Aunque no podía evitar cojear bastante, el dolor se le hacía algo más soportable. Sebastián había hecho un buen trabajo con el vendaje.

—No hay tiempo que perder —dijo, mientras sacaba las llaves del coche de Kat que aún guardaba en el bolsillo. La chica debía de haber usado un juego de repuesto que solía tener en su habitación. Algo que se había enredado con las llaves cayó de su bolsillo y, extrañado, se agachó a recogerlo. Palideció, acariciándolo entre sus

dedos. Reconocería aquel colgante en cualquier parte. Jamás podría olvidar el día que habían comprado juntos aquel corazón de plata. Ambos habían prometido amarse siempre, y como símbolo de ese amor, cada uno le había dado medio corazón al otro. Después se entregaron en cuerpo y alma, haciendo el amor por primera vez.

Alex apretó el colgante entre sus dedos. Kat debía de haberlo metido en su bolsillo antes de irse. De alguna manera sabía que con aquel gesto había querido decirle que le devolvía su corazón para poder ser feliz con otra persona.

«No puedes tomar esa decisión por mí Kat», pensó, mientras sacaba su cartera y extraía algo de una de las cremalleras: su mitad del colgante encajó a la perfección con aquella, formando un precioso y perfecto corazón. Después lo guardó de nuevo, prometiéndose a sí mismo devolverle a la chica su parte algún día.

—Necesito un coche, Sebastián —pidió—. El más rápido que tengas.

—Escoge el que quieras, pero ¿podrás conducir?

—Sí.

—Mejor, porque mis ojos de noche ya no me responden... —contestó, caminando hacia el garaje seguido por el chico—. Aurora, tráeme algo de abrigo y las llaves del Audi.

—Sebastián... —murmuró el periodista.

—¿No irás a pedirme que me quede aquí de brazos cruzados?

—No se me ocurriría. Más bien iba a preguntarte... si tienes algún arma en casa que podamos llevarnos.

—¿Estás de broma, muchacho? Fui policía durante treinta y cuatro años.

—Y yo pacifista durante toda mi vida, y ya ves...

Cinco minutos más tarde, ambos volaban por la carretera en uno de los coches más rápidos que Alex había conducido nunca. Estaba seguro de que en aquel vehículo lograrían llegar hasta la chica antes de que cometiese el mayor error de su vida.

Una vez que salió a la autopista, puso el *manos libres* del móvil y llamó a Luque para contarle sus planes más inmediatos. Tenía otro favor que pedirle, y esta vez era uno muy grande. Solo esperaba que no se negase, o todo lo que Fernando tenía en mente sería completamente inútil.

Suspiró aliviado cuando Luque accedió a ayudarlos de nuevo. Colgó el teléfono y aceleró un poco más.

Sebastián se agarraba con fuerza al asa ubicada justo encima de su puerta. En cualquier otra circunstancia le hubiese echado al chico una buena bronca por pisarle al acelerador de aquella manera.

—Ve más despacio, muchacho, no podremos hacer nada por Katrina si nos matamos por el camino —se limitó a aconsejarle, e interrogó—: Y cuéntame, ¿crees que ese *psicólogo* sabe lo que hace?

—Eso espero, porque estamos en sus manos.

—No parece fácil lo que tiene en mente.

—Lo sé, pero hasta hace una hora no teníamos nada de nada, así que tendremos que confiar en que funcione —explicó Alex, rezando porque así fuera—. Además, de no ser por Fernando ni siquiera sabríamos dónde buscar a Kat.

—En la sacramental de San Justo —Terminó Sebastián por él—. Lo que no entiendo es por qué allí. ¿Qué tiene ese sitio de especial?

—Tal y como él mismo te dijo, quiere poseer a Kat, y tiene que hacerlo cerca de donde descansan sus restos. Así que solo ha podido citarla ante su propia tumba.

—¿Por eso vamos hacia allí?! —Se alarmó el anciano—. ¡Pues entonces tenemos un problema, muchacho, porque Mikhail Vostricov no está enterrado en ningún cementerio!

El corazón de Alex sufrió otro vuelco. Tuvo que levantar el pie del acelerador para evitar que la contrariedad los matara a ambos.

—¿Estás seguro? —gritó, casi deteniendo el vehículo.

—¡Yo mismo cavé la tumba de ese cabrón!

—¿Dónde? —le apremió.

—En plena sierra, casi llegando a Guadalajara —explicó—. A Ricardo le gustaba cazar, y recordó un pequeño coto que estaba en venta en aquella zona. Nos pareció perfecto, porque tenía tan solo una cabañita ubicada en el centro y el resto era todo bosque, de árboles enormes. Supusimos que nadie encontraría jamás el cadáver allí, aunque por si acaso usamos el dinero para comprar el terreno al día siguiente.

—Y lo pusisteis a nombre de Ricardo...— Aquello ya no fue una pregunta.

—¿Cómo sabes eso?

—¡Porque conozco perfectamente la cabaña de la que me hablas! —dijo, acelerando de nuevo—. ¡Y te aseguro que nunca podré olvidar la primera y única vez que estuvimos allí!

Tomó la primera salida de la autopista blasfemando y lanzando improperios, sin importarle lo que el anciano pudiera pensar. Habían perdido más de quince minutos recorriendo el camino en dirección contraria.

Kathy se internó entre los aterradores árboles, haciendo un esfuerzo enorme para no correr de nuevo hacia el coche y largarse lo más lejos posible. El viento ululaba entre las hojas, provocándole la misma inquietante sensación de desasosiego que había sentido tres años atrás en cada poro de su piel.

Se había prometido a si misma que nunca volvería a aquel lugar, y resultaba irónico el haber roto su promesa, sabiendo que aquella sería la última visita que haría jamás a ningún sitio por voluntad propia.

Con el alma rota y el corazón encogido, siguió el serpenteante camino que en pocos minutos la llevaría hasta su destino.

Cuando se detuvo frente a la destartada cabaña un frío intenso le caló los huesos. A pesar de haber visitado aquel lugar una sola vez,

había revivido aquellas horas durante más noches de las que podía recordar.

Parecía increíble, pero allí estaba de nuevo..., y frente a su peor pesadilla.

—¡Has tardado! —le dijo Vostricov como único saludo saliendo con sigilo de entre las sombras.

—¿Dónde está Mónica? —interrogó con acritud, intentando ocultar su sobresalto.

—¿Vienes dispuesta al sacrificio?

—Si lo hago, ¿cómo sé que liberarás a Ángela? ¿Y qué garantías tengo de que no harás daño a nadie más?

—Tendrás que creer en mi palabra, ¿qué otra opción tienes?

La chica guardó silencio. Lo observó con atención, sin disimular la aversión que le provocaba.

—¿Podríamos ir abreviando? —dijo de nuevo el espíritu, delatando su nerviosismo—. Sinceramente, Katrina, llevo demasiado tiempo esperando este momento.

—Aún no me has dicho dónde está Mónica —insistió—. Si le has hecho daño, no hay trato.

—Y si te la entrego, ¿cómo sé que cumplirás con tu parte? —le preguntó, dubitativo.

—Tendrás que creer en mi palabra, ¿qué otra opción tienes? —contestó, imitando el mismo tono de voz que él unos segundos atrás.

La respuesta fue una espeluznante carcajada que le arrancó un escalofrío.

—Me gusta tu estilo, Katrina, en otras circunstancias quizá hubiéramos podido llevarnos bien.

—Permíteme dudarle... Soy muy selectiva con mis amistades.

—Pues para ser tan selectiva no eliges demasiado bien —dijo misteriosamente, sonriendo de nuevo con autosuficiencia. Y haciendo gala de su prepotencia, efectuó el más leve de los gestos hacia la destartalada cabaña, y la puerta se abrió entre chirridos un

par de metros más allá.

Ignorando el comentario, Kathy centró toda su atención en la casa, esperando expectante, para conocer el estado de su amiga, que asomó la cabeza muy despacio un segundo después.

—¿Estás bien? —le preguntó en la distancia. La actriz asintió—. Camina hacia mí, despacio.

Mónica recorrió la distancia que las separaba.

—Camina unos treinta metros en aquella dirección —Señaló, tendiéndole unas llaves—. Coge mi coche y aléjate de aquí todo lo que puedas.

—¡Ella no va a ninguna parte, Katrina! —interrumpió su enemigo—. No hasta que tu entrega sea consumada.

Volvieron a retarse con la mirada. Kathy podía distinguir el brillo malévolos en sus ojos, a pesar de que los separaban al menos seis o siete metros de distancia.

—¿Y por qué tantas reservas? —insistió la chica—. Me tienes a mí. Estamos solos, aislados del resto del mundo. No tengo escapatoria.

—En eso estás en lo cierto. —Sonrió—. ¿No te encanta estar aquí de nuevo?

Kathy tragó saliva y no pudo controlar un escalofrío, provocando un estallido de carcajadas en el malvado ser.

—Supongo que no... ¡Que susto, ¿verdad?! —Se burló—. Consideré la opción de derribar la cabaña sobre vuestras cabezas, pero sabía que tarde o temprano tendríamos que volver a vernos aquí...

—¿Por qué en este lugar?

—Porque aquí es donde he aguardado este momento durante veinticinco años.

—No te entiendo.

—Aquí fue donde el desgraciado de tu abuelo me dio sepultura —Señaló unos metros más allá—. Junto a aquellos árboles.

La chica abrió mucho los ojos, sumamente sorprendida. Hasta aquel momento habían estado convencidos de que el cuerpo de Vostricov descansaba en el mismo cementerio que el de Marcos. Fernando les había asegurado que la Ouija que lo dejó salir tuvo que realizarse muy cerca de sus restos mortales, y Charli vivía a escasos metros del camposanto.

—¿Qué pasa, Katrina? Pareces desconcertada —observó—. Seguro que te estás preguntando cómo lo hice para lograr adueñarme de este cuerpo...

—No pudiste hacerlo... en aquel cumpleaños... —casi musitó, confusa.

—Ahí te equivocas —le informó complacido—. Por supuesto que fue ese día, solo que ese cumpleaños... se celebró aquí.

Completamente anonadada, casi titubeó al hablar.

—Eso... no puede ser... —Miró a Mónica buscando su confirmación, y lo que encontró en sus ojos desbarató por completo sus expectativas.

Algo no encajaba. Una desagradable sensación de desconfianza la envolvió por completo. ¿Era un ademán de sonrisa lo que asomaba a los labios de su amiga? No tuvo que esperar mucho para confirmar sus sospechas; la actriz esbozó una lenta pero maliciosa sonrisa, que le dijo todo lo que necesitaba saber.

Se apartó de ella con cautela, completamente aturdida. La traición no formaba parte de su vocabulario, y por un segundo se negó a creer lo que su mente parecía estar empeñada en conjeturar.

Las siguientes palabras de su enemigo borraron todo rastro de duda:

—Creo que este es un momento estupendo para presentarte... a mi hija.

Un jarro de agua helada que alguien hubiera podido arrojarle a la cara, hubiese tenido un efecto menos devastador. Recordó vagamente un comentario que Esteban Rojas había hecho aquella misma

mañana, mientras los ponía al corriente de todo lo sucedido años atrás. Casi de pasada, había comentado algo acerca de una prostituta a la que se rumoreaba que Vostricov había dejado embarazada y matado después de una paliza. Lo que no sabían era que esa paliza, al parecer, fue posterior al nacimiento del bebé.

Volvió a mirar a la que hasta ese momento había considerado su amiga, sumida en una profunda turbación. Incapaz de hablar, tuvo que limitarse a seguir escuchando.

—¡Tengo que agradecerle tantas cosas a mi pequeña! —exclamó orgulloso—. Es a ella a quién tienes que darle las gracias porque estemos ahora aquí los dos; bueno, los tres, ¡todo queda en familia!

—Mónica... —Se volvió a mirarla, sintiéndose la más estúpida de las mujeres—. ¿Hay algo que me hayas dicho que fuera verdad?

Una sonrisa de autosuficiencia fue su primera respuesta. Kathy la observó con detenimiento; no reconocía nada de la que fue su amiga en aquella desconocida.

—Es cierto que soy actriz —le dijo al fin, con tono helado—. En realidad una muy buena, a juzgar por como he conseguido engañarte todo este tiempo. Aunque confieso que no ha sido muy difícil, teniendo en cuenta tu predisposición para creer en la buena voluntad de la gente.

—Me has engañado durante todo un año... —Casi no podía creerlo.

—En realidad he hecho mucho más que eso —se vanaglorió—. Hace tres años tuve que mover algunos hilos para traeros hasta aquí.

Kathy frunció el ceño. Sabía que no era necesario preguntar. Mónica se moría de ganas por compartir el mérito con aquel desalmado, de modo que solo tuvo que esperar para obtener sus respuestas.

—Tu amigo Marcos jamás se habría enterado de la existencia de esta cabaña, si yo no hubiera hecho una llamada a su casa para asegurarme. Solo tuve que fingir interés por comprar esta finca, para

que se interesara por saber de qué terreno le hablaba. Supuse que su papáito jamás le permitiría venir, y que como a cualquier joven, esa prohibición lo traería hasta aquí. Y no me equivoqué.

—¿Cómo sabías que vendríamos con él?

—¿Bromeas? Os seguí durante unos días —reveló—. Los suficientes como para darme cuenta de que ibais juntos a todas partes.

Para Kathy las cosas comenzaban a encajar como las piezas de un gigantesco puzzle.

—¡Tú trajiste la Ouija! —acusó. Era algo que siempre le había intrigado.

—¡Bingo! Una vez más supuse que no podríais resistir la tentación de jugar con ella, y de nuevo acerté en mi pronóstico.

—¡¿Cómo no me di cuenta?! —murmuró para sí misma, apretando los dientes.

La sonrisa prepotente que Mónica no se molestaba en ocultar, le recordó a aquella otra que solo había visto en una vieja fotografía. En aquel momento el parecido era más que evidente.

—He sido mucho más inteligente que tú —Río la actriz de nuevo—. Aunque he de reconocer que la suerte también se puso de mi parte en algún momento. Cuando pusiste aquel anuncio buscando compañera de piso casi no podía creerlo. Y a partir de aquel momento solo fue cuestión de paciencia. Únicamente tenía que esperar el día indicado para poder traer de vuelta a mi padre.

—¿No es un encanto? —intervino Vostricov de nuevo—. Incluso se procuró un novio fuerte y sano para que mi vuelta fuera lo más cómoda posible...

Kathy ignoró por completo la interrupción; necesitaba entender que motivaciones podían haber llevado a la que creía su amiga a secundar todo aquel perverso plan.

—¿Por qué, Mónica? —le preguntó a bocajarro.

—¿No es obvio? —Sonrió con cinismo—. Por la razón más vieja

del mundo, *amiga*, ¡por dinero!

Para alguien tan desinteresado como Kathy, aquella razón resultaba difícil de entender.

—Han muerto dos personas, Mónica, ¿te resulta indiferente? ¿Todo vale para llenarse los bolsillos?

—Bueno..., como en todo gran plan, alguien tiene que sacrificarse por la causa —declaró—. Y la fortuna que mi padre pondrá en mis manos cuando acabe con todos vosotros, bien vale unos cuantos mártires.

—¡Qué pena me das! —exclamó, mirándola con tristeza.

—¿Pena? ¡Seré millonaria!

—Sí, y serás tan pobre que solo tendrás dinero —se lamentó—. Si solo me hubieras dicho la verdad, Mónica, podríamos haber sido como hermanas. Aunque supongo que podrás comprarte una familia con todo tu dinero, ¿o no?

Por el gesto iracundo que recibió como respuesta, supo que había tocado una fibra sensible.

—¡Tendría una familia si tu abuelo no me la hubiera quitado! —le gritó, avanzando un paso hacia ella

—Sí, y no voy a justificarlo, a pesar de que él —señaló al espíritu e izó un poco la voz—. también mató a mis padres, a los dos, ¿o te olvidas de eso? Eso es otra cosa que tenemos en común, Mónica, este monstruo nos arrebató...

—¡Basta! —bramó el susodicho, interrumpiendo la conversación. El grito resonó entre los árboles, igual que si hubiera usado un enorme megáfono para hacerlas callar—. ¡Ya estamos perdiendo demasiado tiempo con vuestras tonterías!

Kathy observó cómo Mónica apretaba los dientes y agachaba la cabeza, sumisa, pero ella ya no tenía nada que perder.

—¡No voy a permitir que te refieras a la muerte de mis padres como *tonterías*! —le gritó, y se volvió a mirar a Mónica, asqueada—. ¿Y a ti tanto te importa el dinero que eres capaz de aliarte con este

miserable a pesar de lo que le hizo a tu madre?

—¡Silenció! —exigió de nuevo el espíritu.

—¡Me dais asco! —escupió—. ¡Los dos!

La respuesta de Vostricov no se hizo esperar.

—Ya me cansé del sonido de tu voz —le advirtió, avanzando un par de pasos en su dirección, con la más aterradora de las expresiones en el rostro.

—¡Déjala hablar! —gritó Mónica, sorprendiéndolos a ambos.

—Natasha...

—Quiero saber de qué está hablando. ¿Algún problema..., padre?

Kathy los observó unos segundos, comprendiendo el motivo de tan abruptas interrupciones. Lo miró, saboreando el ápice de inquietud que leía en sus ojos.

—¡No se lo has dicho! —adivinó

—¿Y crees que eso cambiará algo? —Sonrió—. Natasha no es como tú, Katrina, ella si es digna hija de su padre.

—Cuéntaselo entonces —insistió—. Dile cómo mataste a su madre de una paliza cuando ella era apenas un bebé.

No podía estar del todo segura de que las cosas hubieran sido exactamente así, pero a aquellas alturas ya le daba igual. Por primera vez desde que había llegado, pudo leer la contrariedad en los ojos de la que alguna vez fue su amiga, la cual necesitó reponerse unos segundos para poder preguntar:

—¿Es cierto?

—¿Y si lo fuera, Natasha? —Preguntó a su vez, sin el más mínimo remordimiento en su rostro—. ¿Estarías dispuesta a renunciar a tu herencia millonaria por algo que ocurrió hace tantos años?

Paradójicamente, aquella pregunta había sido una respuesta a gritos. A Kathy le pareció ver un destello de dolor en los ojos de Mónica, pero fue tan breve que se preguntó si no se lo habría imaginado. La expresión de absoluta frialdad con la que era

observada ahora, nada tenía que ver con ninguna emoción en concreto.

—Bien, creo que está todo dicho —aseveró el espíritu, caminando de nuevo hacia Kathy—. ¡Veinticinco años aguardando este momento! ¡Cómo voy a disfrutarlo!

—¿Y por qué esperaste tanto? —interrogó de nuevo, consciente de que intentaba ganar algo más de tiempo antes de rendirse a lo inevitable—. Te hubiera sido mucho más fácil llegar hasta mí si hubieras atacado antes.

—Empiezas a desesperarme, Katrina —silabeó entre dientes.

—Estoy condenada. Voy a sacrificar mi vida para que tú puedas llevar a cabo tu estúpida venganza; lo mínimo que merezco son algunas respuestas, ¿no crees?

Vostricov la observó unos segundos, intentando controlar las ganas de retorcerle el cuello, que parecían crecer por momentos. Estaba acostumbrado a llevar el control y salirse siempre con la suya, y ser consciente de que no podía tomar por la fuerza lo que Katrina debía ofrecerle comenzaba a desesperarlo; y, por supuesto, ella también sabía la ventaja que aquello le daba.

—Mónica debía tener edad suficiente como para colaborar —terminó explicando—. Y cuando al fin la tuvo, debían darse las condiciones propicias para llegar hasta ella... Como ya te he dicho varias veces, la paciencia es una gran virtud.

Kathy cayó en la cuenta de algo que le sorprendía no haberse preguntado antes.

—¿Cómo lo hiciste?

—¡Vamos, Katrina! ¿De qué te sirve seguir posponiendo lo inevitable? —preguntó con sarcasmo

Un escalofrío la recorrió de arriba a abajo, se le terminaban las preguntas...y el tiempo, y el hecho de haber venido dispuesta al sacrificio no lo hacía menos aterrador.

—Mónica... —se volvió a mirarla—, ¿cómo se entera alguien de

que su padre muerto está esperando detrás de una Ouija para convencerte de que colabores en un juego asesino? De veras, siento una curiosidad enorme...

El intercambio de miradas entre padre e hija no pasó desapercibido para Kathy; y tampoco el gesto de aprobación que dio permiso a Mónica para compartir la historia.

—¿Recuerdas el accidente de coche del que te hablé? —Esperó el asentimiento de Kathy para continuar—: Estuve clínicamente muerta durante noventa segundos. ¿Necesito explicarte quién me esperaba del otro lado?

Kathy la miró, boquiabierta, mientras Mónica continuaba con la asombrosa historia

—Si tu propio padre te pidiera que te agarrases a la vida, pero que quiere seguir manteniendo el contacto contigo desde el más allá..., ¿tú qué harías? —preguntó—. ¿Quieres saber lo que hice yo? Compré una Ouija y un libro de espiritismo el mismo día en que puse un pie fuera del hospital —contó—. Durante las primeras semanas, me sentaba a conversar con él cada noche, solo por el placer de hacerlo. Hasta que un día le pedí que me contara algo acerca de su muerte y tuvo que hablarme del desgraciado de tu abuelo.

Kathy rompió su silencio, lanzando una sonora y amarga carcajada que sorprendió a padre e hija.

—¡Enhorabuena, Mikhail! —le dijo con sarcasmo, fingiendo aplaudirle—. Si existiese un premio a la persona más manipuladora y embustera del planeta, no tendrías rival.

—Cuidado, Katrina —le advirtió—. Todavía puedo cambiar de opinión y matarte en este mismo momento.

—¿Después de todo lo que has hecho para llegar a este punto? No lo creo —inquirió—. Es curioso, pero no dejas de sorprenderme. Pensaba que no podía escuchar nada más mezquino de lo que ya sé sobre ti, y me he equivocado de nuevo. Aquel accidente...

—Aquel accidente me devolvió a mi padre, no hay nada de mezquino en querer conocer a tu hija —interrumpió Mónica, terriblemente enfadada.

—Sí, un accidente muy conveniente —insistió Kathy—. *Casualidad* o *causalidad*, la eterna pregunta.

Sonrió con tristeza, asombrándose a sí misma de la rapidez y agilidad con la que su cerebro era capaz de pensar, tras todos aquellos días junto a Alex. No necesitó ni esforzarse en ello, los cabos se ataron solos en su cabeza.

—Divina providencia, diría yo —argumentó Mónica, frunciendo el ceño.

—Pues parece que conozco mejor a tu padre que tú —afirmó Kathy sin apartar la vista del ahora malhumorado espíritu—. Te aseguro que este *monstruo* no deja nada al azar.

Ambos se sostuvieron la mirada sin ocultar cuánto se despreciaban mutuamente.

—Te arriesgaste mucho —insistió Kathy—. Pudiste matarla, y de nada hubiera servido tanta planificación.

Mónica avanzó hacia ella, obligándolos a romper el contacto visual.

—¡Un momento! ¿Qué estás insinuando?

—Ya no insinuó, Mónica, afirmo —contestó, afligida—. Para mí desgracia, conozco bien cómo funciona su macabro cerebro. Ni siquiera tengo que preguntarte cuando tuviste aquel accidente, podría decirte el día exacto sin temor a equivocarme.

—¡Mientes! —le gritó fuera de sí.

—Veintidós de marzo, Mónica —reveló—. Dime que ese no fue el día en el que aquel camión casi te mata, y reconsideraré mis palabras.

Completamente estupefacta, Mónica se debatía entre la incredulidad y el abatimiento.

—¿Cómo...? Yo... nunca te lo dije... —casi tartamudeó, y se volvió hacia su padre—. ¿Cómo puede saberlo?

El espíritu se tomó unos segundos para contestar, mientras clavaba su diabólica mirada en Kathy, y avanzaba muy despacio hacia ella.

—Katrina parece saber muchas cosas —opinó con expresión molesta, pero sin poder disimular un leve tono de admiración en su voz—. Parece que le habéis sacado partido a la única pista que tuve a bien concederos. Supongo que mi apellido no es demasiado común.

—¿Y por qué lo hiciste? —interrogó Kathy recordando aquel momento, siendo consciente de hasta qué punto Mónica había jugado con ella.

—Ya era hora de empezar a levantar las cartas —explicó—. ¿Qué clase de venganza puedo llevar a cabo si mi enemigo no sabe de mi existencia? —Sonrió con petulancia—. Pero ahora, por fin, todo está preparado, y ya es hora de avanzar hacia la meta...

Continuó caminando, recortando la distancia que lo separaba de Kathy, que tuvo que hacer un esfuerzo enorme para no retroceder.

Se detuvo a escasos centímetros de distancia de ella, con un brillo triunfal en los ojos.

—Llegó el momento, Katrina —le susurró casi en el oído—. Contéstame alto y claro... ¿Tengo tu permiso para entrar en tu cuerpo?

Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas. A pesar de saber que aquel era el destino que ella misma había elegido, ahora se resistía a aceptarlo. Tuvo que recordarse a sí misma por qué estaba allí: era la única manera de salvar la vida de todos a los que amaba...

—Mi paciencia se agota, Katrina, pero te lo repetiré de nuevo... ¿Tengo tu permiso para entrar en tu cuerpo?

Sintiéndose vencida, hizo acopio de todas sus fuerzas y cerró los ojos, resignándose a su destino.

—Sí —afirmó en un susurro, y mantuvo los ojos cerrados para no tener que soportar su expresión de regocijo.

—Te prometo que esto no te dolerá...

La tomó entre sus brazos y acercó la boca a escasos centímetros de la suya. Con una mano de hierro apretó fuertemente la mandíbula femenina obligándola a entreabrir los labios. Un halo de luz negra surgió después de su boca, dispuesto a tomar el cuerpo que se le había ofrecido. Solo tenía que pasar de un lado a otro y en décimas de segundo habría logrado su objetivo. Su cuerpo casi temblaba ya de júbilo por la anticipación; tanto, que tardó varios segundos en comprender que algo no estaba funcionando: la boca de la chica parecía negarle la entrada, repeliendo su espíritu.

Se separó de ella un instante para mirarla a los ojos, leyendo en ellos únicamente el terror que le provocaba el que creía su destino.

Volvió a intentarlo con más ahínco un momento más tarde.

La dobló con más fuerza entre sus brazos, tomó con rabia su mandíbula y exhaló con vehemencia en dirección a su boca, con idénticos resultados.

Cuando un halo de luz blanca lo repelió por tercera vez, pareció comprender lo que estaba pasando.

Soltando un alarido iracundo, empujó a Kathy con fuerza, lanzándola a varios metros de distancia. Después caminó de nuevo hasta ella y, antes de que el dolorido cuerpo pudiera reaccionar, la izó por encima de su cabeza completamente encolerizado.

—¡No has podido mantenerte alejada de él, ¿verdad, perra?! — rugió, arrojándola de nuevo sobre el duro suelo—. ¡Ahora no me dejas más opción que matarte!

De un saltó se lanzó de nuevo sobre ella dispuesto a cumplir su amenaza, pero el sonido de un disparo al aire retumbó en el silencio de la noche, haciéndolo desistir de su empeño. Buscó a su alrededor, desconcertado, y su ira se multiplicó por diez al encontrar la procedencia.

Sebastián Monteverde empuñaba una pistola a unos escasos cinco metros de distancia, y le apuntaba directamente al corazón.

—Si vuelves a ponerle un solo dedo encima será lo último que

hagas —le dijo el anciano con rabia contenida.

Vostricov enmascaró la desagradable sorpresa con una espeluznante risotada.

—¿Has venido a ver el espectáculo? ¡Estupendo! Tendrás el privilegio de ver cómo acabo con ella, y a mí me darás la enorme satisfacción de poder mostrártelo.

—Si haces un solo movimiento, no dudaré en matarte... de nuevo.

—¡Oh, vamos, viejo! No puedes ser tan tonto..., podría quitarte esa pistola con solo mover un dedo —se jactó, dando un paso en su dirección dispuesto a cumplir su amenaza; pero se detuvo en seco al escuchar un característico sonido a su espalda. Demasiados años siendo un hijo de puta como para no reconocer el sonido procedente de un arma al ser amartillada. Se volvió a tiempo de ver a Alex salir de entre los árboles, empuñando otra pistola con pulso firme.

—Tendrás que ser muy bueno para desarmarnos a los dos —le dijo, apuntándole también al pecho—. Y más rápido que una bala, en sentido literal.

—¿Mataríais a un inocente? —Sonrió ya sin rastro de humor—. Sería interesante ver cómo se lo explicaríais a la policía...

—Mírame bien, Mikhail, soy un anciano, y no tengo mucho que perder ya... ¿Cuántos años de cárcel crees que pagaría?

Vostricov guardó silencio.

—Kat, ¿estás bien? —Se preocupó Alex, luchando contra el instinto de correr a abrazarla. Con precaución, y sin apartar la vista de su enemigo, le tendió la mano que la pistola le dejaba libre para que fuera hasta él.

—Creo que sí...

La chica se puso en pie, dolorida, comprobando su estado. Caminó despacio hasta Alex con mucha precaución. Jamás en toda su vida se había alegrado tanto de verlo.

—¿Cómo habéis sabido hacia dónde venía?

—Fernando lo dedujo... Ya te lo contaré.

Sebastián sacó unas esposas de uno de los bolsillos de su chaqueta, y las lanzó con saña a los pies del acorralado espíritu.

—Supongo que recordarás cómo se usan.

En silencio, pero sin molestarse en ocultar la macabra sonrisa que dibujaban sus labios desde que habían llegado, se ajustó una de las esposas a la muñeca izquierda, pero cuando se disponía a cerrar la segunda, Sebastián lanzó un sonido desaprobatorio.

—A la espalda —le exigió.

Vostricov se tomó su tiempo, pero terminó obedeciendo, y Alex se acercó a comprobar que estaban bien cerradas, sin dejar de apuntarle, esta vez a la cabeza. Tras asegurarse, volvió a su posición inicial, un par de metros más allá.

—¡No se te ocurra moverte de donde estás, Mónica! —izó Kathy la voz, observando como la actriz reculaba cada vez más dispuesta a internarse entre los árboles para huir—. Abuelo, ¿has traído otras esposas?

Alex contestó por él y le dio a la chica las que él mismo llevaba guardadas en su cazadora.

—¿Qué ocurre, Kat? —preguntó contrariado.

—Mónica ha jugado con nosotros todo este tiempo —les explicó, mientras caminaba hasta ella con paso firme.

Cuando estaba apenas a un metro de distancia, Mónica hizo algo impensable: se llevó la mano a la espalda y sacó una pequeña pistola, con la que apuntó a Kathy.

—No se te ocurra acercarte un paso más —la amenazó—. Te aseguro que no me temblará el pulso para apretar el gatillo.

Kathy retrocedió unos pasos, intentando guardar toda la calma de la que fue capaz.

—¿Pero qué coño...? —musitó Alex, alucinado.

—¡No pasa nada! —Inquirió Kathy, mirando alternativamente a Alex y a su abuelo—. Vosotros no apartéis vuestra arma de él, o

aprovechará el menor titubeo para matarnos a todos.

—¡Acaba con ella Natasha! —le gritó el espíritu—. ¡Haz que me sienta orgulloso de mi hija!

—¡Tu hija! —exclamó Alex sin disimular su asombro.

Tanto él como Sebastián necesitaron algunos segundos para digerir la noticia.

Cuando el anciano se repuso volvió a asombrarlos a todos.

—¿Eres Natalia Mejías, muchacha? —preguntó, dejándolos atónitos.

Mónica fue la primera desconcertada. Hacía tanto tiempo que nadie la llamaba por su verdadero nombre que incluso le resultó raro escucharlo. La única persona que en los últimos años conocía su verdadera identidad, siempre se había empeñado en usar la traducción al ruso.

—¡Se llama Natasha! —exclamó el espíritu, molesto, pero todos ignoraron el comentario.

—¿Tú sabías de su existencia, abuelo? —preguntó Kathy, alucinada.

—¡Claro que sí! —admitió, y volvió a dirigirse a Mónica—. Te busqué durante cinco años, niña, tu tía abuela se moría de ganas de conocerte.

—¡Y no tenía ningún derecho a hacerlo! —interrumpió Mikhail.

—¡Le dijiste en su cara que la niña había muerto! —acusó el anciano—. Entiendo que odiaras a tu hermana, pero que culpa tenía ella —señaló a Mónica—. de nada.

Kathy observó el gesto de abatimiento en el femenino rostro.

—Dispara, Natasha —volvió a insistir Mikhail—. Y serás millonaria mañana por la mañana.

La chica parecía sopesar todas sus posibilidades, o intentaba hacerlo al menos, pues su turbación era visible para todos.

—Natalia... —le susurró Kathy, ganándose su atención de inmediato—, no puedes confiar en él. Se deshará de ti en cuanto que

no te necesite para nada; está en su naturaleza.

—Natasha, no la escuches.

—Estrelló tu coche contra un camión solo para tener una posibilidad de llegar hasta ti —le recordó—. No le importaba si morías en el intento; arriesgó tu vida para llevar a cabo su venganza personal.

—No puedes estar segura de eso —musitó Mónica, dubitativa—. ¿Y cómo adivinaste la fecha en la que tuve el accidente?

—Solo tiene fuerza para interactuar en el mundo de los vivos una vez al año, en el aniversario de su muerte —explicó—. Abuelo, ¿qué día...murió este desalmado?

—Un veintidós de marzo —dijo, sin dudarlo.

—¿Nunca te paraste a pensar por qué en las dos ocasiones en las que le ayudaste a volver siempre coincidía la misma fecha? —insistió, y pudo leer en su rostro el momento exacto en el que dejó de encontrar argumentos para negarse a lo evidente. La cuestión ahora era que pensaba hacer con toda la información.

—¿Vas a desperdiciar la mayor oportunidad de tu vida para tener todo lo que siempre has soñado? —escupió Vostricov mirando a su hija, sin molestarse en negar las acusaciones recibidas—. ¿Por un ataque de amor propio? Creí que te había inculcado algo de sensatez en los últimos años.

Sin previo aviso, cogiendo a todos desprevenidos, Mónica se giró hacia su padre y efectuó un único disparo, sin un solo titubeo. Cuando todos se hubieron recuperado de la sorpresa, comprobaron, atónitos, que la bala se había alojado en uno de los omoplatos de su enemigo y sangraba profusamente.

—¿Has intentado matarme, Natasha? —exclamó, aún sorprendido, aunque sin un gesto de dolor.

—No, padre, solo quería agradecerte los tres meses que pasé en aquel hospital luchando por mi vida —declaró sin rastro culpa—. Aunque espero de veras que encuentren una manera para acabar

contigo, pero esa ya no es mi cruzada.

—¡Natasha! —bramó encolerizado.

—¡Me llamo Natalia! —fue todo lo que añadió antes de perderse entre los árboles, sin que nadie intentara detenerla.

Todos se centraron de nuevo en su adversario, observándolo en silencio, esperando algún tipo de reacción ante el abandono de su propia hija.

—¡Una persona menos con la que repartir mi dinero! —exclamó sin cambiar la expresión de su rostro.

Sebastián lo observó unos segundos, perplejo.

—Que desalmado eres. ¡Que poco te pareces a mi querida Katia!

—Sí, mi hermanita siempre pecó de sentimental, ¿y a dónde la llevó eso? Al mismo sitio que a mí, pero sin posibilidad de retorno.

Sebastián apretó los dientes con fuerza para no ceder a la necesidad de abalanzarse sobre él. Alex intervino justo a tiempo para evitarlo.

—Tú tampoco podrás volver de nuevo —le aseguró—. Porque vamos a mandarte de vuelta para siempre.

Otra de sus escalofriantes risotadas resonó en la noche.

—Creo que voy a divertirme con esto —y agregó, casi sin poder dejar de reír—: Será estupendo ver... —Se interrumpió de repente—. ¿Quién coño eres tú?

Todos miraron hacia el lugar donde Vostricov había puesto sus ojos. Fernando estaba parado allí de pie, observándolo todo con detenimiento. Traía lo que parecía ser una tabla bajo un brazo y diversos libros antiguos bajo el otro.

—Celebro verte bien —le dijo a Kathy soltando todos los bártulos junto a uno de los árboles.

—¿Qué... haces tú aquí...?

—Intentar ayudaros..., o eso espero.

—¿Luque no ha venido contigo? —interrogó Alex, extrañado—. Quedó en llamarte para...

—¡Y he cumplido mi parte! —les sorprendió el policía, apareciendo jadeante de entre los árboles—. Pero mi carga pesa un poco más que unos libros.

Kathy se quedó perpleja ante lo que estaba viendo.

—¡Ángela! —susurró observando cómo el policía depositaba el cuerpo inerte en el suelo.

Cuando pudo salir de su asombro, corrió hasta su amiga y se agachó ante ella, mientras Fernando caminaba hasta Alex sin ocultar su preocupación.

—Tenemos un problema... —le dijo.

—¡Tenéis más de uno! —apostilló Vostricov, de cuyo rostro había desaparecido la sonrisa por completo.

—¿Es él? —interrogó Fernando, examinándolo con curiosidad. Alex asintió—. Menos mal que llegasteis antes de que la poseyera.

—En realidad lo ha intentado, pero no ha podido hacerlo... —contó Kathy, poniéndose en pie de nuevo.

Fernando clavó su mirada en ella sin disimular su asombro.

—¿Qué no ha podido?

—¡La culpa es de este mequetrefe! —profirió Vostricov mirando a Alex con desprecio—. ¡Te mataré para resarcirme!

—¿Quieres callarte de una puta vez? —le gritó Alex, imperativo, avanzando hasta ponerle la pistola a medio metro de la sien.

Todos se pusieron tensos ante el arranque de ira.

Luque caminó hasta Alex y le puso la mano en el hombro con suavidad.

—Tranquilo, solo trata de ponerte nervioso —le dijo—. No cometas un error que puede costarte muy caro.

El espíritu esbozó una irónica sonrisa.

—Deberías hacerle caso a tu amigo —aconsejó—. No deberías arriesgarte tanto ahora que vas a ser... papá —miró ahora a la chica, maliciosamente—. ¿Se me pasó antes darte la enhorabuena, Katrina?

Todos guardaron silencio unos segundos. Kathy y Alex se

miraron entre sí, desconcertados. Sin saber que creer y que no. Fue Fernando quien una vez más les aclaró el misterio.

—¡Por eso no ha podido llevar a cabo la posesión! —les explicó, sorprendido gratamente—. ¡Kathy, con tu permiso no era suficiente! —Sonrió—. Y vuestro bebé no estaba dispuesto a ceder su sitio...

—Caramba, muchacho... —exclamó Sebastián mirando a Alex con el ceño fruncido—, ...no habéis perdido el tiempo. No sé si darte las gracias o pegarte un puñetazo.

A pesar de lo tenso de la situación, Luque no pudo evitar dejar escapar una sonora carcajada.

Kathy, aún conmocionada, se llevó la mano al abdomen por instinto, gesto que no pasó desapercibido para su enemigo.

—No te acostumbres demasiado a la idea —le aconsejó divertido—. Porque voy a matarte...

Alex volvió a intervenir, furioso.

—¡Cállate! ¡Y borra esa estúpida sonrisa de tu rostro!

En respuesta, Vostricov ensanchó la mueca mucho más.

Fernando cogió la madera que había traído con él y la arrojó a los pies del espíritu para que pudiera verla bien.

Complacidos, todos disfrutaron viendo como la sonrisa desaparecía por completo de su rostro.

El pedazo de madera... era un tablero Ouija.

Capítulo 28

Kathy observó también la tabla, preguntándose que se había perdido. Tan solo había estado alejada de Alex poco más de una hora, y en ese tiempo el chico parecía haber movilizad a toda una caballería para encontrarla. Lo miró con disimulo y, sonriendo con ternura, volvió a acariciarse el abdomen pensando en la inmensa suerte que tenía su bebé al tenerlo como padre. Y pensar que minutos antes había estado a punto de entregar su vida y la de su bebé a aquel desgraciado...; pero aquello había cambiado de manera ostensible, ahora su única misión consistía en mantenerse a salvo a toda costa.

Saliendo del trance, volvió a preguntarse que tendrían preparado hacer. Estaba claro que la presencia de Fernando allí respondía a un propósito, y tenía que haber un motivo de peso para que se hubieran arriesgado a sacar el cuerpo inerte de Ángela del hospital. Decidió tener paciencia, estaba segura de que no tardaría en enterarse.

Fernando se acercó de nuevo a Alex sin disimular su enorme preocupación.

—Seguimos teniendo un problema —susurró al oído del periodista—. Ángela no nos vale así. Ya te dije que la necesitamos despierta.

En respuesta, Alex clavó sus ojos en Vostricov. Con una mirada cargada de odio y determinación, le dejó claro que estaba dispuesto a sacrificar a Micky a la menor muestra de contrariedad.

—Tráela de vuelta —le exigió señalando a la chica que yacía a escasos metros.

Una mirada burlona fue lo primero que recibió a cambio.

—No puedes ser tan tonto como para esperar que obedezca, ¿o es que te volviste loco al saber de tu paternidad?

—No estás en condiciones de ironizar —aseveró el chico sin dejar

de apuntarle con el arma.

—Ni tú en posición de exigirme nada... ¡Mata a Micky si quieres!
¡Yo volveré una y mil veces, a mí no podéis matarme!

—Bueno, eso no es del todo cierto..., ¿verdad, Mikhail? —
intervino Sebastián girando la pistola sobre sí mismo, apoyándosela
en la sien.

Kathy lanzó un grito de pánico.

—¡No lo harás! —le gritó su enemigo sorprendido y sin poder
disimular su inquietud.

—¿Por salvar la vida de mi nieta? Sabes que sí.

—¡Es el enlace! —exclamó Fernando boquiabierto.

Sin mediar una sola palabra más, Sebastián le indicó con un
gesto que cumpliera con la orden de Alex.

Tras pensarlo unos segundos, el espíritu caminó con deliberada
lentitud hasta el cuerpo que yacía sobre la tierra. Aún tuvo la osadía
de mirar a los ojos a cada uno de los presentes, igual que si estuviera
perdonándoles la vida.

—Necesitaré mis manos para poder complaceros —dijo.

Alex intercambió una interrogante mirada con Fernando, que se
encogió de hombros sin saber a qué atenerse. Por fortuna, Kathy
intervino antes de que pudieran siquiera plantearse liberarlo.

—Conmigo solo utilizaste las manos para sujetarme —le recordó
—. Así que tienes suerte, Ángela no opondrá resistencia. Deja de
inventar tretas, no van a servirte de nada.

La sonrisa de prepotencia con la que Vostricov respondió, no
consiguió ocultar del todo su crispación. Se dejó caer de rodillas ante
Ángela.

—No podéis ganar —les advirtió—. Aún os falta lo
irrecuperable...

Se acercó a escasos centímetros del rostro de la chica y, tras
dudarlo una décima de segundo más, tomó los femeninos labios
contra los suyos.

Todos contemplaron boquiabiertos cómo el torso de Ángela se elevaba unos centímetros del suelo, recibiendo el aliento del espíritu. Unos segundos más tarde volvió a caer sobre la tierra.

Vostricov se puso en pie y escupió a un lado, solo para demostrarles el asco que le producía lo que le habían obligado a hacer.

—¿Por qué no funciona? —le preguntó Kathy agachándose ante ella, comprobando que todo seguía igual.

—¿Qué te he dicho de la paciencia, Katrina?

Cuando Kathy iba a enfrentarse a él sintió un leve movimiento entre sus brazos. Segundos después, la moribunda abrió los ojos desorientada.

—¡Ángela!

Pasaron unos segundos más hasta que la enferma pudo enfocar la vista sobre la persona que se inclinaba sobre ella.

—¿Kathy? —la miró aturdida.

—¡Sí, cariño, soy yo! —asintió emocionada, rompiendo a llorar. Había esperado aquel momento durante tres interminables años.

—¿Qué... ha pasado? —preguntó tratando de incorporándose, mirando a su alrededor, extrañada, mientras se dejaba abrazar.

Alex se agachó también ante ella, sin dejar de apuntar a su enemigo.

—Es una larga historia —le dijo sonriendo—. Prometemos contártela con todo lujo de detalles.

—¿Alex? —lo reconoció—. Has cambiado...

—Sí, lo sé. ¿Puedes levantarte?

—Creo... que sí...

Luque se acercó para ayudarla a incorporarse. El policía estaba estupefacto debido a todos aquellos acontecimientos. Se prometió a sí mismo ser mucho más abierto de mente cuando todo terminara. ¡Y pensar que había estado a punto de negarse a sacar a aquella chica del hospital!

Casi sin ningún esfuerzo, Ángela consiguió ponerse en pie. Kathy agradeció al hospital que, a pesar de su estado, hubieran ejercitado su cuerpo durante todo el tiempo que estuvo ingresada.

Ángela se estiró para desentumecer sus doloridos músculos, y miró a su alrededor intentando reconocer a todos los presentes. Observó extrañada al hombre que la había ayudado a incorporarse. No recordaba haberlo visto nunca. Y tampoco al peculiar hombrecillo que la observaba, complacido, por encima de aquellas lentes minúsculas. Pero hubo alguien a quien sí reconoció al instante. No fue su rostro lo que identificó, sino sus ojos. Aquellos endemoniados ojos que tenía grabados a fuego en su memoria.

—¡Tú! ¡Cabrón hijo de puta! —le gritó.

Trató de abalanzarse sobre él, pero Luque fue más rápido y pudo sujetarla antes de que lograra su objetivo.

Histérica, Ángela luchaba por liberarse para golpear aquel irritante rostro, que no dejaba de sonreír.

—¡Tú lo mataste! ¡Murió por tu culpa!

Terminó por ceder a los brazos de Luque, que se afanaba por serenarla.

—Ahora tienes la oportunidad de resarcirte —le dijo Alex con firmeza—. Solo tienes que intentar tranquilizarte, y ayudarnos a mandarlo de vuelta.

Aquello fue como un bálsamo para los oídos de Ángela, que se secó las lágrimas y miró a su enemigo a los ojos, declarándole con rabia apenas contenida su determinación para acabar con él.

Kathy sonrió, admirando una vez más a Alex y su capacidad de motivación. Ella misma se había preguntado cómo pensaba conseguir la casi imposible hazaña de vencer al espíritu, pero en ningún momento había dudado de él. Si el chico aseguraba que podían hacerlo, sin duda había una posibilidad de conseguirlo.

Por su parte, Alex casi no podía disimular su inquietud. Acababa de garantizarles a las chicas que iban a vencer aquella guerra, pero la

realidad era que el mismo Fernando no estaba seguro de que lo que tenía preparado pudiera funcionar. Y lo cierto era que aquel plan pasaba por ser lo más descabellado que había escuchado jamás...

Observó de reojo al parapsicólogo, que hábilmente se había procurado un sitio a espaldas de Vostricov para mantenerlo ajeno a sus planes el máximo tiempo posible. Apenas a un metro de distancia, arrodillado tras él, con una de sus manos firmemente apoyada en el centro de la Ouija, recitaba casi en susurros uno de los párrafos extraído de los libros que había traído consigo.

Alex supo que el momento que estaban esperando podía estar cerca.

—Luque —Llamó a su amigo, que se acercó de inmediato—. ¿Puedes sustituirme?

—Por supuesto.

Sin hacer preguntas, el policía extrajo su arma reglamentaria de la cartuchera y apuntó al corazón de su adversario.

—Luque, si intenta lo más mínimo ni siquiera lo pienses, o nos matará a todos.

Alex guardó por fin su pistola y, siguiendo las instrucciones previas que tenía de Fernando, caminó hasta las chicas y les tendió una mano a cada una, que no dudaron en tomarla y dejarse guiar.

Los tres unidos se enfrentaron a Vostricov, que los observó con una sonrisa socarrona antes de interrogar con tono burlesco:

—¿Se supone que debéis darme miedo?

Alex ignoró el comentario.

—Gracias a nuestra fuerza logró quedarse hace años, y será esta misma fuerza quién ahora lo mandará de vuelta —les explicó—. Solo tenemos que desearlo intensamente.

El espíritu sonrió, inquieto.

—Creo que se te olvida un pequeño detalle: hace tres años... erais cuatro.

Un halo de luz dorada comenzó a surgir de la tabla Ouija y, ante

el asombro de todos los presentes, envolvió a Fernando, que se convulsionó levemente al recibirla.

Alertado por la mirada estupefacta de sus enemigos, Vostricov se giró sobre sus talones y el miedo se reflejó en sus ojos por primera vez.

—¡No puede ser! —exclamó desconcertado.

Todos observaron fascinados como la brillante y preciosa luminiscencia se apoderaba por completo del cuerpo del parapsicólogo. Seguía siendo él, pero su rostro se veía ahora desdibujado por el intenso resplandor, convirtiendo sus facciones en las de otra persona...

—¡Marcos! —exclamó Ángela boquiabierta mientras sus lágrimas volvían a cobrar vida.

—¡Tú! —bramó su enemigo—. ¡No puede ser!

Todo sucedió muy deprisa. Profiriendo un profundo y escalofriante alarido, Vostricov concentró todo su odio y su miedo en las esposas que le impedían utilizar todo su poder, partiéndolas por la mitad en pocos segundos. Un viento helado comenzó a soplar tan fuerte que los árboles temblaban a su paso, perdiendo hojas que volaban por todas partes.

Sebastián supo que solo podía hacer una cosa para salvar la vida de su nieta. Cerró los ojos, pidió perdón por todos sus errores y se metió el arma en la boca dispuesto a sacrificarse...; pero Vostricov pareció leerle la mente con sorprendente facilidad. A pesar de encontrarse a varios metros de distancia, con un simple movimiento de manos logró arrancarle la pistola al anciano de entre los dedos. A continuación, movió iracundo uno de sus brazos en su dirección, arrojándolo de bruces contra el suelo unos metros más allá.

Dolorido, solo pudo levantar la cabeza el tiempo suficiente para gritarle a Luque:

—¡Dispárele, inspector! ¡Ahora!

Solo una décima de segundo dudó el policía en seguir la orden,

pero fue suficiente para verse desarmado y arrojado con fuerza hacia la arboleda, golpeándose con dureza contra uno de los árboles, lo que lo dejó fuera de juego al instante. Finalmente, el malvado ser se enfrentó a la alianza que Kathy, Álex y Ángela se afanaban por preservar. Caminó unos pasos hacia ellos con la ira más intensa escrita en sus ojos.

—¡Nunca conseguiréis vencerme! —rugió, mientras extendía sus manos hacia ellos para demostrarles su poder. El viento dobló su intensidad sobre los chicos, a los que comenzaban a flaquearle las fuerzas para poder mantenerse unidos.

—¡Tenemos que llegar hasta Marcos! —les gritó Alex—. ¡Hay que cerrar el círculo!

—No... puedo más... —Sollozaba Ángela, luchando contra la fuerza invisible que trataba de arrastrarla con ímpetu para que se soltara del resto.

—¡Aguanta!

—¡Dejad de luchar, porque estáis muertos! —bramó de nuevo.

Dispuesto a terminar cuanto antes, extendió su mano derecha hacia la lejanía. La pistola que minutos antes sujetaba Sebastián se elevó del suelo y voló en su dirección. Vostricov casi podía saborear la victoria cuando el arma se detuvo en el aire a un par de metros de distancia.

Contrariado, miró a su alrededor y apretó los dientes, furioso, al descubrir a Marcos justo a su espalda. También extendía un brazo hacia la pistola, pero su mano, en señal de stop, tan solo se limitaba a frenarla para que no continuase avanzando hacia su adversario. Vostricov dobló su fuerza sobre ella sin disimular su irritación, mientras que con la otra mano continuaba ejerciendo presión sobre los chicos para impedirles avanzar.

La pistola apenas se movió unos centímetros y volvió a detenerse, encolerizando cada vez más al ya enojado espíritu.

Durante unos interminables segundos ambos entes midieron sus

fuerzas. El arma avanzaba y retrocedía en el aire, mientras la alianza continuaba luchando por aguantar. Finalmente, el ansia por vencer llevó a Vostricov a olvidarse de ellos, y extendió también la segunda mano hacia la pistola para duplicar su fuerza; aquel fue el momento que Marcos aprovechó para dejar de ejercer su poder, y debido a la intensidad con la que su enemigo tiraba de ella, el arma voló por encima de sus cabezas hasta perderse en la oscuridad muchos metros más allá.

Por un instante, el desconcierto pudo con Vostricov, y fueron éstas décimas de segundo las que aprovecharon sus rivales para conseguir lo que con tanta intensidad él había tratado de impedir: Kathy y Ángela lograron llegar hasta Marcos y lo tomaron de la mano, cerrando el círculo a su alrededor.

El espíritu se revolvió cómo lo haría una fiera atrapada dentro de una jaula. Aquellas manos entrelazadas le impedían toda posibilidad de movimiento. Clavó su endemoniada mirada sobre Sebastián, que observaba todo en la distancia, odiándolo con una intensidad rayando en la locura. Y tan inmerso estaba en aquel irracional sentimiento, que ni siquiera se dio cuenta del momento en el que Marcos empujó con el pie la tabla Ouija dentro del círculo. Aunque lo que no pudo eludir fue el intenso dolor que lo desgarró por dentro un segundo después.

—¡Nooooo! —rugió retorciéndose y cayendo de rodillas sobre el tablero.

Luchó con todas sus fuerzas para permanecer dentro de aquel cuerpo, pero la intensidad con la que sus verdugos le exigían que se marchara era mucho más fuerte. Pronto supo que había perdido la batalla.

Izó su vista por última vez y se encontró frente a frente con Kathy, que le devolvió una mirada triunfal.

—¡Jaque mate, hijo de puta! —silabeó la chica entre dientes.

Con un último y desesperado alarido, una sombra negra

comenzó a emerger del cuerpo de Micky.

Todos observaron sin rastro de indulgencia, como el verdadero rostro de Vostricov se dibujaba en la oscuridad, retorciéndose y luchando contra su inminente destino. Un segundo más tarde, el espectro desapareció a través del tablero Ouija, al mismo tiempo que el frío viento dejaba paso a una cálida y agradable brisa.

—¡Lo hemos conseguido! —susurró Kathy casi sin poder creerlo —. ¡Se ha ido!

Emocionados, todos fijaron su mirada sobre Marcos, que los contemplaba con la misma sonrisa franca y abierta que siempre lo había caracterizado en vida, más resplandeciente que nunca repleta de aquella hermosa luminiscencia.

—Gracias —musitó Alex sin esconder las lágrimas que rodaban por sus mejillas.

Marcos asintió y posó su mirada sobre Kathy y el abdomen donde una pequeña semillita crecería día a día, para aportarles la felicidad más absoluta. Miró a la pareja con cariño.

—Seréis unos padres estupendos —les habló, ante el asombro de todos.

Después se volvió hacia Ángela y posó la más tierna de las miradas sobre ella. Un inmenso amor brillaba en sus ojos.

—No llores —le rogó.

—Tienes que irte...

Marcos asintió sin perder la hermosa sonrisa que parecía inspirar una tremenda paz.

—Por fin podré descansar...

Muy despacio se acercó a ella y, con una suavidad exquisita, le acarició el cabello tal y como solía hacerlo. Ángela cerró los ojos, emocionada.

—Te quiero, colibrí —susurró solo para ella.

—Y yo a ti —sollozó la chica intentando no venirse abajo. Quería que lo último que su amor se llevara de ella fuera una preciosa

sonrisa.

Marcos paseó de nuevo su cálida mirada por cada querido rostro, intentando atesorar aquel momento, grabando cada facción en su memoria.

—Cuida de ellas —le pidió a Alex—. Y lucha por lo que amas...

El periodista sonrió, dejando escapar un sollozo contenido. A pesar de la muerte, su amigo continuaba conociéndolo mejor que nadie.

—Os espero por allá dentro de muchos años —declaró, mirándolos a todos—. Hasta entonces... dejad de vivir a medias. Ya es hora de que os permitáis ser felices de nuevo.

Posó sus ojos sobre Ángela por última vez, recibiendo como gran premio una inmensa y preciosa sonrisa, que le ayudaría a soportar la eternidad hasta que pudiera volver a reencontrarse con ella.

Poco a poco, los rasgos de Marcos fueron desvaneciéndose. Un intenso halo de luz blanca salió del cuerpo del parapsicólogo, que cayó de rodillas al suelo casi sin fuerzas. Mientras Alex se agachaba para ayudarlo, todos izaron de nuevo la mirada hacia la incandescente luminaria, que revoloteando suavemente sobre sus cabezas, y en contra de lo que esperaban, no desapareció a través de la Ouija, sino que ascendió hacia el cielo hasta perderse en el infinito, emitiendo un magnífico destello.

Epílogo

Kathy bostezó perezosamente mientras los últimos rayos de sol le calentaban el rostro. Hacía mucho tiempo que no podía relajarse lo suficiente, como para pasar toda una tarde sentada sobre el verde césped, sin hacer otra cosa que disfrutar del paisaje. Por eso le parecía increíble estar allí, tirada sobre la hierba del parque donde tantas alegrías había vivido. Consideraría aquella tarde un verdadero sueño hecho realidad... si no le faltase lo único con lo que quería soñar el resto de su vida.

Intentó apartar la melancolía de sus pensamientos, y miró de reojo a su inseparable amiga. Ángela sonreía con su habitual serenidad, sentada a su lado.

Kathy se contagió de su sonrisa, y le agradeció a la vida el poder tenerla allí con ella, completamente restablecida. Hacía apenas cinco días escasos desde todo lo sucedido en aquel bosque. Cinco días, con sus cinco noches, que casi habían pasado charlando sin parar con la misma camaradería de siempre, como si nada hubiera cambiado a pesar de los tres años de ausencia. Durante horas enteras recordaron viejos tiempos, y no tan viejos también. Ángela le había confesado que no recordaba gran cosa de los años que pasó hospitalizada, para alivio de Kathy. El primer recuerdo que tenía era de los escasos segundos que su enemigo le devolvió la cordura, para sumergirla después en un profundo sueño, del que no recordaba nada hasta que volvió a despertar en aquel bosque.

—Se te ve muy relajada. —Rompió Kathy el silencio—. ¿En qué piensas?

—En Marcos —confesó, sonriendo con dulzura.

—Admiro tu manera de asimilarlo.

—La vida me dio la oportunidad de poder despedirme de él —dijo sonriendo sin rastro de pena—. Eso es algo que no todo el

mundo puede decir.

—Cierto.

Ángela se volvió hacia su amiga y la miró con cariño, leyendo en sus ojos como en un libro abierto.

—Marcos nos salvó la vida, Kathy, y solo nos pidió a cambio que fuéramos felices —le recordó—. Sé que no va a ser fácil, pero te aseguro que voy a intentarlo con todas mis fuerzas. La cuestión es... ¿qué piensas hacer tú?

Kathy agachó la mirada, sintiéndose fatal por no ser capaz de respetar el último deseo de su amigo. Se llevó las manos al abdomen, rogando para que el pequeño ser que crecía en su interior la ayudase a encontrar las fuerzas necesarias para sentirse plena; pero las lágrimas acudieron a sus ojos con una intensidad que fue incapaz de dominar.

—Se acabó —estalló Ángela sacando su teléfono móvil—. Si no lo llamas tú, lo haré yo.

—No —se apresuró Kathy sin fingir que no sabía de qué estaba hablando. Se lanzó sobre ella y le quitó el pequeño aparato de las manos—. No es una buena idea.

—Sí, claro, es una idea mejor que sigas llorando por las esquinas... —ironizó.

—Son las hormonas —se excusó, luchando por mantener sus ojos secos, sin éxito.

—Eso ya lo sé. Concretamente una hormona de metro ochenta y cinco y ojos grises... —La broma no obtuvo el éxito que esperaba—. Por favor, Kathy, te dije que volvería y entonces podríais hablar.

—Hace muchos días de eso..., ¿y si ha cambiado de opinión?

—Vais a tener un bebé, no puede cambiar de opinión. Tenéis que concretar algunos detalles.

—¡Eso es lo que me está matando! Quiero que Alex sea mucho más que el padre de mi hijo. No sé si puedo volver a vivir sin él... —Rompió a llorar sin remedio, recordando lo ocurrido la última vez

que se vieron.

Cuando la mañana siguiente a lo sucedido en el bosque, Alex le había informado de que tenía que volver a Londres para *atar unos cabos sueltos*, su primera intención había sido arrojarse a sus brazos y suplicarle una nueva oportunidad para buscar la felicidad juntos. Y aún se preguntaba cómo había podido controlarse lo suficiente como para tragarse su dolor y decirle adiós sin desmoronarse. Por un instante, había creído ver algo parecido a la amargura en el rostro del chico, pero supo que estaba equivocada al sentir como un látigo la frialdad con la que Alex casi le gritó: «*siento que tengamos que volver a vernos, pero comprenderás que necesitamos hablar, te guste o no*».

Aquella frase seguía resonando en su cabeza desde entonces... «*Siento que tengamos que volver a vernos...*». Kathy lamentaba no poder hacer nada para cambiar aquello. El bebé que crecía en su interior hacía necesaria aquella conversación. Pero sí había algo que podía hacer, o más bien, *debía* hacerlo: No utilizaría a su bebé para presionar a Alex. No lo ataría a ella por obligación; aunque las ganas de rogarle que se quedara a su lado la destruyeran por dentro poco a poco.

—Kathy, por favor —suplicó Ángela—. Que estés así no puede ser bueno para el bebé.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo... —Sollozó, ahora sintiéndose doblemente culpable.

—¡Pues tendrás que esforzarte un poco más! —exclamó alguien a su espalda, sorprendiéndolas.

Ambas reconocieron la voz de Alex sin necesidad de volverse a mirarlo.

Riendo, Ángela se puso en pie y lo saludó con efusividad, feliz de verlo. Además fue lo suficientemente hábil como para obligarlo a darse la vuelta y darle la espalda a Kathy, que muy avergonzada por haber sido sorprendida, aprovechaba el detalle para secarse las lágrimas. Sin poder evitar que el pulso le temblara debido a los

nervios, se levantó también, rogando para que las rodillas la sujetaran. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para darle dos besos sin que se diera cuenta de lo mucho que le afectaba su presencia.

—¿Cuándo has llegado? —interrogaba su amiga, contenta.

—Hace un par de horas —contó—. Luque ha ido a buscarme al aeropuerto y me ha traído hasta aquí.

—Buen tipo tu amigo. Ha estado muy pendiente de nosotras desde que te marchaste —explicó Ángela—. ¿Ya te contó lo de esa... Mónica? Encontraron sus huellas en el casquillo de la bala que mató a ese chico del teatro... ¿Charli?

—Sí —confirmó Alex.

—¡Que sangre fría!

—Pues va a costarle muchos años de cárcel —aseguró—. No debió tener una vida fácil, pero cada uno somos responsables de nuestro propio destino. ¿Y qué sabéis de Micky? ¿Ya se recuperó de... de...?

—¿De la puñalada que le diste?

—¡Joder, Ángela, había olvidado lo directa que resultas a veces!

Ambos sonrieron.

—Pues sigue en el hospital. Tuvieron que operarlo para extraer la bala del hombro, pero creo que le dan el alta mañana o pasado. Parece un buen tipo... —explicó, con un brillo especial en los ojos que hasta ella misma se hubiera sorprendido de encontrar allí—. Bueno, chicos, yo os dejo.

—¿Ya? —intervino Kathy por primera vez.

—Sí, tengo que... voy a...—trató de encontrar una excusa, pero cambió de opinión por el camino—. ¿Y para que me complico? Os dejo solos porque tenéis muchas cosas de las que hablar.

Sin perder la sonrisa se alejó de ellos.

Kathy se dejó caer sobre la hierba, rogando para que Alex fuese piadoso con ella. Sabía que aquella conversación no iba a ser fácil,

pero al menos esperaba que no fuese demasiado cruel.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí? —le preguntó, solo para probar si era capaz de juntar varias palabras seguidas.

—No lo sabía. Estuve en tu apartamento, y como no estabas pensé en venir a hacer algo de tiempo —explicó sentándose a su lado, pero teniendo la precaución de dejar *correr el aire*—. ¿Por qué llorabas, Kat? Tu abuelo...

—Él está bien —Se adelantó—. Aún no termina de asimilar lo sucedido, y creo que se siente un poco avergonzado, pero estamos intentando volver a conectar; aunque supongo que nos llevará un tiempo. Y aún no sé si algún día podré perdonarlo del todo.

—Estaba dispuesto a sacrificarse para que tú vivieras —opinó Alex—. Es un buen hombre.

—Lo sé, y te aseguro que ya no lo juzgo; no me siento con la autoridad moral para hacerlo —confesó, poniéndose las manos sobre el vientre—. Nuestro bebé aún no ha nacido, y te aseguro que ya siento que podría sacarle los ojos a cualquiera que intentara siquiera acercarse a mi tripa con malas intenciones... No sé si hay algo que justifique un asesinato, Alex, pero no seré yo quien dicte la sentencia.

—Es la decisión más sensata.

Un silencio atronador los incomodó un segundo después. Kathy, ahora consciente de que acababa de referirse a su pequeño como *nuestro bebé* por primera vez, se sentía incapaz de mirarlo a los ojos. No quería ser ella quien comenzara la conversación que terminaría rompiéndole el alma.

Para el chico tampoco era fácil decir... lo que había venido a decir. Los nervios estaban ganándole la batalla desde que se había bajado del avión, tal y como quedaba patente por las náuseas que lo tenían enfermo desde entonces.

—Kat..., me gustaría hablar del futuro.

La chica sintió un escalofrío. Ya no podía seguir eludiéndolo más tiempo.

—Sí —concedió—. ¿Qué... tenías pensado?

—Regreso a España definitivamente —Soltó a bocajarro, leyendo el asombro en el rostro de la chica—. Ya me he traído algunas cosas, y un amigo me enviará el resto por correo.

Realmente no había mucho que enviar, pues nunca terminó de echar raíces en Londres. Siempre había sido demasiado consciente de que jamás podría sentirse como en casa, sabiendo que su corazón y su alma estaban en otra parte.

—Alex..., si es por el bebé..., quiero que sepas que no estás obligado a...

—¡No sigas por ahí, Kat! —interrumpió, poniéndose aún más tenso, y sin ocultar cuánto le molestaba aquel comentario—. ¡Puedes exigirme que me mantenga alejado de ti, pero no de mi hijo!

—No pretendía...

—¿No te habrás planteado no tenerlo? —No pudo disimular su espanto ante aquella posibilidad.

—¡Jamás me desharía de mi bebé! —vociferó, despavorida y repentinamente enferma porque él lo hubiera siquiera dudado un segundo.

—¿Y por qué crees que yo si podría desentenderme de él?

Kathy respiró hondo, sintiendo que aquella conversación se le estaba escapando de las manos.

—Alex, por favor, no pretendía ofenderte, yo solo quería... —balbuceó, y al no encontrar las palabras adecuadas para arreglar mínimamente el agravio, se terminó desesperando de nuevo—. ¡Joder, te prometí sexo sin complicaciones y...!

Aquello pareció terminar de enfurecerlo. Se puso en pie enérgicamente.

—¡Te prohíbo que sigas refiriéndote a lo nuestro como *sexo sin complicaciones*! —exigió, apuntándola amenazante con el dedo índice—. En realidad yo nunca lo quise.

Kathy, malinterpretando las palabras, agachó la cabeza para

esconder el dolor, pero aquello no la ayudó a sentirse mejor. Podía asimilar que Alex no estuviera dispuesto a recuperar su relación, pero escuchar de sus labios que en realidad ni si siquiera la había deseado era más de lo que podía soportar.

—Yo... no me abalancé sobre ti... —susurró, avergonzada—. Si no querías..., si no me deseabas..., no tenías por qué...

—¿Pero de que narices me estás hablando? ¡Si me estoy volviendo loco por no poder tocarte! —declaró acaloradamente—. Pero no puedo conformarme con eso, Kat. Y si no estás dispuesta a darme un poco más, te aseguro que el bebé será lo único que tú y yo compartamos de ahora en adelante.

La chica lo miraba perpleja, sin atreverse aún a creer lo que parecía estar escuchando. ¿Había insinuado Alex que quería que su relación fuese más allá?

—Ya no puedo fingir más —continuó el chico—. ¡Estoy agotado! No puedo seguir conformándome con lo que te empeñas en llamar *sexo sin complicaciones*, porque eres la única mujer con la que siempre he querido *complicarme*... Y te aseguro que, aunque no se me ocurre nada más maravilloso que tener un hijo contigo, si no estuvieras embarazada estaríamos manteniendo la misma conversación —hizo una pausa y continuó con la voz quebrada—: Durante los últimos tres años, lo único que me ha mantenido cuerdo ha sido la esperanza de volver a tenerte a mi lado... ¡Kat, has sido mi primer pensamiento cada mañana y el último cada noche! ¿Crees sinceramente que puedo hacerte el amor y llamarlo simple sexo? ¡Si me muero por dentro cada vez que te escucho calificarlo así!

—Alex... —Sus lágrimas cobraron vida de nuevo, pero esta vez por un motivo muy distinto.

—Sé que no puedo obligarte a sentir lo mismo que yo...

—Alex...

—Y sé que en algún momento tendré que callarme y dejarte hablar... —continuó—, ... pero me resisto a cederte la palabra,

porque en realidad me aterra lo que puedo escuchar de tus labios. Así que si tengo alguna posibilidad de que en un futuro te plantees darme una segunda oportunidad..., por favor te pido que empieces por ahí. Solo dime que tengo que hacer para conseguirlo.

Ahora sí hizo acopio de todas sus fuerzas y guardó silencio.

—En realidad... solo tenías que pedírmelo. —Sollozó, emocionada.

Alex le devolvió una mirada esperanzada. Su corazón, que casi se había detenido esperando una respuesta, latía ahora a toda velocidad. ¿Era posible que ella se sintiera igual que él? Casi le daba miedo estar imaginando solo lo que quería escuchar.

—Yo creí que ya no te importaba —continuó la chica—. La mañana que pensaba que íbamos a hablar de lo nuestro me dijiste que volvías a Londres.

—Tenía que concretar algunas cosas para poder regresar.

—Eso te lo callaste...

—¿Y qué podía hacer? Me dijiste adiós como a un vecino que te cruzas en la escalera —explicó—. Me prometí a mí mismo que a mi regreso iba tomarme todo el tiempo que hiciera falta para volver a conquistarte.

Kathy sonrió, enternecida.

—Pues tendrás que invertir el tiempo en otra cosa —coqueteó—, porque lo que es *conquistada* ya me tienes desde la primera vez que me miraste a los ojos.

La expresión de absoluta felicidad de Alex le dijo mucho más de lo que podría expresar con palabras, aunque vaciló levemente un segundo más tarde.

—Kat, esto... no tiene nada que ver con el bebé que estamos esperando, ¿verdad? —preguntó temeroso, pero consciente de que necesitaba saber que ella lo quería por sí mismo.

La chica estudió su rostro, leyendo la agonía con la que esperaba la respuesta, y lo amó más que nunca.

Recortó la distancia que los separaba y le rodeó el cuello con sus brazos, dejando caer la máscara de impasible frialdad que tanto le había costado llevar todos aquellos días que habían pasado juntos. Lo miró embelesada, con el amor brillando en sus ojos.

—Te he *pensado* cada día durante tres eternos años, Alex —le confesó—. Tu recuerdo fue lo único que evitó que cometiera una tontería... Y cuando hace unos días volví a perderte de nuevo he estado a punto de enloquecer. No recuerdo un dolor tan lacerante como el que me ha partido el alma estos últimos cuatro días. No podría volver a vivir sin ti, mi amor, y me hace inmensamente feliz llevar en mi interior un pedacito tuyo.

El chico le acarició el rostro con suavidad, sin ocultar la profunda emoción que aquellas palabras le habían causado. Tuvo que aclararse la voz para poder hablar.

—¡No sabes cuánto he soñado con oírte decir algo así! —susurró.

—Y... ¿qué pasaba en tu sueño después...?

—Aprovechaba el momento..., por si acaso me despertaba...

La atrajo hacia sí, clavando en sus ojos una mirada de deseo que logró arrancarle un gemido de anticipación. La besó igual que si le fuese la vida en ello.

Bebieron el uno de los labios del otro intentando saciar su sed, perdiéndose en ese mundo mágico que solo juntos sabían crear.

Muchos minutos más tarde, Alex pareció recordar dónde estaban, y, a regañadientes, bajó un poco la intensidad del beso.

—Solo hay una cosa que me gusta más que besarte... —le susurró al oído—, ...besarte mientras te hago el amor.

La imagen de sus cuerpos desnudos, enredados bajo las finas sábanas de lino, produjo una descarga eléctrica que Kathy dejó asomar a sus ojos.

—No me mires así, o voy a olvidarme de que estamos en un lugar público —suplicó, luchando contra sí mismo.

—Así que va a ser verdad que tu libido y este parque siempre se

llevaron bien...

—En realidad el parque nunca tuvo nada que ver. —Sonrió—. Eres tú, mi ángel, estoy completamente loco por ti.

—Repítelo —suplicó.

—¿Qué estoy loco por ti?

—También..., pero vuelve a llamarme *mi ángel*.

—Nunca dejaste de ser *mi ángel* —murmuró sobre sus labios—.

Lo que me recuerda...

La soltó un instante y sacó la cartera de un bolsillo. Kathy lo miraba, curiosa, hasta que su cara se iluminó de felicidad al reconocer lo que extrajo del interior.

—Hace muchos años que te entregué mi corazón, mi ángel —le dijo, devolviéndole el colgante que tanto significaba para ambos.

Emocionada, Kathy se giró para que el mismo pudiera ponérselo de nuevo. Cuando se volvió hacia él, las lágrimas brillaban en sus ojos.

Acarició el medallón, recordando cuánto lo había echado de menos los últimos días.

—Gracias... Siempre me ayudó a encontrar las fuerzas necesarias para continuar adelante —le confesó—. De alguna manera sentía que tú estabas a mi lado, apoyándome... Lo he llevado al cuello desde que me lo pusiste hace tantos años. Me lo quité el día que llegaste de Londres.

—Pues podías habérmelo dicho en lugar mirarme cómo lo hacías.

—¿Cómo?

—Igual que si me hubieran crecido cuernos de repente.

La chica estalló en carcajadas. No dudaba de que Alex hubiera tenido aquella impresión.

—Solo trataba de defenderme.

—¿De qué?

—De la reacción de mi propio cuerpo al verte —confesó—. Y no protestes, tú tampoco llevas tu mitad.

El chico se desabrochó un par de botones y se lo mostró colgando de su cuello. Kathy lo acarició, emocionada.

—No lo llevabas el día que hicimos el amor, me hubiera dado cuenta.

—¿Recuerdas cuándo aquel coche estuvo a punto de atropellarme?

—Sí, se te cayó el reloj...

—Bueno..., en realidad fue el colgante el que se me cayó del cuello. —Sonrió ante la cara de asombro de la chica—. Por eso lo buscaba con tanto ahínco... Después me lo guardé en la cartera.

Se contemplaron embelesados, compartiendo una mirada de complicidad.

Habían estado a punto de perder la mayor oportunidad de su vida para ser felices, pero ambos estaban dispuestos a remediarlo a partir de aquel momento.

—Algún día el pequeño Marcos heredará el colgante completo. —soñó Kathy convencida de ello—. Hasta que decida a quién le entrega su corazón.

Ahora fueron los ojos de Alex los que no pudieron contener su emoción.

—¿El pequeño Marcos?

La chica tomó su mano entre las suyas y se la puso sobre el abdomen.

—Estoy segura de que es un niño, y no se me ocurre un nombre mejor.

—No lo hay.

—Sabía que te gustaría la idea.

Alex la admiraba, sintiéndose completamente cautivado por su hermoso rostro.

—Te amo, mi ángel —le susurró, acariciándole el cabello con dulzura mientras intentaba transmitirle con una sola mirada el inmenso amor que le inundaba el pecho.

—Yo también te amo —musitó, emocionada.

Un segundo después, se fundieron en un ardiente beso que borró por completo los años de angustia y desesperanza que el odio les había robado.

La felicidad más absoluta era su recompensa, tras tres largos y aciagos años de oscuridad.

Fin

Agradecimientos

Incluso antes de poner punto y final a esta novela, ya tenía muy claro a quién quería darle mi primera mención y especial agradecimiento. Hay personas especiales en la vida de cada uno, y mi gran amiga Carmen es una de ellas en la mía. Gracias por estar siempre ahí, ayudándome a no perder de vista mi objetivo. Sin tu constante motivación y tu peculiar manera de aportarme toda esa confianza que no siempre me sobraba, es posible que esta novela nunca hubiera visto la luz.

La otra gran mención es para mi ángel particular, mi marido, quién siempre ha estado ahí, a las duras y las maduras, sin dejar de creer en mí, alentándome a perseguir mis sueños. ¡Espero que podamos vivir muchos de ellos juntos!

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)